BIBLIOTECA NACIONAL
0477348

BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra. .
Sala en que se encuentra. 11
Tabla en que se halla. . . . 742 A.
Orden que en ella tiene. . 21

Imp. Universitaria

BBA.5195 c.1

111 7402A-22

BIBLIOTECA PEDAGOGICA

JOSE ANTONIO ENCINAS



Higiene Mental

LECCIONES DEDICADAS A LOS PADRES DE FAMILIA Y A LOS MAESTROS DE ESCUELA PRIMARIA

ediciones ercilla

DE NUESTRO CATALOGO:

BOLIVARISMO Y MONROISMO, por José Vasconcelos.—Exposición y polémica de dos tendencias americanas. La monroísta, concepción de Norte América; la bolivarista, concepción de Sud América. Aunque arrancan de bases distantes, tienden a un mismo objetivo, a un mismo fin. Como todas las obras del pensador mexicano, ésta ha sido construída vigorosamente... . ... .. $ 15.

RUMBO ARGENTINO, por Manuel Seoane.—Cuatro destierros en Buenos Aires han dado al escritor y político peruano que escribe esta obra, un conocimiento acabado de la realidad argentina. Y a través de estas páginas pasa íntegro el panorama de la actividad política, de las condiciones sociales, de los problemas que agitan a este pueblo.. . . $ 40.



¿A DONDE VA INDOAMERICA?, por Víctor Raúl Haya de la Torre.—El creador del Aprismo expone aquí su concepto sobre la realidad económica, política y cultural del continente. Nada escapa al examen de su pluma, analizando desde los antecedentes raciales de nuestros pueblos hasta las intrigas que generan sus Gobiernos. Edición revisada por el autor... ... ...$ 20.

CARLOS MARX, por Otto Ruhle.—La biografía de un pensador de la importancia de Marx, debía reunir dos condiciones: mostrarnos en sus detalles la existencia, las preocupaciones y desasosiegos del personaje; hacernos una exposición clara y sintética de sus ideas y doctrinas. La obra de Otto Ruhle llena con exceso ambas condiciones, y además, está compuesta en forma liviana, atractiva de leer ... .$ 20.

EDITORIAL ERCILLA

Santiago de Chile Casilla 2787

11(742A-22)

J. A. Encinas, ofrece al hogar y a la escuela este valioso volumen destinado a amparar a la infancia y sustraerla de los prejuicios e injusticias que con ella se cometen.

Es un libro escrito con sencillez. El autor emplea en sus lecciones la frase cálida y convincente. Ha huído de todo tecnicismo innecesario para llegar al corazón del maestro y del padre de familia.

El doctor Encinas, invitado por el Gobierno de Panamá a participar del ciclo de conferencias ofrecido por el Centro de Estudios Pedagógicos e Hispano Americano, logró interesar a los padres de familia y a los maestros, sobre un tema tan escabroso y difícil de tratarlo.

Sus lecciones fueron escuchadas por numeroso público, y fué el éxito tan rotundo, que los padres de familia y maestros solicitaron al Gobierno de Panamá la permanencia del doctor Encinas en esa República, y su incorporación en el magisterio nacional.

La Editorial Ercilla se complace en ofrecer a sus lectores este nuevo libro del educador peruano que, de maestro de escuela, llegó a ocupar el cargo de Rector de la Universidad de Lima.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

Es propiedad de la Editorial Ercilla. Inscripción N.º 4677. Queda hecho el depósito legal.

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla

HIGIENE MENTAL

NOTA EDITORIAL A LA SEGUNDA EDICION:

La Escuela Profesional de Panamá ha adquirido la primera edición de este libro, teniendo esta Escuela la exclusiva de la venta en el territorio de la República de Panamá. Sobre dicha venta el autor cede sus beneficios, sin reserva alguna, a la mencionada Escuela Profesional.

BIBLIOTECA PEDAGOGICA

J. A. ENCINAS

HIGIENE MENTAL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

LECCIONES DEDICADAS A LOS PADRES DE FAMILIA Y A LOS MAESTROS DE ESCUELA PRIMARIA

8847



EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

A los padres de familia y a los maestros de Panamá, con toda gratitud.

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	7
Indice	9
Introducción	11
Capítulo I. Los hábitos	19
Capítulo II. El mecanismo de la conducta	38
Capítulo III. Algunos tipos de conducta	58
Capítulo IV. La vida emotiva	71
Capítulo V. La cólera	77
Capítulo VI. El miedo	84
Capítulo VII. La obediencia	96
Capítulo VIII. La mentira	107

Págs.

Capítulo IX.
El orgullo.. 117

Capítulo X.
Los celos y la crueldad.. 128

Capítulo XI.
La alimentación.. 137

Capítulo XII.
El trabajo.. 147

Capítulo XIII.
El juego, el descanso y el sueño.. 160

Capítulo XIV.
La pereza.. 174

Capítulo XV.
Hábitos indeseables.. 184

Capítulo XVI.
El problema sexual en el niño.. 190

Capítulo XVII.
La religión y el niño.. 204

Capítulo XVIII.
La delincuencia.. 220

Capítulo XIX.
El hogar.. 240

Capítulo XX.
La escuela y el maestro.. 256

INTRODUCCION

Los padres de familia y los maestros han concedido y conceden exclusiva importancia a la vida física del niño, y en segundo término a la mental.

Para ellos la vida mental se reduce a apreciar la capacidad del niño desde un punto de vista cuantitativo. Una buena memoria del niño y, por consiguiente, una mayor o menor suma de conocimientos adquiridos dentro o fuera de la Escuela, es el índice de la capacidad intelectual del hijo o del discípulo.

Este prejuicio significa el olvido de la vida integral del niño cuyo espíritu juega papel de suma importancia en el desarrollo de su personalidad. Se olvida, por ejemplo, que el niño posee una diferencia de habilidades, o sea, que que no es hábil en todo, ni para todo. Se ignora, o se trata de ignorar, que los niños precoces, aquellos que desde muy temprano demuestran cierta habilidad para los números, no son precisamente los más hábiles para el estudio de las matemáticas, estudio que exige cierta gimnasia en el razonamiento. Esa precocidad nubla un mejor conocimiento del niño, y por tanto desvía todo proceso educativo.

La vida mental del niño, bajo aquel prejuicio, no tiene límites, no está sometida a la alza ni a la baja. Por eso existen padres de familia y maestros empeñados en prodigar a los niños todo género de conocimientos, sin pensar que éstos guardan relación con la riqueza o pobreza mental del hijo o del discípulo.

De este hecho se deduce que los programas de estudios, la organización de las escuelas y la técnica de enseñar no

están de acuerdo con la vida psíquica del niño. Los programas son redactados, siguiendo un proceso lógico, mas no psicológico. Al redactarlos no se ha tenido en cuenta al niño, sujeto sobre el cual va a recaer directamente la acción de aquellos programas.

Las escuelas están organizadas según los mismos principios y, así, suponen que los niños agrupados en años de estudio o grados deben aprender los mismos conocimientos, en un determinado período de tiempo, y que retener esos conocimientos y repetirlos en un examen, es signo inequívoco de haber avanzado la mentalidad del niño en riqueza y en flexibilidad. Esta hipótesis es una ilusión. Los treinta niños, por ejemplo, que pertenecen a un año de estudios no son iguales en ningún orden de cosas. Hay diferencia de habilidades, de personalidad, de costumbres, de caracteres. La conducta de cada uno de ellos se proyecta sobre planos diferentes. Esa conducta varía en el mismo sujeto. No es la misma la que observa un niño al comenzar sus estudios en la escuela, o al terminarlos. Tampoco existe identidad entre su conducta en el hogar y en la escuela.

La técnica de enseñar supedita a la técnica de aprender. El maestro se afana en inculcar a los niños conocimientos de toda especie sin que éstos sufran elaboración alguna en el espíritu de los discípulos. El niño, en la clase, es un ser pasivo destinado a escuchar y a ver. No hay gimnasia intelectual de ningún orden, y por no existir esta gimnasia, el maestro no está en condiciones de apreciar el volumen de inteligencia que posee el estudiante. En esta ignorancia, el maestro se prodiga sin reservas y piensa que el niño posee la misma energía mental que el adulto. Bajo estas circunstancias, el niño sufre una verdadera torutra mental al no comprender ni elaborar la enseñanza suministrada. La fatiga y el desaliento sobrevienen de inmediato sin que el maestro conozca los procedimientos más elementales para detener semejante desastre.

La vida integral del niño no sólo está sometida a la malsana influencia de aquellos prejuicios y errores, sino

que recibe la acción de fuerzas biológicas, sociales y económicas que perturban su personalidad.

En el orden biológico, el niño participa en mayor o menor grado de la herencia trasmitida por sus padres. Un buen número de niños acusan en el hogar y en la escuela deficiencias de orden mental como consecuencia de algún malestar orgánico.

Esas deficiencias se manifiestan con síntomas ostensibles en la vida integral del niño. Hay lentitud en aprender, dificultad en la elaboración de las ideas, trastornos más o menos graves en el carácter.

Estos y otros síntomas son considerados en la escuela y en el hogar como signos inequívocos de pereza, de desobediencia, de malcriadez, cuando en realidad son síntomas de alguna perturbación orgánica.

En el orden social, la constitución del hogar determina la conducta del niño. Es inobjetable la influencia de los padres, de los abuelos, de los hermanos y demás miembros que integran la familia. Un hogar en donde hay reyerta continua entre los cónyuges no puede educar a los hijos, quienes por aquella razón están sometidos a una permanente tensión espiritual que no les permite poseer la serenidad necesaria para mejorar su personalidad.

En el orden económico, el niño sufre directamente las consecuencias de una mala nutrición, de una vivienda exenta de condiciones higiénicas. La pobreza en la alimentación debilita y perturba las funciones mentales, entre ellas las imprescindibles para la difícil tarea de aprender. En las escuelas, por ejemplo, la falta de atención de los niños es considerada como acto de indisciplina, cuando en realidad es sólo un síntoma de la desnutrición del discípulo. Es una crueldad y una injusticia castigar a un niño por perezoso e inatento. Lo urgente es conocer las causas que determinan esa pereza y esta inatención.

Alrededor de estos prejuicios gira la vida del niño sin que sea posible mejorar las condiciones necesarias para un

mayor equilibrio espiritual y una buena salud mental.

Por eso es necesario vulgarizar ideas que coloquen a maestros y padres de familia sobre un plano de comprensión y de sabiduría respecto a la evolución normal y patológica de los niños, conocimientos sin los cuales todo proceso de educar resulta realmente dañoso.

Estos conocimientos se han creído potestativos de los médicos especialistas en enfermedades mentales. Los mismos pediatras, o especialistas en enfermedades de niños, no tienen interés en estudiar la sintomatología del carácter de los niños en la creencia, quizás, de juzgar la vida mental y psíquica del niño rigurosamente separada de la vida física. Este error es causa de muchos errores de diagnóstico que han motivado graves e irreparables perjuicios. Un pediatra exento de conocimientos sobre la vida psíquica y mental del niño no es ni puede ser un hombre de ciencia; es apenas un empírico destinado a salvar situaciones de momento.

Ocurre lo mismo con los maestros, y en especial, con los maestros ocupados en los jardines de infancia o en las escuelas primarias. Por un acto de incomprensible menosprecio por la infancia y por la escuela de primeras letras, se ha creído que el maestro de escuela es un sujeto destinado exclusivamente a desasnar a los muchachos. Pocos son quienes piensan que la misión del maestro de primeras letras es misión delicadísima, superior a cualquiera otra de orden social. Para ser maestro de escuela primaria apenas exigen conocimientos elementales sobre los puntos contenidos en un plan de estudios, como si trasmitir estos conocimientos fuera la misión sustantiva de una escuela. No se tiene presente que los niños que pueblan las escuelas primarias son aquellos cuya naturaleza exige mayor cuidado, mayor conocimiento sobre las múltiples manifestaciones de la vida infantil.

Con aquellos requisitos el maestro de escuela primaria es algo menos que un preceptor, un repetidor de textos, un guardián celoso, engreído y déspota, designado por la Administración Pública, para erguirse como su-

prema autoridad sobre la vida inquieta y polimorfa de los niños.

Un maestro, sobre todo un maestro de escuela primaria, debe ser un educador, o sea, una persona capacitada por experiencia y por estudios continuos en la difícil y delicada misión de guiar la personalidad de los chiquillos confiados a su sabiduría, a su bondad, a su discreción. Un maestro que no posea la generosidad suficiente, la serenidad necesaria, los conocimientos básicos que lo lleven a un permanente estudio de la conciencia de sus discípulos, es persona peligrosa para la guarda de la vida integral de los niños.

Desgraciadamente, la dirección que se ha dado y se da a nuestras escuelas normales adolece del gravísimo defecto de preparar exclusivamente a los futuros maestros en los conocimientos contenidos en el plan de estudios oficial. Pocas son las escuelas normales en donde se da preferencia al estudio del niño, valiéndose del aporte ofrecido por la Psicología normal y patológica del niño; por la Psiquiatría, Biología, Higiene Mental, Pediatría, etc. Se da preferencia a la Metodología, a la Organización de las escuelas, a la Legislación Escolar, como si estos conocimientos sirvieran al maestro para resolver los múltiples problemas que diariamente ofrecen los niños.

En las escuelas y en el hogar no hay más terapéutica que el castigo y el premio. Se castiga a los niños corporal y espiritualmente, porque no se les comprende, ni se les estudia. Un hijo o un discípulo, es un ser pasivo destinado a amoldarse sin reservas a la conducta del padre o del maestro. Cuando no hay esa fusión imposible de la personalidad del niño, cuando éste entra en franca rebeldía con el artificio de la disciplina del hogar o de la escuela, entonces surge la crueldad en todas sus formas. Hay cierto placer sádico en maltratar y en insultar a los niños, sin pensar que semejante conducta determina en éstos numerosos conflictos de orden mental y psíquico, los cuales anteceden rigurosamente a trastornos de mayor gravedad, en muchos casos irremediables,

Por eso, estas páginas van destinadas a dar la voz de alarma a quienes se encargan de educar a los niños, a fin de ponerlos sobre la guardia y decirles que no es posible jugar con el espíritu delicadísimo del niño.

Este libro está destinado de preferencia al hogar, en donde hay mayores prejuicios y mayor incomprensión por los hijos. La madre o el padre que no ha tenido la suerte de recibir la instrucción necesaria sobre el desarrollo integral de los niños, necesita ponerse en contacto con las ideas que aseguran el bienestar futuro de los hijos. Ignorar los principios elementales de aquel proceso es colocar a los hijos en situación de desventaja para un mayor éxito en los combates de la vida. Es urgente, por esta razón, que las escuelas de primera y segunda enseñanza se ocupen en instruir a los futuros cónyuges sobre el tratamiento científico que los hijos requieren. Toda ignorancia sobre esta materia perturba la tranquilidad del hogar, desvía la personalidad del niño y lo prepara a una existencia dolorosa.

Estas páginas surgen al amparo de la extremada benevolencia de la Escuela Profesional de Señoritas de Panamá, en cuyas aulas dicté una serie de lecciones destinadas a los padres de familia y a los maestros. Invitado por el Gobierno de Panamá a formar parte del cuerpo docente del Centro de Estudios Hispanoamericanos y Pedagógicos, pensé que mi obligación era exponer la vida trágica del niño, y poner pronto atajo a las injusticias y errores que con él se cometen.

Felizmente mis palabras tuvieron eco en el espíritu de los maestros y de los padres de familia de Panamá, quienes comprendiendo la trascendencia de esas enseñanzas lograron interesar al Gobierno de Panamá, para poner término a la dolorosa situación en que se encontraban los niños, sin distinción de clases sociales.

Ese anhelo se cristalizó en el magnífico espíritu de la distinguida señora Rosario G. de Arias, esposa del Presidente de la República, doctor Harmodio Arias. La señora de Arias auspicia en los momentos en que escri-

bo estas líneas una vasta organización destinada a cuidar, proteger y guiar la salud integral de los niños en su primera y segunda infancia. La Escuela Profesional de Señoritas tendrá una sección encargada de preparar a las futuras educadoras de primera infancia. La Cruz Roja de Panamá atenderá científicamente a los niños llevados a su custodia. El problema de la delincuencia infantil habrá de solucionarse en el terreno de la profilaxia social, encargándose de esta misión un grupo de trabajadoras sociales, preparadas en las aulas de la Escuela Profesional.

Esta campaña generosa en favor del niño constituye la mayor complacencia para mi espíritu de maestro. Por eso, estas líneas van dedicadas a Panamá, en donde estoy seguro habrán de tener mayor influencia.

Expreso mi gratitud a las señoritas Isabel Herrera y Otilia Jiménez, directoras de la Escuela Profesional a cuyos esfuerzos generosos se debe, en parte, la edición de este libro, y la hago extensiva a la señorita Flor de María Núñez, quien con diligencia laudable y pericia comprobada logró la versión taquigráfica de las lecciones contenidas en este libro.

Lima, 1936.

J. A. Encinas.

Capítulo I.

LOS HABITOS

SUMARIO:

Los hábitos buenos y malos se forman en la primera y segunda infancia. Más tarde es difícil crearlos o modificarlos.

Los niños deben acostumbrarse:

- a cuidar de la limpieza de su persona y de la de sus vestidos.
- a poner orden en las cosas que le pertenecen.
- a hacer las cosas bien hechas.
- a sentir satisfacción en sus ocupaciones.
- a no tener miedo ni ansiedad al emprender cualquier trabajo.
- a no fastidiarse ni descorazonarse en presencia de cualquier obstáculo.
- a sentir placer al ensayar nuevos trabajos.
- a obedecer cuando se les den órdenes en beneficio de su salud.
- a tener inclinación por todo lo bueno, verdadero y bello.
- a trabajar por placer y no por interés.
- a reconocer sus faltas y errores.
- a aceptar las consecuencias de sus actos.
- a aceptar la crítica y la opinión ajenas.
- a emprender cualquier trabajo sin dilaciones de ninguna naturaleza.
- a sentirse siempre alegres aún en ocupaciones que no sean de su agrado.

a buscar la camaradería.
a mejorar sus trabajos.

Debe evitarse:

Apocar, avergonzar, atemorizar y castigar a los niños.
que éstos busquen substitutos que evadan una obligación.

Debe habituárseles:

a no descorazonarse, ni desesperar.
a no sentirse cansado.
a no excitarse ni violentarse.
a no comparar su persona con otra.
a no quejarse, ni mostrar deficiencias ni miserias.

La adquisición de ciertos hábitos constituye factor determinante en la conducta del niño, ya sea en el hogar o en la escuela.

Esos hábitos deben ser formados, guiados y afirmados en el período de la primera y segunda infancia. Más tarde, en la edad escolar, dicho proceso es difícil, porque el niño se encuentra sometido a fuerzas de todo orden, que perturban notablemente su personalidad.

El maestro mejor preparado, el educador de más vasta experiencia no podrá, sino con relativo éxito, variar el rumbo que sigue la conducta del niño, sometida, en su mayor parte, a la influencia de los hábitos adquiridos en el hogar.

Cuando los niños ingresan a las escuelas de primeras letras ya presentan trastornos en su conducta, que son síntomas inequívocos de haber modelado su vida a base de malos hábitos.

La conciencia del niño tiene extremada ductilidad y plasticidad al extremo de que cualquiera impresión recibida en la niñez es conservada a través de toda su existencia.

Se les acostumbra, por ejemplo, a calmar el llanto tomándolos en brazos, paseándolos, meciéndolos en la cuna. Así habituados alcanzan cierto estado de conciencia que los induce a satisfacer deseos innecesarios, apelando a las lágrimas.

Pocas madres de familia han podido observar que el niño posee dos clases de llanto. El provocado por una excitación nerviosa, es intermitente a causa de la dificultad que el niño encuentra en comunicarse con el mundo externo. El llanto originado por el dolor físico es continuo; se manifiesta con movimientos de brazos y piernas.

Esta observación es interesante, porque obliga a la madre a prestar atención sobre el tipo de llanto que el hijo presenta. En el caso del llanto por excitación nerviosa, trata de imponer su voluntad, de buscar la menor resistencia y encontrar apoyo inmediato en las personas que lo rodean. Se convierte, así, en un verdadero tirano del hogar. Por eso, la familia procede mal si se rinde a aquellas exigencias. Toda condescendencia en este sentido socava la personalidad del niño convirtiéndolo en un sujeto irascible, díscolo, caprichoso y soberbio. Una madre que se dé cuenta de estos síntomas debe dejar que sus hijos lloren sin acudir a prestarles ayuda en ninguna forma. Observará que a poco el chiquillo comprende que su llanto no sirve para satisfacer sus deseos, y entonces comienza en su conciencia una verdadera disciplina interior destinada a fortalecer su carácter.

En el caso del llanto por malestar orgánico, es obvio indicar el cuidado y atención inmediata de la salud del niño, cuyas buenas condiciones físicas favorecen el proceso educativo. Cualquiera perturbación en sus funciones orgánicas repercute ostensiblemente en la constitución de su carácter. Los trastornos de orden gástrico, por ejemplo, hieren sin equívoco alguno su vida mental, cuya debilidad y deficiencias deben atribuirse en gran parte desde las caries dentarias hasta las enfermedades intestinales. Este aspecto de la naturaleza del niño no ha sido lo suficientemente comprendido y estudiado. Se piensa que cualquiera anómala situación en su vida orgánica se detiene o evoluciona en el orden puramente corporal, sin repercusión alguna en la vida psíquica y mental. Por no comprender esta situación los padres de fa-

milia y los maestros atribuyen a sus hijos la falta de atención, la deficiencia de memoria, la intranquilidad, la desobediencia, etc., a situaciones permanentes de mala conducta o de deficiencia mental, cuando, en verdad, lo que existe es un malestar orgánico. Son numerosos los casos de clínica pedagógica en que los niños tratados de caries dentarias, de vegetaciones en la nariz, de parásitos intestinales, mejoran notablemente en su conducta. En el hogar y en la escuela se procede con injusticia castigándolos por los síntomas de enfermedades que requieren inmediata atención médica.

Este problema nos lleva a aconsejar que el hogar y la escuela formen en los niños hábitos de bienestar corporal, acostumbrándolos a tomar alimentos a horas determinadas, a evacuar regularmente los intestinos, a masticar las sustancias alimenticias, a comer con calma, a asear la boca y limpiar la dentadura. Cuidado igual debe tenerse con la preparación de los alimentos cuya cantidad y calidad tienen gran importancia en la higiene mental.

Es una verdadera crueldad mortificar a los niños a la hora de las comidas. No es posible nutrición alguna cuando se encuentran en franca rebeldía con los padres o personas que los rodean.

Cuando nos ocupemos del problema de la obediencia daremos a conocer los mejores procedimientos para que el niño se alimente sin recurrir a medidas drásticas que perturban la función digestiva.

La paz en el hogar es condición necesaria para una buena nutrición. Si los cónyuges se encuentran en reyertas continuas delante de los hijos, a la hora de las comidas, tampoco es posible que se nutran en condiciones normales.

El desorden de la vida del hogar contribuye en gran parte a que los hábitos corporales no tengan el éxito que es de desearse. Cuando en el hogar el padre acude a comer a distintas horas, o cuando el niño observa que sus padres no mastican bien, o comen con demasiada prisa,

es inútil pretender que aquellos hábitos se formen y progresen.

En lo que respecta al trabajo y al descanso de los niños, se cometen errores tanto o más graves que los apuntados anteriormente. Los padres de familia y los maestros están interesados en que los hijos y discípulos conserven el mayor orden posible, o sea, que no los perturben ni los mortifiquen. Este deseo supone pasividad y obediencia. No piensan que esta actitud física del niño es imposible por no estar en relación con su actitud mental, que lo lleva necesariamente a ponerse en contacto con las cosas, a estudiar su mecanismo y a relacionarse con las personas por fuerza interior incontrolable.

Ante esta situación hay verdadera pugna entre los deseos del niño y los del adulto, la cual se resuelve por la línea de menor resistencia, o sea, logrando mantener quietud y obediencia artificiales, momentáneas, impuestas por la fuerza.

Veremos, en su oportunidad, que el juego es trabajo en los niños, trabajo intenso, superior seguramente a cualquiera de las actividades escolares. Ese juego requiere compensación inmediata en el descanso. El verdadero descanso es el sueño. Privarlos de las horas de sueño, que su edad y actividad requieren, es originar perturbaciones de orden mental. En las escuelas se observa que buen número de niños inatentos, díscolos, tristes, huraños, deben este estado a la falta de sueño. En el hogar no se ha atendido esta necesidad; han sido despertados bruscamente, amenazados y castigados. No se les ha acostumbrado a ir a la cama a horas precisas. Probablemente han tenido que pernoctar en espera del padre o de la madre. Todas estas situaciones no permiten que el cerebro descanse del esfuerzo cotidiano.

De aquí la conveniencia de crear el hábito de descansar a determinada hora, cuidando, con solicitud de este descanso.

Hay otro orden de actividades, en donde precisa formar hábitos sin los cuales la vida mental es ímproba.

El niño no vive aislado, lo rodean personas y cosas con quienes entra en relación constante. A poco de haber ejercitado su poder sensorial se da cuenta de que existe determinado orden en la distribución de las cosas. Esta observación lo convierte en sujeto conservador. Le agrada adoptar las mismas situaciones, de jugar con los mismos objetos, de conversar y reír con las mismas personas. Cualquiera alteración en este orden lo mortifica.

Esta actitud mental la encontramos comprobada en el siguiente caso. Un niño de cuatro años, acostumbrado a sentarse a la mesa al lado de su padre, resultó inapetente cuando éste se ausentó; era imposible obligarlo a tomar alimentos; al regreso de aquél, el niño recobró el apetito. No puede atribuirse aquella actitud a la exclusiva ausencia del padre, porque el niño insistía en ocupar el sitio que le correspondía.

Este ejemplo nos enseña a juzgar la conducta de los niños desde un punto de vista muy diferente a los prejuicios que sobre ellos tenemos. Los juzgamos desordenados, atrabiliarios, incomprensivos cuando en realidad no lo son. Quienes los llevan al desorden y a la anarquía son los padres y los maestros, cuya vida en relación con las personas y las cosas no siempre mantiene el equilibrio necesario.

El desorden en los niños surge por contagio social tan pronto como ellos se relacionan con los adultos. Por eso crear el hábito del orden en las cosas es problema que incumbe en primer término al hogar y, luego, a la escuela. Si el niño vive en medio del desorden habrá de ser desordenado, provocando en él una actitud mental que lo llevará con frecuencia a estados de irascibilidad cuando no pueda encontrar los objetos que busca. Esta situación es más grave si las personas que lo rodean lo culpan de la pérdida de algún objeto o del desorden de las cosas. En este caso, el niño sufre por la injusticia que con él se comete, y manifiesta antipatía por las personas que, así, lo hieren. Esta antipatía lo lleva a un estado de resistencia pasiva cuyo principal síntoma es la

desobediencia. Gran número de niños desobedientes responden con esta actitud a las personas a que les son hostiles. En casos excepcionales la obediencia significa un estado de orden morboso. La desobediencia es la protesta del niño contra mandatos de personas con quienes contiende.

Estas indicaciones nos llevan a insistir en que el niño ponga orden en las cosas, orden que debe guardar relación inmediata con aquella otra que norma la vida del hogar. Parece a simple vista que este hábito no tuviera gran importancia, pero a poco de observar cualquier aspecto de la vida mental del niño se conviene en que dicho hábito sirve para disciplinar la vida interior cuyo equilibrio es necesario para actividades superiores.

Ponerse en relación con las cosas supone saberlas utilizar, obtener de ellas el mayor provecho posible. Este concepto de utilidad es producto de una experiencia continua. El niño por esta razón debe aprender desde temprano a considerar aquéllas como factores que contribuyen a su existencia. El hábito de cuidar las cosas, de mantenerlas en orden y limpias, es un esfuerzo mental necesario. Los niños que en el hogar o en la escuela descuidan sus ropas, sus juguetes, sus útiles de enseñanza, poseen cierto desdén por la belleza. Los niños desarrapados y sucios no tienen una buena disciplina mental. Existe en su espíritu un sentido atrabiliario del orden y de lo bello. En la escuela trabajan de cualquier manera y en cualquier forma. Tratan de salir de toda situación difícil, porque tienen fatiga mental que no les permite detenerse sobre la pulcritud y exactitud de un determinado ejercicio. Buscan la cooperación de sus familiares y camaradas para cumplir alguna obligación.

Esta situación los lleva a una quiebra paulatina de la voluntad. Como huyen de todo esfuerzo, encuentran motivos para dilatar y diferir la tarea señalada, dejándola para *mañana;* ese mañana, refugio de mentalidades débiles, pretexto del cual se valen quienes sufren de pereza mental.

Por desgracia, buena parte de este defecto es también producto de la influencia del hogar. El niño observa que sus padres dejan de trabajar en espera de otras oportunidades. Esperan y consiguen el apoyo y condescendencia de los suyos para el cumplimiento de sus obligaciones.

De este análisis debe descontarse el trabajo recargado a que se somete a los niños en las escuelas, en donde so pretexto de cumplir un plan de estudios los abruman de tareas sin pensar en sus condiciones mentales.

Ese afán de enseñar en cantidad y no en calidad fatiga al discípulo, quien, como acto reflejo, de defensa simula trabajar o deja esta obligación para vivir una vida inquieta, que en el léxico escolar significa "mala conducta", cuando en realidad es una quiebra de la voluntad.

Igual situación ocurre en el hogar cuando se pretende que el niño trabaje a domicilio los deberes señalados en la escuela. Es imposible que los padres de familia amparen esta práctica odiosa que imponen muchas escuelas. La más elemental observación nos dice que dicho trabajo es ímprobo por ejecutarse después de ocho horas en que el niño ha sido sometido a variadas disciplinas. Hastiado y fatigado de la vida tiránica de la escuela no está en condiciones de seguir sobre los libros en su mayoría textos de manifiesta inutilidad, redactados p ra debilitar su voluntad.

Para que adquiera el hábito de trabajar con orden, precisión y belleza, es menester que ese trabajo esté en relación con su capacidad adquisitiva, de lo contrario se corre el riesgo de perturbar su equilibrio espiritual y llevarlo a la anarquía mental de donde, más tarde, será difícil sacarlo.

Si el niño trabaja según sus aptitudes y dentro de la zona de sus deseos, es evidente que habrá de hacerlo con placer. Al contrario, si se le impone por la fuerza y no tiene interés alguno, resultará ímprobo y doloroso todo esfuerzo. Para que trabaje con buen humor, placidez

y alegría, es menester guiar su mentalidad, no entorpecer el rico dinamismo que posee, no malgastar las energías que la naturaleza le ha prodigado.

Es costumbre, y costumbre nociva abusar de la precocidad de los niños, la cual se supone ser signo evidente de una superior inteligencia, y que, considerándola inagotable, son capaces de esfuerzos máximos para adquirir conocimientos, retenerlos y utilizarlos. Error profundo. La precocidad es signo, en muchas ocasiones, de graves perturbaciones mentales. La naturaleza no se prodiga; mantiene equilibrio en todas sus manifestaciones. La precocidad es un florecimiento prematuro del intelecto, destinado a debilitarse y perderse. Abusar de esa precocidad es gastar energías que habrá de ser difícil recuperar en el porvenir.

Esta ligerísima digresión sobre la materia obliga a los padres de familia y a los maestros a tener mucho cuidado con los niños-prodigio, quienes requieren una atención esmerada y un trabajo rigurosamente medido.

Cuando así se procede, se forma un nuevo hábito, el de la relatividad. El supone ser dueño del mundo, del cual tiene un concepto totalitario. Para él no existe obstáculo alguno. En su fantasía todo es posible, por eso ama las escenas que contradicen las leyes de la naturaleza. De allí su amor por las películas, en donde admira las escenas de Tarzán o las ofrecidas por los personajes de Walt Disney. En esta creencia el niño no concibe lo relativo, menos la dificultad de alcanzar éxito de un solo intento. La relatividad impone esfuerzo continuo. Acostumbrar a los niños a no sentirse vencidos por no obtener la totalidad de sus deseos, es un hábito de importancia, lo cual implica un ejercicio continuo de la voluntad. Permitir que se desalienten o busquen amparo en fuerzas ajenas, es llevarlos a un estado permanente de indecisión. Esta clase de niños temen afrontar cualquier trabajo, porque se sienten derrotados de antemano. Adquieren así un hábito mental en donde la duda es continua.

Lo dicho no excluye la posibilidad de la cooperación del hogar o de la escuela en los casos en que el niño realmente necesita apoyo. Queda a merced de la sabiduría de la familia y del maestro estudiar en qué circunstancias es conveniente ayudarlo y en cuáles conviene dejarlo a sus propias fuerzas. En general el apoyo debe ser mínimo en cuanto se vea que puede utilizar sus aptitudes con eficiencia; de lo contrario, se crea una personalidad en estado de dependencia continua, lo cual lo lleva a identificarse, ya sea con el padre, la madre, el maestro o con cualquier otra persona de sus simpatías.

Cuando el apoyo ha sido desmedido, el niño resulta en posesión de una personalidad débil, mostrándose huraño, reservado, tímido, incapaz de grandes empresas. En cambio, cuando se le ha dejado a sus propias fuerzas, la personalidad se presenta en toda su plenitud: es el sujeto optimista, valeroso, seguro de su poder.

En muchas ocasiones estos niños desvían su conducta, presentándose ensimismados, orgullosos de su poderío, pedantes, díscolos y pugnativos. No es raro encontrar en ellos un deseo de exhibicionismo. Los gusta llamar la atención de los demás, de vanagloriarse de sus hazañas ciertas o existentes en su fantasía. A estos niños conviene llevarlos al plano de la relatividad, buscando toda oportunidad de colocarlos en presencia de problemas de mayor dificultad y personas con quienes la contienda exija mayor esfuerzo.

Ese estado mental de superioridad y de orgullo se debe en general a que el niño actúa estimulado por las recompensas. El hogar es culpable en gran parte de esta actitud. Ofrece a los hijos todo género de recompensas a trueque de obediencia, de trabajar, de mantenerse quietos. Entonces usan la desobediencia como instrumento, para alcanzar cualquiera dádiva. Todo deseo que esté en relación con su naturaleza debe ser satisfecho sin objeción alguna; en caso contrario habrá de impedirse su consecución, sobre todo si el deseo no está de acuerdo con sus necesidades. Si se sigue este consejo no hay posibi-

lidades de recompensa alguna; procederá por impulso propio, habituándose a cumplir con sus obligaciones y deberes sin esperar ningún premio. Obrar en forma contraria es forjar una personalidad en estado de dependencia continua.

El trabajo que ejecuta el niño en la escuela o en el hogar está sometido, como es natural, a una serie de errores que debe rectificar por impulso propio. El capricho es una consecuencia directa de la oposición constante a satisfacer sus deseos. Si hay demasiada presión sobre el espíritu para detener impulsos propios, entonces por fuerza de las circunstancias, insiste en determinada actitud. La costumbre de encapricharse es un acto de pura defensa y de protesta. Por eso, se procederá mal en provocar ese estado de ánimo. Muchas de las órdenes que se dan no tienen razón de ser; son otros caprichos, muchas veces con el prurito de ser obedecidos y de mantener el principio de autoridad. Este juego es muy peligroso tratándose del espíritu infantil que no admite subterfugios de ninguna naturaleza. Es, pues, conveniente que la disciplina en el hogar y en la escuela contemple esta situación, de lo contrario no podrá crearse el hábito de reconocer sus errores y de rectificarlos sin que para ello sea necesaria fuerza exterior de ninguna especie.

El acto de rectificarse implica el de aceptar la crítica de los demás. El niño por ser egocéntrico se quiere demasiado, sintiéndose ufano de sus actividades y conocimientos. Mantenerlo sobre esta línea de conducta es un error; por eso, es preciso acostumbrarlo a escuchar consejos, advertencias y observaciones ofrecidos con lenguaje sencillo y persuasivo. No podrá lograrse este hábito si se hiere su amor propio, ridiculizándolo, zahiriéndolo o poniéndolo en condiciones a sus hermanos o camaradas.

Esta actitud lo convertirá en un sujeto comprensivo, dispuesto a escuchar, librándolo, así, de mantener su espíritu en un estado de soberbia y de mal humor, que habrá de alejarlo de toda emoción social. Los niños en-

simismados, presuntuosos, vanidosos, que se creen dueños del mundo asquean a sus familiares, condiscípulos, y aun a sus maestros. Cuando se habitúan a la crítica ajena, tienen un verdadero sentido de ponderación, aproximándose a los demás con mayor facilidad, en busca de apoyo y de consejo. Esta conducta los lleva con poco esfuerzo hacia las clases desvalidas, lo cual purifica su espíritu.

Hasta aquí los hábitos clasificados como positivos en razón de contribuir con eficacia a crear una personalidad exenta de sinuosidades, en donde se pierde bastante energía mental.

Hay otra clase de hábitos denominados negativos que tienden a destruir, malgastar y desviar la personalidad del niño. Aquéllos y éstos tienen manifiesta correlación al extremo de que por conseguir buenos hábitos se engendran otros que son nocivos.

Es costumbre apocar a los niños cuando no resultan con la brillantez intelectual que los padres o los maestros desearían. Cuando los muchachos proceden mal o cometen errores, se les inculca la idea de que esa conducta es una falta gravísima, un acto irremediable, un pecado que los conducirá a la condenación eterna. Esta exagerada idea de responsabilidad hiere profundamente su conciencia, dando origen a un estado de temor, de incertidumbre, de vergüenza, de desilusión. Entonces, faltos de confianza en sí mismos, temerosos de la crítica y del castigo, se retraen y adquieren un ceño adusto y una marcada antipatía por las personas que lo rodean. Esta falta de seguridad en sus actos los convierte en sujetos tímidos, incapaces de grandes esfuerzos. La timidez y la incertidumbre no permiten que la mente se ejercite, lo cual es funesto para la vida integral de los niños, porque los lleva a un verdadero complejo de inferioridad que no les permite erguirse y combatir por una mayor superación.

Es muy frecuente ofrecerles sustitutos que compensen o desvíen sus deseos. Tal sucede cuando la madre se

va sola de paseo, ofrece al hijo llevarlo al día siguiente, acto típico de compensación alrededor del cual ha de girar buena parte de la futura conducta del niño.

Los niños utilizan, en primer término, esta compensación para el logro de sus deseos. Es un instrumento peligroso puesto en manos de los chiquillos, quienes se adiestran en manejarlo. Para cada deseo, que se traduce en capricho, hay una compensación, o sea, un juego entre la voluntad del niño y la de los padres, juego que resulta en daño del primero, porque al no ser compensado habrá de mortificar su espíritu, convirtiéndolo en un muchacho exigente, impositivo y mandón.

En segundo lugar, si la compensación no es cumplida, lo cual ocurre a menudo, invade en la conciencia del niño una evidente desconfianza por las gentes que lo rodean. Precisamente una de las causas que motivan la mentira en los niños está en que los padres no cumplen con sus hijos las promesas que les hacen. Mienten, en daño de los intereses del niño, por lo cual, es lógico que éste proceda en igual forma.

Cuando la promesa no ha sido cumplida y el engaño es manifiesto y continuo, el niño se encoleriza. La cólera destruye el espíritu, porque es fuerza que lo lleva al desequilibrio, originando trastornos que repercuten en la constitución de su personalidad. El niño que se encoleriza con frecuencia posee un temperamento irascible, dispuesto a todo acto antisocial.

Para mantener el equilibrio en la conciencia de los niños, no debe abusarse de la compensación. Es necesario acostumbrarlos a soportar contrariedades, a comprender que no todos los deseos pueden ser satisfechos, ni todas las exigencias cumplidas.

Este combate desigual, entre los deseos del niño y los del adulto, lleva al primero a un estado mental en donde reina la fantasía. Huérfano del halago de verse comprendido y compensado en la realidad, busca en el mundo de la imaginación factores que lo hagan feliz. Forja en su cabecita desde la figura de un padre o

de una madre que lo halague y lo mime hasta los juguetes que le fueron privados. Pasea por su mente las escenas de la vida que quisiera vivir. Dialoga con los personajes creados en su fantasía, personaliza las cosas, dándoles vida y características propias. Estos niños van solos por el camino de la existencia. Alejados de la realidad, en donde encuentran obstáculos se refugian en su mundo interior, en donde reinan como soberanos absolutos.

Esta fantasía hiere el psiquismo del niño y lo maltrata. No ocurre lo mismo con la fuerza imaginativa que construye. Entonces el espíritu se deleita esforzándose por crear. La creación jamás tortura.

Esta soledad y este aislamiento originan en los niños una tendencia a identificarse con alguna persona real o ficticia. Es un proceso, en los comienzos, de simpatía, y, luego, de franca adhesión y compenetración. El niño, en el hogar o en la escuela tiene sus héroes. Ya es el padre valeroso, inteligente, audaz; ya la madre dedicada a cuidar y mejorar su belleza; ya el camarada agresivo, jefe de alguna banda escolar. A cualquiera de ellos se suma e imita sus actitudes y modales. En estos últimos tiempos de dominio del cinematógrafo, el proceso de identificación se acentúa cada vez más. Los niños se creen Tom Mix, Tarzán; las chicas Greta Garbo o Dolores del Río. Bajo la sugestión de estos personajes viven realmente prendidos de los más mínimos detalles de la vida de éstos. Tal situación divierte la mentalidad del niño y opera sobre su superficie con demasiada violencia. En estas condiciones, poseyendo una personalidad ficticia no es posible una recia disciplina mental. De allí la necesidad de mantenerlo en contacto con la realidad, ofreciéndole problemas que tengan relación inmediata con las personas y cosas, y no permitiendo que la fantasía diluya esfuerzos valiosos.

La falta de conocimiento de la vida de los niños lleva a los padres y maestros a extremos opuestos. Por apartarlos de la fantasía los conducen a la dura reali-

dad de la existencia humana con todos sus vicios e injusticias. No es raro encontrar padres de familia que se congracian empujando a sus hijos hacia la pugnacidad y combatividad, so pretexto de que se hagan hombres y no tengan miedo. Los azuzan para pelear, contender y vencer por los puños o por la astucia. Muchas veces este elogio a la fuerza lo hacen en presencia de los hijos, quienes conciben el mundo como un campo de batalla en donde triunfa el más fuerte. Semejante concepto de la vida no sólo engendra una desviación en la ética humana, sino que la mente del niño se encuentra bajo el dominio constante de la fuerza bruta que excluye todo razonamiento. Los niños colocados sobre este plano de vida son difíciles de ser disciplinados mentalmente. En general se apartan de todo esfuerzo intelectual, escapan a todo consejo y sugestión.

De lo dicho no debe deducirse que se excluye la valentía en la vida del niño, valentía que debe estar al servicio de causas nobles y generosas, mas no para convertirlo en matón.

A los niños se les halaga con la valentía, a las niñas con la belleza y el lujo. Es frecuente que la madre o el padre elogien las condiciones típicas de la hija, quien llega desde temprano a adquirir una presunción extremada de su belleza. Imbuída de esta creencia, la mente se satura de todo género de artificios, lo cual da origen a una personalidad deleznable, pronta a derrumbarse con el trascurso de los años.

Ese orgullo se proyecta en la ostentación de pertenecer a clases sociales privilegiadas. Por excepción podrán encontrarse padres y madres de familia que no deseen para sus hijos la compañía de gentes de "sociedad"; y, en busca de personas que satisfagan esta vanidad pueril, los llevan a colegios y escuelas, en donde campea la petulancia.

Los niños no reconocen clases sociales. En su primera y segunda infancia es igual para ellos jugar en los

jardines públicos con camaradas de toda procedencia. El prejuicio social es enseñado por el hogar. El odio de clases tiene su origen en la vanidad de aparentar lo que no se tiene. Si esto es así, el hogar es culpable de la actitud de desdén, de repulsión, y hasta de asco, que los niños tienen por las clases sociales inferiores. Esta actitud mental es funesta, porque desde muy temprano origina en el espíritu de los niños odios y rivalidades que no tienen razón de ser.

Junto a esta desmesurada alabanza, está el desdén con que a veces son mirados. Parece paradójico que el cariño tan decantado de los padres se nuble en presencia de hijos que no halagan su vanidad, porque la naturaleza no prodigó a éstos belleza o inteligencia. Desconsolados de esta falta, a nadie imputable, cometen la injusticia de colocarlos en una verdadera picota. En el hogar, en presencia de los amigos; en la escuela, al matricularlos, no es raro escuchar de labios de la madre o del padre, epítetos denigrantes para sus hijos. Hay quienes los acusan de malcriados, desobedientes, caprichosos, hasta ladronzuelos, y exigen que los maestros castiguen por esas "faltas". Es frecuente amenazarlos con la escuela, haciéndoles consentir que es un lugar de castigo de expiación, en donde el maestro es un verdugo.

Puede uno imaginarse la situación espiritual del niño ante tanta injusticia y falsedad. Los niños así zaheridos manifiestan inmediata antipatía por los suyos y por la escuela.

La escuela, por desgracia, participa de este error. El maestro diagnostica prematuramente a sus discípulos, sin estudio, ni conocimiento previo. Para los maestros como para los padres de familia no hay sino dos clases de niños: los obedientes y los desobedientes. La obediencia es el signo de "buena conducta". La desobediencia implica maldad constante. Como no hay capacidad para dirigir la conciencia de los niños, no se tiene a la mano otra solución que el castigo, el insulto, el apartarlos de la clase, o expulsarlos de la escuela.

Cuando se apela a estos medios de represión, los padres de família y los maestros demuestran incapacidad expresa para educar. Veremos en su oportunidad el mecanismo a que está sometida la conducta del niño y entonces observaremos que la desobediencia, la malcriadez, la irascibilidad, la cólera, etc., son síntomas y no enfermedades, y que lo urgente es conocer éstas y no detenernos sobre aquéllos.

Habremos de ocuparnos más adelante de la influencia que los padres ejercen sobre los hijos; desigual influencia que somete al niño a órdenes y contraórdenes por no haber acuerdo entre el padre y la madre. Esta actitud hiere la vida mental de los niños, quienes a poco se sienten mortificados por no saber a quién obedecer, aceptando en todo caso el mandato cuyo cumplimiento ofrece la menor resistencia y el menor trabajo. Observan que hay pugna entre sus padres, y entonces surge marcada simpatía por uno u otro, llegándose al extremo de formar en el hogar odiosas divisiones entre los miembros que la integran.

La salud mental de los niños exige procedimiento uniforme en su educación, acuerdo unánime en dictar órdenes, las cuales deben ser cortas y previas, sin entretenerse en dialogar o aconsejar. Hay padres de familia y maestros atacados de cierto placer de mortificar a los niños que no les basta ordenar o censurar una vez, sino varias insistiendo sobre la misma materia. Este procedimiento lleva a los niños a un estado de indiferencia, en donde nada les importa ni significa el diario sermón predicado por sus superiores. Las órdenes deben ser ejecutadas con placer, y para ello no conviene darlas sino cuando se esté seguro que el niño habrá de cumplirlas sin mortificarse.

Con frecuencia existen en el hogar y en la escuela padres de familia y maestros que hablan en sentido irónico, expresándose en tercera persona cuando se refieren a los niños. Estos se dan a poco cuenta de esa manera de tratarlos, lo cual motiva en su espíritu, descon-

fianza y antipatía. El niño rara vez es irónico, por lo menos hasta la edad escolar no se mofa ni pone en ridículo a las personas que lo rodean. Este hecho implica la inconveniencia de tratarlos irónicamente.

Gran parte de los hábitos anteriormente enumerados sufren dificultades en su formación a causa de la extremada vigilancia que existe sobre los niños. Esa vigilancia convierte a maestros y a padres de familia en cancerberos, atentos a las más nimias actitudes de hijos o discípulos. Este proceder provoca en el espíritu del niño dos tipos de conducta. De un lado es el sujeto incapacitado para moverse libremente sin la autorización o aquiescencia de quienes lo vigilan; y de otro, el muchacho, que a cada momento se sustrae de esa vigilancia, apelando para ello a todo genero de subterfugios, en donde priman la mentira, el disimulo y la hipocresía. La vigilancia es conveniente cuando existe riesgo en la vida integral del niño, pero es innecesaria y nociva cuando se impiden actividades inherentes a su naturaleza.

Esa vigilancia llega al extremo de pretender que los niños adopten actitudes, costumbres y modales que son peculiares al adulto. Los padres de familia se interesan, por ejemplo, que los niños sentados a la mesa observen las reglas de urbanidad sin pensar que los chiquillos no están en condiciones físicas de manejar con destreza el cubierto o de comer con limpieza. Ocurre lo mismo cuando la madre, que va de visita con el hijo, desea que éste se conduzca con corrección, lo que vale decir se mantenga quieto, no toque las cosas, no moleste a las personas. Semejante deseo no puede satisfacer el niño, porque la inmovilidad, el silencio y la falta de curiosidad no forman la esencia de su naturaleza. Esos hábitos son consecuencia de una mayor capacidad física y de una mayor relación social. El niño se conducirá bien en la mesa a medida que pueda bastarse a sí mismo; y guardará compostura en presencia de los mayores cuando el contacto con éstos sea más frecuente.

En resumen, formar los hábitos positivos e impedir

los negativos es obra, en primer término, del hogar en el período de la edad pre-escolar del niño. Las reglas ofrecidas son de carácter general; lo necesario es estudiar la conducta de cada sujeto, cuyos síntomas varían según la edad, el ambiente en que vive, y la manera cómo se dirige su educación.

En segundo término está la escuela, que a su vez necesita no encastillarse en la común tarea de enseñar. Su misión es más amplia, más noble y de mayor responsabilidad. Está obligada a no dejar de mano la vida espiritual del discípulo y a no considerar que son iguales los niños agrupados en una sala de clase. Detenerse a estudiar la vida compleja de cada uno de los escolares es obligación imperiosa para no permitir que el espíritu de éstos se desvíe y adopte actitudes que más tarde habrán de tener funestas consecuencias.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

Capítulo II.

EL MECANISMO DE LA CONDUCTA

SUMARIO:

Deben estudiarse los deseos del niño.
Satisfacer aquellos que no causen daño a su persona.
No mortificarlo oponiéndose a todo deseo.
Colocarlo en la zona de sus intereses.
Ayudarlo cuando tenga alguna incapacidad física, o alguna dolencia.
No oponer la fuerza a la satisfacción de los deseos.
No invocar el principio de autoridad para modificar cualquier trastorno de la conducta.
No imponerle gustos ajenos.
No pretender que sea hombre, cuando sólo es niño.
No excluir a los niños de la sala de clase, ni de la escuela.
No mantenerlos en eterna tutela.
No amedrentarlos, ni asustarlos, ni prometer recompensa para obtener buena conducta.
No permitir que llegue al disimulo, ni a la hipocresía.
No permitir que compense una actitud por otra, si esa compensación no es constructiva.
Evitar que se identifique con otras personas.
No permitir que transfiera sus antipatías.
No permitir que se escape de la realidad y vaya a la soledad mental.
Impedir que disfrace su incapacidad, timidez, cobardía, egoísmo, celos, envidia, etc., ostentando altanería, valentía, combatividad, etc.

Impedir que regrese a la infancia, apelando al llanto, a la cólera, a la irascibilidad cuando quiera satisfacer algún deseo.

No consentir que busque razones para eludir obligaciones, o disculparse de faltas y de errores.

No permitir que culpe a otra persona de sus fracasos, ni critique en otros defectos que posee.

Evitar que reprima actitudes que le causen miedo o vergüenza.

Los hábitos estudiados suponen la existencia de un conjunto de deseos, unos que se satisfacen y otros no, pero que mantienen la conciencia en un continuo vaivén.

En el niño y en el adulto ese juego de intereses determina la conducta que está sometida a cierto mecanismo, producto, precisamente, del combate que se libra entre un deseo que se quiere satisfacer y las fuerzas que a ello se oponen.

La diferencia entre los deseos del niño y los del adulto está en que el primero concentra su exigencia sobre un determinado propósito, costándole mucho esfuerzo apartarse de él, mientras que en el segundo la exigencia se aminora porque tiene zonas de desvío. El niño siente necesidad imperiosa de ponerse en contacto con el mundo externo. En el adulto esa necesidad está limitada por la conciencia del sujeto que posee cierta disciplina y obedece a un proceso de razonamiento.

Nuestra existencia se desliza a través de una serie de exigencias. No podemos sacudirnos de ellas sin violentarnos, lo cual supone un esfuerzo que fatiga y conduce a la irritabilidad.

Igual fenómeno ocurre en la conciencia del niño con la diferencia de que en éste la violencia es mayor y las consecuencias son más graves.

Un niño a quien sistemáticamente se le ponen obstáculos para satisfacer sus deseos, se siente herido, llevándosele a un estado de rebeldía incontenible.

No conocer si el niño está en la zona de sus deseos, y si estos pueden o no ser satisfechos, es uno de los erro-

res en que incurren el hogar y la escuela. A esta ignorancia se debe, en gran parte, que la conducta rompa su mecanismo y se presente con una serie de síntomas precursores de malestar cada vez más profundo a medida que la oposición es más continua.

Toda la sabiduría de los padres de familia y de los maestros para obtener un equilibrio en la conducta está precisamente en conocer hasta dónde es posible satisfacer los deseos del niño y hasta dónde deben ser reprimidos o reemplazados. Pero, oponerse a todo, pretendiendo que tenga la misma conducta de un adulto, es un error funesto.

Aquella sabiduría exige necesariamente estudiar a cada sujeto, observar sus actitudes dentro y fuera de la escuela o del hogar. Pretender que los niños tengan una misma conducta, estén sometidos a las mismas reglas de ética que norman la vida del adulto, es otro error del cual debe huirse si se quiere salvaguardar el porvenir de los hijos o discípulos.

Los factores que se oponen a que el niño satisfaga sus deseos son los siguientes:

La incapacidad física lo coloca en manifiesta desventaja. La cojera, ceguera, miopía, sordera; los trastornos más o menos graves en sus funciones orgánicas lo incapacitan para vencer los obstáculos que a sus deseos se les presenten. No podrá contender con éxito en la lucha con sus camaradas, ya sea en el orden intelectual o en el material. Tampoco está en condiciones de amoldar su conducta a los deseos del adulto. Estos son los chiquillos que resisten a la mayor parte de las órdenes, no por desobediencia sino por incapacidad física.

Es obvio aconsejar ayuda a esta clase de niños, ayuda que esté en relación con sus necesidades y que no signifique tutela permanente, lo cual llevaría a un complejo de inferioridad psíquica, más grave que la física. La camaradería de estos niños con los que no tienen defectos es necesaria para su educación. En general en la escuela y en el hogar, los apocan, resaltan sus

defectos, se mofan y los ponen en ridículo. Debe preparárseles con eficiencia para alguna actividad que provoque satisfacción espiritual, cierto estado de superioridad, a fin de no hundirse en el desconsuelo definitivo. En la escuela, en especial, el maestro debe cuidar de estos niños con toda solicitud, amparándolos en todo momento y buscando la cooperación de los camaradas. Cuando se obtiene esta cooperación, el ambiente escolar constituye un régimen curativo excelente. En caso contrario, cuando los camaradas son adversos al niño defectuoso, no hay otro remedio que buscar otro ambiente. Mantenerlo en una escuela de niños normales, es aniquilarlo sin remedio alguno.

La autoridad de los padres de familia y de los maestros sobre sus hijos y discípulos es otro factor que se opone a los deseos, y por tanto modifica la conducta del niño.

Los deseos del niño en la primera infancia son de naturaleza orgánica y de necesidad inmediata, incontrolable. Quiere alimentarse, moverse, entrar en posesión y en contacto de las cosas. En este período de vida es necesaria la cooperación y ayuda de los familiares sin extralimitarse, pues, de lo contrario, se crearán hábitos de orden negativo.

Cuando comienza a gatear o andar, y se inicia en los primeros ejercicios de lenguaje, sus exigencias se multiplican. Es entonces cuando la madre de familia debe proceder a educarlo con extremada cautela, teniendo presente que no hay razón para oponerse a deseos que constituyen impulsos de la naturaleza, y que no ponen en riesgo la existencia del niño. Cometerá un error y muy grave, en impedir que se mueva, se ponga en relación con las personas, toque y maneje los objetos, grite, converse, pregunte, juegue. Cuando tratare de destrozar objetos, dañar a los animales, golpear a los camaradas, manejar cosas que lo dañen, el procedimiento debe ser preventivo y no represivo; es decir no colocarlo en circunstancias en que se vea obligado a satis-

facer aquellos deseos. El castigo, el consejo, la amenaza son ineficaces, porque la naturaleza del niño no admite fuerzas externas que inhiban exigencias profundas de su Yo. Parece paradójico que gran parte de las llamadas travesuras y malcriadeces del niño provienen de culpa exclusiva de los padres de familia, quienes no tienen la capacidad, ni la serenidad necesarias para sustraer a sus hijos de la tentación de satisfacer deseos que no tienen importancia ni para éstos, ni para aquéllos.

En ningún caso debe oponerse la fuerza a los deseos del niño. Un lenguaje sencillo, persuasivo, en donde no exista vestigio de amenaza, de malhumor, de enojo, es lo único que puede desviar cualquiera exigencia.

Lo contrario, imponerse en nombre del principio de autoridad, es encontrar la resistencia del sujeto, resistencia que a veces está disfrazada de la obediencia y de la pasividad, sin pensar que esta forma de represión interior motiva graves trastornos en la personalidad del niño.

Los padres de familia, los maestros y las personas que cuidan a los niños abusan del principio de autoridad. Viven bajo el prejuicio de la denominada disciplina, lo cual significa obediencia, silencio y trabajo. Piensan que educar es imponer la voluntad del superior. Cuando esta voluntad no domina, creen que la autoridad está en quiebra. Nada más absurdo. El principio de autoridad no puede aplicarse sobre la conciencia del niño en la misma forma, ni en la misma proporción que sobre la del adulto. El niño no admite autoridad alguna, excepto la de sus propios impulsos. Cuando los padres de familia y los maestros deseen ser obedecidos no hay otro recurso que ponerse al nivel de la mentalidad de los hijos o discípulos, sumándose a sus necesidades en pensamiento y acción.

Precisamente se procede en forma contraria. El adulto pretende imponer sus gustos, sus deseos, sus costumbres. Ante este conflicto la conducta del niño ad-

quiere vigor suficiente para ir al capricho y a la violencia.

En un parque de niños, en Europa, observé a un chiquillo de pocos meses de nacido, que deseaba subir un montículo de tierra. La mujer encargada de cuidarlo impedía ese deseo amenazándolo, castigándolo y retirándolo violentamente cada vez que el niño trataba de ejecutar la acción. El niño, no obstante el castigo, insistía en subir. Me vi precisado a intervenir en presencia de esa crueldad y de esa ignorancia, pues no había peligro en ese deseo, ni constituía malcriadez alguna. Al contrario, era un ejercicio saludable del cuerpo y de la voluntad. Logré convencer a la mujer. El niño subió el montículo y se sintió feliz. Cuando bajó, volvió a subir unas dos o tres veces, para variar luego de actividad sin mortificación ni del niño ni de la cuidanta. La torpeza de la niñera fomentaba en el pequeñuelo un estado de rebeldía con sus concomitantes de cólera y de ira, y la consiguiente timidez para futuras acciones.

En resumen, los padres de familia no deben pretender que sus hijos, en la primera y segunda infancia, sean *hombres* prudentes, ecuánimes y morales. El juicio es una función mental superior, y la moral es un proceso lento y doloroso al cual la misma conducta del adulto no se amolda. La ética del niño es muy peculiar. El bien y el mal, como los concebimos, no llegan a su conciencia. De allí que para amoldarse a nuestras costumbres y gustos realiza esfuerzos que lo fatigan, lo perturban y lo llevan a un estado de rebeldía permanente.

No sólo la influencia del padre o de la madre determina la conducta del niño, sino el ambiente de la familia en su totalidad. Hay diferencia entre la conducta del niño burgués y la del proletario. Actitudes, pensamientos, costumbres, panorama de vida, varían según su procedencia social. La familia imprime en el espíritu de los niños un sello inconfundible, a fuerza de un sinnúmero de represiones con daño positivo para la personalidad, cuyo máximo exponente sería mantener el ma-

yor equilibrio posible en presencia de los obstáculos que la vida ofrece a diario.

Esa falta de equilibrio tiene su origen en el hogar, en donde los prejuicios de la familia, las costumbres de ella, la situación espiritual y mental de sus componentes son otras tantas fuerzas que modelan la conducta del niño.

Naturalmente cuando en el hogar prima lo bueno sobre lo malo, cuando es dirigido por hábitos positivos que construyen la personalidad del niño, esa influencia es necesaria y de manifiesto provecho. Pero cuando ocurre lo contrario, cuando está sometido a la malsana influencia del hogar, en donde reina el desamor, la incomprensión, la crueldad, la ignorancia, el vicio, entonces la suerte de los hijos tiene un pronóstico de suyo grave.

Ya veremos al ocuparnos de la familia hasta dónde es necesario mantener en el hogar la mayor serenidad, a fin de no perturbar la de los hijos, cuya vida se desarrolla en medio de múltiples obstáculos que para vencerlos requiere esfuerzo permanente, que no debe ser malgastado en innecesarios combates.

Cuando el niño llega a la escuela, se encuentra con un ambiente social enteramente opuesto al desarrollo de sus actividades. La voluntad del maestro, las prescripciones del reglamento, las del plan de estudios, la rigidez de los horarios, la combatividad de los camaradas, todo significa para el nuevo estudiante un mundo lleno de dificultades y de obstáculos que lo mortifican y lo colocan en situación de recelo, adustez y timidez.

Si el niño posee flexibilidad mental, el acomodo a este ambiente es sencillo; pero si su psiquismo es débil y no tiene facilidad de adaptación, no le es posible, sino mediante grandes esfuerzos, sumarse a la nueva colectividad.

Lo que hemos dicho de los padres de familia podemos referirlo a los maestros, quienes están obligados a estudiar a sus discípulos antes de imponerles cualquie-

ra tarea escolar y someterlos a determinada disciplina. En la escuela no hay dos niños iguales. Las acciones y reacciones de los escolares varían al infinito. Por ello, es absurdo someter a todos a un mismo cartabón.

A esta extremada complejidad del ambiente escolar se debe que la conducta del niño tenga múltiples proyecciones, las cuales son erróneamente consideradas como actos de buena o mala conducta. Valuar estas acciones, diagnosticarlas sin previo estudio de causa, castigarlas o premiarlas, constituye otras tantas anomalías de la escuela que redundan en perjuicio del niño.

El principio de autoridad en la escuela es más drástico que en el hogar. El maestro desea mantener el orden, el silencio, la obediencia. En ello estriba su autoridad. Difícilmente baja hacia el niño para estudiarlo y comprenderlo. Permanece en lo alto de su pupitre para imponer por la fuerza su voluntad, sus ideas y sus costumbres.

El maestro tiene tras sí, como arma de defensa, el reglamento interior de la escuela, dictado para contender con adultos, mas no para dirigir la conciencia de los niños. Es obligatorio cumplir un plan de estudios elaborado sin averiguar, por métodos que ofrece la pedagogía experimental, cuáles son los conocimientos que el niño puede adquirir, cuáles los que conviene a determinada edad, en qué proporción cuantitativa y cualitativamente juzgada es posible ofrecerla sin riesgo para la mentalidad del escolar.

Nada de esto se hace. Una comisión de personas reunida alrededor de una mesa juegan con las materias de enseñanza como se juega con las fichas de ajedrez. Se les ocurre que determinada parte de aritmética, de gramática o de historia, corresponde a tal año o grado, sin establecer la correlación necesaria entre esas materias, menos averiguar el tipo de habilidad y sus diferencias existentes en el alumno.

Así, al margen de los intereses del niño, sobreponiéndose a sus deseos, contrariándolos, se pretende cana-

lizar su mentalidad. El éxito de ese procedimiento lo vemos a diario. El fracaso de escuelas, colegios o liceos en su misión de instruir es ostensible. Por supuesto en el orden educativo, o sea, en mantener la máxima disciplina interior en la conciencia del escolar, esos institutos de enseñanza han procedido y proceden en daño positivo para la vida integral del estudiante.

Los nuevos tipos de escuela nueva, que por felicidad se expanden en el mundo, van procediendo de acuerdo con las necesidades del niño, mas no con las del maestro o con las del Estado, que se ampara a sus leyes y reglamentos de instrucción dictados con menosprecio absoluto de todo principio científico.

En esas escuelas nuevas, el niño es estudiado desde el momento que ingresa al aula, para ser colocado en el plano de intereses que le corresponde. De esta suerte gran parte de sus deseos se encuentran satisfechos. El régimen de estudios es de tal amplitud que el niño se mueve con entera libertad en busca de todo aquello que le produzca mayor felicidad, felicidad que está en relación directa con las actividades a las cuales voluntariamente se somete. Ya no existe la tiranía de los horarios ni de los exámenes. La autoridad del maestro se convierte en camaradería con los discípulos, a quienes se aproxima, y en quienes se funde sin reserva alguna.

Sólo así es posible que la conducta del niño se desplace sin grandes contrariedades ni esfuerzos, que a la postre lo aniquilan y desvían.

Las consideraciones expresadas indican el camino que debe seguirse, o sea, la radical renovación de la organización escolar, en el sentido de dar al niño la mayor libertad posible dentro de la cual pueda ejercitar sus actividades y manifestar su conducta en condiciones tales que sea posible conocer sus defectos y sus virtudes, para modificarlos, favorecerlos o detenerlos.

En la escuela hay otra fuerza que altera la conducta de los niños. Esa es la influencia de los camaradas. Los sujetos débiles que en el hogar se han encontrado

bajo la dependencia de los padres de familia, transfieren ese estado a la escuela y buscan alguna tutela. Ella es en principio la tutela del maestro, a quien se aproximan por defensa, por ocultar sus defectos, por congraciarse. A este grupo pertenecen los chiquillos que sirven a los maestros de pasantes, de inspectores disciplinarios de la clase, de una especie de secretarios, dispuestos siempre a satisfacer los deseos más exigentes de sus superiores. Estos niños se apartan de la camaradería, forman un solo cuerpo con los maestros. Esa actitud no es de la simpatía, ni de la aprobación de los condiscípulos, quienes ven con recelo, suspicacia, descontento, y a veces envidia semejante actitud contraria a la solidaridad que el niño desea y pugna por conservar dentro del grupo.

En general estos niños son excluídos de toda convivencia escolar. Son los sujetos odiados por la masa. En cambio gozan de la simpatía de los maestros, quienes los premian, los alaban y los colocan en plano superior al de los demás alumnos.

En uno y otro caso se perjudica la educación de esa clase de niños. La exclusión de la sociedad escolar, los vuelve recelosos, huraños, suspicaces, egoistas, desleales, incapaces de sentir emoción social alguna. La simpatía de los maestros los pone en situación falsa, tanto mental como espiritual. Como el favor constituye una recompensa de la alianza con los maestros, su mentalidad no tiene el vigor necesario. Espiritualmente, esos niños, son incapaces de una disciplina interior, precisamente porque se encuentran sometidos a una permanente tutela.

De lo dicho se desprende que es dañoso para los niños mantenerlos en tutela. A esta clase de sujetos debe dárseles desde muy temprano una dirección precisa en su educación de tal suerte que no se aparten del ambiente escolar, en cuyas contingencias tienen mucho que aprender, y mucho para disciplinarse.

Después de la tutela de los maestros está la de los camaradas. Cuando el niño ha podido sustraerse de la

primera, si no tiene una personalidad recia cae bajo la tiranía del grupo escolar, donde existen muchachos que son verdaderos dictadores. Cuando el sometimiento se verifica, ello puede atribuirse a la superioridad física o mental del jefe o a un estado de timidez o de miedo. En el primer caso puede verse en esos niños un complejo de inferioridad; en el segundo, un estado emotivo peligroso.

A estos niños debe sustraérseles de aquella tutela, dárseles mayor energía, coraje y confianza. A ellos no es conveniente excluirlos de las actividades escolares, en donde exista cierta responsabilidad, ni ponerlos en estado de dependencia.

En la primera y segunda infancia, especialmente en la segunda, y en los comienzos de la edad escolar, los padres de familia se valen de otros factores para determinar la mejor conducta de los niños. Es recurso muy empleado amenazarlos con el policía, con los fantasmas, duendes, demonios, etc. Cualquiera de estas actitudes provoca en el espíritu de los niños, como veremos en su oportunidad, estados emotivos de suyo graves, cuyas consecuencias en lo porvenir son a veces funestas. Toda amenaza que origine el miedo debe ser desterrada de la escuela y del hogar.

A las fuerzas que se oponen a los deseos del niño, éste contrapone otras para satisfacerlas.

La *reacción* es la fuerza que está más a la mano del niño. En cuanto hay oposición a un deseo, y éste no es satisfecho porque se lo impiden, surge en la conciencia la consiguiente protesta acompañada de llanto, cólera e ira.

Esta reacción es una manifiesta rebeldía que comienza así por estos pequeños trastornos, para adquirir, después, mayores proporciones a medida que el niño encuentra resistencia en satisfacer sus deseos. La rebeldía, que en sus principios fué esporádica y específica, se convierte en otra permanente a todo mandato, consejo e insinuación. Esa rebeldía origina antipatías que abren

surcos profundos en el espíritu, difíciles de borrar más tarde, aun en la adolescencia o en la madurez.

Cuando la reacción surge en la conciencia del niño no conviene alimentarla. Es preciso desviar cualquiera actitud de esta naturaleza. La condescencia en gran número de deseos del niño es remedio radical para que no se entronice aquella rebeldía, causa de tantas amarguras dentro y fuera de la escuela.

La reacción puede no convertirse en rebeldía, mas sí en insistencia. El niño desea satisfacer un deseo, no tiene la fuerza suficiente para rebelarse, entonces insiste con pasividad, vuelve a tomar actitudes que acusan el imperio de la voluntad. Cuando esto ocurre, es frecuente mantener delante de esta clase de niños una actitud de desdén, de resentimiento por no haber obedecido. En estas circunstancias, el niño huye de la convivencia social. No busca el consejo ni la aquiescencia de sus padres o maestros, se sustrae a la vigilancia de ellos para satisfacer sus deseos con la mayor libertad posible. Es indicado en estos casos no mostrarse resentidos, sino al contrario tender la mano, darle confianza máxima, a fin de que el espíritu del niño busque continuo refugio en el de sus padres o maestros cuando surja un obstáculo cualquiera en la satisfacción de sus deseos.

Si el niño no es capaz de franca rebeldía y de actitud tesonera, entonces recurre a otro factor, el del engaño. Simula acceder a determinadas órdenes, quiebra momentáneamente su voluntad, se muestra sumiso, pero su rebeldía es interior, la cual aparece tan pronto como la fuerza ha cesado. Esta actitud de hipocresía confunde a maestros y padres de familia, quienes suponen que el niño ha obedecido cuando en realidad no hay otra cosa que un disimulo bien empleado y ejercitado. Este disimulo se origina en el hogar, especialmente en niños que han sido sometidos a una disciplina férrea.

El disimulo es el arma que el niño esgrime para sustraerse no sólo de la autoridad paterna o escolar, si-

no para ocultar un mundo de deseos que no pueden ser satisfechos, sino a hurtadillas, lejos de toda vigilancia. Es fácil darse cuenta de semejante conducta, frecuentemente desviada por el miedo, o por la desconfianza. Se acostumbra a esta clase de niños a mantenerse en continuo estado de acecho, de sobresalto, buscando en la mente los recursos necesarios para burlar toda vigilancia, inclusive aquella puramente imaginada por ellos.

Esa actitud es funesta y debe impedirse sumándose a los intereses del niño, no sustrayéndose de ellos, ni apartándose de su convivencia. Los padres de familia y los maestros suponen que su única misión es instruir o enseñar buenas costumbres, cuando en verdad, la misión de educar está en no abandonar el espíritu de los hijos o discípulos, lo cual significa comprenderlos, o sea, crearles confianza en sus fuerzas. Toda actitud hosca, huraña, displicente de los superiores hacia el niño sirve para desviar la dirección de una conducta normal.

Estas son las fuerzas de que dispone el niño para satisfacer sus deseos, las cuales se manifiestan en actitudes familiares en el hogar y en la escuela. Hay otras que escapan a la simple observación y convivencia con los niños. Algunas de ellas, como la de la compensación, identificación y transferencia, las hemos ya anotado en el capítulo anterior.

Sin embargo, conviene aclarar esas ideas en relación con el mecanismo de la conducta.

El niño que tiene algún defecto físico; el que no alcanza éxito en las tareas escolares o en los deportes; el que se encuentra privado de belleza, *compensa* estas deficiencias que no le permiten satisfacer muchos deseos, con otras actividades.

Así, el estudiante que no puede ejecutar buenos trabajos escolares resulta un magnífico colaborador del maestro. El que por razón de cojera no está capacitado para tomar parte activa en deportes, resulta un buen editor de periódicos deportivos. Los estudiantes pobres en atletismo triunfan en el orden académico y viceversa.

El tartamudo se convierte en escritor. El ciego en músico. El inhábil en matemáticas es hábil en literatura.

No hay razón alguna para oponerse a este mecanismo de compensar una actividad por otra, siempre que ella resulte constructiva y no destructiva de la personalidad del niño.

Un sujeto para lograr sus deseos evita dificultades, llama la atención de quienes le rodean, adopta maneras, costumbres y actitudes de otras personas. Se *identifica* con ellas. A este proceso se llamó imitación, pero estudios posteriores han demostrado que la imitación como mecanismo para copiar actitudes no existe. Es un proceso típico de identificación, el cual es generalmente inconsciente.

He aquí algunos casos: Un chiquillo que adopta giros idiomáticos, vestidos, costumbres, etc., del hermano mayor que concurre a la escuela. La muchacha que se peina, se acicala, se viste y se mueve en la misma forma que alguna heroína vista en la pantalla de un cinematógrafo. El estudiante que escribe o habla con el mismo estilo y el mismo tono que su padre o maestro favorito. Las chiquillas que se sienten madres en el juego con sus muñecas, o los muchachos que se creen soldados cuando juegan a la guerra.

La identificación no debe verse con la misma simpatía que la compensación. Hay riesgo para la personalidad del niño si la identificación adquiere raigambre. Es prudente desviar este mecanismo si se observa que ha cogido por entero la personalidad del niño sustrayéndolo de la realidad. En casos de manifiesta persistencia conviene la consulta médica.

Los niños que en la escuela adoptan las mismas actitudes que en el hogar, o aquellos que tienen por el maestro la misma simpatía o antipatía que por sus padres, ejercitan el mecanismo de la conducta denominado *transferencia.* En general un sujeto usa de la transferencia cuando adopta hacia las gentes que lo rodean las mismas actitudes que proyecta sobre otras personas.

He aquí algunos ejemplos: dos hermanos gemelos en una escuela eran inseparables. Cuando enfermó uno de ellos, el otro encontró un amigo con quien observó la misma conducta que con su hermano. El padre y el hijo unidos por su afición al deporte; el hijo transfiere la misma simpatía al director de deportes del colegio. Una muchacha o un muchacho tiene simpatía por el maestro o maestra, porque se parece al padre o a la madre. Igual transferencia se observa en la amistad entre camaradas, en donde se ve que la simpatía surge por encontrar en el amigo o en la amiga las mismas virtudes que en sus progenitores. No sólo transfieren estas actitudes de simpatía, sino también las de antipatía.

La transferencia por razón de simpatía no tiene peligro alguno. En el caso de la antipatía, es necesario buscar el origen. Si la causa está en algún miembro de la familia del niño, o en la de las personas que lo rodean, la conducta de éstos debe variar. Si esto no ocurre, la transferencia se traduce en un estado de combatividad y resentimiento profundos, lo cual altera la conducta del niño.

Nos hemos ocupado en este capítulo de la *reacción* como factor del mecanismo de la conducta, reacción que es familiar en la vida del hogar o de la escuela. Pero algunas formas de reacción escapan a la observación común y por consiguiente no les dan importancia, o las confunden, o atribuyen su presencia a causas que no les son peculiares.

Los niños al sustraerse de cierto estado mental o espiritual que los mortifica adoptan una *reacción de escape*, recogiéndose sobre sí mismos, en un mundo interior de ilusiones y fantasías. Este mecanismo para alcanzar satisfacción y placer no encontrados en la realidad se denomina *introversión*, y a los sujetos que lo usan, *introvertidos*. La introversión no sólo significa vida interior, sino buscar sustitutos que lo aparten de la realidad. La lectura de libros sobre aventuras, la predilección de ciertas películas cinematográficas en relación con sus zo-

nas de interés, el apartarse de las personas que lo rodean, el huir de toda camaradería, la actitud del niño en la sala de clase cuyo espíritu no está allí presente son otras tantas manifestaciones del introvertido.

He aquí algunos casos:

Un niño predispuesto a la soledad, sin amigos, sin deseos de convivencia social, se aparta para leer cuentos o historias de carácter fantástico. El niño procedente de hogar pobre sueña lo que haría en posesión de la riqueza. El estudiante inhábil y fracasado en su trabajo académico se congratula interiormente en llevar una vida de atleta con toda la popularidad y gloria inherentes a esa actividad. La ambición interior de un niño débil de carácter se traduce en el deseo de ser algún día un verdadero *leader*. Una muchacha avergonzada de la pobreza de su hogar, de la falta de hermosos y elegantes vestidos, se entretiene en hojear las páginas de una revista de modas o de otra en donde existan datos y fotografías sobre la esplendidez de un hogar lujosamente construído y amoblado.

Otro tipo de reacción es el denominado de *defensa* al cual acuden buen número de niños para disfrazar su timidez, cobardía, incapacidad física y mental, envidia, egoísmo, celos. Se defienden ostentando altanería, valentía, combatividad, en presencia de personas débiles, indefensas o dependientes de ellos. Este mecanismo se denomina *extroversión*, y el sujeto que la utiliza *extrovertido*.

He aquí algunos ejemplos:

Una muchacha que desearía ser popular entre los muchachos, y no lo es, proyecta una actitud de desafío, de hombría. Un niño cobarde interiormente, resulta combativo con los camaradas menores que él. Una muchacha impopular trata de llamar la atención, presentándose enjoyada y elegante. Un chiquillo cubre su deficiencia mental fomentando el desorden en la sala de clase, erigiéndose en *leader* de ella. Un niño excluído por

sus compañeros de la comunidad escolar, alardea tener amigos.

Es normal que los niños vivan su mundo interior, caso de los introvertidos, y por tanto no hay peligro salvo cuando la introversión lo aparta de la realidad total, en cuyo caso no debe permitirse que el niño viva en soledad mental. Si permaneciese en esta situación la presencia del médico es necesaria.

En el caso de los extrovertidos es conveniente observar cuidadosamente si la conducta obedece a ese mecanismo, o es consecuencia directa de una extremada actividad, o de una profunda antipatía por las personas que lo rodean.

No es fácil distinguir uno u otro caso. La experiencia del padre de familia y la del maestro y el conocimiento de la naturaleza del niño dan la clave de esas actitudes. Cuando éstas se encaminan para sustraerse de todo esfuerzo, es preciso llevarlo a la acción inmediata sin permitir que ninguna otra desvíe su conducta.

En la vida escolar es frecuente que los niños apelen al llanto, a la cólera, al engreimiento para alcanzar algún deseo, o escapar de algún esfuerzo. Esta actitud se conoce con el nombre de *regresión*, porque el escolar regresa a la primera infancia, en donde usó de ese mecanismo.

He aquí algunos casos:

Los niños sacan la lengua, se chupan los dedos, se hurgan la nariz, etc., cuando dan una lección y encuentran alguna dificultad en el proceso mental. Lloran cuando se les corrige. Rehusan continuar un trabajo cuando en él fracasan. Destrozan sus ropas o sus útiles escolares cuando no dan un buen examen. Adoptan un lenguaje infantil cuando se ven derrotados. Llegan fácilmente a la cólera cuando no se les satisface en sus deseos.

Gran parte de estas actitudes son de orden emotivo y por esto no conviene provocar este estado en el niño, quien en caso contrario irá a la *regresión* con daño positivo para su personalidad. Cualquiera dificultad que

tenga en su trabajo escolar o en las ocupaciones domésticas debe ser salvado sin ocasionarle emociones que lo perturben.

Desde los primeros años de la adolescencia el sujeto busca disculpa para sus fracasos en un proceso de *racionalización*, o sea, que razona y se justifica por no haber triunfado, por no haber logrado sus deseos.

Esta racionalización se presenta también en niños que cursan instrucción primaria, cuando se defienden de sus travesuras, o escudan sus deficiencias, razonando, alegando múltiples pretextos, muchos de ellos inexistentes.

Ilustremos este mecanismo:

Los escolares excusan su falta de preparación atribuyéndola a trabajos excesivos en el hogar, al hecho de ser mortificados e incomprendidos por sus maestros, a la falta de interés por ciertos estudios, a la organización y disciplina de la escuela, a los programas sobrecargados, a los examinadores, a la falta de útiles de enseñanza, a enfermedades simuladas.

Debe combatirse este mecanismo, porque sustrae al niño de toda actividad mental. Un estudiante que busca cualquier pretexto para evadirse de obligaciones va directamente a la pereza mental, cuyas consecuencias son funestas en lo futuro. Muchos de esos pretextos, en las escuelas, son consecuencia directa de la organización escolar, de la falta de estudio y de comprensión de los niños. Cuando el trabajo escolar responde a las necesidades del niño, a su capacidad, a sus aficiones, el trabajo mental resulta realmente un placer espiritual. En esta situación es difícil que el niño racionalice.

Un mecanismo de la conducta que guarda relación con la anterior es la denominación *proyección*, mediante la cual se da personalidad a las cosas y se pretende atribuir a éstas muchos fracasos. En los niños este mecanismo se realiza cuando destroza su cuaderno de ejercicios, rompe sus lápices, arroja el tintero en un rapto de cólera por atribuir a esos objetos alguno de sus errores. La

proyección se relaciona también con las personas. Es común escuchar a los estudiantes dolerse del poco éxito obtenido en sus estudios y culpar de ello a sus maestros.

Algunos ejemplos aclaran lo anterior:

Los niños critican en otros la conducta que ellos observan. Los que acusan a sus camaradas de actos que ellos frecuentemente ejecutan. Los que ven deshonestidad en otros, siendo ellos deshonestos.

La proyección como la racionalización debe ser combatida. Cuando ella se refiere a las cosas, existe una gran dosis de mal humor, de cólera, de desconfianza en sí mismo, de incapacidad. Cuando la proyección está en relación con las personas hay un fondo de antipatía y de combatividad interior. Todo ello mortifica al niño y desvía su conducta.

Por último, el mecanismo conocido con el nombre de *represión* lleva al sujeto a reprimir acciones que le causan miedo o vergüenza. Ese estado de arrepentimiento interior que no tiene la fuerza necesaria de proyectarlo al exterior, lo lleva a un estado de represión. No es un acto voluntariamente ejecutado. La represión se realiza sin darse cuenta. Muchas veces trabaja al lado de la racionalización. El sujeto pretende darse razón a sí mismo, cuando en realidad no hay otra que la inconscientemente elaborada.

Por ejemplo, un alumno que pretende atribuir sus fracasos a la antipatía de sus maestros, cuando en verdad se debe a su falta de habilidad o capacidad. Un niño que no desea nadar es probablemente a causa de habérsele imbuído el miedo al mar en su primera infancia. La falta de habilidad por la música, puede ser motivada porque el maestro o los compañeros se burlaron de él al querer entonar.

Tales son las fuerzas que determinan el mecanismo de la conducta del niño. Lo esencial es buscar la zona de sus intereses. En esa zona es fácil operar. Pero cuando se olvida que el niño tiene intereses y deseos propios que

lo empujan, entonces es difícil manejar con habilidad el mecanismo de su conducta. El olvido que a este respecto se tiene, lleva a los padres de familia y a los maestros a proceder en forma drástica cuando la conducta del niño se desvía, o en una marcada tolerancia, cuando esa conducta les satisface por estar de acuerdo con sus prejuicios y deseos. —

Capítulo III.

ALGUNOS TIPOS DE CONDUCTA

SUMARIO:

No calificar al niño de "malcriado", "desobediente", "ocioso", "sucio", etc., ni considerarlo por estas causas de **mala conducta.**

Saber que la malcriadez, la insolencia, la desobediencia, la pereza, la suciedad, no son defectos, sino síntomas de trastornos de conducta que obedecen a algún malestar del cuerpo o del alma.

No considerar a un niño de **buena conducta** porque es tranquilo, sumiso, obediente, amable.

La tranquilidad, la sumisión, la obediencia y la amabilidad excesivas no son **virtudes,** sino síntomas de algún trastorno orgánico, psíquico o mental.

En ambos casos debe consultarse al médico.

No permitir que se encuentre en soledad física, ni mental.

Debe entretenérsele dándosele ocupaciones que le interesen.

Debe rodeársele de amigos con quienes juegue y converse.

Tener cuidado con la tristeza del niño, y consultar con el médico cuando esa tristeza resulte permanente.

No permitir el dominio del hermano mayor sobre los menores, y viceversa. Debe procurarse el mayor equilibrio posible entre ellos.

No someterlos a una excesiva vigilancia y tutela.

No dar órdenes ni contraórdenes. El padre y la madre deben proceder de mutuo acuerdo.

No permitir que el niño escude muchos defectos con una falsa honestidad.

La actividad del niño debe ser constructiva y no destructiva.

No conviene detener, ni destruir aquella actividad.

Es difícil educar al niño que no manifieste su personalidad.

Debe evitarse que sea indiferente a todo lo que le rodea. Si esa indeferencia persiste debe consultarse al médico.

No molestarse con los niños demasiado inquietos. Para educarlos no hay mejor fuerza que el amor y la paciencia.

No permitir que se acostumbre a tareas fáciles.

No desesperar de la lentitud mental. En casos graves precisa la consulta médico-pedagógica.

Una extremada pulcritud en los trabajos no significa ni aplicación ni buena conducta.

Acostumbrarlo a la serenidad, a no mortificarse por los fracasos.

No acostumbrarlo a ser chistoso, hablador, "palangana" o "latero".

Debe impedirse todo acto de crueldad.

Conocido el mecanismo de la conducta de los niños, no está demás estudiar algunos tipos de conducta que se manifiestan en el hogar y en la escuela.

En esta exposición sólo deben verse los casos más frecuentes, aquellos con los cuales contienden maestros y padres de familia.

Lo primero que se observa en la vida de los niños, es el estar agrupados en dos grandes sectores; los que manifiestan extremada pasividad, y los que ostentan actividad permanente. A los primeros se les tiene como sujetos de inmejorable conducta; a los segundos, se les considera de mala conducta.

Los niños que pertenecen al primer grupo, tienden desde muy temprano a la soledad. Se apartan de sus hermanos, juegan solos, no permiten que nadie les interrumpa en sus ocupaciones. Cualquier juguete es para ellos y sólo para ellos. Se apropian de las cosas, las cuidan, las ocultan. Hay un estado incontenible de egoísmo y un deseo manifiesto de aislarse. Más adelante, siguien-

do su proceso crean personajes imaginarios con quienes dialogan. Para ello buscan los rincones de la habitación, los sitios más apartados de la casa.

En la escuela observan la misma conducta. Resisten a toda convivencia social. No les gusta permanecer en la sala de estudio. Se mortifican con la compañía de los camaradas. En las horas de recreo se mantienen alejados con cierta tristeza en el semblante. El silencio es el síntoma más notable. En sus tareas escolares hay limpieza, cuidado y pulcritud. Son tipos obedientes, de una obediencia pasiva que acusa trastornos en el espíritu.

Debe tenerse cuidado con esta clase de niños. Diagnosticarlos prematuramente y considerarlos como sujetos de irreprochable conducta es un error. Precisamente es lo contrario, porque la naturaleza del niño es esencialmente activa, afecta a moverse, a contender, a buscar su propia salida.

Pensar que esta tranquilidad es benéfica significa, por desgracia, dejar en olvido punible aquellos síntomas que indican por sí solos que el espíritu del niño está en agitación interior, sin fuerza necesaria para ser proyectada al exterior.

Aquel estado de soledad puede llevarlo a situaciones más graves, creando en su espíritu fuerzas capaces de destruirlo.

Hay dos clases de soledad: la soledad física, que es el retraimiento personal, corporal del niño, que se traduce en el deseo de apartarse de las gentes que lo rodean ya sea en el hogar o en la escuela. La soledad mental, es el retraimiento de su Yo, la abstracción completa de la realidad, la vida interior atormentada, quién sabe por qué ideas.

Pocos son los que se han detenido a observar estos tipos de soledad. Lo único que alarma a los padres de familia y a los maestros, es la soledad física, que es considerada, en general, como síntoma de algún malestar orgánico. En realidad, así es, en la mayor parte de los

casos. En cambio, la soledad mental ha sido olvidada o mal juzgada, pues se considera como un estado de quietud y de obediencia que halaga la vanidad de los padres.

Nadie debe poner en duda que cualquier estado de soledad del niño es grave, y por eso la compañía espiritual de los padres o de los maestros para esta clase de niños es cuestión de necesidad inaplazable. Las madres que abandonan a sus hijos y los ponen a merced de sirvientas ignorantes, contribuyen a desviar la personalidad del niño que requiere continua camaradería con gente capaz de entenderlo y de provocar en él un estado de placer.

En la escuela se cometen errores más graves respecto de la soledad de los niños. Cuando el maestro no tiene la capacidad suficiente para dirigir la conducta de sus discípulos, el único recurso que tiene a la mano, es apartarlo de la sala de clase y, a veces, recluirlo en una habitación. Colocado el niño en esta situación, se provoca el estado de soledad física y mental. Igual fenómeno ocurre cuando el maestro hace caso omiso de los niños que lo perturban. Al no ocuparse de ellos, al considerarlos como elementos nocivos de la colectividad escolar, abandona su misión de educador y se convierte en un simple guardián del orden, cuando precisamente esos niños necesitan la amistad del maestro, la compañía espiritual de éste, lo cual debe traducirse en una franca aproximación al discípulo.

Aunque resulte paradójico, esos niños afectos a la soledad son sujetos fatigados: no sólo es la fatiga exterior, producto del trabajo escolar o de las ocupaciones del hogar, sino también, la fatiga interior como consecuencia directa de no existir en el espíritu fuerzas necesarias que equilibren su conducta y la manifiesten en sentido normal.

Cuando el niño se aparta de la camaradería y se sustrae a toda actividad escolar es porque no tiene la energía necesaria para la convivencia social, que en todo caso, significa contienda.

Desgraciadamente, en el hogar y en la escuela no se da gran importancia al problema de la fatiga. Se supone, entre otras cosas, que el juego, por ejemplo, es el medio para provocar el descanso en los niños. Esta creencia es falsa, porque el juego es un verdadero trabajo físico y mental. Desde el simple juego de las damas o del ajedrez hasta el football, hay en ellos un desgaste continuo de energías. Por consiguiente, si un niño se encuentra fatigado por exceso de juego no será dable forzarlo al estudio y, viceversa. El único factor que provoca verdadero descanso es el sueño. Se observa con frecuencia que los niños que han dormido mal o han sido perturbados en su sueño, despiertan con síntomas de irascibilidad de carácter y necesitan cierto período de tiempo para volver a su estado normal y estar dispuestos a emprender cualquiera tarea.

Hay otro grupo de niños que ostentan demasiada tristeza. A éstos nada les importa, todo les mortifica. Una tremenda tempestad agita su conciencia. Muy pronto les invaden el hastío y el cansancio. No es raro encontrar en esta clase de niños manifiesta lentitud mental como consecuencia directa de una fatiga interior.

De lo dicho se deduce que la tranquilidad y obediencia en los niños, es un estado normal de suyo peligroso y que cuando ese estado persiste es urgente el consejo médico.

Hay niños que no gustan de convivencia social alguna con sus mayores y, al contrario, les place contender con los menores. Buscan para sus actividades a quienes puedan dominar física y mentalmente. Les agrada ser obedecidos; sienten placer en dominar y subyugar.

Esta actitud se debe, en muchos casos, al mecanismo de compensación ya estudiado. El niño física o intelectualmente débil, incapacitado de contender con quienes lo superan, compensa esta desventaja buscando la línea de menor resistencia.

En el hogar lo normal es que los hijos mayores dominen a los menores. Pero, hay casos en que ocurre lo

contrario; el menor tiene mayor capacidad, habilidad y destreza en la ejecución de determinadas actividades. Valiéndose de esta aptitud mantiene superioridad inequívoca sobre sus hermanos mayores, superioridad que lo llena de orgullo, de pretensión y de altisonancia.

La única manera de mantener a estos niños en equilibrio espiritual es provocar su convivencia con sujetos superiores a ellos, a fin de que comparando sus habilidades busquen la relatividad de sus acciones. El grupo de niños subyugados, sometidos a tutela ajena y dispuestos a una obediencia incondicional acusa un evidente estado de timidez. La conducta de estos niños surge en el hogar como resultado de una mala dirección de sus actividades. Acostumbrados a apoyarse en sus familiares, no tienen el poder necesario para manejar su voluntad y vencer los obstáculos que se les presentan. Son niños que poseen una personalidad en estado de dependencia continua. En la escuela y en el hogar andan en busca de alguna tutela.

Cuando ingresan a la vida escolar, esta clase de niños no tiene facilidad de adaptación. Sufren lo indecible cuando se incorporan en la escuela y encuentran en ella numerosos obstáculos que no les permiten satisfacer sus deseos. Esta situación provoca en ellos un estado emotivo de bastante cuidado cuando tienen ascendencia neurópata. En este caso, la irascibilidad y la pugnacidad violentas son elementos concomitantes de la timidez.

Hay niños que se encuentran bajo la influencia de diferentes voluntades que se contradicen; tal el caso de aquellos cuyos padres no proceden con armonía al educarlos. Como el niño no sabe a quién obedecer, tiene una conducta indecisa, llena de subterfugios y de encrucijadas. Procede de acuerdo con la simpatía o antipatía que tiene con las personas con quienes contiende. Estos niños transfieren su conducta del hogar a la escuela, en donde se presentan huraños, hoscos e indecisos. Si la ambivalencia persiste en la escuela, en razón de las órdenes y contraórdenes que se dan, la imprecisión en el ca-

rácter se acentúa cada vez, y por tanto, hay evidente desvío en la conducta.

Por eso, ha de tenerse mucho cuidado en alejar a los niños del juego peligroso de la voluntad contradictoria de los adultos. Quienes tienen a su cargo la educación de los niños deben disciplinarse a sí mismos, no ser víctimas de caprichos y prejuicios que se proyectan sobre la conciencia de los niños.

No faltan entre los niños algunos que ostentan excesiva honestidad en su conducta con respecto a sus padres o a sus maestros. En el niño, en su primera y segunda infancia, no es posible suponer honestidad alguna en su conducta. Lo honesto es resultado de fuerzas sociales que difícilmente llegan a su conciencia en los primeros períodos de su vida.

En la escuela el prurito de honestidad surge, muchas veces, como un acto de compensación. Los niños de poca capacidad intelectual buscan el consiguiente refugio en una existencia aparentemente honesta a los ojos del maestro. Hay en estos niños un estado de simulación. Simulan ser asequibles, bondadosos, corteses, atentos, "aplicados", cuando en realidad no lo son. Basta que se retire la fuerza que los empuja a ese estado para que el niño se descubra tal como es.

Es necesario no engañarse con esta clase de niños. Suponer en ellos una rectitud debida, una conducta intachable es desconocer la naturaleza del niño, que está en abierta pugna con los intereses y la ética del adulto. Cuando el niño se conforma aparentemente con cierto estado de cosas lo hace por timidez o por conveniencia, pero de ninguna suerte por honestidad. La conducta de estos niños no debe ser motivo de recompensas ni de alabanzas. Privado así de toda fuerza coadyuvante ha de volver por necesidad a una vida franca, en donde sea posible observar sus vicios y sus virtudes.

Al lado de esta variedad de niños que presentan una extremada pasividad están los otros, cuya conducta se manifiesta por una incesante actividad. Desde el hogar,

estos niños, se muestran activísimos para ponerse en contacto con las cosas y en relación con las personas. No cesan de caminar, hablar, gritar, jugar, combatir, apropiarse de objetos que no les pertenecen y mantener a los suyos en estado permanente de alarma. A ellos, el hogar y la escuela los consideran como sujetos indisciplinados, malcriados, subversivos, insolentes, etc., cuando en realidad no hacen otra cosa que obedecer a las leyes inherentes de su naturaleza.

Mientras aquella actividad es constructiva y se manifiesta en un ejercicio continuo de la personalidad no hay derecho de detenerla. Pero cuando esa actividad es destructiva y va a herir la integridad física o mental del niño, entonces, es necesario dirigirla, por zonas en donde encuentre cauces de desvío para toda inquietud malsana.

En el hogar se comete grave error en no permitir que la naturaleza del niño se traduzca en actividad permanente. A los padres de familia les mortifica el bullicio de los chiquillos y pretenden que éstos permanezcan en actitud igual a la de los adultos, guardando la debida compostura en modales y costumbres.

En la escuela tampoco agrada al maestro la inquietud del niño porque perturba su tranquilidad y entorpece la disciplina de la escuela. Esta actitud es de suyo grave porque sustrae al maestro de la única oportunidad de conocer a su discípulo. La actividad del niño es la fuerza por excelencia para ponernos en contacto con sus necesidades, deseos y ambiciones. Es difícil educar a los niños que llevan una vida interior, que no la proyectan, ni la manifiestan. En cambio, es fácil darse cuenta del proceso que sigue la conciencia cuando ésta se traduce en actos ostensibles.

En la escuela hay niños que adoptan una actitud de indiferencia y de disimulo. Se sientan en lugares, donde no sea posible la vigilancia del maestro. Jamás toman parte activa en las clases. Esperan que se les pre-

gunte. Tienen manifiesta inhibición para preguntar y terciar en debates. Esta conducta se interpreta como consecuencia de cierta timidez y miedo que envuelven un complejo de inferioridad. Desgraciadamente estos niños son abandonados a su suerte. Los maestros se congratulan en enseñar a los más hábiles, a los más vivos y dejan en punible olvido a quienes necesitan ayuda inmediata. En las clases, en donde se da enseñanza colectiva este error es común. La organización de la escuela, a base de trabajo individual, con reducido número de alumnos evita esta dolorosa situación, porque invita a la actividad a toda clase de niños, cuya conducta se manifiesta en toda su plenitud.

En oposición a los anteriores existen otros de una actividad extremada en la sala de clase. Se mueven de un lado a otro, conversan con los camaradas, son chistosos, afectos a la burla, incapaces de una actitud permanente, van como las mariposas posándose sobre los objetos, sin manifestar predilección por ninguno. Con estos niños, los maestros incurren en error de diagnóstico. Los suponen de mala conducta, porque perturban la disciplina y no los dejan trabajar. Lo que ocurre es que el niño no está colocado en la zona de sus intereses. Va en busca de la actividad que más le agrada, no importa que ella mortifique al maestro o a los camaradas. Entonces, lo razonable está en situar al niño en el trabajo que más le interese. Cuando se logra este objetivo, aquella actividad anárquica se pierde y se traduce en otra ordenada, constructiva y productiva.

Junto a esta clase de niños, hay otros a quienes les agradan tareas fáciles, huyendo de aquellas que necesitan mayor esfuerzo. Esta situación ocurre aún en las escuelas de enseñanza individual. Se explica esta conducta porque la materia que aprende el niño es cuantitativa y cualitativamente superior a su capacidad. De allí que es absurdo e injusto someter a los niños a un mismo plan de trabajo sin haber estudiado antes su habilidad y las diferencias que en ella existen. Cuando la

escuela realice este trabajo, la conducta de menor resistencia del niño habrá desaparecido.

La lentitud mental de los niños acusa una conducta típica en donde hay mucho de simulación. Los que adoptan esta situación, solicitan mayor tiempo para sus tareas, se disculpan en toda forma de haber llegado tarde a la escuela, se mortifican por la celeridad con que sus colegas ejecutan sus trabajos. La lentitud mental se debe a incapacidad física, a perturbaciones orgánicas, entre ellas, la deficiente secreción de la glándula tiroides. Es también producto de un contagio social. Si hay lentitud en el hogar, el niño se acostumbra a esa actitud, y le es difícil proceder en otra forma. En consecuencia, cuando los maestros y los padres de familia observen en los niños este tipo de conducta, es preciso el consejo médico o una reforma radical en la vida del hogar. En la escuela es indispensable estudiar la mentalidad del niño antes de someterlo a trabajos para los cuales probablemente no hay la energía suficiente.

En la escuela se observa que algunos niños manifiestan extremado cuidado en la ejecución de sus trabajos. Son meticulosos, limpios, abusan del borrador y se detienen mucho tiempo en corregir sus tareas. A primera vista parece que una conducta de este orden es laudable, pero cuando ella es exagerada debe interpretarse como una reacción de escape que el niño realiza en presencia de dificultades que se le presentan. Esta actitud tiene otra interpretación; significa una compensación a cierta incapacidad del niño.

Cualquiera que sea la interpretación que se dé a esta conducta, lo esencial es saber que la excesiva limpieza que pone el niño en sus trabajos no es normal. Cuando se ignora este hecho, los maestros juzgan a los niños por el aspecto externo del trabajo, mas no por la calidad. Claro es que no es posible aconsejar que el niño no ame la belleza, la limpieza y el orden. Pero, cuando para llenar estas actividades, el niño se refunde y se distrae en detalles con menoscabo de una buena gim-

nasia mental, entonces es conveniente emitir sobre esta clase de trabajo de los niños un juicio relativo.

Otros niños demuestran ansiedad y excitación cuando cometen errores, responden mal a las preguntas o ejecutan trabajos escolares pobres. Es evidente que esta ansiedad se debe en algunos casos al deseo de merecer aprobación y de alcanzar buen éxito. A veces esa ansiedad tiene su origen en el miedo al castigo, al reproche, a la injuria. No es raro que esa actitud se atribuya al hogar en donde el niño es sometido a permanente censura sobre sus trabajos en la escuela.

Esta conducta provoca en los niños no sólo ese estado de ansiedad, traducido en temor, sino también engendra desconfianza en sus propias fuerzas, desconsuelo en sus ambiciones.

El examen, como práctica escolar tradicional, contribuye a aquel estado de cosas que resulta más grave cuando hay presión en el hogar, en el sentido de que el niño alcance las más altas notas. Bajo estas condiciones el espíritu del niño es innecesariamente fatigado. Hay merma en la fuerza mental, desperdicio de energía que será difícil substituirlo. Ocurre lo mismo con la costumbre inveterada de tomar lecciones o pasos en presencia de los alumnos. No todos los niños están en condiciones de desempeñarse con destreza y brillantez delante de un público, no obstante la riqueza de conocimientos que puedan tener. Someter a niños nerviosos a esta clase de exigencias es colocarlos en situación difícil en el orden espiritual y mental.

Si se quiere educar a los niños e instruirlos dentro de la máxima serenidad, es urgente abolir exámenes y lecciones; cuidar y dirigir sus trabajos en forma individual, lo cual felizmente ocurre en las escuelas nuevas.

Existen niños en la escuela y en el hogar, que se entretienen y entretienen a quienes los rodean, haciendo chistes, mofándose de los demás, remedando actitudes ajenas y convirtiéndose en héroes de gran popularidad entre sus camaradas.

Esta conducta debe interpretarse como un mecanismo de compensación, si hubiera persistencia. Caso contrario, si la actitud no es permanente, constituye un exceso de energía proyectada en la zona de placer del niño.

Tanto el chiste como el remedo en los niños, se ha considerado como un exponente de "viveza", de "inteligencia", y por ello los que poseen esta cualidad, merecen alabanzas de todo género. Esta actitud de los padres de familia y aun de los maestros, es nociva porque contribuye a que el niño se retire de todo orden espiritual para situarse sobre la superficie de las cosas. No se pretende que el niño sea un sujeto serio, incapaz de regocijarse con chistes, pero llegar a la exageración y a la permanencia es de todo punto de vista condenable.

El niño que por muchas razones no ha podido satisfacer sus deseos en la vida exterior, lo alcanza en su mundo interior, imaginándose situaciones y actitudes que realmente no existen. Esta clase de niños son los que en la escuela y en el hogar se vanaglorian de hechos jamás realizados. Son los sujetos habladores "palanganas", "lateros", mentirosos, que cuentan todo género de aventuras y de grandezas y se atribuyen cualidades excelentes que no poseen.

Esta conducta significa también un mecanismo de compensación y a veces de identificación cuando el niño encarna en su espíritu un determinado personaje que ha visto en el cinematógrafo o ha leído en alguna novela de aventuras. Tal el caso de muchachos que se creen émulos de Tarzán, de Tom Mix o de Dick Turpin.

Esta conducta no es loable ni conveniente fomentarla porque perturba el equilibrio de la conciencia del niño, provocando algunas veces un desdoble de la personalidad.

Existen algunos niños que, además de mantener tutela sobre los débiles, manifiestan crueldad física con ellos y con los animales. El estudio de la crueldad será motivo de un capítulo especial. De pronto baste decir

que dicha conducta es intolerable y obedece, en general, a un mecanismo de identificación.

La risa en los niños, cuando tiene carácter histérico y se produce por los motivos más fútiles, no debe quedar inadvertida para los padres de familia y los maestros. Es un síntoma que revela no un estado de placer, sino uno de agitación interior, y en muchos casos es un medio del cual se valen los niños para llamar la atención. En el primer caso conviene llamar al médico, y en el otro se aconseja dominar esa actitud, llevando el espíritu del niño a un estado de tranquilidad, valiéndose en especial de una cooperación inmediata, ya sea para distraerlo de la actividad que le provoca la risa, o ya para someterlo a otra en donde se vea precisado a moderar esa conducta.

Tales son los tipos de conducta más comunes, y sobre los cuales es preciso que la atención de las personas que rodean al niño se detenga. Una cuidadosa observación en la manera y forma cómo el niño proyecta su conducta puede dar la clave del origen de ella, y proceder, en consecuencia, a favorecerla o modificarla.

Capítulo IV

LA VIDA EMOTIVA

SUMARIO:

Impedir que el niño se excite y agite demasiado.
El muchacho **demonio** debe ser cuidadosamente estudiado y vigilado.
Si esa intranquilidad persiste debe consultarse al médico.
Jamás se debe castigar, insultar, amedrentar, avergonzar a un niño emotivo.
No se le debe llevar a la **turbulencia** oponiéndose a sus deseos o imponiéndole los ajenos.
La extremada turbulencia va camino a la **perversidad.**
Cuando hay demasiada turbulencia, no esperar que mejore de **carácter,** es urgente la consulta médica.
La turbulencia significa siempre fatiga.
No fatigar a los niños, ni corporal, ni mentalmente.
Los niños epilépticos o epileptoides son fatigados. No debe imponérseles el mismo trabajo que a los niños normales.
No descuidar a los niños inatentos, "idos". La consulta médica es necesaria.

Estudiados los hábitos y la conducta del niño, es de interés conocer sus emociones, el origen y el desarrollo de ellas, tanto en el hogar como en la escuela y ofrecer, en conclusión, los métodos para que la emotividad no llegue a convertirse en trastornos profundos del carácter.

No es necesario entrar en un análisis minucioso sobre este interesante aspecto de la vida del niño. Basta saber que la emotividad se traduce en determinadas actitudes, siendo las más importantes: la cólera, el miedo y el amor.

Hay otros que piensan que nuestra vida emotiva gira alrededor de cuatro factores: 1.o el placer; 2.o el displacer; 3.o la excitación, y 4.o la depresión.

En realidad nuestra emotividad y la del niño se mueven en virtud del placer cuando nuestros deseos son satisfechos, y del dolor cuando no lo son.

La búsqueda del placer y la huída del dolor, nos colocan en un estado de excitación. Cuando ésta llega a intensificarse nos sentimos fatigados y vencidos, llegando a un estado de depresión.

En el niño estos factores juegan papel importante porque sus emociones son de carácter inmediato, mientras que las del adulto pueden ser diferidas. El niño siente placer cuando satisface, inmediatamente, un deseo. Entonces entra en el terreno de la tranquilidad. De lo contrario, como no tiene zonas de desvío para dar escape a su impulso interior, llega a la zona del dolor. En este estado el niño ofrece una gran excitación, que luego decae para convertirse en depresión.

La escuela antigua de psicología infantil buscaba la emoción en la conciencia del niño, suponiéndola constituída como la del adulto. En la actualidad esas emociones se estudian a través de la conducta, cuyas manifestaciones son verdaderos síntomas. Por este camino nos encontramos con la excitación que antecede a la cólera.

En efecto, un niño encolerizado se agita, grita, patalea, usa un vocabulario inconexo, hiriente y hasta deshonesto.

Los niños que se excitan y se agitan acusan, con frecuencia, gran emotividad. No es posible jugar con ellos. Es necesario observarlos cuidadosamente para saber las causas que motivan esos síntomas. Por desgracia

a estos niños se les califica con el epíteto de poseer "mal carácter", vocablo de muy poco significado en esta materia.

Los padres de familia se contentan con decir que estos muchachos son unos "demonios", y cuando hay ciertos prejuicios en el hogar, atribuyen este dinamismo a la herencia.

Es afán ímprobo de los padres y de los maestros pensar en detener estas violencias usando la fuerza. No se dan cuenta de que semejante disciplina lleva al niño a una inquietud permanente que linda con lo patológico.

El niño quieto y tranquilo es un enfermo, o un oprimido. Sabemos que no es posible admitir esta quietud, porque el niño se pone en contacto con la naturaleza por una fuerza interior incontrolable. Su vida se desliza a través de múltiples actividades, a veces desconocidas por el adulto. Están atentos a todo; quieren observar, analizar, tocar cuanto les rodea. Por eso, cuando la madre dice al hijo "estate quieto", "no toques tal cosa", "no hagas bulla", "silencio", etc., opera en sentido negativo sobre la conciencia del niño. La falta de libertad lo pone inquieto y lo agita. El uso de ella da un impulso natural a la curiosidad del niño, determina un orden interior en la conciencia. A mayor libertad menor emotividad. Cuando el hogar y la escuela están organizados a base de una disciplina férrea, la emotividad del niño alcanza grandes proporciones. Vive intranquilo, inquieto, en medio de una permanente tempestad. Al contrario, cuando goza de libertad, la emotividad se desplaza, y el niño no encuentra motivo alguno para llegar al estado de excitación. Como los obstáculos que vence están en proporción con sus fuerzas, y como al vencerlos siente fruición, no es posible que se altere su emotividad.

Cuando la excitación ha llegado a graves extremos se presenta en el niño una inestabilidad psicomotriz, que luego se convierte en una agitación típica alrededor de un deseo único.

Esta clase de niños combaten ardorosamente por imponer su voluntad, valiéndose de todos los medios que encuentran a su alcance. Para ellos no hay disciplina posible, ni castigos, ni consejos, ni promesas, ni amenazas. Permanecen sordos a toda sugestión; están en plena rebeldía.

Los padres de familia y los maestros contribuyen a llevar al niño agitado a este estado de turbulencia, porque no sólo se oponen a los deseos de éste, sino que, a su vez, se irritan, se mortifican y encolerizan cuando el niño no obedece.

La turbulencia es un síntoma de trastorno del carácter. Ya no es la inquietud, ni el dinamismo normal; es el deseo insatisfecho, es la ansiedad constante de verse oprimido, combatido, menospreciado.

Esa turbulencia lleva al niño a la perversidad. El perverso traduce su conducta mediante fuerzas destructivas. No sólo es la combatividad que pugna por defender o por superarse, o por alcanzar algún deseo, es la anarquía total del espíritu que se manifiesta por una conducta antisocial.

Cuando llegue la oportunidad de ocuparnos de la delincuencia infantil, habremos de observar que ésta es producto, en la mayor parte de los casos, de no haber dirigido convenientemente la vida emotiva de los niños, a quienes se somete desde muy temprano a grandes esfuerzos emotivos.

Además de esta falsa disciplina, la inestabilidad del niño tiene otras causas dignas de ser conocidas; entre ellas están las que se derivan de trastornos orgánicos.

Hay inestables por perturbaciones del lenguaje. Cuando el niño no es capaz de expresar sus pensamientos con precisión y fluidez, cuando hay torpeza en la palabra, como el caso típico de los tartamudos, su emotividad es manifiesta. En este caso nada mejor que estudiar aquellas perturbaciones y curarlas antes de intentar cualquiera otra actitud, en especial la de ponerlo en ridículo.

Es frecuente observar en la escuela a niños que no pueden mantener atención alguna, inclusive por actividades en las que todo niño normal participa. Pero no sólo ocurre lo dicho, sino que llegan al extremo de perturbar a sus camaradas en sus ocupaciones. Interrumpen una partida de juego, arrancan las flores del jardín, ensucian, ocultan, o destrozan los cuadernos de trabajo de sus colegas, etc. Esta agitación es denominada cerebelosa y requiere atención médica. Los padres de familia y los maestros en este caso no deben permanecer impasibles o atribuir esa conducta a situaciones propias de la edad, en la esperanza de que mejorarán de "carácter" con el trascurso de los años. Naturalmente a estos niños no es posible someterlos a violencia de ninguna especie. Son sujetos fatigados para quienes el trabajo escolar y, aun los juegos, deben ser rigurosamente seleccionados y dosificados. Por esta razón esos niños no pueden estar en escuelas de numeroso alumnado, sencillamente porque no es posible observarlos, ni aplicar en ellos curación pedagógica alguna.

Igual procedimiento y cuidado exigen los niños epilépticos, epileptoides y los que sufren del mal de San Vito, en quienes la inestabilidad es manifiesta. El niño epiléptico presenta un período de inestabilidad violenta algunos días antes de que le sobrevenga el ataque. En los epileptoides la inestabilidad es intermitente. Debe tenerse presente que el epiléptico o el epileptoide es un fatigado, y por tanto, pedagógicamente es necesario medir la fatiga de estos niños antes de someterlos a cualquier trabajo escolar. Se comete grave error en mantenerlos en clases de enseñanza colectiva, en donde la fatiga se produce a poco de comenzar una lección.

Los niños mentalmente deficientes presentan una agitación menos pronunciada que los anteriores. Se mueven pausadamente de un lado a otro. Cogen una cosa y la dejan. Son una especie de duendes que ambulan por la casa o por la escuela sin saber qué hacer. Cuando persiste esta actitud la asistencia médica es necesaria. Pe-

dagógicamente está contraindicado toda violencia, insulto y castigo. En la escuela, el maestro está obligado a estudiarlo y a encontrar el campo de intereses, en donde pueda fijarlo. Tampoco estos niños deben concurrir a escuelas de numeroso alumnado.

Se observan otros niños cuya emotividad se traduce en molestar bajo cualquier pretexto a sus padres o maestros. Se quejan de todo, acusan a sus camaradas, solicitan ayuda constante, formulan preguntas inconexas, ponen en desorden las cosas, se sustraen a toda disciplina. Estos niños se conducen en esta forma, porque han sido olvidados. No se les ha prestado la atención necesaria. En el hogar y en la escuela se les ha abandonado a su suerte. En esa soledad su vida emotiva está siempre sometida al impulso de cualquiera fuerza, por pequeña que sea. Hay en ellos cierta timidez y cobardía. Lo urgente es buscar el trabajo, en donde esa emotividad se pierda, y para ello debe estarse atento a todas sus actitudes.

Estas son las causas determinantes de la inestabilidad del niño, inestabilidad que cuando es reprimida violentamente lo lleva a un estado de agitación que es precursora de la cólera.



Capítulo V

LA COLERA

SUMARIO:

La cólera aparece en el niño desde los primeros días de nacido.
Debe impedirse que por cualquier motivo llegue a la cólera.
Para ello debe cuidarse su salud física y mental.
No contrariarlo, molestarlo, darle órdenes innecesarias.
No encapricharse.
La condescendencia evita la cólera.
No encolerizarse cuando el niño desobedece, o actúa en mala forma.
Después de reprenderlo, deben los padres volver a la serenidad.
No cometer actos de injusticia con el niño.
Evitar la **cólera blanca**, que no se traduce en actos ostensibles.
Si el niño se encoleriza por cualquier pretexto, y mantiene esta actitud debe consultarse al médico.

La cólera es un estado emotivo general en todos los animales. No hay uno sólo que no reaccione con cólera ante la presencia de un enemigo, ante los obstáculos que se le oponen para alcanzar sus deseos.

Es interesante observar que los carnívoros llegan a la cólera con más facilidad que los herbívoros. La fu-

ria y la ira en aquéllos se encuentran en mayor proporción que en éstos.

En el hombre la cólera es una reacción natural y hasta normal. Nadie puede sustraerse a ella.

La cólera en el niño aparece en los primeros días de su nacimiento a consecuencia de encontrarse en un ambiente distinto a aquel en que vivió en el claustro materno. En el período fetal estuvo en permanente dependencia, era cuasi un parásito. Tan pronto ingresa al mundo tropieza con dificultades cada vez mayores. Tiene necesidad de alimentarse, de moverse, de ponerse en contacto con las cosas y en relación con las personas. Su organismo, libre de la tutela materna, le ofrece una serie de síntomas que lo mortifican. Todo esto lo pone en un estado de excitación que se traduce por el llanto, el grito y el continuo sobresalto.

La cólera se manifiesta con evidencia cuando el niño tiene deseos no solo orgánicos, sino psíquicos. Como no puede moverse con facilidad, ni todo lo que desea está a su alcance, se agita y se encoleriza. La situación se agrava cuando el niño habla y camina, entonces su vida tiene un panorama más extenso y sus intereses y deseos se multiplican a diario. De otro lado la oposición a estos deseos es cada vez mayor. Los padres de familia entran en contienda con sus hijos. No permiten que se muevan, griten, manoseen las cosas, ni molesten a las personas. Tratan de imponer su voluntad a todo trance y utilizan para ello toda clase de violencias desde el insulto hasta el castigo corporal.

En estas circunstancias la emotividad del niño se mantiene en tensión permanente, y el único medio de traducirla es la cólera.

Se ha investigado la cólera en los niños mediante cuestionarios dirigidos a más de dos mil padres de familia. El resultado es el siguiente: hasta los cuatro años, el niño manifiesta su cólera valiéndose del llanto. De los dos años a los tres el llanto que distingue la cólera es intermitente. Los niños mayores de cuatro años ma-

nifiestan su cólera mediante actitudes del cuerpo, presentando un estado de pugnacidad. A los siete años la pugnacidad y la violencia del lenguaje son evidentes en la cólera. Más allá de los ocho años la cólera se manifiesta por una constante rebeldía y una exigencia mayor de compensaciones. Ya no se satisface con la ausencia de obstáculos a sus deseos, sino exige halagos. A los once años la cólera aminora en cantidad, pero se proyecta en calidad. No se encoleriza con frecuencia, pero cuando llega a este estado hay emotividad superior a la observada en la primera y segunda infancia.

Debe tenerse presente que la cólera no es una enfermedad, sino un síntoma de trastornos más o menos graves en la vida física, psíquica y social del niño.

En el orden físico se observa que la caries dentaria, las perturbaciones del aparato digestivo, la intoxicación por sustancias alimenticias, la deficiencia en las secreciones internas, predisponen a los niños a la cólera.

Los padres de familia y los maestros ignoran estas circunstancias o les otorgan poca atención, y de allí que tratan la cólera como si fuera un manifiesto trastorno del carácter, cuando en realidad obedece, entre otras causas, a una perturbación orgánica, la cual necesita atención médica antes que pedagógica.

Se procederá mal, en el hogar y en la escuela pretendiendo contener o desviar la cólera de los niños, valiéndose de castigos. Lo urgente es averiguar el por qué de ese estado emotivo.

El niño posee un espíritu muy fino y delicado, comparable a un vaso de Sévres, susceptible, por tanto de romperse al menor impulso. Ese espíritu está sometido a un trabajo constante del cual los adultos no se dan cuenta. Esa inquietud coloca al niño en situación especialísima en relación con el mundo externo, en donde encuentra dificultades de todo orden. Para vencerlas gasta una gran energía que lo fatiga. Esa fatiga psíquica trastorna su emotividad cuando encuentra en su camino

fuerzas que se le oponen, y por eso llega con facilidad a la cólera.

Eso no ocurre con el adulto cuya conciencia está disciplinada, acostumbrada a sufrir todo género de reveses y a buscar compensación inmediata. Tiene, además, la facilidad de buscar zonas de desvío por donde se desplaza su emotividad, y por tanto, llega a la cólera esporádicamente, salvo el caso en que sea un sujeto neurópata o psicópata.

Lo dicho nos pone sobre la guardia respecto de la vida psíquica del niño cuya disciplina requiere extremada serenidad de parte de las personas que con él conviven.

La vida psíquica del niño guarda relación con su vida social, tanto la del hogar como la de la escuela. Si hay oposición constante a sus deseos, si se le maneja con una disciplina férrea, si no se le comprende y no se le coloca sobre el plano de sus intereses, surge la rebeldía como respuesta inmediata. Esa rebeldía tiene un contenido de cólera.

Los padres de familia y los maestros no tienen la disciplina necesaria para mantener serenidad en presencia de la desobediencia de sus hijos. Cuando esto ocurre se encolerizan tanto o más que los niños. Es de común observación ver a la madre enfurecerse cuando el hijo se ha tropezado y caído, cuando ha cometido alguna malcriadez, cuando no tiene éxito en sus tareas escolares. Esta cólera de naturaleza impulsiva determina la consiguiente reacción en el niño, quien a su vez se encoleriza. Igual actitud se observa en la escuela, con la agravante de que el maestro va a la cólera con notable frecuencia. Vive en continua contienda con sus discípulos, se mortifica por cualquiera falta, por cualquier error. El maestro irascible, díscolo, colérico, terco no debe permanecer un solo minuto en la escuela, porque predispone a sus alumnos a mantener constante actitud violenta.

Como el niño concibe el mundo en su totalidad, sin

discriminación alguna, supone que todas las cosas son de su propiedad y que todas las personas están a su servicio. Este egoísmo lo traduce en los celos. Cuando las cosas no llegan pronto a sus manos, cuando las personas no acuden a prodigarle cariño, engreímiento y tolerancia, se siente huérfano, abandonado en el mundo, e ingresa en un estado de emotividad que lo predispone a la cólera. Por eso, despertar los celos en el niño, tener preferencias por unos, más que por otros, son costumbres que en el hogar y en la escuela deben extirparse.

En los celos hay siempre un fondo de envidia. El niño envidioso está siempre en estado de cólera, en espera del más mínimo pretexto para surgir al exterior. No debe provocarse la envidia. Conviene mantener a los niños alejados de toda actitud que los separe de sus hermanos o camaradas.

Hay gente que piensa que el niño no tiene un sentido de justicia. Felizmente, las escuelas nuevas, en donde se le da intervención directa en la disciplina escolar, demuestra lo contrario. Cuando los niños constituyen algún tribunal de honor para juzgar a sus camaradas es sorprendente la equidad con que se conducen. Si esto es así hemos de convenir que cualquiera injusticia cometida con ellos los resiente y los encoleriza. En el hogar los padres de familia suponen ser los jueces inexorables de sus hijos. Ocurre lo mismo en la escuela, en donde la voluntad del maestro se impone sin reservas ni taxativas. Este alejamiento de la naturaleza del niño lo vuelve huraño y hosco, actitudes que envuelven en sí un estado de cólera en potencia. Para equilibrar la conciencia de los niños debe dárseles participación directa en la organización del hogar y de la escuela. Esa responsabilidad personal los vuelve ponderados y ecuánimes, factores que mantienen la emotividad dentro de un plano normal.

Hemos visto anteriormente que el niño ama el or-

den de las cosas. Es frecuente observar la mortificación del niño cuando se ha alterado aquel orden, cuando sus juguetes, útiles escolares, etc., no están en su sitio. La búsqueda de ellos lo encoleriza.

La cólera está siempre acompañada de agitación que significa evidente trastorno nervioso. Sin embargo hay cólera en donde no se presenta esa agitación, y ésta es la denominada cólera blanca, la cual se manifiesta en el niño por una actitud pasiva. Ante cualquiera injusticia, reproche, insulto, etc., cierra las mandíbulas, aprieta las manos, se pone pálido o enrojece, tiene la boca seca, alguna lágrima acude a los ojos. Esta es la situación típica de los niños que están bajo la influencia de la cólera blanca.

En la escuela es en donde este tipo de emoción es más frecuente. Ello ocurre, porque el niño se encuentra indefenso ante la autoridad escolar que lo castiga, lo injuria o lo calumnia. Como no es posible una reacción inmediata traducida en cólera franca y abierta, el niño se contiene, vive en una tempestad interior.

Esta cólera es de suyo grave, porque el espíritu del niño sufre una especie de intoxicación que tiende a destruirlo. La continuidad de esta emotividad, lleva al niño a la antipatía y de allí al odio y a la venganza. No es raro observar en las escuelas a los niños que supieron contener su cólera, buscar cualquier medio y ocasión para cobrar agravios.

Es preferible una cólera que se traduzca al exterior, porque entonces es fácil dominarla y desviarla pedagógicamente. Pero si ocurre lo contrario y ella persiste es necesaria la atención médica.

Esta ligera y sencilla exposición sobre la cólera en los niños sirve para que padres de familia y maestros consideren la cólera como síntoma de perturbaciones y trastornos más o menos graves en la vida integral del niño, y, en consecuencia, no cruzarse de brazos, interpretándola como simple *malcriadez* y pretendiendo dominarla a fuerza de castigos, de reprensiones o de consejos.

En unos casos es posible equilibrar por medios pedagógicos la conciencia del niño, llevándolo a la tranquilidad; para ello tanto los padres de familia como los maestros necesitan antes de todo máxima serenidad en su actitud respecto a los niños cuando éstos se encuentran en estado de cólera. Para dominar la cólera no hay otro medio que oponer la tranquilidad, benevolencia y hasta aquiescencia. No importa consentir, transigir de momento para calmar una situación que pone en peligro la vida ulterior del niño.

En otros casos, en donde la cólera persiste y se presenta por cualquiera causa fútil, la presencia del médico es necesaria. Aun en este caso la acción del hogar y de la escuela es imprescindible, porque de su organización y disciplina depende en gran parte la salud espiritual de hijos y discípulos.

Capítulo VI

EL MIEDO

SUMARIO

Por ningún motivo debe provocarse el miedo en el niño.
En los primeros días de nacido no cambiarlo bruscamente de posición, o llevarlo en la misma forma de la obscuridad a la luz; del silencio al ruido.
Alentarlo para caminar, hablar, jugar, etc., sin ridiculizarlo, ni atemorizarlo.
Acostumbrarlo a no temer a las personas o a animales domésticos.
Acostumbrarlo a vencer obstáculos; subir, trepar, saltar, etcétera.
No infundirle temor para ir de una habitación a otra.
No acostumbrarlo a tener miedo a la obscuridad, al silencio, a la altura, etc.
No hablarle del coco, ni asustarlo con personas, ni con animales.
No ridiculizarlo, motejándolo de cobarde.
No contagiar el miedo.
No emplear el miedo como fuerza disciplinaria.
No señalar peligro inminente en todo género de actividades.
Acostumbrarlo a evitar, con serenidad el peligro.
No exagerar el dolor físico.
Evitar asustarlo con la idea del "alma", de la "muerte", de los "'aparecidos".
No asustarlo con escenas violentas en el hogar.
Consultar al médico en el caso de "terrores nocturnos".
No contarle cuentos fantásticos ni macabros.

No llevarlo al cine a presenciar películas de escenas tenebrosas.
No asustarlo con la escuela, ni con el maestro.
No recomendar se les castigue.
No amenazarlos con castigos.
No castigarlos; en especial cerrándolos en habitaciones.

Otro estado emotivo interesante en el niño es el miedo que lo acompaña en toda su existencia.

Es innecesario ocuparse en estas páginas acerca del origen del miedo, deteniéndonos en averiguar si es o no instintivo. Basta presentar el cuadro más completo sobre los factores que lo determinan e indicar las medidas pedagógicas necesarias para no incurrir en error.

En el período fetal ha vivido en el claustro materno en un ambiente cálido y relativamente tranquilo. Probablemente buena parte de las grandes emociones sufridas por la madre durante la gestación, repercutieron en su sistema nervioso y lo constituyeron con extremada sensibilidad. Pero al margen de esta hipótesis el hecho es que cuando el niño nace no hay síntoma ostensible para deducir que tenga miedo.

Colocado en contacto con el mundo exterior sufre variadas influencias. El aire, la presión atmosférica, la luz, la obscuridad, el ruido, el silencio, el roce de los vestidos y de la ropa de cama, todo contribuye a excitar el sistema nervioso del niño.

Algunas semanas más tarde, el recién nacido siente los cambios de temperatura, la transición de la luz a la obscuridad, de la compañía a la soledad. Mientras está en brazos de la madre o recostado sobre su regazo se siente seguro, pero cuando se le deja en la cuna tiene una sensación de abandono que lo mortifica y le causa evidente excitación nerviosa. Probablemente ese estado determina los primeros elementos de emotividad que lo llevan al miedo. Por eso, cuando se encuentra solo, en la cuna, llora para llamar la atención y buscar refugio.

En este período sufre los primeros sobresaltos cuando se le cambia bruscamente de posición, siente ruido, o le hiere la luz. Esa experiencia lo pone sobre aviso acerca de todo contraste, de allí que es necesario no provocarlo. Los padres de familia deben procurar que el niño pase sin grandes violencias de la luz a la obscuridad, del silencio al ruido, de la quietud a la actividad. En especial debe guardarse el sueño y en estado de vigilia, el descanso.

Cuando el niño no ha experimentado gradualmente estos cambios y ha sido sometido bruscamente a los ya anotados, adquiere extremada nerviosidad que lo traduce en el llanto, el grito, que son síntomas de encontrarse en peligro, y por tanto exigen ayuda inmediata.

Tan pronto como el niño comienza a caminar y se pone en contacto con las cosas, aprendiendo a medir distancias, surge en su conciencia el miedo al vacío; por ejemplo, al dar los primeros pasos, al alcanzar los objetos, al bajar o subir, entonces procede con mucha cautela. En este período percibe la presencia de animales domésticos con quienes entra en relación inmediata. Se ha observado que mientras no se sugiera al niño el riesgo de ponerse en contacto con el perro o con el gato, el niño realmente no tiene miedo. Se aproxima a estos animales sin temor alguno. Pero cuando la familia le inculca la idea del peligro, entonces, por un acto de sugestión, se aparta de esos animales con síntomas característicos de miedo.

Idéntica conducta observa cuando se encuentra en presencia de personas desconocidas para él. En esta situación difícilmente tiende los brazos a personas con quienes no está muy familiarizado.

Lo dicho nos lleva a aconsejar que no se provoque el miedo por contagio social. Los padres de familia deben poner a sus hijos en relación con las cosas, con los animales y con las personas sin imbuirles temor alguno. Al contrario, es necesario fomentar en el espíritu del niño cierta confianza que evitará en lo sucesivo el miedo

morboso, o sea, el de atribuir riesgo y peligro a cualquiera actitud.

El miedo hacia las cosas y hacia los animales es también producto de falta de disciplina en los órganos de los sentidos, especialmente en el de la vista y en el del oído. El niño tarda mucho en lo que podíamos llamar acomodo sensorial. Por eso ve las cosas u oye los sonidos con mayor proporción y volumen que el adulto. Esta situación se agrava si el niño tiene ascendencia neurópata o psicópata, pues entonces la deficiencia sensorial provoca un exceso de imaginación. Por eso se observa que muchos niños creen ver objetos y animales gigantescos, o creen sentir grandes ruidos, cuando en realidad nada de eso existe.

En este orden de cosas el hogar comete un sinnúmero de errores muchos de ellos graves y de funestas consecuencias.

Cuando la madre dice al hijo "no vayas a esa habitación que está obscura", "por allí hay alguien que te pueda coger", le sugiere ideas que no existían en el espíritu del niño, porque realmente éste no tiene miedo a la obscuridad, sino a lo que le puede ocurrir, es decir, a la presencia de malhechores, de "almas", de duendes, de "aparecidos", etc.

Para comprobar lo que acabamos de expresar, es de observación común la falta de miedo en el niño, en presencia de un esqueleto, o cuando tiene entre sus manos una calavera. En cambio, en la segunda infancia, y muy en especial en la edad escolar, y aún en la adolescencia pocas son las personas que se atreverían a tener en su habitación una calavera, no porque haya riesgo en poseerla, sino porque existen en la mente ideas de ultratumba.

Alrededor de los tres años el miedo se presenta con todas sus características, y es entonces cuando los padres de familia están obligados a conocer este problema y tratarlo con eficiencia.

Hay dos clases de miedo: uno objetivo y otro subje-

tivo. El primero es el más generalizado y reconocido de inmediato por los padres de familia. Es el miedo a los animales, al policía, al médico, a la tempestad, a las armas de fuego, a los lugares altos, al trueno, al rayo, etc. Este miedo es, en gran parte de los casos, producto de una experiencia dolorosa, y por eso tiene un carácter defensivo, en donde puede verse cierta precaución que se toma para evitar algún peligro. Por ejemplo, el niño sabe por experiencia personal o ajena, que hay riesgo en jugar con el fuego, en pasar de una acera a otra, en desafiar o molestar a un perro, en jugar con instrumentos cortantes, etc. En este caso este miedo defensivo resulta intelectual y se convierte en una fuerza social de gran valor. Les enseña a ser prudentes, a tener precaución, a mantener cierta seguridad; o sea, poseer un estado emotivo de orden constructivo.

Es obvio indicar que este miedo objetivo no debe ser destruído o desviado. Al contrario es urgente enseñar a los niños a defender su existencia de todo riesgo posible.

Desgraciadamente en el hogar no se procede con la debida cautela en dirigir esta saludable defensa. Cada vez que el niño se encuentra en riesgo, sus familiares tratan de excitarlo agravando las cosas, dando al peligro mayor volumen del que propiamente tiene. A veces se procede en sentido negativo ridiculizándolo, diciéndole que es un cobarde, incapaz de afrontar cualquier peligro. No puede reprimirse arbitrariamente cualquier estado emotivo del niño. Interrumpir una reacción de defensa o un sentimiento doloroso es un grave error, porque el niño se encuentra sometido a una fuerza legítima de su naturaleza. Reprimido frecuentemente no sólo pierde la fuerza defensiva, sino que lo inhibe de tomar actitudes resueltas y provechosas para su existencia.

En este miedo objetivo existe la influencia social traducida en una serie de prejuicios y de actitudes mentales al conjuro de los cuales vive, por desgracia, el niño. Si en el hogar hay algún miembro de familia que tie-

ne terror a las arañas, por ejemplo, el niño habrá de contagiarse de este miedo. Si existe alguien que tiene pavor a la tempestad, a los ladrones, ocurrirá en su espíritu igual situación. Hemos dicho repetidas veces que la misión de educar envuelve la máxima serenidad, y en este caso, como en ningún otro los familiares del niño deben dominarse en presencia de ellos. Sólo así podrán alcanzar éxito en la educación de sus hijos.

Hasta hoy ha sido difícil sustraer a los padres de familia del error, que cometen en emplear el miedo como fuerza disciplinaria. Es costumbre inveterada amenazar a los niños con el "cuco", con el policía, con el "viejo", etc., para obtener obediencia y quietud. Es evidente que en muchos casos se logra disciplinarlo, pero es una disciplina destructiva, porque a cambio de la quietud o de la obediencia se lleva su espíritu a un estado morboso de emotividad. Y no cabe dudar que entre un acto formal, exterior de disciplina, y otro que pone en riesgo la vida del niño es preferible la desobediencia o la indisciplina. No hay perdón para los padres de familia que utilizan el miedo para sostener su autoridad. Hay otras fuerzas, algunas ya expuestas y otras que se darán en su oportunidad, capaces de disciplinar al niño sin riesgo alguno.

En el hogar, el niño vive atormentado con el mandato constante de sus padres, quienes encuentran peligro inminente en todo género de actividades. Es usual que la madre diga al hijo: "no subas, no corras, no saltes, que te vas a caer o te vas a hacer daño". Esta costumbre nociva lo mantiene en constante emotividad y no le permite poner en ejercicio su capacidad de actuar o de medir cualquier riesgo. Esta innecesaria atingencia sobre el peligro no disciplina al niño, quien a poco se convence de que no se cae, ni se golpea al subir una escalera o al jugar a las carreras.

Igual situación ocurre cuando se exagera con el niño el dolor físico. Las frases "te vas a quemar, te vas a cortar, te vas a enfermar", son otras tantas amenazas

que sirven para que el niño tenga aversión al dolor físico, del cual jamás podrá substraerse.

De otro lado se presenta en el espíritu del niño una situación contraria a la que acabamos de exponer. Hay niños a quienes nada les importa. Para ellos no hay riesgo, peligro, amenaza, castigo, dolor. Proceden al margen de toda sanción, convirtiéndose en sujetos de conducta antisocial. Cuando nos ocupemos de la delincuencia infantil tendremos oportunidad de observar que la mayor parte de los niños delincuentes no tienen en su espíritu noción alguna de riesgo. De pronto, conviene que los padres de familia y los maestros se den cuenta de esta situación, y no exageren la excesiva valentía, o la brabuconada, con que a veces se vanaglorian sus hijos y discípulos.

El miedo subjetivo es producto de la imaginación del niño a consecuencia del medio social en que actúa.

La sociedad vive, por desgracia, sometida a prejuicios que los trasmite de generación en generación. Entre esos prejuicios, el relativo a las ideas de ultratumba hiere profundamente la conciencia de los adultos, originando en ellos un estado de ansiedad del cual participan los niños.

En la primera infancia y en los primeros años de la segunda, el niño no tiene ninguna idea de ultratumba. La visión de un cadáver no le provoca ninguna emoción. Aun en el caso de que el cadáver sea de algún miembro de su familia no lo perturba. La idea de la muerte en este período de vida es la de ausencia temporal. El niño cree que su padre muerto ha viajado, y que volverá luego. No tiene concepto de la eternidad. Es en la edad escolar y en la adolescencia cuando la idea de la muerte, en el sentido de ausencia definitiva, origina sentimientos más o menos profundos. El miedo a la muerte tiene relación con el hecho real del ataúd, del sepulcro, del cementerio, en donde permanecerá en completa soledad. A esta idea objetiva se suman otras subjetivas, la del "alma" invisible, quizás atormentada y

presente en todas partes; la idea del infierno y de la condenación eterna.

Esta idea de la muerte lo lleva al miedo subjetivo con todas sus derivaciones, entre ellas la del bien y la del mal, la fuerza demoníaca, la presencia del Angel de la Guarda, la del limbo, la de los duendes, la del pecado. Este problema que guarda relación con las ideas religiosas del niño será tratado en otra oportunidad. Por ahora basta apuntar que aquellas ideas son factores que originan el miedo subjetivo.

La idea del doble o del alma guarda relación con el miedo a la obscuridad, la cual, como hemos visto, no tiene en sí importancia. Lo grave está en las imágenes que el niño se forja en presencia de la obscuridad. Entre estas imágenes, la primera que se aproxima a su mente es la del doble. El niño en la obscuridad se siente perseguido por alguien, cuida su espalda, trata de escapar de la sombra que lo sigue. Para conjurar este miedo del doble busca apoyo en el silbido, en el canturreo, en hablar en voz alta. Más tarde, como producto de experiencia propia o ajena supone que en la obscuridad obran con mayor destreza los malhechores, y entonces tiene miedo al peligro físico.

El niño ha estado desde su infancia bajo el amparo de la familia; pocas veces se le ha dejado solo, y por consiguiente la soledad para él es el abandono total a sus fuerzas. Este abandono le causa pavor. Siente miedo cuando está solo en la casa, en la habitación, en el campo o en la escuela. Durante el día ese miedo es un estado de ansiedad que busca compañía inmediata.

El miedo subjetivo es a veces provocado sin piedad por los padres de familia, que se complacen en torturar a sus hijos. Además de amenazarlos con fantasmas y "aparecidos", para lograr obediencia, disfrazan a alguien para sorprender al niño.

Esta sorpresa origina en ellos el terror que destruye su personalidad al extremo de que en muchas ocasiones caen fulminados por un síncope, o resultan con tras-

tornos graves en el lenguaje, entre ellos la tartamudez y la mudez.

Cuando el niño tiene estas impresiones fuertes llega al terror nocturno, el cual se presenta, en general, tres horas después de haber conciliado el sueño. Entonces se levanta, grita, y sale del lecho en fuga buscando apoyo o compañía. Le corre un sudor frío por la frente, es presa de temblor, y de trastorno de lenguaje.

Hay dos clases de terror nocturno, uno consciente y otro inconsciente. En el primer caso el niño da cuenta de lo que le ha ocurrido, detalla las imágenes que le han causado terror. En el segundo caso no da cuenta alguna, no sabe por qué ha gritado y se ha levantado de la cama.

Como el caso es de suyo grave y se repite con frecuencia, los padres de familia acuden donde el médico. Pedagógicamente debe sustraerse al niño de todo motivo directo o indirecto que lo lleve al terror durante la vigilia.

El niño por esta razón no debe ser distraído contándosele cuentos fantásticos, en donde abunden escenas terroríficas, ni poner en manos de los que saben leer literatura de esta naturaleza. Es costumbre nociva dormir a los niños contándoles— cuando están en el lecho— historias macabras o amenazándolos con la presencia o llegada del "cuco" o del policía. Creen las gentes que así proceden, que el niño va a conciliar el sueño. No piensan que su imaginación está poblada de numerosas escenas que lo agitan y no le permiten la quietud mental tan necesaria para dormir.

En estos últimos tiempos el cine hace estragos en el espíritu de los niños. Lo curioso es que las comisiones encargadas de la censura de las películas creen que son inapropiadas para la infancia aquéllas que se relacionan con el problema sexual, mas no las que llevan a la pantalla episodios de terror.

El año anterior investigué en dos mil niños de las escuelas de Lima, el efecto que producía en su mente el

espectáculo del cinematógrafo. Un 80 por ciento declaró haber tenido miedo y soñado por varias noches con los personajes y actos de las películas: "Drácula", "Frankenstein", "El fantasma de la Opera", "King Kong", "La sombra del Muerto", "El Hombre y el Monstruo" y otras de la misma especie. Un 5 por ciento manifestó gustarles películas con escenas amorosas y el otro 5 por ciento demostró interés variado.

Si los adultos no pensaran tanto en su ética sexual, comprenderían que hay mayor riesgo para la salud mental del niño en las películas que lo llevan al terror, y no en las prohibidas por la censura, que le son indiferentes.

En cualquier de los casos de terror nocturno debe explicarse al niño que no hubo razón para encontrarse en ese estado y acostumbrarlo a ir a la cama tres horas después de los alimentos y de haberle entretenido en juegos recreativos.

El terror en los niños no sólo es provocado por las causas enumeradas en los párrafos anteriores, sino también por escenas de crueldad ocurridas en el hogar entre los miembros de su familia. El niño siente por sus padres inequívoco afecto. Puede haber mayor o menor simpatía por uno u otro, pero el hecho es que le disgusta cualquiera violencia entre ellos.

Se da el caso de haberse aterrorizado a un niño en presencia de un simulado castigo a la madre. Igual terror sobreviene cuando el padre es un alcohólico y provoca escenas dolorosas en el hogar. Esta clase de niños se encuentran en permanente estado de excitación conocido y comprobado en la escuela.

El niño que ha vivido en el hogar al amparo de los suyos ha menester concurrir a la escuela. Esta transición debía verificarse en un estado de placidez espiritual. Mas no es así. De ello se ha encargado la madre o el padre, quien ha pintado la escuela en la imaginación del hijo como un lugar de castigo y de tortura y al maestro como un verdugo implacable. Este estado de ánimo

va a tener su consecuencia funesta cuando llegue la hora de matricularlo en la escuela. El niño resiste ir. Al ingresar al local se encuentra bajo la misma impresión trágica que tuvo en la clínica dental o en la médica.

El miedo se agrava si hay recomendación expresa de la madre para corregir y castigar. La presencia del maestro o maestra le causa pavor. No es raro que en estas ocasiones el maestro dé a conocer al niño su autoridad diciéndole que debe "portarse bien", "ser obediente", etc., amenazándolo en caso contrario.

Bajo estas circunstancias es de imaginarse el estado emotivo del nuevo escolar. No podrá por muchos días, quizás meses, recuperar su tranquilidad.

Muchos niños no se adaptan con facilidad a la vida escolar. Encuentran un ambiente de oposición que los perturba. Es un proceso doloroso esta adaptación. En algunos niños dura, a veces, años.

La escuela se encarga de agravar esta situación con su disciplina opuesta a la naturaleza del niño. De la libertad que gozaba en el hogar va a ser aherrojado y sometido a un orden formalista con el cual está en abierta pugna.

La hosquedad del maestro, sus violencias, su lenguaje altanero, su desprecio por los débiles y por los pobres, todo esto llena el espíritu del niño de tristeza, de desconfianza y de miedo.

En escuelas, en donde aún existen castigos corporales, la férula, el látigo, el calabozo, el niño se encuentra sometido a una tremenda presión espiritual.

El miedo se proyecta de la escuela al maestro y de éste a los profesores con quienes no simpatiza. Esta falta de simpatía tiene un contenido de miedo. El niño teme al maestro que no lo quiere, porque piensa que va causarle daño calificándolo mal o castigándolo por cualquiera travesura.

Esta contienda entre maestro y discípulo repercute en una especie de fobia por los estudios. Rechaza algu-

nas materias no tanto por la dificultad en aprenderlas, sino por la antipatía que le provoca el maestro.

Para alcanzar una sólida disciplina mental se requiere tranquilidad. En el niño no es posible ese proceso si está bajo la influencia del miedo. Gran parte de la misión de la escuela está precisamente en no malgastar la energía del niño en inútiles combates. Vencer a los niños por el miedo es una crueldad y una torpeza. Pretender que alcancen éxito en sus estudios por la amenaza constante, de "lecciones", "pasos", exámenes, etc., es un absurdo. Los que han sobresalido en muchas actividades de la vida no son precisamente los mimados y escogidos en la vida escolar, sino aquellos que han dado libre vuelo a sus aspiraciones.

Cuando el régimen disciplinario del hogar y de la escuela varíen en el sentido de inclinarse sin reservas hacia las necesidades del niño, con olvido de las que convienen al adulto, entonces ya no será posible utilizar el miedo como arma formidable de disciplina mental o espiritual.

Capítulo VII

LA OBEDIENCIA

SUMARIO:

Antes de exigir obediencia a un niño, es necesario conocerlo.
No abusar de la autoridad paterna es principio eficaz para hacerse obedecer.
No exigir demasiada obediencia.
No exigir obediencia cuando el niño no puede cumplir una orden.
La obediencia no es un fin, es un instrumento.
Para mandar se necesita serenidad, propiedad en el lenguaje, tolerancia.
Es necesario saber rendirse, muchas veces, ante exigencias y deseos legítimos del niño.
Hay órdenes que debe obedecer el niño sin reparo alguno. Son aquéllas que sirven para cuidar su salud física y mental.
Las órdenes que vayan contra su naturaleza son injustas y contraproducentes.
No debe ordenarse con acritud, violencia, ni cólera.
No debe confundirse el respeto con la obediencia; el niño puede ser desobediente y al mismo tiempo irrespetuoso.
Debe ganarse la confianza para ser respetado y obedecido.
No buscar obediencia con promesas ni amenazas.
Debe ordenarse en sentido positivo, p. ej.: "haz tal cosa"; y no en sentido negativo, p. ej.: "no hagas tal cosa".
Es inútil conseguir obediencia con postulados morales:

p. ej.: es ineficaz decir: "Los niños buenos son obedientes". "Es malo desobedecer", etc.

Antes de darse una orden debe valuarse la posibilidad de que la cumpla.

La obediencia forzada causa fatiga.

La obediencia en la escuela depende de la cantidad y calidad de trabajo que se le exige.

La obediencia requiere cierta disciplina mental. Si el niño no entiende lo que se le ordena, no puede obedecer.

La obediencia es el problema de mayor interés que los padres de familia y los maestros tienen entre manos cada vez que se ponen en relación con sus hijos o discípulos.

La obediencia y la desobediencia son vocablos que en sí envuelven una serie de circunstancias dentro de las cuales se mueve la vida de quienes tienen a su cargo la educación de los niños.

La palabra obediencia es sacrosanta en el hogar y en la escuela. No hay padre de familia o maestro que no alabe al niño obediente y censure al desobediente; el primero, es un dechado de virtudes; el segundo, es "demonio". La madre se ufana de haber triunfado sobre la voluntad de su hijo cuando le obedece. Goza con fruición al considerarse victoriosa sobre un espíritu débil, indefenso, en proceso de formación.

El maestro de escuela considera que todo el problema de educar a un niño consiste en dominarlo y disciplinarlo. Cree que la buena conducta del discípulo debe estar en relación con la pasividad y sumisión. A mayor pasividad y obediencia, mejor conducta y mayor disciplina. Toda la organización de la escuela está a base de un reglamento, cuyas órdenes deben obedecerse.

Esta creencia exagerada del valor de la obediencia se ha trasmitido de generación en generación sin que haya sido posible destruirla. Felizmente en estos últimos tiempos los estudios verificados sobre la naturaleza del niño demuestran que la verdadera disciplina no es-

tá en la obediencia ciega a los mandatos de los padres de familia o de los maestros.

Gran parte de aquel prejuicio se debe a que unos y otros han mantenido en toda su fuerza el principio de autoridad. No les ha sido posible descender al plano en donde juegan los intereses del niño. Han permanecido con soberbia inusitada en una actitud de combate frente a la naturaleza de sus hijos, quienes se encuentran en constante rebeldía.

Ante estos hechos cabe preguntar hasta dónde puede ejercitarse determinada autoridad sobre la conciencia del niño; si esa autoridad deberá o no quebrar la voluntad de éste; y si esa quiebra significa disciplina en el sentido de pasividad, de quietud y de obediencia.

La autoridad de los padres sobre los hijos consiste en someter a éstos a la moral del adulto sin tener en consideración los factores bio-psíquicos que dirigen la vida del niño. El adulto no ha dado importancia o ha olvidado esta circunstancia y se ha colocado sobre un plano de egoísmo, de orgullo y de amor propio.

Para dirigir la conciencia del niño, hemos dicho repetidas veces, lo esencial es estudiarlo, comprenderlo sin prejuicio, ni reservas de ninguna especie. El niño es un sujeto notablemente emotivo. Vive al conjuro de una serie de fuerzas que a diario lo modifican y lo perturban. Esa situación de permanente combate no debe ser acrecentada con la voluntad omnímoda del padre o del maestro. El niño es un ser débil, cuya conciencia se encuentra en proceso constante. Esta acción significa gasto de energías que no le permiten combatir con la voluntad, con las costumbres y con los caprichos del adulto. Cuando éste se sobrepone y se excede a las conveniencias y a los intereses del niño, surge como consecuencia inmediata la rebeldía, o sea, la indisciplina. Para que ésta no se cimiente en el espíritu de los niños conviene un equilibrio de fuerzas. Cuando hay superioridad de una parte, y en este caso es la del adulto, el resultado no es otro que una odiosa tiranía.

El abuso que los padres de familia y maestros hacen de su autoridad motiva la desobediencia en un noventa por ciento de casos. Por esta razón debe considerarse la desobediencia como una reacción normal del espíritu del niño a toda orden o mandato que contraríe su naturaleza.

Debe comprenderse que la obediencia implica sumisión, quiebra de la voluntad, esclavitud, lo cual no es instintivo. Es cierto que existen en la naturaleza del niño algunas tendencias que lo llevan a la obediencia, tales como la imitación, la alabanza, cierta plasticidad en el espíritu. Pero de allí no puede deducirse que es un sujeto destinado a la obediencia.

La obediencia no es un fin, es un instrumento que sirve para llevar nuestra conciencia a la disciplina interior, producto de un proceso lento y doloroso, a través del cual sufrimos innumerables experiencias. De allí que la obediencia en el niño va formándose a medida que los hábitos positivos hieren su conciencia.

Ya hemos visto que esos hábitos suponen práctica continua, y para ello es menester de parte de los educadores serenidad, tolerancia y paciencia extremas.

Cuando no existe equilibrio espiritual en los que mandan éstos, no pueden exigir la misma conducta en los que obedecen. Así como en el orden político la rebeldía viene en primera instancia del poder, en igual forma en el orden educativo la indisciplina proviene de los padres de familia y de los maestros.

En presencia de aquellas fuerzas que contienden, lo normal y justo es que la proveniente de los superiores cese, se desvíe, o se rinda en beneficio de los débiles. Es más fácil bajar que subir, y en este caso es imposible que el niño maneje su vida en el mismo plano que el adulto. No tiene su moral, sus costumbres, el mismo panorama de vida, ni iguales intereses, ambiciones, virtudes o vicios. Vive en un mundo propio, en donde el adulto resulta extraño e intruso.

Cuando se piensa que el niño no es un pequeño adul-

to, sino un ser con mentalidad y espiritualidad propias, con proceso orgánico inherente a su naturaleza, entonces resulta que el verdadero padre de familia o maestro es un buen educador a condición de saber rendir ante la vidad del niño su superioridad, su ética, y sus prejuicios. Esta ductilidad de espíritu es la única fuerza capaz de favorecer el proceso normal de la obediencia, y por tanto de llevar al niño a un estado de disciplina interior, en donde hay constante depuración.

De lo expuesto no debe deducirse que es innecesaria la obediencia y que so pretexto de respetar la personalidad del niño debe dejársele a su entera voluntad. Nada de eso. La obediencia es una fuerza social de gran valor, por ella convivimos con nuestros semejantes y nos sometemos con entera libertad a ciertas normas de conducta que consideramos útiles, y necesarias para la colectividad.

Si no existiese esta fuerza social de la obediencia, viviríamos en un estado de anarquía, no podríamos regular nuestros intereses, ni respetar los ajenos. Pero esta obediencia es producto deliberado de sujetos situados sobre un mismo plano. No es el caso de la obediencia en el niño cuyas condiciones físicas, psíquicas y sociales se desenvuelven en condiciones de inferioridad respecto de las del adulto. Por eso, la obediencia en el niño debe tener cierta elasticidad, cierta tolerancia para no maltratar su personalidad. Hay órdenes que el niño debe obedecer sin réplica alguna. Ellas se refieren a los hábitos positivos que cuidan su salud física y mental. No será posible, por ejemplo, permitir que el niño se sustraiga a la limpieza del cuerpo, corra riesgo en el manejo de instrumentos cortantes o de armas de fuego. Esta obediencia de orden constructivo varía sustancialmente de aquella otra en donde el adulto impone sus deseos y acprichos contrarios y nocivos, muchas veces, a la naturaleza del niño. Así, imponerle quietud, y silencio; sustraerlo de todo deseo de curiosidad; castigarlo por actos triviales; mantenerlo sin reservas al servicio de su vo-

luntad, es entorpecer el libre desarrollo espiritual del niño.

Si se le acostumbra a vivir de la voluntad de sus padres o de sus maestros, va a la esclavitud espiritual, más grave que la corporal. El niño es un sujeto activísimo. Su vida sensorial, afectiva, emotiva tiene múltiples modalidades, muchas de ellas hieren profundamente su conciencia. Se da cuenta de todo lo que ocurre a su alrededor. Esa visión panorámica de la vida le provoca un sinnúmero de deseos a los cuales el adulto se opone sin piedad.

Los padres de familia y los maestros se detienen sobre lo que podría llamarse obediencia externa, de pura forma, o sea, aquella en que el niño se rinde a su voluntad mediante la fuerza. El niño adopta un estado de conformidad aparente. Obedece porque no hay remedio. La protesta es interior; ella va a surgir cuando la presión externa desaparezca. Los niños extremadamente contenidos, resultan a la postre los más indisciplinados. Quienes en el hogar no han tenido libertad necesaria para dar impulso a su actividad, son los que en la escuela mantienen un estado de rebeldía. Es que la obediencia no es una ficción, un estado mental aparente y deleznable; es al contrario una fuerza interior elaborada lentamente para dominarse, vencerse y obedecerse a sí mismo.

Esta obediencia interior constructiva es la que debe crearse en el niño. Para ello es urgente la convivencia espiritual entre los que mandan y los que obedecen. Cuando no hay esta comprensión, todo proceso educativo es ineficaz. La obediencia es amor, tolerancia, olvido de agravios. Estas fuerzas son las únicas que deben ejercitarse con los niños para obtener de ellos no una obediencia externa, sino otra para dar vigor a su conciencia y disciplinarla interiormente.

Alejarse de los niños, colocarse en situación jerárquica superior, ordenar con acritud, con violencia; usar lenguaje deshonesto; mostrarse colérico; encapricharse;

no saber rendirse ante la debilidad de un hijo o de un discípulo; no sumarse a sus deseos, es operar en abierta pugna con la vida espiritual de éstos.

Cuando existe aquella contienda, la rebeldía del niño se traduce en un estado conocido en el hogar como *mal humor*, lo cual significa resentimiento, cólera, capricho, engreímiento, etc. En estas condiciones no se puede dictar órdenes, so pena de ser desobecidas. En la escuela ocurre igual fenómeno. Cuando el niño ha sido injuriado, deprimido, ridiculizado, tampoco está para obedecer. El ejercicio de la obediencia supone tranquilidad espiritual. En medio de la tempestad no es posible buscar entendimiento alguno.

La obediencia va acompañada de *respeto*. Se dice de un niño que es respetuoso cuando es obediente. Esta creencia es un error, porque el verdadero respeto surge de la armonía y comunidad de intereses entre los que obedecen. El niño puede ser obediente y al mismo tiempo irrespetuoso. Depende de la persona con quien está en relación. Los niños obedecen en un buen número de casos a personas de su simpatía, que es la base del respeto. Cuando hay antipatía por determinada persona o por determinado acto, la desobediencia debe juzgarse en relación con las personas, cosas o actos que repudia. No cabe respeto con personas que lo ultrajan, lo mortifican o le tienen antipatía. Si buscamos en el niño respeto para nosotros, debemos respetarlos y considerarlos como sujetos capaces de resentirse por palabras o actitudes que vayan en desmedro de su personalidad.

Se pretende que el niño so pretexto de respeto rinda homenaje y pleitesía al adulto. En caso contrario, se le considera "malcriado", "insolente" y "desobediente".

En realidad la irrespetuosidad es un acto de rebeldía expresada por una personalidad recia, nada dispuesta a someterse, ni a humillarse ante gente que le ha causado daño.

Cuando la antipatía ha echado raíces, se llega a un estado de negativismo, en el cual el niño resiste a toda

orden. Este negativismo no es desobediencia, es la reacción normal contra todo abuso.

En cambio la simpatía origina confianza y fe en el espíritu de los niños. Por eso ganar la confianza de los hijos y de los discípulos es tener en las manos uno de los mejores medios para llevarlos a la obediencia. Si no tienen confianza en sus padres, no poseen energía en su voluntad; vacilan ante cualquier mandato; dudan al ejecutarlo y no proceden con verdadero placer.

La obediencia se quiebra y se debilita si hay exageración en inmiscuirse en los más pequeños detalles de la vida del niño. Es costumbre en el hogar mortificarlo por cualquier acto, por pequeño que éste sea. A cada momento la voluntad de la madre se interpone ordenándole en forma negativa. "No hagas esto"; "No molestes"; "No juegues", etc. Como el niño necesita jugar, gritar, tocar las cosas, desobedece y almacena actos de desobediencia que más tarde van a utilizarse en la rebeldía.

Ocurre igual situación si se busca obediencia a base de promesas que no se cumplen, por ejemplo, cuando se dice a un niño: "si estudias, te daré dinero"; "si te portas bien, irás de paseo"; "si comes, te llevaré al cine", etc. Pero como el niño no recibe dinero, ni va de paseo, ni asiste al cine, se siente engañado, acumula desobediencia y ya no querrá en otra oportunidad obedecer.

El engaño mortifica y trastorna la conducta de los chiquillos. Es frecuente oír a una madre: "Vamos donde el dentista; es un buen señor, no te hará daño". El niño acepta el dicho de buena fe, tiene confianza en la madre. Pero resulta lo contrario; la intervención del dentista ha sido dolorosa. En una segunda oportunidad el niño no creerá a la madre y desobedecerá ir a una clínica dental, sencillamente por haber perdido aquella confianza y fe.

En estos casos como en otros en que el niño teme al dolor físico, es inútil el engaño. La madre no tiene por qué ocultar ese dolor. Basta con decirle que es conve-

niente ir donde el médico o dentista sin entrar en distingos ni análisis.

Las órdenes deben darse, en consecuencia, en sentido positivo y no negativo; en lugar de decir: "no hagas tal cosa", debe decirse: "haz tal cosa". Bastará en esa ocasión repetir dos veces la orden. Si no resultare obediencia, es prudente variar la orden, desviar la rebeldía, para llevarlo por otro camino a obedecer el primer mandato. Empecinarse sobre lo ordenado, insistir que el niño lo cumpla como desea el adulto, es llevarlo a la desobediencia.

Es práctica ineficaz en el hogar y en la escuela conseguir obediencia a base de postulados morales. Ningún resultado se obtiene cuando se dice al niño: "Debes ser obediente"; "los niños buenos son obedientes"; "es malo desobedecer", etc. En las escuelas se piensa educar a los niños mediante inscripciones que contienen máximas morales que ni los adultos cumplen. La moral es un proceso, no es un acto fugaz y esporádico. Para el niño esas máximas o esas recomendaciones no tienen sentido alguno, precisamente porque su vida gira en torno a necesidades e intereses que le son propios, y que, en muchas circunstancias son opuestos a los del adulto.

La formación de hábitos positivos está en relación con la obediencia. Si el niño se ha acostumbrado al orden de las cosas, a la limpieza de su cuerpo, a la exactitud en sus ocupaciones, el problema de la obediencia queda circunscrito a su mínimum.

Es cierto que para formar hábitos es necesario obedecer, pero es una obediencia gradual, metódica en donde cualquiera presión externa se aminora en virtud de ejecutar actos necesarios e imprescindibles para nuestro bienestar. Esta explicación es entendida y aceptada por el niño. Las órdenes que determinan un hábito positivo no encuentra en su espíritu la misma oposición que las otras que contrarían su naturaleza. Esta actitud nos enseña hasta qué límite es posible la obediencia del niño, cuando ella favorece sus necesidades e intereses.

De allí que antes de exigir obediencia es preciso valuar la orden que debe estar en relación con la posibilidad que el niño tenga para cumplirla. Si aquella es superior a su capacidad física, a su desarrollo mental y a sus intereses, no debe dársela. Se procederá en igual forma cuando el niño no está en condiciones espirituales de obedecer. Tal ocurre si tiene antipatía por la persona que lo manda.

La obediencia forzada fatiga a los niños. En la escuela se observa un proceso mental lento en los niños a quienes se les somete en el hogar o fuera de él a una permanente obediencia. La fatiga se presenta por actos de indisciplina y de dispersión mental en las horas de estudio. En cambio, el niño que no está sometido a una disciplina drástica, va a la obediencia con menor o con ninguna resistencia.

En el hogar o en la escuela la obediencia depende de la calidad y de la cantidad de trabajo que se le da al niño. Una ocupación que no le interesa ni le proporciona placer, habrá de rehusarla. Obligarlo a que la ejecute es provocar la desobediencia, engendrar el hastío y la repugnancia por ese trabajo. La disciplina clásica de la escuela y su organización a base de un plan de estudios obligatorio predisponen aquella situación. Como el niño no tiene libertad para escoger las tareas escolares que le son impuestas por la fuerza, contrariando sus aficiones e inclinaciones, no tiene otra camino que resistir.

La escuela nueva ha contemplado este problema y lo ha resuelto en el sentido de abolir el plan de estudios uniforme, el horario, el texto único y demás factores de la escuela tradicional para dar paso a la elección libre de materias, a trabajos en relación con centros de interés, a "proyectos" y "contratos", en donde manejándose el niño de acuerdo con sus intereses se disciplina, sin necesidad de mandatos ni de órdenes.

Por último la obediencia requiere cierta disciplina mental, el niño que no la posee no está dispuesto a obedecer, porque comprende mal la orden dada; no la ela-

bora ni la asimila con prontitud, por ser un deseo ajeno. Esta lentitud mortifica al adulto, llevándolo al insulto y a la violencia. Cuando se dé una orden debe ser expresada con palabras sencillas, en tono persuasivo y de súplica, jamás en tono imperativo. Hay diferencias entre pedir un favor y exigir una obligación. Al niño le agrada verse tratado con cortesía. Sus más grandes rebeldías ceden ante una palabra de cariño, ante una expresión de simpatía.

Como se ve, el problema de la obediencia es producto de la conducta que se observa con el niño. Su solución favorable depende de la ecuanimidad, sagacidad, amor, tolerancia, simpatía de sus padres y maestros. Si éstos quieren que sus hijos y discípulos obedezcan, es forzoso comprenderlos, entenderlos, situándose en la zona de sus intereses. Todo desdén, toda incomprensión, todo alejamiento de la naturaleza del niño lo llevan indefectiblemente a la rebeldía, de la cual sólo es culpable quien trata de imponerse por la fuerza.

La verdadera disciplina está en relación con la obediencia, y aquélla consiste en mantener un balance entre las aspiraciones, deseos, ambiciones, aficiones del niño y los del adulto que con él convive. Cuando este equilibrio se rompe no hay disciplina posible, excepto aquella formal, impuesta por la fuerza. Sustraer al niño de toda presión exterior, llevarlo a la depuración interior, es el fin de la obediencia y el propósito de la disciplina.



Capítulo VIII

LA MENTIRA

SUMARIO:

Es inexacto que "los niños y los locos dicen la verdad".
Un testimonio fiel que sea la expresión de la verdad es imposible.
La alteración de la verdad es normal en los niños. Se debe a su inexperiencia sensorial; a la imaginación y a la sugestión ajena.
Si se desea que el niño no mienta, el adulto no debe mentir.
Se vive en medio de mentiras convencionales, de las cuales el niño participa.
La mentira está en relación con la edad y con las condiciones biológicas y psíquicas del sujeto.
No debe juzgarse la mentira como acto de maldad, si antes no se conoce su origen.
El niño miente para sustraerse de castigos, amenazas y humillaciones.
Debe disciplinarse su vida afectiva para que no mienta.
El niño miente para oponerse a nuestros deseos y caprichos.
Debe acostumbrársele a que asuma la responsabilidad de sus actos.
En muchos casos debe disminuirse la importancia de la mentira.
No obligarlo a que declare sentimientos que no posee.
No hurgar demasiado sobre un hecho en que se sabe ha de eludir la verdad.

A mayor libertad menos mentira. A mayor vigilancia más mentira.
No buscar en la mentira complacencia ajena, no decir: "No es cierto que tú has hecho tal cosa".
No permitir la mentira social que lo lleva a la hipocresía.
No llevarlo a la oposición y al negativismo sistemático.

Es creencia muy generalizada que "los niños y los locos dicen la verdad". Sin embargo nada es más inexacto. El niño miente porque es un *primitivo*. Su actividad cerebral está en sus comienzos; le falta dominio psíquico y sensorial. Las experiencias a las cuales está sometido a diario no tienen la claridad necesaria y por eso le es difícil compararlas. De allí que no puede originarse en su espíritu juicio alguno. Todo está subordinado a la fuerza imaginativa. Es un sujeto extremadamente sugestionable. Está pendiente de lo que dicen y hacen las personas que lo rodean. Es, pues, un ser miedoso, curioso, imaginativo, libre de toda inhibición. En estas circunstancias no puede extrañar que mienta.

La mentira en el niño normal reviste tres formas: la alteración de la verdad; la mentira propiamente dicha; la simulación y la fabulación.

Experiencias de psicología demuestran que un testimonio fiel que sea la expresión de la verdad es imposible. Al relatar un hecho visto u oído hay siempre la tendencia de acumular nuevo material, de dar otra forma y otro contenido, de dramatizar y de buscar en los personajes actitudes no realizadas. Esta alteración de la verdad es normal en los niños, y se debe a la inexperiencia sensorial que se opone a la exactitud de la percepción; a la imaginación creadora y en fin, a la sugestión ajena.

Hubo oportunidad, una vez, de arreglar una escena que debía ser presenciada por niños de siete a nueve años de edad. La escena consistía en llevarlos al campo, en donde algunas personas preparadas de antemano debían presentarse y escalar un muro. Ocho días después de esta escena, los niños fueron interrogados. Ninguno

dió testimonio exacto de lo ocurrido. Cada uno alteró la verdad. Algunos vieron malhechores; otros más de dos personas; otros, dando vivacidad a estas personas, declararon haberlos visto enmascarados, llevando consigo cuchillos y revólveres. Esta experiencia demuestra que la percepción no fué exacta; que hubo gran fuerza imaginativa y evidente sugestión.

La mentira propiamente dicha consiste en negar voluntariamente la verdad. Esto se debe al temor de ser castigado, a huir de molestias, a un cierto estado de orgullo y de malicia; al amor propio que sustrae al niño de la burla de sus camaradas y de sus padres. Pero la verdadera causa determinante de esta mentira se encuentra en la facilidad que tiene para dar libre juego a la imaginación.

La simulación es una mentira más compleja y más difícil de sostener; ella consiste en ocultar defectos deficiencias y debilidades; y, ostentar, pensamientos y actitudes que están fuera de la realidad. En el niño la simulación reviste formas simples, generalmente efímeras y en relación directa a satisfacer situaciones de placer momentáneo y huir de aquellas que lo mortifiquen.

La fabulación es la forma más elevada y curiosa de la actividad del espíritu infantil. Consiste en la invención espontánea de aventuras, de actos novelescos, en los que el niño es el personaje central. En esta ocasión se atribuye una personalidad rica y de actividad en malicia, en valentía, etc. Los niños cuentan interesantes historias que son verdaderos tesoros de su imaginación.

La actividad mítica del niño normal varía en intensidad, persistencia y forma según la edad, el sexo, la raza, el medio, y sobre todo según su contenido psíquico.

Con la edad la inteligencia progresa, adquiere mayor seguridad en sus experiencias y no cae con facilidad en la fantasía.

Se observa que las chicas tienen más tendencia a la mentira y a la fabulación que los niños. Esta diferen-

cia se debe a que el varón se encuentra en contacto mayor con la realidad; es más dinámico, y por eso tiene mayor suma de experiencias. En cambio la mujer lleva una vida más sedentaria en la cual hay predominio de imaginación.

La mentira depende de la constitución psíquica del niño. Entre éstos existen espíritus imaginativos, verdaderos creadores de hechos fantásticos. Hay otros de temperamento apático cuya mentalidad apenas roza la superficie de las cosas.

Por último tenemos la mentira patológica, conocido con el nombre de mitomanía, de mito-fábula, que consiste en la tendencia patológica más o menos voluntaria y consciente a la mentira y a la creación de fábulas imaginarias. Esta mitomanía patológica está constituída en el niño y en el adulto anormal por el exceso de duración y de intensidad.

Los factores que constituyen la mitomanía son: la vanidad, la malignidad y la lubricidad.

La vanidad es un elemento constante en el carácter de los sujetos débiles y desequilibrados. La mitomanía vanidosa tiene interés en los adolescentes. Se reviste de dos formas principales: la palabrería fantástica y la auto-acusación criminal. En ambos estados el adolescente se cree héroe de acciones que envuelven las más nobles virtudes o los hechos más punibles.

Una proyección de esta conducta, es la fuga del hogar con el propósito de buscar en la libertad, las aventuras de las cuales ha de resultar protagonista.

La mitomanía, en donde se pone en juego la malignidad, envuelve todos los grados del instinto de destrucción, desde la más simple malicia hasta la ferocidad cruel. Esta actividad conduce al sujeto a la calumnia, a la acusación, a la simulación y fabulación dirigidas a perder a la víctima escogida. Para ella aguzan su inteligencia y ponen al servicio de su maldad todos los medios que están a su alcance. Este es el caso de los criminales precoces; de los niños "mártires" que culpan a sus pa-

dres o maestros de crueldades y maltratos jamás inferidos; de las muchachas que delatan falsos atentados contra su pudor; en fin, de los sujetos dispuestos a ofrecer testimonios inexactos con fines de lucro o venganza.

Veamos ahora cómo la mentira se manifiesta en el hogar y en la escuela, en donde la consideran desde un punto de vista ético, sin estudiar sus causas de orden social, biológico o psíquico.

Comencemos por declarar que la mentira es una actitud normal de defensa en los niños y en los adultos. Vivimos en medio de mentiras convencionales, que sin causar daño al orden social, las aceptamos de buen grado y nos congratulamos de proceder así.

A esta influencia social se debe que al niño se le mantenga, desde sus primeros años, alejado de la verdad. Hay interés en el hogar en ocultar al niño una serie de actos que a juicio de los padres de familia no conviene que los niños conozcan. Cuando el niño pregunta, por ejemplo, de dónde ha venido su hermano menor, recién nacido, se miente diciéndole que lo ha traído una cigüeña. Igual error se comete cuando se responde con falsía y engaño a cualquiera interrogación del niño. La mentira es un instrumento que sirve para obtener obediencia. Es frecuente prometerle un premio o amenazarlo con un castigo, para que ejecute o no determinado acto. Como el premio ni el castigo se cumplen, el niño se da cuenta de la falsedad de la promesa o de la amenaza.

No hay miembro de familia que no se encuentre bajo la influencia de la crítica social, y por eso aparenta y permite que sus hijos simulen situaciones económicas y sociales falsas. El niño en la escuela cuenta a sus compañeros la riqueza y el boato en que viven sus padres. Habla del poderío social o político de los suyos. Todo esto como un reflejo del hogar.

El niño va a la mentira por enseñanza directa de los suyos; por ejemplo cuando se le enseña que diga ha-

ber estado enfermo, no estándolo, para excusar su falta de asistencia a la escuela,

Así, ejercitado en la mentira, la usa como el mejor instrumento de defensa.

Mientras no se llegue a la mitomanía maligna debe considerarse la mentira como producto de contagio social.

El niño sometido a la voluntad de sus padres o de sus maestros vive bajo la sugestión de ellos. Cree todo lo que dicen y hacen sus superiores; repite las mismas palabras y ejecuta los mismos actos. Cuando esa sugestión no está de acuerdo con la realidad, ni con su mentalidad, es una fuerza destructiva que no contribuye a formar una personalidad propia. Esta situación se presenta a diario en el hogar cuando los padres, para ocultar defectos y vicios, se escudan detrás de la mentira. El niño adopta igual actitud. De allí que conviene no engañarlo ni mantenerlo en un plano de vida, en donde reine la falsía. Si por este equívoco miente, no hay razón para castigarlo.

En el hogar y en la escuela la mentira es considerada en su totalidad sin establecer distingos, ni averiguar las causas que la provocan. No es lo mismo la mentira en labios de un niño de cuatro años de edad, que en boca de otro de diez años. Entre ellos media una diferencia ostensible de desarrollo intelectual. El lenguaje, la riqueza de vocabulario, la percepción del mundo externo, la explicación del porqué de las cosas, todo esto no se presenta en la mente de los niños en igualdad de condiciones. Por eso no debe incurrirse en el error de juzgar la mentira, cualquiera que sea, y en cualquier edad, como acto de maldad. Es obligación explicar al niño con lenguaje que esté a su alcance la realidad, procurando apartarlo de toda sospecha de considerar la mentira como arma de defensa o como instrumento para causar daño.

Los adultos pueden disciplinar su vida afectiva; los niños están incapacitados para dominarse y sustraerse de violencias, resentimientos, venganzas o envidias. Sus

afectos son rápidos, intermitentes y de muy poca fuerza, por eso necesitan escudarse contra toda posibilidad de que se les mortifique o perturbe. No tiene la calma necesaria para juzgar las cosas, ordenarlas y colocarlas en el plano que les corresponden. A este estado de orden afectivo se debe que el niño se aparte de la realidad y engendre una vida interior propia cuya conducta se proyecta, muchas veces, falseando la verdad.

Si no hay disciplina en la vida afectiva, ni la capacidad necesaria para juzgar, no hay razón alguna para castigar a los niños cuando mienten. Lo conveniente es disciplinar sus afectos y su mentalidad.

De aquí se deduce que el niño miente en relación con nosotros para oponerse a nuestros deseos, para destruir nuestros caprichos, defendiéndose y apartándose de los convencionalismos dentro de los cuales vivimos.

Cuando esta defensa es en beneficio de los demás, estamos en presencia de lo que Stanley Hall llama "mentira heroica", que es clásica en la escuela. El niño procede en este caso, a veces, por impulso propio, por acto de generosidad suprema, ocultando cualquiera falta del camarada; y, a veces, confabulándose y acordando con los compañeros de aula no delatar, ni mentir.

Tratándose de esta mentira, el maestro procede sin conocimiento de causa y castiga al niño o a los niños que, así, faltan a la verdad. El remedio está, en primer término, en llevar la educación de los discípulos de tal suerte que asuman responsabilidad por su actos. Si la escuela está organizada a base de esa responsabilidad, habrá por excepción mentiras heroicas. Pero si esta mentira se presentara, el maestro está obligado a disminuir el volumen del acto, a no darle demasiada importancia, a no hurgar mucho sobre lo ocurrido, y, a no pretender arrancar la verdad mediante la amenaza, el castigo o un interrogatorio por demás peligroso.

La cuestión se agrava, por ejemplo, en los casos en que los niños ocultan faltas de orden sexual, en donde es

peligroso indagar a fondo. Sabido es — y se sabrá en el capítulo posterior de este libro— que los problemas de orden sexual tienen en la escuela un sentido propio relacionado con el aspecto biológico y ético del niño. En el primer caso, el auxilio médico es necesario; en el segundo, la moralidad es relativa, y, por tanto, ningún castigo es posible por faltas que no responden a la ética del niño.

No es difícil encontrar en el hogar situaciones en las que el niño se ve obligado a mentir por impulso pasional. Cuando la madre pregunta al hijo si quiere al hermano menor, y contesta negativamente, estamos en presencia de una mentira pasional. El niño expresa una antipatía, producto de su desagrado en presencia del recién venido. Como no se explica, ni nadie le ha explicado la relación de parentesco que existe entre él y el hermano, juzga a éste como persona extraña y enemiga, pues le ha quitado el afecto y la atención de los suyos. La misma mentira se presenta en relación con la simpatía o antipatía que tiene por sus padres o familiares.

Por eso es peligroso interrogar al niño sobre su vida pasional, y menos rectificar su contenido, valiéndose de postulados de moral que no entiende.

Aquel estado pasional lo lleva a la desilusión. Abandonado a sus fuerzas, sin más refugio que su mundo interior, en donde las imágenes lo consuelan, es fácil que el niño llegue a la mitomanía.

Es preciso para no alcanzar a este extremo no abandonarlo, permitiendo que llegue a la soledad mental. En todo caso, necesita una explicación sencilla de todo lo que pregunta. Dejarlo en la duda, es peligroso.

Muchas veces el niño no fortalecido espiritualmente, castigado, insultado, deprimido y calumniado busca en la mentira denominada egoísta, la fuerza para oponerse al desdén, al castigo, a la burla. Entonces busca la menor resistencia para vencer sus quehaceres y cumplir sus obligaciones. Esta mentira egoísta es típica en la escuela. Allí, el niño, busca el apoyo del camarada para que redacte sus ejercicios, corrija sus faltas, le ayu-

de en cualquiera emergencia de la sala de clase. Estos muchachos son diestros para engañar a los maestros, presentándoles trabajos que no son suyos. Cuando la escuela rompa definitivamente con el prejuicio de que basta una buena lección, o un cuaderno de ejercicios limpio y bien arreglado, y sepa que su misión es más elevada, destinada a formar el *hombre*, entonces, la mentira egoísta en la escuela habrá desaparecido.

Esta mentira egoísta es amparada en el hogar, que exige a los hijos trabajos extraordinarios en la casa. Lejos de la vigilancia del maestro, del consejo técnico de éste, busca la cooperación de sus familiares. El niño cumple con la obligación del trabajo extraordinario valiéndose de la ayuda ajena, y presenta ese trabajo, en la escuela, como si fuera propio.

No sostenemos que el niño no necesite ayuda o consejo, pero de aquí a sustraerlo de la verdad, a llevar a su espíritu una falsa superioridad, hay un abismo.

Cuando la escuela está gobernada por un exceso de reglamentación, en donde no es posible que el discípulo se maneje con libertad, los motivos para mentir se multiplican, sencillamente porque el niño no es un sujeto capacitado para una disciplina minuciosa, que regule los actos más triviales de su existencia. Ha de buscar motivos para huir de tanto rigor, encontrándolo en la mentira. Se observa que las escuelas dirigidas en un ambiente de libertad tienen un menor porcentaje de niños mentirosos. Al contrario, en las de régimen disciplinario severo, el niño escuda con la mentira numerosos actos, muchos de los cuales no tienen importancia.

Los niños mienten por complacer a sus padres y a sus maestros. Es frecuente escuchar de labios de la madre: "¿No es cierto que tú has hecho tal cosa?" Ante esta pregunta el niño teme contradecir a la madre y por tanto no complacerla. Entonces afirma un acto que no ha visto o no lo ha ejecutado. A veces esta pregunta va o acompañada con la respectiva amenaza: "Di tal cosa, si-

no te castigo"; es otra forma errónea y grave de interrogar a un niño.

Si se desea cultivar la verdad en el espíritu de los niños, los padres de familia deben ser sujetos veraces, incapaces de provocar la mentira en sus hijos. De allí que actitudes como las indicadas en el párrafo anterior no caben en la mente de quienes educan a niños.

Una extremada cortesía inclina al niño a mentiras sociales que ocultan buena parte de su personalidad, engendrando en su espíritu lo que en lenguaje familiar se llama hipocresía. El niño aparenta bondad, honestidad, amor al estudio, interés por la escuela, cuando en verdad está dispuesto a cualquier acto de crueldad, y evade toda inclinación al trabajo. Nada es más difícil en la escuela y en el hogar que sacar a la superficie de la conciencia del niño parte de su mundo interior. Para ello no hay otro remedio que ponerlo en contacto con la realidad, no sustraerlo de responsabilidades inherentes a su edad.

Uno de los actos que más sorprende en los niños, es su oposición a todo, la negación de toda verdad, lo cual significa un marcado espíritu de oposición. Tal estado es consecuencia inmediata del medio social en que vive. Si ese medio se opone sistemáticamente a los deseos más triviales del niño, éste, como un acto de reacción propio, ingresa en el campo de la rebeldía. Pero si no existe aquella oposición y el niño desecha la verdad por orgullo, por vanidad, nos encontramos en presencia de la mentira patológica.

Tales son, en resumen, las diferentes modalidades que la mentira presenta en el hogar y en la escuela. La veracidad del niño depende de su constitución biológica y del medio social que lo circunda. Mientras la mentira quede en el plano de la defensa no hay otra solución que aminorar su contenido y desviarlo. Cuando ella persiste y va en daño ostensible de tercero, es urgente no cruzarse de brazos y proceder de acuerdo con las prescripciones médicas.

Capítulo IX

EL ORGULLO

SUMARIO:

No engreír al niño porque es llevarlo al orgullo.
No permitir que se sienta superior a todos, ni que es capaz de hacer todo.
No amparar pretensiones infundadas e injustas.
No inculcarle ideas sobre diferencia de clases sociales, basadas en el orgullo de familia, o en la fuerza del dinero.
No conviene ostentar a los niños demasiado poder ni riqueza.
Debe tenerse cuidado en darles dinero, lo cual ha de estar en relación con la edad, y con las necesidades imprescindibles del niño.
No acostumbrarlo al lujo.
No prodigar demasiado elogio a la belleza física, ni a una pretendida superioridad intelectual.
No exagerar el "amor propio".
No confundir la ambición con el orgullo.
No rendirle demasiado homenaje ni pleitesía.
Debe satisfacerse prudentemente los deseos.
No acostumbrarlo a "querer todo", ni a "poseer todo".
No permitir egoísmo, envidia, ni petulancia.
No permitir que manifieste superioridad mediante la fuerza.
No consentir que sea huraño, y tenga demasiado amor a su persona.
No admitir que aumente el volumen de lo que hace.

El orgullo es un problema al cual se da poca importancia tanto en la escuela como en el hogar. Confundiéndolo muchas veces con la ambición y aun con la emulación, se excita esta actitud en el niño sin medir sus gravísimas consecuencias.

El orgullo se inicia en el hogar, donde prejuicios de todo orden lo amparan y lo fomentan. Los maestros de vasta experiencia se dan cuenta del tipo de hogar al cual pertenece el niño por el mayor o menor orgullo que éste presenta en el aula.

El conocido vocablo "engreimiento", sirve para indicar el comienzo de la vida del niño pletórico de orgullo. Acostumbrado desde los primeros días de nacido a exigir imperiosamente se satisfagan sus deseos, se ve de pronto rodeado de todo género de comodidades, de halagos, de cuidados que lo llevan a crear en la conciencia un estado de superioridad. Más tarde, cuando se pone en relación directa con las personas, esta falsa superioridad adquiere fuerza que puede ser funesta.

El primer signo de orgullo en el niño es el orgullo del poder. Cree que lo puede todo, que es capaz de toda acción y de todo dominio. Se siente superior a todos los que le rodean, desde los padres hasta la servidumbre. Es afecto a imponer su voluntad; pretende dominar valiéndose de la fuerza, de la astucia, de la mentira. Menosprecia y desvaloriza la actitud de los demás.

Esta conducta la transfiere a la escuela, en donde los maestros resultan para él, sujetos dispuestos a prodigarle todo género de atenciones; y sus camaradas, personas destinadas a su servicio incondicional.

La situación anterior se debe a que en el hogar no se detuvo a tiempo este impulso violento de la personalidad del niño. Se le permitió, sin taxativa alguna, dominar a sus padres al extremo de convertirlos en esclavos suyos. Fueron vencidos y se rindieron incondicionalmente a la voluntad de sus hijos. Gran parte de esta actitud del niño se debe a la mala dirección de su educación. Hubo debilidad de parte del padre, rigor de la

madre, extremada tolerancia de la abuela o de los tíos. El niño ante esta multiplicidad de fuerzas que actuaban sobre su vida, tuvo que vencer con el apoyo de los demás la resistencia de la madre. Vencida ésta, el dominio fué absoluto.

Es un error y muy grave acentuar este poder falso del niño, amparándolo en todas sus pretensiones, permitiendo que contienda y resulte victorioso sobre sus hermanos menores, sobre los sirvientes y camaradas de inferior clase social o económica.

Más tarde, cuando el niño se da cuenta— porque se lo dicen y le explican a diario— que él pertenece a familias nobles, distinguidas o "decentes", no permitiéndole que juegue con sus camaradas de barrio, ni concurra a escuelas del Estado, se siente alejado de todo contacto social, porque piensa que él vive en un mundo distinto, lleno de riquezas y de comodidades. Esta idea lo lleva al orgullo de familia y de clase, convirtiéndolo en un sujeto déspota, huraño, hosco, retraído. Asquea a las gentes pobres, a las que no conviven con sus padres. Fuera de su círculo social, nada es bueno ni hermoso. Ante esta falacia de la vida, estos niños son sujetos incapacitados para cualquier equilibrio espiritual. Orgullosos de su prosapia, no admiten superioridad alguna. Hay una rebeldía ostensible a todo convenio, a toda condescendencia, a toda equidad. Guardan en su espíritu un profundo desdén por todo lo que les rodea.

Cuando llegan a la escuela son los sujetos que piensan que los maestros pertenecen a una clase inferior a la suya, y, por ello, se manifiestan con múltiples pretensiones y exigencias. Los camaradas que no ostentan algún apellido "sonoro" son excluídos de su comunidad, vistos con menosprecio y desdén. Este orgullo de familia los lleva a pensar que en el orden intelectual deben sobresalir, y buscan todo artificio para alcanzar el beneplácito de sus superiores. Desdoblan su personalidad; una, la pasiva, la asequible, la sumisa es para el maestro a trueque de que éste lo premie, lo halague y lo en-

cumbre; y otra para el camarada desheredado de la fortuna, para quien todo es despotismo, soberbia y altanería.

Nadie puede convenir que esa actitud sea de provecho para el niño, inclusive las personas que aún creen en la superioridad de una clase social determinada y en la influencia fugaz del dinero. Educarlo en esta creencia es malgastar valiosas energías, las cuales deben estar al servicio de los intereses comunes. Aislarlo de la realidad por los prejuicios señalados, es ahondar a diario la lucha que el mundo contempla hoy entre los afortunados y los desheredados.

No hay mejor contenido educativo que ofrecerle la mayor fuerza espiritual posible para sustraerlo de todo egoísmo y de toda superioridad efímera. Afirmar en su conciencia la necesidad de la solidaridad humana, es deber imperioso en la hora presente.

Junto a este orgullo de familia está el de la riqueza. Ambas corren paralelas. El primero es de mayor persistencia por estar sostenido por el hogar. El niño se da cuenta desde la primera infancia que hay diferencia entre él y los chiquillos pobres del barrio. Lo distingue por la abundancia de juguetes, por los trajes, por los cuidados que le prodigan. Aún no tiene idea de la riqueza, es simplemente un concepto objetivo de ella. En la edad escolar ya verifica este distingo, cuando sabe que va al colegio particular, porque tiene con qué pagar la pensión. En la adolescencia es donde el orgullo por razón de riqueza se expande y adquiere proporciones alarmantes.

Es interesante estudiar hasta dónde es posible ostentar riqueza a los niños, y hasta qué punto conviene que el niño maneje dinero y piense que por ello es superior a los demás. Es de sentido común aconsejar que los padres de familia sean parcos en dar dinero a sus hijos. La cantidad y el tiempo de ofrecerlo debe estar en proporción con la edad y con las necesidades imprescindibles del niño. Cualquier exceso lo perturba y lo

conduce a un prematuro estado de prodigalidad o de avaricia. En todo caso, desde muy temprano conviene imbuir en la conciencia de los niños el valor relativo del dinero, haciéndoles comprender que no es posible comprarlo todo y que el dinero es ineficaz para equilibrar la conciencia, adquirir conocimientos, guardarlos y ofrecerlos. Cuando tenga este concepto de relatividad de la riqueza, no podrá el niño acostumbrarse a dominar mediante el dinero.

El lujo es otro factor que origina el orgullo en los niños, quienes observan la diferencia que existe entre su persona lujosamente vestida y la de otros que no tienen más ropa que unos cuantos andrajos. Se procede mal en el hogar acostumbrando a los niños a vestir trajes lujosos, no sólo por el hecho de que esa costumbre habrá de perdurar a través de buena parte de su existencia, sino porque su espíritu se mantiene pendiente de esta superficialidad de la vida, nublando su porvenir por exigencias que más tarde, quizás no pueda satisfacer. Cogida la mente por el lujo en el período de la adolescencia es imposible que se ponga al servicio de empresas de mayor valor.

El lujo en la mujer tiene consecuencias más graves. Acostumbrada desde chiquilla a mantener su vida y a considerarla en dependencia continua del lujo no le será posible purificar su conciencia. La pasión por el lujo significa un desgaste de energía, un menosprecio y un continuo temor por la pobreza. El terror a la miseria causa en la mujer estragos que la experiencia diaria nos da a conocer.

Aun tratándose de familias acomodadas, no hay mejor arma de combate contra el lujo, que vestir a los niños con toda modestia no exenta de belleza. Lo útil es que el niño se acostumbre a la limpieza personal y a la de sus vestidos. Este hábito positivo lo volverá cuidadoso con todo lo que le pertenece y le es útil.

El orgullo, por razón de belleza física, aparece desde muy temprano como una consecuencia de la influen-

cia del hogar, en donde se han rendido homenaje y pleitesía a la chiquilla bonita. Esa continua alabanza ha creado en su espíritu un estado de superioridad que modifica sustancialmente su persona. Juega con su belleza, la cotiza en presencia de sus hermanos desfavorecidos por la naturaleza. Esa superioridad la torna altanera, petulante, engreída, afecta al adorno y al lujo.

En la escuela surge esta superioridad con mayor fuerza. Por desgracia existen escuelas en donde prodigan a estas chiquillas sinnúmero de atenciones, desdeñando a aquellas que no tienen belleza. Este error se manifiesta en doble forma; de un lado el orgullo y de otro la envidia. Igual situación se presenta en el hogar cuando la madre se inclina hacia la hija de mayor belleza.

El orgullo por pretendida superioridad intelectual, se presenta en los niños en período avanzado de la edad escolar como resultado de una mala apreciación del valor intelectual de los escolares. Prematuramente se verifican distingos entre niños inteligentes y lentos. Los primeros se creen colocados en manifiesta superioridad. Se sienten orgullosos de ser preferidos en la sala de clase, loados por los profesores, premiados en los exámenes, todo con menoscabo de su formación espiritual. A poco, con frecuencia, se observa que no existe tal inteligencia, y que aquello no fué otra cosa que una memoria rica en retener y reproducir, mas no en crear.

Ya hemos indicado lo peligroso que es un diagnóstico prematuro sobre la capacidad intelectual de un niño, y lo es mucho más en este caso, no sólo porque lo lleva al orgullo, a la desmesurada pretensión; sino porque fallida la supuesta inteligencia le invade un profundo desconsuelo. Este desastre en el adolescente, es causa de que abandone toda disciplina intelectual. Se registran casos en los que niños exageradamente alabados en la escuela resultan deficientes en la vida real.

Es difícil en los niños el orgullo por superioridad moral, sencillamente porque la ética de ellos es variable y no constituye fuerza determinante de su personalidad.

Aun en el adolescente esta superioridad moral no asoma a su conciencia; puede apreciarla en los otros, pero difícilmente se considera superior a los demás por tener virtudes que lo enaltecen.

De lo dicho se desprende que el orgullo se origina en el hogar; mantiene su fuerza en el campo social de la escuela y se proyecta en la adolescencia. Culpa de este estado de conciencia la tiene el hogar por haber prodigado desmesuradamente alabanzas, exaltado cualidades físicas o intelectuales de los hijos, y mantenido en toda su fuerza prejuicios de familia, de raza o de riqueza.

La escuela democrática debe destruir ese vicio del hogar. Está destinada a fundir la conciencia en una sola aspiración: la solidaridad humana.

El orgullo, así originado, se esfuma en la adolescencia en razón de encontrar en la escuela una serie de factores que contrarrestan cualquiera superioridad. Esta pérdida es mayor en el hombre que en la mujer. El varón está sometido a mayor número de fuerzas que lo combaten, a veces, sin piedad. Esto no ocurre con la mujer, quien continúa en el plano del homenaje, de la alabanza y de la pleitesía. Esta situación la mantiene en estado de superioridad, y en consecuencia el orgullo persiste. Aquella falta de combate exterior, la lleva a una profunda inquietud, que mina su personalidad cuando la riqueza, la belleza y el poderío social vienen a menos. Para prevenir este desastre en lo futuro, el hogar debe evitar todo motivo de orgullo, causa de tantos daños irreparables.

Una de las manifestaciones típicas del orgullo, es el denominado "amor propio", el cual surge, en el niño, desde muy temprano, especialmente cuando entra en relación directa con las personas. Desde entonces hay un deseo de sobresalir, de distinguirse, de no rendirse. En la escuela y en el hogar se utiliza este amor propio, para mantener la disciplina y empujar, al niño, a actividades superiores en el orden intelectual. El exagerado amor propio se transforma, muchas veces, en actos de re-

beldía, cuando se ha cometido con el niño alguna injusticia. Entonces se abstiene de toda convivencia social, resulta irascible y desobediente. Es que su personalidad ha sido formada a base de un exceso de amor a sí mismo, que no permite rivalidad alguna. Es frecuente el caso en que ha sido injustamente preterido en honores y alabanzas con motivo de los exámenes. Cuando esto ocurre, los niños que tienen demasiado amor propio llegan a un estado de apatía mental de la que es difícil sacarlos.

El amor propio debe ser cuidado extremadamente. Mientras se encuentre en el plano de la emulación es tolerable, pero cuando nubla la conciencia del niño y lo retira de la posibilidad de toda contienda es muy peligroso ampararlo.

Hay diferencia entre el orgullo y la ambición: en el primer caso se trata de la imposición sin taxativa de su voluntad, de sus caprichos a base de una ficticia superioridad. En el segundo, se trata de una fuerza constructiva, de superación constante. La ambición en el niño tiene su límite; no va más allá de aspiraciones inmediatas.

Cuando irrumpe en el espíritu del niño el deseo de ser el más fuerte, el más capaz, el más bello, entonces se interesa porque todos los que le rodean le rindan homenaje. Este es un período de vida denominada *vida heroica*. El niño se siente realmente héroe, lo cual ocurre, en general, en la segunda infancia. Si esa "vida heroica" echa raíces en la conciencia del niño, se extiende en la adolescencia con fuerza inusitada en la vida afectiva con desgaste de energía para actividades de mayor utilidad.

Cuando el orgullo ha cogido la conciencia del niño y exaltado su personalidad, no tiene la fuerza necesaria para limitar sus deseos y exigencias. Entonces, se torna en sujeto violento con manifiesto desdén y menosprecio para las personas, inclusive para sus padres y maestros; estamos en presencia de un *paranoico*. En esta si-

tuación, el niño no sólo desea un juguete, desea muchos y aquellos que son de su antojo, no importa que tengan valor, ni que los padres posean dinero. El juguete en sí no tiene importancia; lo necesario es imponer su voluntad. No admite objeción alguna, compensación, ni justeza. Posee una extremada susceptibilidad. Cualquier gesto le desagrada, cualquiera orden lo escoleriza. Es un antisocial. Le aburre la casa, la escuela, los estudios y aun los juegos, salvo aquellos en que se muestra sobresaliente, sin rivales, ni jefes. Ha llegado, en resumen, a un estado de perversión espiritual.

Se ha creído que esta clase de niños no se encuentra en las escuelas a causa de que el orgullo se pierde por las numerosas fuerzas que se oponen a sus deseos. Sin embargo, es común observar en las escuelas a niños que desdeñan a maestros y camaradas, suponiéndose superiores a los unos y a los otros, considerándose la primera figura, ostentando a cada momento su riqueza, altivez, y prosapia social; haciendo valer para los más pequeños menesteres escolares su ascendencia de clase.

Estos niños en la escuela son grandes simuladores. egoístas, envidiosos y petulantes. La simulación les sirve para desdoblar su personalidad en la forma anteriormente indicada. Por el egoísmo y la envidia van a la delación. Por la petulancia, se inhiben de actividades nobles y útiles.

Para ellos, nada hay bueno, y de allí que se encuentran en constante pugna con los maestros, con el reglaglamento de la escuela y con todo aquello que sirva para equilibrar su conciencia. Por eso, estos niños resultan inadaptables en la escuela.

En presencia de ellos, el hogar y la escuela deben ponerse sobre la guardia, no permitiendo que esa exageración del orgullo destruya la personalidad. Desgraciadamente los padres de familia y los maestros no dan a aquellas actitudes la importancia necesaria, suponen que la edad los volverá comprensivos, tolerantes y juiciosos. Nada más inexacto. El abandono de aquella

conducta carcome lentamente toda energía espiritual saludable, y cuando ella se ha agotado, el adolescente se encuentra incapacitado para vencer los obstáculos que se el presentan en su vida.

Detener el orgullo de la riqueza, conducir la vida del niño dentro de la relatividad de la riqueza, de la posición social de sus familiares, del valimiento intelectual, del lujo, y de la misma belleza, es obra necesaria e inaplazable, sino se desea que los hijos vayan a la perversión espiritual, estado del cual será difícil, más tarde, arrancarlos.

Hay casos en que el niño encuentra satisfacción en la obediencia que sus camaradas le prestan. Se acostumbra a tener cierto dominio sobre los niños menores a los cuales sojuzga y los somete a su voluntad. No debe confundirse a éstos con los *leaders* o jefes de grupo que resultan de una manifiesta superioridad física o volitiva. Aquellos son *paranoicos* simples cuyo dominio se encuentra en el orgullo.

A este tipo pertenecen los niños que se quieren a sí mismos y no permiten que nadie los toque. Esta actitud se presenta desde la primera infancia cuando el niño es excesivamente huraño. No se aproxima con facilidad a las personas; huye de las caricias y muestra exclusivo afecto por determinadas personas de su familia. En la escuela se sustrae de toda relación social, no por un acto de cobardía, sino por un excesivo amor a su persona.

Existe una falsa *paranoia*, en donde el niño se presenta con extremada timidez, marcado estado emotivo y gran desconfianza en sus fuerzas. Cuando concurren estos tres factores, el muchacho aparece como si fuera orgulloso. Se retrae, se emociona de cualquiera cosa, llora a la menor insinuación, al menor reproche. Realmente no es un orgulloso sino un emotivo.

Otros chiquillos alardean de acciones insignificantes, aumentan el volumen de lo que hacen, o dan poca importancia a las acciones de los demás. Su orgullo está sos-

tenido por una falsa pretensión que desborda la realidad.

Debe tenerse cuidado con esta clase de niños. Confundirlos con los orgullosos típicos sería descuidar su vida emotiva.

En resumen, el orgullo es producto de la constitución del hogar, cuyos prejuicios fomentan y amparan la exaltación de la personalidad de los hijos con positivo daño para éstos. Si el hogar, no obstante su posición social, su riqueza y su prosapia, infunde en el espíritu de los niños energía suficiente para sustraerse del orgullo, habrá colocado un obstáculo para detener el desvío de la personalidad.

Capítulo X

LOS CELOS Y LA CRUELDAD

SUMARIO:

El niño piensa que es el amo en el mundo en donde todo le pertenece.
No debe jugarse con las pasiones del niño.
No debe preguntarse: "A quién quieres más: a tu mamá o a tu papá?"
Ni decirle: "Tú eres más bueno o más inteligente que tu hermano". "A ti te quiero más". "A tu hermano no lo quiero", etc.
Todo esto significa hurgar sin piedad el espíritu de los hijos, y provocar celos y rivalidades innecesarios.
No desdeñar, ni ser indiferente. Se debe ser todo cariño y solicitud.
No provocar rivalidad entre los hijos de diferente matrimonio.
No debe ampararse la falsa emulación.
No hacer distingos entre los niños.
No despreciarlos; no alabarlos demasiado.
Ser justos; distribuir por igual juguetes y golosinas.
No despertarle envidia.
Los celos llevan al niño a la crueldad.
No provocarle exaltación de las pasiones.
Enseñarle que el dolor físico lo tienen también los animales.
Decirle que no puede usar de la fuerza con cualquier pretexto.
Enseñarle a medir las consecuencias de sus actos.

No permitir que use de la crueldad para satisfacer sus deseos.
No ser cruel con los niños.
No permitir que lo sea con personas, animales y plantas.
Impedir que presencie escenas de crueldad.
No permitir que se vengue en personas, animales o cosas, agravios que le han inferido.
Debe equilibrarse la vida pasional y efectiva de los niños para evitar los celos y la crueldad.

Los celos constituyen el deseo de poseer para sí una persona o una cosa amada. Este deseo provoca en el espíritu una lucha interior que perturba la personalidad.

En los niños esta tragedia interior es más grave, porque no tienen las fuerzas necesarias para someter a su voluntad a las personas, ni apropiarse de las cosas. El adulto tiene una mentalidad flexible, un concepto relativo del mundo, por eso puede dominar sus pasiones y llevarlas por cauces de menor riesgo. En cambio, el niño piensa que es el amo del mundo, en donde todo le pertenece. Esta actitud mental no le permite alejarse voluntariamente de la zona de sus deseos. Persiste y permanece en el plano de sus pasiones sin que le sea posible descender.

En su primera infancia encuentra permanente refugio en la madre, a quien considera parte integrante de su persona. Cuando ella le falta y se sustrae a su vigilancia se siente aislado, perdido, abandonado a su suerte. Este desconsuelo lo convierte en un sujeto profundamente emotivo. Llora cuando se siente solo, y calla cuando alguien lo acaricia o le habla. Tan pronto como se da cuenta de que existe a su lado una persona que le es más solícita adquiere por ella verdadero interés. No permite que atienda a otras personas, molestándose cuando esto ocurre. Hay en su espíritu una mezcla de simpatía y de egoísmo que lo lleva a la intransigencia.

En la segunda infancia esta actitud no se modifica. Al contrario adquiere mayor volumen en razón de que

el niño es un sujeto más emotivo que afectivo. A medida que se ha puesto en contacto con las personas y las cosas, su emoción por alcanzarlas y poseerlas es más intensa y de mayor exigencia. Como hay oposición constante a satisfacer esos deseos, se torna en un sujeto irascible y huraño cuando la persona amada no acude a su lado para prodigarle todo género de cuidados.

Esta exagerada emotividad del niño la provoca el hogar, en donde los padres de familia, creyendo halagar a sus hijos entablan, con ellos, diálogos que originan pasiones que de otra suerte no habrían asomado a la conciencia.

Es frecuente que la madre pregunte al hijo: "A quién quieres más a tu papá o a tu mamá"? Hasta entonces el muchacho no había hecho distingos en el orden afectivo. Sus preferencias eran de orden utilitario. Se inclinaba a uno u otro por razón de la menor resistencia. Quien satisfacía sus deseos, lo complacía en todo era el de su preferencia. Pero ante la pregunta anterior, el niño ingresa en la zona afectiva, provocándole la duda.

Cuando la madre dice: "Tú eres más bueno o más inteligente que tu hermano". "A ti te quiero más". "A tu hermano no lo quiero, porque es un malcriado", hurga, sin piedad, el espíritu de sus hijos. Los lleva a juzgar situaciones, actitudes y valores para ellos desconocidos o no apreciados en la forma como lo hace el adulto. El niño convive con sus hermanos con entera franqueza y sinceridad. La rivalidad entre ellos es también de origen utilitario, pero no afectivo. Las preguntas anteriores significan para el niño que el cariño se distribuye y se cotiza. Como el adulto no puede apreciar el valor de esta conducta y su actitud no es la misma ante los variados síntomas de carácter que los niños presentan en su vida diaria, la apreciación de sus hijos por vía afectiva es errónea.

Esta situación de constante equívoco muestra a los niños la versatilidad de sus mayores, y por tanto la

injusticia que cometen con ellos al negarles cariño, o al exigirles determinadas condiciones para ser gratos.

Aquel procedimiento no sólo provoca los celos, sino la rivalidad entre los hermanos. Ambos estados pasionales son funestos para la personalidad de los niños. Cualquier desdén, cualquiera falta de atención, les causa profundo e imborrable resentimiento. Muchos de nosotros conservamos en nuestra conciencia, antipatía a personas que nos agraviaron en nuestra infancia.

De allí que las madres deben ser solícitas y justas con sus hijos. Toda actitud que interrumpa una convivencia leal y generosa, servirá para que los niños se alejen y tengan celos y odios inmotivados.

Aquella solicitud debe ser mayor cuando hay hijos de diferente matrimonio. Es desfavorable el prejuicio que se tiene acerca del padrastro o de la madrastra. Buen número de niños que han perdido a sus padres, o que por cualquier circunstancia se han alejado de ellos, tienen un ceño adusto, una manifiesta tristeza, que, a veces, se transforma en trastornos más o menos graves de carácter. A éstos debe prodigárseles cariño, sin reservas ni distingos. De lo contrario, menospreciados, dejados de lado, o tratados brutalmente se tornarán recelosos y desconfiados. Los que contienden con sus hermanos o con sus medio hermanos, mantienen una fuerte rivalidad, cuyas consecuencias no son difíciles de prever.

El niño tiene una necesidad de amor siempre insatisfecho. Desea que todos lo quieran, que todo sea para sí. Esta actitud afirma cierta personalidad dominante, que lo pone en continuo estado de combate. Cuando ese cariño no es compensado, o cuando se le muestra indiferencia, sufre gran desilusión; estado emotivo que daña su carácter. Ni la madre, ni el maestro se dan cuenta de que los niños necesitan cobijarse bajo el cariño de alguien, cariño que significa atenciones, tolerancia, condescendencia. Como no los comprenden, se mortifican, desean salir del paso ante cualquiera exigencia, ante cualquiera

pregunta. Muchas veces se les trata despectivamente, insinuándoles silencio y quietud.

En los celos hay un fondo de envidia como resultado de un proceso de comparación que el niño verifica en presencia de cosas que no posee y que otros tienen. Esta envidia está acompañada de simpatía o de antipatía por las personas que facilitan o interrumpen aquella posesión.

En la escuela la falsa emulación, amparada por los maestros, origina celos. Cuando prodigan excesiva atención a determinados niños con menosprecio de los demás; cuando comparan a unos con otros, hieren su susceptibilidad y causan enojo, operan en favor de los celos mediante la envidia. El niño demasiado loado, no permite que lo sea otro. Si ello ocurre hay resentimiento y malestar inmediatos. Ya hemos dicho que una escuela, en donde el trabajo escolar se organiza a base de un estudio detenido de la capacidad y aptitud de los alumnos, dejará de lado toda disciplina basada en la emulación, y por tanto no será posible que se entronicen los celos en la conciencia del niño.

No es raro que los celos se deban a trastornos orgánicos. En este caso la intervención del médico es necesaria. En general esta actitud ocurre en el período de la convalecencia. Mientras el niño estuvo enfermo fué atendido y engreído, satisfaciendo gran parte de sus exigencias. Habituado a esta extremada condescendencia, su personalidad adquiere modificaciones de tal naturaleza que persisten aún después de su restablecimiento. En otros casos, los celos se deben específicamente a determinada enfermedad que intoxica su sistema nervioso y lo convierte en un sujeto de extremada emotividad.

Los niños desean poseer el mayor número de cosas que sea posible. Es de observación común verlos coleccionar objetos de toda especie, muchos de ellos sin valor alguno. Los bolsillos de un muchacho están repletos de un sinnúmero de cosas, cuya posesión defiende. Esta actitud es diferente a la del avaro que guarda las

cosas y siente fruición en poseerlas, mientras que en el caso anterior el deseo es sólo el de locupletar. Si el niño no se cree favorecido en estas exigencias, se resiente, se rebela y resulta celoso.

Esta posesión cuantitativa de las cosas se refleja en forma ostensible cuando se obsequia al niño con juguetes que no son de su agrado o de su elección. Los padres de familia cometen en este orden muchos errores. Es costumbre imponer a sus hijos los juguetes adquiridos en algún almacén sin la intervención de éstos. La distribución de esos juguetes es también arbitraria. El niño no sólo observa que hay preferencias, sino que gusta poseer los juguetes obsequiados a otras personas; en ello hay envidia y resentimiento. Ambos factores lo llevan a los celos. Por eso conviene llevarlo al almacén de juguetes para que escoja lo que más le agrade. Es difícil, en estas condiciones, que ambicione poseer todo lo que ve. El acto de escoger limita sus deseos. En todo caso la envidia, el resentimiento y los celos no surgen con tanta violencia.

El niño que se encuentra sometido a la tutela de la madre tiene celos del padre, porque lo cree su rival. Puede ocurrir el caso inverso en que la madre sea la rival. Esta actitud es consecuencia directa de la ambivalencia entre los padres, o sea, de la falta de unidad de pensamiento y de conducta para tratar a los hijos. El niño tiene mayor simpatía por quienes viven su vida y le tienen más afecto. Si en este caso es la madre, y no encuentra en el padre igual cariño, considerar a éste como su rival, es de resultado inmediato.

Los celos lo llevan directamente a la crueldad. Cuando el niño está celoso se encuentra en un estado de crisis emotiva y afectiva. No puede dominar sus pasiones; siente necesidad de exponerlas en forma violenta. Como no encuentra refugio alguno en su corazón no tiene otro remedio que mostrarse cruel.

El niño en la primera infancia no cree que la crueldad produce dolor físico o moral. Los chiquitines es-

tán acostumbrados a arañar, a morder, a arrojar objetos a las personas que lo mortifican. No se imaginan que estos actos ocasionan dolor físico.

El dolor moral tampoco es peculiar en el niño. En las desgracias de familia permanecen indiferentes. De allí que el insulto, la injuria o la calumnia en sus labios no tienen el mismo valor que en los del adulto.

Una de las manifestaciones típicas de la crueldad de los niños, es su combatividad. No cesa de mantenerse en estado de desafío. Está pronto a herir en cualquiera forma. En la escuela la pugnacidad es más violenta. Difícilmente puede contenerse o desviarse esta tendencia. La agresividad es general. No respeta ni la edad, ni la posición social, ni los afectos que pudiera tener por la persona con quien manifiesta su crueldad. Muchos son los niños que la ejercitan, inclusive con sus padres.

Esta agresividad es resultado de la falta de dominio sobre sí mismo como consecuencia de la exquisita sensibilidad de su sistema nervioso, que vibra al menor impulso, a la menor influencia.

De esta situación especialísima resulta que el niño no mide las consecuencias de sus actos; no tiene el sentido de la responsabilidad. Para ellos la crueldad es un acto reflejo, que una vez producido no deja huella alguna. Si no hay responsabilidad, tampoco existe lo que conocemos con el nombre de remordimiento. Una acción cualquiera ejecutada por el niño en daño ajeno no lo mortifica. Después de maltratar a un compañero de escuela, sigue tranquilo, dedicado a sus quehaceres.

El niño no sólo es cruel por las razones anotadas, sino que usa la crueldad como instrumento para satisfacer sus deseos. Si quiere que su madre le dé alguna cosa, y aquélla se resiste a complacerlo, entonces, se violenta, destroza sus ropas, daña su cuerpo, arroja las cosas, golpea a los sirvientes hasta conseguir que se le complazca. La crueldad está acompañada de la ira, pero ésta puede traducirse en forma aislada sin causar daño a

otra persona. En cambio la crueldad significa un acto material en detrimento de otro.

Se considera que el niño va a la crueldad por sadismo, o sea, por sentir placer en castigar a otro. Este sadismo puede verse cuando se ensaña con los animales indefensos. Se ha creído ver en esta crueldad signos de alguna perturbación psíquica. Sin embargo, es conveniente no exagerar demasiado ni alarmarse. Esa crueldad no tiene el mismo contenido, ni los mismos resultados que en el adulto, porque el niño— como hemos visto— no concibe el dolor físico fuera de su persona. Muchas veces aquella crueldad es resultado de una excitación nerviosa en el juego. Al jugar hay contienda, esta contienda lo violenta y lo vuelve cruel.

Los niños castigan a los animales por defensa y por repugnancia. Es común, por ejemplo, la que tienen por el sapo, viéndoseles matar a pedradas a este animal.

La falta de juicio moral, o sea, la apreciación del bien y del mal no les permite discriminar sobre sus actitudes que las consideran normales y ajustadas a su naturaleza. De allí que se entretienen cazando mariposas. matando pájaros. Para ellos todo esto significa juego, distracción, sin que asome a su conciencia el más leve remordimiento, ni el más insignificante deseo de enmendarse.

En ninguno de los casos anteriores puede considerarse la crueldad con los animales, como un signo de profundo trastorno mental. Tan pronto como el niño sabe que los animales sufren y que tanto derecho tienen a vivir como los demás seres de la naturaleza, aquella conducta se modifica. Si ello no ocurriere y persistiere en la edad escolar, alrededor de los diez años de edad, entonces debe averiguarse el origen de ese malestar.

Buscar en toda oportunidad motivos para inculcar responsabilidad por las acciones cometidas, es una enseñanza valiosa que habrá de desvirtuar la crueldad.

La crueldad tiene otro origen, el del contagio social. Si en el hogar y en la escuela presencia escenas

de crueldad, si con frecuencia observa que la madre, el padre o el maestro castigan a los sirvientes, a los animales, a sus hermanos o a sus camaradas de estudio, el niño habrá de crear en su espíritu una especie de complejo de crueldad. De allí que volvemos a insistir en la necesidad de que los padres de familia y los maestros guarden la máxima serenidad en su convivencia con hijos o discípulos.

Muchas veces la crueldad reviste carácter simbólico. Cuando el niño es injustamente castigado, se venga no en la persona que le infirió el agravio, sino en otra persona, cosa o animal, en quien simboliza a aquélla. Es frecuente observar a niños que destrozan sus cuadernos y sus vestidos; que golpean, sin motivo alguno a sus compañeros de escuela. Todo ello significa una crueldad simbólica.

Aun en los casos de crueldad refinada, en donde el niño se ensaña hasta el extremo, por ejemplo, de cortar las orejas a un animal, esos actos no deben considerarse como síntomas de un delincuente en potencia. Son manifestaciones epilépticas o epileptoides. Hemos dicho que estas dolencias significan fatiga y, en este estado, el niño no posee la energía suficiente para frenar sus emociones.

Por último, en la escuela, hay una crueldad conocida con el nombre de crueldad colectiva que consiste en confabularse en daño de otra persona. En general esta crueldad comienza por ser individual, radica en el espíritu de algún niño, que resulta jefe de alguna pandilla escolar. Este jefe insinúa a sus camaradas cometer actos manifiestamente crueles.

Estas ideas sobre la crueldad y los celos en los niños nos llevan a la conclusión de aconsejar a los padres de familia y a los maestros que busquen toda oportunidad para equilibrar la vida pasional y afectiva de sus hijos y discípulos; llevarlos a una mayor comunión espiritual con las gentes que los rodean; a considerar el valor de la vida ajena; y a sentir la responsabilidad por los actos que ejecutan.

Capítulo XI

LA ALIMENTACION

SUMARIO:

Debe crearse desde la primera infancia hábitos positivos en relación con la hora, cantidad, calidad y limpieza con que debe tomarse los alimentos.
No puede ir, el niño a la escuela, sin estar alimentado.
Un niño mal nutrido no puede aprender.
No pensar en la cantidad de alimentos, más, sí, en la calidad.
Debe distinguirse entre lo que significa hambre y apetito.
Debe satisfacerse el hambre y limitar a los niños el apetito.
No abusar de los purgantes.
No obligar a tomar los alimentos por la fuerza.
Debe graduarse la cantidad de los alimentos a fin de no provocar repudio.
El hábito de alimentarse se forma sin grandes violencias.
Antes de obligar a alimentarse, debe oírse al médico.
No dar dinero para la merienda o lunch.
No mortificar al niño durante las comidas.
No reprenderlo, amenazarlo, castigarlo, hacerle promesas, ridiculizarlo, acobardarlo, con motivo de los alimentos.
No ofrecer durante las comidas escenas de violencia.
No mortificar con reglas de urbanidad.
Enseñarle el comportamiento en la mesa a medida que progrese física y mentalmente.
No darle alimentos condimentados.
No acostumbrarlo a golosinas.
No llevarlo a la gula.

La alimentación es problema básico para la salud integral del niño. Se piensa, en general, que sólo guarda relación con la vida física, olvidando la mental. Observaciones y experiencias demuestran que buena parte de la actividad psíquica del niño, traducida en conducta, es modificada por la clase de alimentos que en cantidad y calidad ingiere.

Muchas actitudes mentales son también resultado del régimen alimenticio. Es de común observación que no estamos dispuestos a trabajar después de las comidas; que cuando ellas han sido muy abundantes y muy condimentadas hay cierta lentitud en nuestra actividad mental. Es consejo bastante vulgarizado no leer ni estudiar mientras dure la digestión; que conviene en muchas circunstancias dar descanso al cuerpo mediante cortos intervalos de sueño.

Si esto ocurre con el adulto, hay mayor razón cuando nos referimos al niño, cuyo organismo está en formación con todos los inconvenientes de una vida activa e inquieta que no admite orden de ninguna especie.

Crear una serie de hábitos en relación con los alimentos es deber inherente a todo padre de familia interesado en que sus hijos mantengan la mejor salud, tanto en el cuerpo como en el alma.

Al ocuparnos de los hábitos nos hemos referido a las ventajas que se obtienen acostumbrando a los niños a tomar sus alimentos a horas determinadas. Cuando hay anarquía en este régimen, puede estarse seguro de que habrán de estar en permanente malestar físico y mental.

En las escuelas se observa que los niños a quienes por múltiples razones no se les dan sus alimentos a horas determinadas, muestran lentitud en atender, comprender e idear.

Partimos de la base de que el niño es alimentado, pues de lo contrario, no es posible exigirle rendimiento intelectual de ninguna especie. Tal es el caso de niños que concurren a las escuelas sin haber desayunado o almorzado, en quienes, por lo menos, la atención es difusa y

débil, lo cual los lleva a la indisciplina. El maestro supone que esta situación es producto de algún trastorno de carácter, cuando en realidad no tiene otro motivo que la debilidad física. Ningún niño, por esta razón debería ser llevado a la sala de clase si no estamos convencidos de que ha desayunado o almorzado.

En el hogar existen numerosos prejuicios sobre la alimentación de los niños. Se piensa que la cantidad de alimentos, determina la robustez, lo cual significa magnífica salud. Las madres de familia se encuentran pendientes del peso y de la estatura. Cuando esas medidas no están en relación con las escalas pre-establecidas, creen que el hijo se encuentra con salud deplorable. La inapetencia les causa igual alarma, sin detenerse a observar el origen de ella. Consideran, en general, que ello se debe a perturbaciones gástricas, especialmente, la constipación o la indigestión. En cualquiera de estos casos acuden sin ningún escrúpulo a los purgantes. No han pensado que esta inapetencia y aquella debilidad guardan también relación con actitudes mentales del niño como consecuencia de la falta de disciplina en su vida vegetativa.

Cuando el niño se encuentra inapetente o repudia ciertos alimentos, se le obliga a tomarlos por la fuerza bajo amenaza o promesa de todo orden. No hay cuadro más trágico que ver a los niños mezclar sus lágrimas con los alimentos, ingiriéndolos bajo un estado de ira o cólera. Ningún padre de familia puede convenir en que esa alimentación es de provecho para sus hijos; al contrario se convencerá que ha de causarles evidente malestar, tanto corporal como espiritual. Aquella práctica es más odiosa y más grave en sus consecuencias si se desea que ingieran la cantidad de alimentos que se les exige. Un plato lleno de sopa para un niño inapetente, es lo más repugnante que se le puede presentar. Violentarlo para que concluya esa cantidad, es obligarlo a un acto de rebeldía interior o exterior, cuyo resultado sería el repudio a todo alimento que no sea una golosina.

El hábito de alimentarse se forma lentamente sin

grandes violencias. Si hay resistencia debe presentársele en pequeña cantidad y aumentar la dosis a medida que venza la repugnancia. Es condición para regular aquel hábito, que el niño se encuentre tranquilo espiritualmente, es decir, que no haya sido objeto de castigos, de amenazas, de privaciones antes de las comidas. En igual forma, mientras se alimenta está contraindicado molestarlo directa o indirectamente. Si en la mesa hay reyerta entre los padres, reproche o injuria a los hermanos, violencia con los sirvientes; o se conversa sobre cosas y hechos desagradables; o se piensa entretener al niño con cuentos e historietas que provoquen miedo, el espíritu del niño no colabora a la función digestiva.

La cantidad de alimentos está en proporción con la naturaleza de los niños. No todos pueden estar sometidos a la misma dosis. Los hay quienes necesitan poco alimento, lo suficiente para atender las exigencias de su organismo; otros requieren mayor cantidad. La prescripción cuantitativa de los alimentos lo indica, en primer término, el apetito del niño; y en segundo, el consejo médico.

El aparato digestivo, es el de mayor cuidado en la vida del niño. Los trastornos gástricos aparecen desde los primeros días de nacido, ya sea a consecuencia de la mala calidad de alimentos, de alguna anormalidad en los órganos del tubo digestivo; el hecho es que el niño se encuentra bajo la influencia permanente de la digestión. Si el trastorno es de orden orgánico, el médico vence buen número de dificultades; pero en el caso de la calidad del alimento, el problema reside en el hogar. Por desgracia, las madres de familia no han sido instruídas en las escuelas en asuntos de dietética. La preparación de alimentos es cuestión básica en el hogar. Es cierto que el médico da algunas fórmulas de alimentación, pero preparar y conocer sus efectos en el organismo, es asunto desconocido en la mayor parte de los hogares.

El médico en presencia de trastornos gástricos, cuida de la normalidad de los órganos de la digestión. Pe-

ro, eso no basta. Esos trastornos van acompañados, o son resultado de actitudes mentales del niño. De allí que un pediatra no puede eximirse de conocer la vida psíquica y mental de los niños.

Hay muchachos que se acostumbran a una sola calidad de alimentos; les mortifica cuando hay variedad. En cambio, otros, se hastían muy pronto y exigen nuevas comidas.

Conviene establecer la diferencia entre hambre y apetito, para conocer mejor la conducta de los niños respecto a la preferencia por sus alimentos.

Hambre es una sensación de vacuidad en el estómago, que incita a comer. Apetito es el impulso vehemente que nos inclina a desear alguna cosa. Cuando se tiene hambre hay urgente necesidad de alimentarse. En este caso es imposible rehusar alimento alguno. La sensación es de tal naturaleza, que no permite entrar en distingos ni preferencias.

Esta imperiosa exigencia no ocurre con el apetito. Apetecemos comer tal o cual alimento, no por necesidad, sino por placer. Nos *gusta* esta u otra vianda y la deseamos, aunque realmente no tengamos hambre.

Con el niño debe tenerse presente esta diferencia. Cuando se habla de la inapetencia en los niños, se refiere a estados de simpatía o antipatía por ciertos alimentos, pero no a la sensación de hambre. El niño, como el adulto, tiene sus preferencias; le gustan los alimentos azucarados, los golosinas, los helados, las bebidas de agua gaseosa azucarada; rechaza el pan, la leche, la sopa, las hortalizas. En otro renglón prefiere la carne a las legumbres; el huevo frito al pasado por agua. Estas preferencias son manifestaciones de apetito y no de hambre.

Si los alimentos han sido regulados para tomarlos a horas precisas, el niño, al terminar el intervalo entre sus comidas, siente hambre y no rehusa ningún alimento. En cambio, si no existe aquella regularidad, y el niño come todo y a toda hora, no hay aquella sensación

de hambre. En lugar de esta exigencia orgánica normal sobreviene el apetito que lo induce a buscar preferencias en los alimentos.

Es práctica nociva dar dinero a los niños para su merienda en la escuela. El niño adquiere golosinas de mala calidad y con ellas entretiene el estómago interrumpiendo la digestión y provocando trastornos gástricos. El resultado de esta costumbre es que el niño no llega a tener la sensación de hambre a la hora de sus comidas, y por ello se manifiesta *inapetente*. La merienda en la escuela es necesaria, pero debe estar reglamentada y vigilada por los maestros de acuerdo con los padres de familia. En todo caso debe prohibirse que el niño interrumpa la digestión, comiendo fuera de hora.

Si se regulariza la hora de las comidas, el problema de la calidad de los alimentos en relación con el apetito del niño, disminuye en importancia. Con todo, no es posible sustraerlo de sus preferencias por determinados alimentos y, por eso, se aconseja a los padres de familia a arreglar el *menú* consultando la opinión de los hijos. Es una práctica saludable que evita el repudio de las comidas y las dificultades de disciplina que de ella se derivan.

Hay ciertas actitudes mentales del niño relacionadas con su alimentación que vale la pena ser referidas, porque de ellas se desprenden casos de indisciplina que no son convenientemente tratados.

En la primera infancia, el niño toma sus comidas lejos de la vigilancia y cuidado de sus padres. Una sirvienta ignorante de la vida del niño y de sus necesidades, se encarga de alimentarlo. En esta situación lo común es que la sirvienta lo fustigue y lo violente si rehusa alimentarse. No tiene preparación, serenidad ni comprensión para educar; sólo emplea la fuerza.

Más tarde, cuando está en condiciones de sentarse a la mesa, los padres extreman su vigilancia; desean y exigen que se conduzca con limpieza, maneje el cubierto con destreza, no mortifique al vecino, concluya la can-

tidad de alimento que se le ofrece. No es raro burlarse, ponerlo en ridículo, avisarle de sus faltas, reprenderlo de sus malcriadeces. Ante esta hostilidad se rebela, rehusa alimentarse y desobedece toda insinuación; se mortifica y se inquieta; se retira de la mesa y busca otras distracciones. Así, en medio de esta continua oposición crea hábitos negativos con perjuicio de su salud.

Hemos dicho e insistimos que es incomprensible la costumbre de entregar un niño a manos mercenarias. La educación de la primera infancia consiste en la formación de hábitos, que necesitan de una mano experta. En la misma situación de abandono se encuentra cuando la madre no está capacitada para dirigirlo. Ni el cariño, ni los cuidados por la salud física, ni la devoción total al hijo son suficientes para resolver el sinnúmero de problemas que ofrece la personalidad del niño.

Es urgente, por eso, ofrecer en las escuelas cursos especiales sobre el tratamiento científico de la vida integral del niño. Sólo entonces, cuando la madre haya sido preparada para cumplir su misión, podremos sustraernos de prácticas nocivas que interrumpen y desvían aquella personalidad.

Si la madre o las personas que rodean al niño en el hogar, no están en condiciones de frenar su malestar y disconformidad con la conducta de éste a la hora de las comidas, es preferible que se alimente a horas distintas en que lo hacen los adultos. Esta práctica requiere, con todo, que la madre esté junto al hijo prodigándole las atenciones necesarias, aquellas que están en relación con la naturaleza del niño, sin exigencias arbitrarias y desmedidas.

La urbanidad en la mesa es producto de una larga y dolorosa práctica. Los niños no pueden acostumbrarse a la etiqueta social, porque ella está en oposición a su libertad.

A medida que los padres de familia vayan dándose cuenta de que es posible exigir a los hijos conducta igual a la suya, pueden incorporarlos a la vida social, a la

convivencia con los adultos. Entonces, los niños podrán sentarse a la mesa sin ser mortificados.

No es raro el caso en que el niño se haya acostumbrado a comer con los suyos, a ocupar un asiento junto al padre o a la madre. Se habitúa a esta actitud, y le causa malestar cuando se le cambia de lugar. Muchas veces resultan inapetentes a consecuencia de la soledad mental. Necesitan de la compañía de alguien, de que se les converse y se les distraiga. Otros, no pueden alimentarse si no se encuentran junto a la persona de su simpatía. Los hay quienes necesitan moverse, jugar, ir de un lado a otro.

Todos estos hábitos provienen de la falta de dirección en la vida mental del niño. El hogar se interesa exclusivamente por la salud física. Mientras el niño no presente síntomas de alguna enfermedad, los padres de familia viven ajenos al resto de la vida de sus hijos. Para ello, la inapetencia, por ejemplo, es cuestión de desobediencia. Rendirse ante ella significa la quiebra del principio de autoridad.

Ocuparse de la calidad de alimentos exige referirse someramente a las diferentes clases de alimentos que se conocen y a la influencia, directa o indirecta, que tienen sobre la naturaleza del niño.

Las sustancias que sirven de alimento al hombre, se dividen en dos categorías: a) los alimentos hidrocarbonados, que son la fécula, el azúcar, la grasa, y b) las sustancias albuminoides, o sea, la carne, la leche, el huevo, el gluten de los cereales y la legúmina de las leguminosas.

Los albuminoides sirven para la formación de los tejidos, el crecimiento de los órganos y la reparación de las lesiones ocasionadas por las enfermedades, por eso se llaman alimentos plásticos.

Los hidrocarbonados son los alimentos dinámicos destinados al movimiento. Por último, las grasas sirven para la combustión y se denominan alimentos caloríficos.

Los niños tienen una desasimilación más activa que

la de los adultos; necesitan más albúmina y más grasa.

Para regular sus funciones gástricas en relación con su vida mental necesitan cuatro comidas al día.

El desayuno de tipo inglés, es el que más les conviene en la edad escolar. Una taza de té, o un vaso de leche con pan y manteca, no son suficientes para las cuatro primeras horas de trabajo en la escuela. Se sabe que el niño se encuentra con mayor disposición en las mañanas para esfuerzos mentales que en la tarde. En la escuela es de reglamento señalar en el horario las materias más difíciles para ser dictadas en las mañanas. El niño despliega mayor actividad en las primeras horas del día que en las últimas. Estas consideraciones indican la necesidad de darle un buen alimento antes de ir a la escuela.

La segunda comida a mediodía, es de costumbre darla en abundancia, viéndose el niño obligado a comer muy de prisa para volver al colegio. Además se encuentra excitado por contrariedades dentro y fuera del hogar y no es posible que en estas condiciones digiera normalmente la cantidad de alimentos que se le ofrece. De allí que esta segunda comida debe ser poca en cantidad, pero muy rica en calidad. Alimentos de fácil digestión, porque habrá de ser sometido en la tarde a un trabajo escolar que requiere mucho desgaste. No sólo ha de estudiar, sino jugar, contender, vencer. Todo esto es trabajo.

Para esta comida se aconseja una buena sopa de vegetales, puré, arroz, papas al horno, budín y frutas.

Por la noche, para la cuarta comida, alimentos calientes: sopa, pescado, carne azada no frita, frutas y leche.

Todo alimento condimentado o pesado, como las empanadas, pasteles, frituras, están contraindicadas, así como el café o el té. Esta sencillez de los alimentos lo llevará a un sueño tranquilo.

La dificultad está en la merienda, el *lunch* sajón, to-

mado en la escuela. El niño necesita de esta tercera comida a las cuatro o cinco de la tarde. Como ella no puede prepararse en la casa bajo la vigilancia de la madre, se corre el riesgo de que se entretenga con golosinas de toda especie.

En general se preparan en la casa *sandwichs* y bizcochos, o para librarse de molestias se da dinero a los niños. Como no es posible evitar que merienden, queda el problema en manos del hogar. Los *sandwichs* deben ser preparados con pan negro, que es el nutritivo. Los bizcochos, pasteles y en general toda clase de dulces han de proceder de la casa y no adquiridos fuera de ella. A estas golosinas debe preferirse las frutas.

El niño normal gusta de las golosinas. No dárselas es obligarlo a buscar en la calle en cantidad y calidad perjudiciales a su salud. No hay obstáculo alguno para darle dulces en cantidad moderada. Pequeñas dosis a diario evitan que el niño resulte goloso.

En resumen, el problema de la alimenación del niño depende del hogar. Si se logra crear hábitos positivos en esta materia la cuestión se reduce a conocer dietética y a seguir las prescripciones médicas en el caso de que el niño sufra trastornos gástricos.

Capítulo XII

EL TRABAJO

SUMARIO:

El niño trabaja desde los primeros días de nacido.
Debe favorecerse el ejercicio muscular y la disciplina mental.
No fatigarlo oponiéndose sistemáticamente a sus deseos.
Debe tenérsele ocupado en quehaceres que guarden relación con su capacidad y con sus aptitudes.
Ese trabajo debe ser dirigido, en primer término, por el hogar.
Debe aprender a utilizar las cosas con las cuales convive.
Adquirir hábitos positivos es un verdadero trabajo.
Debe ocuparse de los quehaceres de la casa, dándosele alguna obligación que cumplir.
Toda actividad que se juzgue nociva debe ser desviada, mas no destruída violentamente.
El deseo de moverse se debe aprovechar para darle ocupación inmediata.
La tendencia a apropiarse de las cosas puede convertirse en un ejercicio saludable de coleccionarlas.
La afición a jugar con instrumentos cortantes puede utilizarse en trabajos manuales.
La tendencia a dibujar debe ser favorecida, porque es el medio más eficaz de expresar su pensamiento.
En la escuela el trabajo debe ser graduado de acuerdo con la capacidad mental del niño y su habilidad.
El trabajo escolar es ímprobo si los alumnos no son clasificados según sus habilidades.

No pretender que el niño sepa todo, ni obligarlo a esfuerzos superiores a su capacidad.

No considerar que la lección y el examen constituyen el fin de la instrucción.

No contentarse con los datos que ofrece la escuela sobre "conducta" y "aprovechamiento".

Es deber imperioso averiguar en qué consiste la "mala conducta", o el "mal aprovechamiento".

Si la "mala conducta", o el "mal aprovechamiento" persisten, no castigarlo; lo urgente es consultar al maestro y al médico.

Cuando los niños no atiendan, se encuentren distraídos, o jueguen en la sala de clase, no debe castigárseles ni excluírseles. Es necesario averiguar el por qué de esa conducta para poner remedio.

No permitir que los niños hagan tareas escolares en el hogar.

El niño está fatigado después de seis horas de trabajo intenso en la escuela. No es posible mortificarlo más. En el hogar debe descansar.

Los alimentos digeridos por el niño se transforman en fuentes de energía destinadas a mantener el constante esfuerzo que demanda su actividad.

El niño comienza a trabajar tan pronto como sale del claustro materno. Se pone, en primer término, en relación con el ambiente físico; el calor, el frío, la luz, la obscuridad, lo áspero y lo suave, el ruido y el silencio, el sabor amargo y el dulce, todo significa una continua experiencia, en donde hay mezcla de placer y de dolor. La adaptación a este nuevo ambiente lo impulsa a un continuo movimiento. La cabeza, los brazos, las manos, las piernas, se encuentran en incesante actividad, explorando el mundo, en donde comienza a vivir.

Más tarde, cuando su observación es más aguda y su experiencia le ha dado a conocer el mundo de las cosas, trata de entrar en relación con ellas; habla y da nombre a esas cosas, las solicita y exige imperiosamente su posesión. Al año y meses, el niño camina y se libra en gran parte de la tutela de la madre. Su pequeño mundo está a su alcance. No necesita pedir; ejecuta. To-

do lo que le rodea es suyo. Para entrar en posesión de lo que le pertenece, trabaja ardorosamente por vencer distancias, alcanzar alturas, abrir puertas, remover muebles. No hay obstáculo que le impida. Lo domina un afán incesante, aun con riesgo de su integridad física. No conoce ni mide el peligro. No admite primacía, orden, ni consejo. Su voluntad tiene una energía que asombra.

Pero no sólo es este trabajo muscular el necesario para alcanzar la posesión de las cosas, sino que requiere un esfuerzo mental para buscarlas y adaptarlas a sus necesidades, para vencer la oposición de los adultos que le exigen quietud y silencio.

Esta relación con las personas le significa un continuo combate, en donde gasta mayor energía que para dominar las cosas, que por su pasividad, están a su entera disposición, pues, en ellas, no encuentra ninguna resistencia. El adulto no entabla fácil relación con el niño, porque, colocado sobre un plano de manifiesta superioridad, vive su vida y pretende que piense y actúe como él. Su voluntad está en continua pugna con la del chiquillo. Esta desigual batalla en donde el niño es generalmente vencido, constituye un excesivo trabajo mental y psíquico que gasta energías aprovechables para ulteriores esfuerzos.

Hemos visto que buena parte de la rebeldía del niño es consecuencia directa de esta constante oposición, rebeldía, que, en suma, es un trabajo interior del cual los adultos no se dan cuenta.

Al final del día, el niño cae rendido por la lucha que ha librado con los suyos. Si los padres de familia supieran este incesante e inútil desgaste de energías, serían más comprensivos, más tolerantes. Si se dieran cuenta de que estas fuerzas prodigadas en beneficio de sus caprichos y de sus prejuicios, son, más tarde, irreemplazables, dejarían la disciplina drástica en el hogar y estudiarían— como es de su deber— las múltiples y pro-

vechosas actividades a las cuales sus hijos pueden dedicarse.

El hogar dirigido por una madre enterada de la naturaleza del niño, capacitada para estudiarlo, preparada para vivir la vida del hijo, es la mejor escuela que puede idearse. Los niños necesitan trabajar, ocuparse de algo, tener alguna responsabilidad, ser copartícipes de las actividades del hogar. Pensar que ellos no son otra cosa que pequeños autómatas destinados a complacernos, a satisfacer nuestro orgullo, a rendirse a nuestra voluntad, es desconocer el valor de su personalidad. El niño no es un pequeño adulto en quien se gestan actividades físicas y mentales análogas a las del hombre maduro. Es una persona con ideas, sentimientos, pasiones, gustos y deseos propios. Olvidar esta verdad es colocarse muy lejos de la naturaleza del niño e incurrir, por eso, en graves e irreparables errores.

El hogar debe dirigir el trabajo del niño. Se entiende por trabajo, no sólo el escolar, el destinado a proporcionarle conocimientos clasificados y sistematizados, sino la actividad de mayor valor que consiste en ponerse en relación con el mundo externo, aprendiendo a utilizar el material que le ofrece, tratando de dominar los obstáculos que a diario le presenta, dándose cuenta de los fenómenos de la naturaleza, de la influencia de éstos sobre su existencia. Así, habrá de aprender que es parte integrante, activa y copartícipe del mundo en el cual vive.

Nos hemos referido en capítulos anteriores a la formación de hábitos positivos y dijimos que ellos correspondían, en gran parte, al hogar. Pues bien, adquirir esos hábitos significa para el niño experiencia diaria y trabajo constante. Para poseerlos, necesita observar, memorizar, pensar, coordinar los músculos. Entre esos hábitos, los de orden físico lo llevan a continuo ejercicio. Los ejecuta al levantarse de la cama, bañarse, asearse la boca, vestirse, arreglar las cosas que le pertenecen, sentarse a la mesa, adiestrarse en el manejo del cubierto y dedicarse en se-

guida a una ocupación que le permita mayor actividad muscular y mayor gimnasia mental. Puede ir al jardín para remover la tierra, podar, regar y arreglar un ramillete de flores. Luego, dedicarse a trabajos manuales, a dibujar y a jugar. Si la madre es lo suficientemente instruída habrá de contarle pequeñas historias que equilibren su imaginación. Dramatizará esos cuentos. Luego cantará y danzará.

Puede parecer que este trabajo continuo, pero matizado exige mucho tiempo y dedicación absoluta. En verdad es así. No comprendo que una madre pueda dedicarse a otra tarea que a la de educar a sus hijos. Si ella no abandona la vida fácil y pueril, y no se disciplina en servicio de sus pequeñuelos, habrá dejado de ser madre. No basta para serlo demostrar honestidad, virtud y cariño por los hijos, precisa capacidad y preparación especiales para educarlos. Es costumbre dejar a la escuela el trabajo de instruir y educar a los niños, sin pensar que la primera instrucción y educación la da el hogar.

El niño no debe estar ocioso en la casa, si se quiere mantener y mejorar su disciplina interior. Dejarlo en completo abandono es colocarlo en el plano de la anarquía. No se trata de imponerle gustos ajenos, sino guiarlo, siguiendo sus tendencias saludables, desviando aquellas que pudieran perturbar su personalidad. Fuera de las ocupaciones señaladas en párrafos anteriores, hay otras que se deducen de inclinaciones ostensibles del niño, que pueden suponerse, a simple vista, nocivas, pero que estudiadas y bien encaminadas resultan de provecho indiscutible.

El niño es un sujeto curioso por excelencia. Todo quiere ver, saber, tocar, manejar. Esta tendencia lo lleva en la mayor parte de los casos a mortificar la paciencia de los adultos, quienes, a cualquiera de aquellos deseos, se oponen y muestran hastío. Si supieran obtener fuerzas de esa inquietud anarquizada y mortificante, cumplirían con una misión laudable, generosa y sabia. Pero enfrentarse a ese deseo de poner en juego sus ap-

titudes y actividades resulta no sólo odioso e injusto, sino nocivo. Si desea, por ejemplo, jugar con un reloj de mesa, no será solución alguna quitarle ese objeto, amonestarlo o darle algún consejo, lo pedagógico es aprovechar de esta situación para compartir con él esa curiosidad, dirigiéndola, ampliándola. Habrá de contársele anécdotas sobre el reloj y el tiempo, se le explicará el mecanismo, y le ayudará a construir un reloj de juguete, empleando material sencillo. Así aquella curiosidad no será motivo de fastidio, ni de pretexto para detener toda saludable actividad.

Por supuesto esas actividades y la cooperación y dirección de ellas han de estar de acuerdo con la edad del niño. Cuando se le coloca sobre el plano de sus intereses y de sus posibilidades no hay lugar a que pierda sus energías o las malgaste en actos de indisciplina.

Otra tendencia del niño es la de destruir las cosas. Desde los primeros días de su infancia se complace en arrojar los objetos, estrujarlos, morderlos, deshacerlos. Oponerse violentamente a esta tendencia que en suma es una actividad muscular, es un error. Lo conveniente es desviarla hacia otra saludable de la misma especie, en donde no se anule aquella actividad. El niño siente fruición en destrozar papeles. En posesión de un libro no tiene la destreza necesaria para voltear las hojas: las arruja y los rompe. En este caso se le capacitará en doblar y recortar papel para formar innumerables figuras, en dar a éstas utilidad decorativa. Así la tendencia de destruir las cosas habríase convertido en otra, la de construir empleando la misma actividad y la misma energía.

El incesante deseo de moverse debe aprovecharse para darle ocupación. El niño se presta con agrado a cumplir órdenes. Se siente feliz cuando se le dice que cierre la puerta, alcance un objeto, llame a alguna persona, limpie tal mueble, arregle la ropa de cama, riegue el jardín, alimente a las aves de corral.

La tendencia a apropiarse de las cosas puede con-

vertirse en un ejercicio saludable de coleccionarlas, según su origen, semejanza y utilidad. La manía de coleccionar obedece a varias causas, entre ellas, una especie de fetichismo que tiene por determinados objetos. Se encariña con alguno de ellos y considera que su posesión es signo de buenaventura.

Cuando el niño tenga afición por manejar instrumentos cortantes, cuchilla, tijeras, etc., entonces la ocupación indicada es la de recortar figuras con propósito decorativo, plantar, podar, construir cajas de cartón, encuadernar, etc.

El trabajo manual en el hogar y en la escuela de primeras letras, no está destinado a especializar al niño en alguna ocupación lucrativa, sino en adiestrar sus músculos, familiarizarlo con las cosas y aprovechar sus energías que de otra suerte las utiliza en actos de indisciplina. Los muchachos de mayor dinamismo, aquellos que en lenguaje familiar se les denomina malcriados, permanecen quietos cuando tienen ocupadas las manos en algún trabajo que les interesa.

El niño tiene gran afición por los lápices de color y anda en busca de ellos para garabatear cuanto papel, libro y pared encuentra a la mano. Llevarlo desde muy temprana edad a connaturalizarse con el color, es trabajo del mayor interés. El dibujo no es un adorno, o un pasatiempo sin importancia para el niño, es el medio más eficaz del cual se vale para expresar sus pensamientos, aun aquéllos que no pueden salir a la superficie de la conciencia. De allí que el dibujo en el hogar es la expresión suma de la actividad mental de los niños.

El niño a falta de trabajo organizado, útil y que le cauce placer, se entretiene en cometer cuanta *diablura* es posible con la consiguiente mortificación de los suyos. Muchas de esas actividades significan ostensible afición a dramatizar escenas de la vida diaria, a proyectar actitudes vistas en el cine. Pues bien, el hogar debe aprovecharse de esta tendencia para dramatizar gran parte de

los juegos colectivos del niño, en donde la gimnasia mental adquiere mayor vigor.

Así ocupado el niño en actividades destinadas a disciplinar y fortificar el cuerpo y la mente, su ingreso a la vida escolar habrá de efectuarse en condiciones ventajosas.

El trabajo en la escuela está sometido a una reglamentación reñida con la libertad, vocación, afición, e interés del niño. Ya hemos dicho que el denominado plan de estudios es redactado siguiendo principios de lógica, mas no inspirándose en la naturaleza de los niños. En estas condiciones, el trabajo resulta penoso e ímprobo.

El noventa y cinco por ciento del trabajo escolar es mental. La escuela parece estar destinada exclusivamente a llenar cuantitativamente la mente de los niños, sin darse cuenta de que esa cantidad provoca hastío, malestar y fatiga.

A esta circunstancia se debe que la indisciplina del escolar sea a diario más ostensible y difícil de frenarla. Como no tiene ocupación manual alguna, y la mental es de continuo repudio, la energía del niño se traduce en actos de indisciplina.

El hogar es culpable en gran parte de este desastre. Empeñado en que el hijo resulte un *sabio* a la brevedad posible, se mortifica cuando la escuela no ha logrado enseñar a sus hijos a leer y escribir y contar con la prontitud deseada. Toda otra actividad la considera inútil e ineficaz. Si el niño es ocupado en la escuela en actividades manuales, incluso aquellas que sirven para crearle hábitos de limpieza y de orden, el hogar se disgusta, pues el hijo ha ido a la escuela a *estudiar, no a trabajar*. El repudio por toda ocupación manual es manifiesto.

Ocurre lo mismo cuando la escuela varía de sistema o de organización escolar. Tradicionalmente los padres de familia están acostumbrados a que la escuela *enseñe*, no a que el *niño aprenda*, y por eso se extraña que el hijo no dé lecciones de memoria, no tenga textos de enseñanza, ni lleve libretas semanales o mensuales, en

donde encuentre la calificación de la conducta y del aprovechamiento. No se conforma, tampoco, que la escuela no dé trabajos a domicilio, excluya exámenes, premios y castigos.

Para el hogar, la mejor escuela es aquella, en donde haya una férrea disciplina, disfrazada con algunas costumbres y actos espectaculares. Ama el uniforme, las fiestas escolares, la relación con gentes de la buena sociedad. No le importa que el hijo sea maltratado física y mentalmente.

Todo el trabajo del hijo lo valúa según apreciación formalista de la escuela. Los padres de familia no están capacitados ni tienen interés en averiguar personalmente el estado de salud integral en que se encuentran sus hijos. Si en casos excepcionales, algunas escuelas piden su concurso para solicitar datos respecto a la vida íntima y diaria de los niños, a sus antecedentes hereditarios, a las enfermedades sufridas, el hogar exige se respete su inviolabilidad.

Ofuscados los padres de familia por el cariño, la pretensión o el falso orgullo, no admiten que sus hijos resulten débiles mentales, sujetos lentos, e inadaptados a la vida escolar. Se mortifican a la menor advertencia, al menor consejo para no forzar demasiado el trabajo mental de los niños. Se sienten heridos en su amor propio cuando algún verdadero maestro les aconseja que el hijo se dedique a ocupaciones manuales con preferencia a las mentales. El orgullo, la ignorancia y la inopia llegan al extremo de retirar a sus hijos de colegios o escuelas por el hecho de no haber salido *lucidos* en los exámenes, y así ambulan de escuela en escuela, hasta tropezar con alguna mercantilista, en donde es posible halagar aquella vanidad a cambio de algunas pesetas.

Esta situación se agrava más en el caso de forzar al niño a un trabajo mental para el cual no tiene la energía suficiente, obligándolo a estudiar por las noches, a prepararse en las vacaciones para vencer un año de es-

tudios, a contratar profesores para que sigan martirizándolo sin piedad.

No es raro encontrar padres de familia de prosapia intelectual, que en vista de cierta precocidad de sus hijos los creen capacitados para todo esfuerzo mental, y andan fustigándolos para que adquieran la mayor suma de conocimientos en el menor tiempo posible. El resultado de aquellos prejuicios y de estos errores es el desgaste prematuro de energía mental, y por tanto la torpeza en la adolescencia.

El niño es un sujeto de extremada delicadeza. Su vida física está sometida a continuo riesgo, y la mental a constante excitación. Por eso sobrecargar el trabajo intelectual es error gravísimo, de cuyas consecuencias habrán de lamentarse sin remedio.

La escuela está destinada a poner en juego toda la actividad del niño, actividad de la cual habrá de deducirse la habilidad. No todos tienen la misma habilidad, ni es posible suponer que son aptos para todo. Esta verdad incuestionable olvida la escuela, al pretender que los niños agrupados en una sala de clase reciban la misma enseñanza, sobre la misma materia, a la misma hora y en cantidad y calidad iguales. No se tiene en cuenta la diferencia de habilidades. Nadie se ha tomado la molestia de averiguar este hecho importantísimo de la didáctica. Así, en esta ignorancia, el trabajo escolar del niño es ímprobo con un derroche suicida de energía.

El plan de estudios sobrecargado de materias, redactado, muchas veces por complacencias personales, por interés de autores de textos, no permiten que la mente del niño se discipline mediante un trabajo metódico de acuerdo con sus habilidades e intereses. El valor de una escuela está en el éxito rendido en los exámenes. A este acto formal, ineficaz, concurre el esfuerzo diario del aula.

El niño, felizmente, se defiende de tanto atentado contra su salud integral. No estudia, busca toda oportunidad para no cumplir sus obligaciones escolares. Se

vale desde la huída de la escuela hasta el engaño en redactar sus deberes de composición. Si a la postre ignora todo o parte de alguna de las materias de enseñanza contenidas en el plan, el daño no sería tan grave como el ocasionado en su mentalidad y en su espíritu. Aquel odio por el estudio lo habría llevado a la pereza, a la falta de confianza en sí mismo, a un estado de incertidumbre sobre sus futuras actividades. Pueden contarse por centenas los jóvenes fracasados en los estudios superiores y en el campo de cualquiera actividad; todo debido al desgaste inútil de energía, al abandono mental, y al repudio por estudios que jamás le interesaron.

Estas consideraciones que surgen de la observación más elemental de nuestras escuelas, obliga a señalar el error de considerar como trabajo efectivo, destinado a educar, o sea, a dar vigor a la mente y al espíritu, la simple y escueta repetición de un texto.

Las horas de estudio son para los niños, las de mayor aburrimiento. Si las clases son numerosas, las lecciones dictadas en un ambiente de imposición y de soberbia del maestro, resultan odiosas. Una exposición oral del profesor, por brillante que sea, no constituye trabajo intelectual alguno para el niño, cuyo pensamiento está aguijoneado por otros intereses de mayor valor y de mayor influencia que los contenidos en una lección de gramática, o de cálculo.

Felizmente la escuela nueva se ha dado cuenta de esta situación y reacciona vigorosamente contra una didáctica que mata en el niño toda iniciativa, esfuerzo y valer personales. Da mayor importancia al trabajo medido, dosificado, ofrecido de acuerdo con las energías y habilidades que posee, con el placer y utilidad que los conocimientos le reportan.

Mientras el niño escuche la voz del profesor o aprenda de memoria un texto de enseñanza, no puede hablarse de un trabajo mental constructivo. Pero, si en cambio, el aprender fluye de la experiencia personal, del esfuerzo continuo, en el que el maestro es un mentor, un

guía experto en dirigir la mentalidad del sujeto, entonces hay verdadero trabajo educativo.

Es difícil señalar la cantidad de trabajo, las horas de labor y el género de ocupaciones que corresponde a un niño. Depende de las condiciones orgánicas en que se encuentre, del ambiente en donde vive y de la habilidad que manifieste.

No será posible, por ejemplo, dar una misma cantidad de trabajo a niños desnutridos, a los epilépticos y epileptoides, a los enfermos del aparato digestivo o del renal, a los que acusan cierta lentitud mental, a los convalecientes de fiebres eruptivas, o a los niños de manifiesta anormalidad

Como nuestras escuelas no llevan la ficha psico-médica de los alumnos, ni éstos son estudiados en sus habilidades, la enseñanza resulta incomprensible y absurda. A todos se les reúne en una sala de clase para someterlos al mismo régimen de trabajo.

No se sabe, por ejemplo, que los epilépticos y epileptoides— para referirnos sólo a casos de observación diaria— son sujetos fatigados, quienes necesitan medir su fatigabilidad, y en seguida ofrecerles enseñanza de acuerdo con la fórmula que resulte del exámen. Sin este requisito el epiléptico— con diagnóstico médico, sometido a tratamiento— es incorporado a la clase común para resistir un trabajo igual al efectuado por un niño normal. El resultado de este procedimiento es agravar la enfermedad a consecuencia del exceso de trabajo y consiguiente aumento de fatiga.

La función mental más ostensible en la sala de clase, es la atención. Esta función requiere esfuerzo difícil de mantenerlo en todo vigor en los cuarenta minutos que dura una lección, menos en las clases subsiguientes. Pues bien, la fatiga de la atención, en un 90 por ciento de casos, es resultado de algún trastorno orgánico, muy en especial de las funciones digestivas. La mala dentadura, la caries dentaria, los trastornos intestinales, etc., intoxican el sistema nervioso y le quitan el vigor nece-

sario para enfocar la mente en una sola idea, o en una sola acción. El maestro o el padre de familia que no sabe lo expuesto, fatiga al niño exigiéndole atención voluntaria en las condiciones de vida física anormal en que se encuentra.

De lo expuesto se deduce que el trabajo al cual debe ser sometido el niño depende de su naturaleza, de sus disposiciones para tal o cual ocupación, de su simpatía o antipatía por ejecutarlo, del estado de salud en que se encuentra, de la zona de intereses en que está colocado.

El trabajo debe comenzar en el hogar, extenderse luego a la escuela, no con un fin utilitario, sino como medio de disciplinar la personalidad del niño.

Ese trabajo en la escuela ha de ser constructivo en el sentido de dar oportunidad a que el niño desarrolle sus actividades, ponga en juego sus aptitudes y utilice con eficiencia y placer sus energías.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

Capítulo XIII

EL JUEGO, EL DESCANSO Y EL SUEÑO

SUMARIO:

El juego no es descanso. Fatiga tanto como cualquier otro trabajo mental.

Debe desconfiarse de los niños que no juegan, o de aquellos que persisten en jugar solos. En estos casos es urgente la consulta médica.

No debe ampararse mucho los juegos en los cuales se **identifican** los niños con personajes de alguna novela, o de alguna película. Si la identificación persiste debe consultarse.

Debe dársele al niño juguetes que lo obliguen a una gimnasia mental. Todo juguete pasivo, en donde no encuentra dificultades que vencer, está contraindicado.

Debe aproximársele hacia la naturaleza; allí encontrará los mejores juguetes.

No debe permitirse juegos violentos si el niño no tiene buena salud.

No se aconseja el **foot-ball, basket-ball, volley-ball,** antes de los catorce años. En todo caso, es necesario la opinión médica.

El recreo es el mejor laboratorio para estudiar al niño.

El mejor y único descanso es el sueño.

Para disminuir la fatiga, lo mejor es la danza y la música.

Los niños deben cantar y aprender cualquier instrumento de música.

El trabajo impuesto causa fatiga. Hay placer en todo trabajo ejecutado con libertad.
Para no fatigarse, el niño necesita tener buena salud, encontrarse exento de grandes pasiones, y libre de emociones que lo perturben.
El sueño, para ser descanso, debe venir sin esfuerzo ni violencia.
No debe provocarse el sueño ni utilizarlo como medida disciplinaria.
No debe perturbarse el sueño de los niños.
No engañarlo para que duerma.
No contarle cuentos macabros antes de dormir.
No permitir que se contagie de la falta de sueño.
Debe dormir solo y en habitación separada de la de los padres.
No se debe oponer a la siesta.
Cuando tenga insomnio, "pesadilla", "terror nocturno", debe consultarse.

Es creencia generalizada, que el juego es un descanso para el niño. En el hogar y en la escuela se le permite jugar como recompensa de algún trabajo mental. Sin embargo, estudiado este problema en todos sus aspectos, se deduce que el juego es un trabajo tan intenso como cualquiera otra ocupación.

El juego es una descarga desordenada de la energía del niño. Cuando esta energía no se traduce en juego y se le somete a determinado orden disciplinario, ajeno a su naturaleza, la aprovecha para entrar en franca rebeldía con las personas que se le oponen.

En el capítulo anterior hemos visto, cómo el trabajo en los niños está circunscrito, en realidad, a una serie de distracciones que en lenguaje familiar se denomina juego. No hay actividad del niño que no tenga este contenido. Por eso es que los jardines de infancia instruyen y educan jugando, y buena parte de la escuela primaria procede en igual forma.

El niño comienza a jugar desde que nace. Su primer juguete es su cuerpo. Juguetea con las manos, con los dedos, con los pies. Más tarde con sus vestidos, lue-

go son los objetos que están a su alcance. Lo urgente, para él, es utilizar su energía.

De allí que el juego es un proceso mental como es aprender a leer o escribir, con la diferencia de que en el juego hay libertad, en la enseñanza esclavitud. El niño aprende con placer jugando; en un banco de la escuela, quizás lo hace, dolorosamente.

La energía utilizada en el juego tiene la particularidad de proyectarse en la zona de intereses del niño. por eso, esa energía no se desperdicia. En cambio la que se emplea en la escuela está fuera de aquella zona, y entonces se malgasta.

Ya sea que se aproveche o se dilapide aquella energía, el resultado inmediato es la fatiga.

Deducimos de lo expuesto que el juego no es un descanso, ni un pasatiempo; su ejecución requiere determinada gimnasia mental cuya estructura está en relación con las condiciones físicas y psíquicas del niño.

No todos los niños juegan. Buen número de ellos se mantienen aislados, entristecidos, lejos de toda alegría propia de su edad. en el hogar rehusan toda convivencia con los suyos; en la escuela se muestran tímidos, huraños. La energía de estos muchachos que debía ser utilizada en el juego se refunde en su conciencia para dar lugar a una vida interior llena de imágenes con cuya vivacidad se entretienen. Es fácil comprender que este estado de la mente no es normal. Ese deseo por la soledad, ese repudio por toda camaradería, significa transtornos más o menos graves en su conciencia.

Por desgracia una actitud semejante es muchas veces considerada por la familia como signo inequívoco de buen carácter. Es frecuente que la madre alabe a un hijo de esta naturaleza, sin pensar que la falta de energía para jugar, es síntoma de alguna enfermedad de orden orgánico, psíquico, y por tanto urge el auxilio inmediato de un médico.

Los niños juegan según su capacidad física y mental, los hay quienes aman juegos que no requieran gran

energía física, ni contienda alguna. Prefieren aquellos en que sólo intervenga la mente. Estos niños, en general, se identifican con alguien o compensan alguna incapacidad. Se les ve solos, imaginándose ser *cowboy*, y simulan lacear, disparar armas de fuego, etc. En muchas ocasiones reúnen a camaradas social o físicamente inferiores para comandarlos y llevarlos a combates ficticios. En este caso hay energía interior que se consume en ese proceso de identificación.

En cambio hay otros que ponen sus fuerzas al servicio de juegos violentos, ya sea como jefes o como subalternos; entonces hay doble desgaste de energía: la muscular y la mental. Esta clase de juegos es de mayor valor, porque la energía se desplaza en una actividad integral. En cambio los niños a quienes se refiere el párrafo anterior, fatigan la mente con detrimento de la parte física.

Los juguetes guardan relación íntima con la actitud mental. En el caso de la pelota, por ejemplo, el niño se esfuerza por dominarla, pretendiendo lanzarla a cierta distancia, con determinada velocidad y fuerza. No siempre ocurre lo que desea y entonces se ve obligado a repetir la prueba varias veces aguzando la visión, dando mayor impulso al golpe del pie, midiendo mejor la distancia. Todo significa un valioso esfuerzo mental. En cambio, la muñeca es un juguete pasivo, destinado a someterse a la voluntad de la chiquilla, quien la manosea, la coloca allí y acá, la viste, desnuda y lava; la duerme, arrulla y conversa. El juguete impasible sigue el curso de los deseos de su poseedora. El esfuerzo mental está reducido a su *mínimo;* en cambio hay desgaste de energía interior para darle vida a la muñeca.

La muñeca ha modelado en gran parte la personalidad de la mujer, cuya pasividad se debe al hecho de no haber desplegado la energía necesaria en el período de la infancia. En las tres últimas décadas bajo la influencia de la coeducación, la chiquilla se ha desprendido de la muñeca para tomar la pelota. Esta nueva actitud ha mo-

dificado en gran parte el temperamento de la mujer dando a su mente mayor vigor y mejor disciplina.

En consecuencia, todo juguete que ofrezca resistencia al niño será preferible a cualquier otro. Los juguetes mecánicos que se mueven dándoles cuerda, no tienen importancia educativa alguna. En cambio aquéllos que necesita armarlos y desarmarlos mantienen a la mente en un permanente ejercicio saludable.

Igual situación ocurre cuando el niño se aproxima a la naturaleza y juega con el material que le ofrece con prodigalidad. Cuando juega con arena o barro y construye colinas, túneles, adobes, casas, etc., ejercita la mente, manteniendo la atención con el vigor necesario. En esta oportunidad el pensamiento se concentra en la acción; el trabajo no le permite distraerse, y así la energía se utiliza en una actividad realmente educativa.

El juego con los animales domésticos es otra actividad interesante. El animal, por ejemplo, el perro, no está dispuesto a una obediencia ciega, ni tiene la capacidad necesaria para satisfacer las exigencias del muchacho. Entonces se esfuerza por enseñarle a saltar, a llevar objetos en la boca, a perseguir y coger la pelota. Este ejercicio es mental y físico a la vez.

Por último tenemos el deporte que requiere demasiada energía y condiciones de excelente salud física. Se comete grave error en llevar a los niños prematuramente al deporte sin previo examen médico. Tanto en el hogar como en la escuela se les deja en absoluta libertad para dedicarse a correr, saltar, lanzar objetos pesados con propósito deportivo, lo cual significa rivalidad y entrenamiento riguroso. Mientras corren y saltan a su antojo, miden sus fuerzas, se detienen en el punto en donde éstas flaquean. Pero cuando se ejercitan para el deporte utilizan una cantidad de energía que no poseen.

Es frecuente observar a niños de nueve a doce años de edad, jugar *foot-ball*. Nadie se ha cuidado de estudiar las condiciones físicas de estos jugadores noveles. Muchos de ellos presentan manifiesto estado de desnu-

trición que no les permite dedicarse a juegos demasiado violentos.

El juego colectivo, por eso, debe ser cuidadosamente seleccionado a fin de no provocar en el organismo del niño un desgaste prematuro de energía, el cual puede ser utilizado en otras actividades que no pongan en riesgo su salud.

En las escuelas, el denominado recreo es un esparcimiento libre del cuerpo en el cual el maestro no se cree obligado a intervenir. Los niños salen de la sala de clase con gran algarabía, signo inequívoco del cansancio mental y de la quietud a la que han estado obligados. Y van al recreo en un pampón terroso para entretenerse en toda clase de juegos sin vigilancia ni dirección algunas.

El recreo en la escuela es considerado como tiempo dedicado al descanso y lo establecen en el horario por diez minutos entre una lección y otra; o, a veces, una media hora en la mañana y otra en la tarde. Ese recreo no es descanso, es el tiempo de mayor fatiga física y mental que tiene el niño. Como hay anarquía en los movimientos y contienda sin tasa ni medida con los camaradas, la fatiga es evidente. Lejos del maestro, los niños cobran en esos recreos agravios inferidos en la clase; promueven o zanjan toda clase de rivalidades; ejercitan preferencias injustas; eliminan de los juegos a los que no tienen capacidad física para determinada actividad. El patio de recreo es un verdadero laboratorio de psicologia, al cual debía concurrir el maestro para conocer a sus discípulos en toda su desnudez espiritual. Allí podrá observar a los envidiosos, egoístas, generosos; débiles y fuertes de carácter; sumisos y mandones; cobardes y valientes y en cada una de estas actividades se dará cuenta de la energía gastada y de la fatiga que les ocasionan unos diez o treinta minutos de dura batalla.

Los maestros de gran experiencia saben que antes de la hora señalada para el recreo, la atención del niño comienza a dispersarse porque la mente está ocupada por los numerosos planes que traza para el momento de su

liberación ansiada. Después del recreo ha de pasar algunos momentos para que la mente se equilibre. Muchos son los niños que no alcanzan esta situación normal, siguen combatiendo interiormente: la rivalidad, la envidia, el egoísmo, la venganza, son fuerzas que agitan su espíritu y lo mantienen muy lejos de la lección que dicta el profesor. En estas condiciones de verdadera fatiga psíquica y mental no es posible enseñanza alguna.

El verdadero recreo sería llevar al niño a una paz espiritual, a un estado de placer interior donde pudiera descansar la mente y el cuerpo. Para ello la escuela tiene múltiples recursos que por desgracia no los utiliza, o lo hace como acto formal de simple etiqueta escolar. Tal ocurre, por ejemplo, con la música y la danza, que son considerados como otras tantas materias del plan de estudios, sometidas a las exigencias del programa y del horario.

La música es el sedativo por excelencia para la fatiga. Hay escuelas en donde los maestros acostumbran interrumpir una lección para cantar y luego continuar enseñando. Se observa con esta práctica que el niño mediante la música vuelve con facilidad al equilibrio de la conciencia. Toda fatiga y malestar desaparecen; se adquieren nuevas energías, la atención es más vigorosa; y los conocimientos se obtienen con mayor sencillez.

Cuando la música sea considerada en la escuela como parte integrante e imprescindible de la higiene mental, podrá llevarse a los escolares al plano del verdadero descanso. Pero mientras se la tenga como una materia de enseñanza y se obligue a aprender de memoria la teoría musical, será otro instrumento más de tormento para la mentalidad de los niños. Una escuela en donde no se canta, es una prisión destinada a provocar la máxima fatiga.

Los paseos y excursiones campestres son otros motivos para que el niño descanse. Es cierto que en esas prácticas hay fatiga física, pero ella está compensada por el ambiente en donde se ejecutan: aire, luz, panora-

ma vastísimo y bello; material incalculable de enseñanza; libertad, franca camaradería entre maestros y estudiantes; todo concurre a que el espíritu realmente descanse.

En las nuevas organizaciones escolares que permiten al niño trabajar con libertad; elegir la materia que más le agrade; dejar las más difíciles para otra oportunidad; buscar ayuda del maestro cuando lo necesite; no estar sometido a un plan de estudios uniforme, sino a uno que resulte de haber estudiado su capacidad y habilidad; no encontrarse bajo la amenaza de lecciones y de su poseedora. El esfuerzo mental está reducido a su exámenes; ni vivir en constante emulación y rivalidad con los camaradas, la fatiga es menor y la energía acumulada se utiliza con mayor provecho.

Una observación común pone de manifiesto la relación que existe entre la libertad de trabajar y el mínimum de energía que para ello se necesita. Las gentes que acostumbran leer los periódicos del día sienten placer por esta ocupación, pero si fueran obligadas, en su condición de lectores rentados, a leer los mismos periódicos, llegarían el aburrimiento y el hastío. Este fenómeno ocurre en mayor proporción en los niños. Mientras se imponga a éstos la obligación de estudiar cierta materia, en determinada hora y considerar que su trabajo va a ser sometido a censura implacable, hay manifiesta resistencia, o sea desgaste de energía y por tanto fatiga.

El niño para trabajar requiere determinadas condiciones: ha de gozar de buena salud; no debe encontrarse perturbado por ninguna emoción; y ha de existir equilibrio entre la mente y el cuerpo.

Ya hemos visto que el niño enfermo, no sólo de enfermedad crónica sino de ligeras indisposiciones, no está en aptitud de aprender. Es un error enseñar cuando, el sujeto se encuentra bajo el dominio de la cólera, de la ira, de la venganza, de la antipatía, de un resentimiento más o menos justificado. Para aprender es necesario serenidad espiritual. Los padres de familia y los

maestros son injustos cuando pretenden que los niños estudien bajo la férula, el látigo, el insulto, o el ridículo. Aprender es una función mental riquísima en actividades, delicada en su contenido. El niño lleva una existencia amargada por múltiples contrariedades, sumar a éstas la imposición y la fuerza, es malgastar el tesoro de energía que posee.

El sueño es, sin duda, el excelente medio para descansar. Unos cuantos minutos de sueño sirven para recuperar energías y ponerse en estado de trabajar. Después de una noche en que se ha descansado, la mente y el cuerpo se encuentran dispuestos para cualquier actividad. En cambio, si hubo falta de sueño no es posible exigir a nuestro organismo esfuerzo alguno.

Si lo que acaba de exponerse ocurre con los adultos, con el niño habrá de considerarse el sueño como elemento indispensable para llenar con eficiencia su vida activa e inquieta.

Puede decirse que la primera ocupación del niño en los seis primeros meses de su existencia es el sueño.

Las veinticuatro horas del día las utiliza en la siguiente forma:

Ocupación	A los 2 meses	A los 6 meses
Sueño	14 h. 14 m.	14 h. 50 m.
Lactancia . . .	3 h. 9 m.	1 h. 30 m.
Quietud	2 h. 5 m.	39 m.
Actividad emotiva (llanto, fastidio, etc.)	2 h. 2 m.	46 m.
Actividad motora	1 h. 25 m.	1 h. 53 m.
Vocalización . .	40 m.	1 h. 49 m.
Experiencias . .	30 m.	2 h. 28 m.
Total	24 h. —	24 h. —

El niño duerme profundamente mientras no tenga malestar orgánico ni hábitos negativos al respecto.

Hemos dicho que el niño se acostumbra muy pronto a depender de la madre cuya presencia exige valiéndose del grito o del llanto. Entonces lo pasea para procar el sueño. Este sueño no es normal, porque es producto de una excitación nerviosa y de un deseo de apoyo inmediato.

El sueño para ser verdadero descanso ha de venir sin esfuerzo alguno como consecuencia de un estado de fatiga. En el recién nacido la fatiga es evidente, porque su vida sensorial es intensa. Si para dormir necesita auxilio, el sueño no es un descanso. Por eso deben reglamentarse las horas de alimento, de quietud, de actividad muscular y emotiva. Cuando hay esta disciplina el niño duerme a horas precisas, las necesarias para reparar sus fuerzas, sin que para ello se requiera apoyo alguno.

Es conveniente dejarlo — hasta donde sea posible— a sus propias fuerzas; así, habrá de disciplinarse.

Los niños de gran emotividad, aquellos que lloran con frecuencia, se fastidian de cualquiera incidencia o resisten a alimentarse, se fatigan demasiado, necesitan mayor descanso. Perturbar el sueño de esta clase de chiquillos, es causarles daño positivo.

El niño se acostumbra muy pronto a dormir, ya sea en la obscuridad o a plena luz, siéndole difícil conciliar el sueño cuando no encuentra este ambiente. Esta es una actitud mental que no debe permitirse. El niño debe dormir bajo todo género de condiciones.

Los padres de familia provocan el sueño de sus hijos por conveniencias propias, para librarse del fastidio que les ocasionan. Les prometen permanecer a su lado, cuando, en verdad, pretenden salir y salen a la calle. Tan pronto como despiertan y no ven a la madre se encuentran en un estado de soledad, terrible, al cual debe agregarse el engaño. El niño bajo esta impresión dolorosa, no recobra el sueño.

Una vez más repetimos: no es posible mortificar a

los niños; cualquiera evasiva, mentira, promesa, amenaza, es tomada muy en serio y de allí que el enojo y la desilusión en los chiquitines tienen más peligro que en los adultos.

Si en determinadas ocasiones la madre desea aprovechar del sueño de sus hijos para dedicarse a ocupaciones dentro o fuera de la casa, lo normal es avisarles esa intención. Así esperarán con tranquilidad su regreso; de lo contrario se habituarán a dormir con frecuente sobresalto. Un sueño intermitente bajo la influencia de un posible engaño y abandono, no es descanso.

Otro estado emotivo en relación con el sueño surge cuando se ha privado al niño violentamente de alguno de sus juguetes favoritos, y para calmar su protesta se le manda a la cama. Bajo un estado de cólera, de profundo resentimiento tampoco podrá dormir y si lo hace será un sueño interrumpido por imágenes dolorosas que no le permitirán descansar.

El niño después de las comidas debe tener un momento de reposo, de tranquilidad, de serenidad espiritual: condiciones necesarias para llegar al sueño normal.

El sueño no es un castigo, ni un medio para la obediencia, es una función natural y necesaria de nuestro organismo. Hay madres de familia que tienen la costumbre nociva de mandar durante el día a sus hijos a la cama so pretexto de castigarlos. Es incomprensible esta actitud que lleva a los niños a permanecer en el lecho sin dormir y en consecuencia expuestos a adquirir algunos hábitos indeseables, entre ellos el de la masturbación.

Contar historias terroríficas, o leer libros de cuentos macabros predisponen al insomnio con todas sus consecuencias funestas, como la llamada pesadilla y el terror nocturno. Antes de ir a la cama el mejor ejercicio saludable es la danza y la mejor distracción la música.

Hay error y grave en obligar a los niños a cumplir deberes escolares en el hogar no sólo por las razones apuntadas en capítulos anteriores de este libro, sino porque la fatiga mental, después de las comidas, no les permite de-

dicarse a ocupación alguna. Si se les exige semejante trabajo, dormirán mal, sobrecogidos por el continuo y uniforme pensamiento de la tarea inconclusa, probablemente mal hecha; en todo caso sometida a censura.

Tampoco el niño concilia el sueño cuando algún miembro de su familia se encuentra enfermo, de enfermedad crónica. Los familiares dicen no haber dormido, no haber "pegado los ojos". Entonces el niño adopta igual actitud mental; está atento a todo momento, hay en él gran inquietud. En este caso doloroso, lo conveniente es aislarlo.

Muchas de las causas enumeradas en párrafos anteriores crean en la mente del niño la necesidad de dormir en compañía de alguien, ya sea en el mismo lecho, o en otro, pero en todo caso en la misma habitación. Muchos niños, aun en edad escolar, rehusan dormir solos. Hay adolescentes que proceden en igual forma.

El niño desde el momento de haber nacido debe dormir en su cuna, lo más alejado posible del lecho de la madre. Es forzoso crear este hábito por razones de higiene física y mental. El niño necesita aire puro, libertad para moverse y para no sentirse en continua dependencia. Si el hábito está formado, no hay dificultad más tarde para que duerma solo en su cama y en habitación distinta a la de sus padres. Si esta costumbre está respaldada por la serenidad mental, o sea porque no hay miedo de ninguna especie, ni está sobrecogido su ánimo por preocupaciones de ningún orden, el niño dormirá tranquilo.

Si consideramos el sueño como un verdadero descanso no hay motivo para oponerse a la siesta. Ella es necesaria hasta los cinco años de edad, según la naturaleza del niño. Después de esa edad debe permitírsele cada vez que lo necesite. En las mismas escuelas, la siesta es un lenitivo para buen número de niños, cuya fatiga es manifiesta.

El niño, una vez en la cama, debe quedarse dormido a los quince minutos, máximo. Esto ocurre normalmente,

sin provocar el sueño, cuando no se encuentra bajo la influencia de algún malestar orgánico, mental o psíquico.

Una vez dormido presenta algunos síntomas que alarman a la madre. El niño, se queja, suspira, se frota la nariz, rechina los dientes, no duerme tranquilo. La mayor parte de estos síntomas obedece a transtornos orgánicos. La presencia de vegetaciones en la nariz, mala digestión, parásitos intestinales, todo lo cual exige cuidado médico. Es difícil conjeturar en esos casos algunas causas de orden mental, excepto en el terror nocturno, en la pesadilla y en el sonambulismo, en donde hay emociones reprimidas, imágenes terroríficas adquiridas directa o indirectamente durante la vigilia.

Para concluir este capítulo conviene referirse elementalmente a los sueños de los niños.

Cuando el niño ha reprimido algunos deseos durante la vigilia tiene un sueño simbólico. En el sueño el espíritu del niño goza de entera libertad, vive de sus propios intereses y satisface sus deseos sin que nadie lo interrumpa. En esa libertad sueña con sus más grandes caprichos consiguiéndolos por encima de las leyes de la naturaleza. Sueña con una madre que lo quiere y le da *gusto* en todo; con la posesión de los objetos más queridos; con las actitudes más variadas. ya es un famoso deportista, un gran jinete, un audaz aviador, un experto mecánico, dueño de un automóvil que cruza el espacio a velocidades fantásticas.

Hay otros sueños de *regresión* cuando el niño sueña con actitudes propias de algunos animales; sueña que se remonta en el espacio en donde se encuentra suspendido; sueña vivir bajo el agua, volar, trepar los árboles. Estos sueños explican la presencia en la vida subconsciente de acciones ejecutadas por animales inferiores que nos antecedieron en la escala zoológica.

Cuando el niño ha sufrido una gran impresión sueña con la escena o escenas que motivaron ese estado emotivo. Entonces el sueño tiene un carácter *realista.*

Por último, el niño pocas horas después de haber con-

ciliado el sueño, siente gran angustia, deseos de hablar, de gritar, de ponerse en comunicación con alguien. Despierta sobresaltado, sollozando y tembloroso. Este sueño de angustia es, en su mayor parte, de carácter orgánico. Obedece a una mala digestión, a una excesiva presión sanguínea, a una dificultad en la respiración.

En el caso de que se repitan estos sueños y mortifiquen la vida del niño, conviene satisfacer los deseos que se encuentran reprimidos; calmar su emotividad, y mejorar sus condiciones orgánicas.

CAPITULO XIV.

LA PEREZA

SUMARIO:

La pereza es un síntoma de trastornos en el cuerpo y en el alma del niño.
No debe insistirse sobre un trabajo por el cual no tenga simpatía.
No exigirle demasiada cantidad de conocimientos.
No obligarlo a que permanezca en escuelas con las cuales tiene antipatía.
No mantenerlo junto a maestros con quienes no simpatiza.
No usar de la censura ni del ridículo cuando no sea eficiente en sus estudios.
No pretender que el niño resulte un "sabio".
No retirarlo de la sala de clase, ni expulsarlo de la escuela por razón de pereza.
No permitir que el niño esté mentalmente ausente de la clase. Es preciso darle trabajo.
La sola y escueta exposición oral del maestro no es trabajo para el niño.
Las clases orales lo llevan a la pereza mental.
Debe cuidarse de los niños que simulan atender en la clase.
Una cosa es **no poder**, y otra **no querer**.
La escuela en donde no se clasifica a los niños según sus habilidades, predispone y favorece la pereza.
No abandonar ni castigar a los niños perezosos.
Debe averiguarse el porqué de la pereza.

No considerar como perezoso al niño que no tiene "buena memoria".
Tampoco hay pereza cuando el niño está ocupado en lo que a él le gusta.
No hay pereza absoluta.
Cuando el niño no muestra afición o inclinación por algún trabajo es urgente la consulta médico-pedagógica.

Se tienen muchos prejuicios y se cometen muchos errores en juzgar la denominación pereza en los niños. Se la considera como una enfermedad y para ello se guían de síntomas aparentes que acusan otros trastornos. La pasividad, la indolencia, el desapego por los estudios, la falta de puntualidad en sus trabajos escolares, la lentitud en sus ocupaciones, el repudio por determinadas tareas, todo esto se encuentra englobado en la pereza.

En general, se cree que la pereza guarda relación exclusiva con las funciones mentales. Así, un niño es perezoso si no estudia y ama la escuela. Nadie se da cuenta de que esa animadversión es consecuencia de trastornos orgánicos, de estados emotivos, de falta de dirección en educarlo, de no conocer la diferencia de sus habilidades, ni el volumen de ellas.

No puede concebirse una pereza total, una absoluta inacción, un repudio a todo trabajo, salvo que se trate de sujetos paranoicos que suponen saberlo todo y estar por encima de cualquiera enseñanza.

Para juzgar la pereza en los niños se precisa un examen físico y mental bastante minucioso. Antes de este estudio previo cualquier diagnóstico no sólo es prematuro, sino erróneo.

El niño muestra pereza por deficiencia sensorial. Si la vista y el oído, por ejemplo, no están en condiciones normales, es imposible que atienda, aprenda y trabaje. Por incapacidad física ha de huir de actividades en las cuales es necesario utilizar los sentidos. En la escuela, el maestro que no se ha tomado la molestia de examinar siquiera superficialmente la vida sensorial de sus

discípulos, está en riesgo de atribuir pereza a un niño miope, o tardo del oído. Cuando se notan estas deficiencias, es de rigurosa pedagogía colocar a estos niños en las primeras bancas, cerca de la pizarra y del maestro, dirigirse frecuentemente a ellos y aproximarse para ofrecerles una enseñanza individual. Cumplida esta condición y curado el trastorno sensorial, la pereza habrá desaparecido.

La caries dentaria, las vegetaciones en la nariz, la insuficiencia glandular, la subrenal, la hepática, los trastornos intestinales, los excesos del onanismo, provocan la fatiga física y mental, y, predisponen al niño a la pereza. La curación de estas dolencias vuelve al niño a su actividad normal.

El esfuerzo permanente sobre determinado trabajo origina una intensa fatiga, que lleva al sujeto a la inacción. A este esfuerzo, conocido con el nombre de *surmenage*, se le da poca importancia, tratándose del niño, a quien se le supone incansable, capaz de todo trabajo mental. Presentándose como un tipo lleno de vivacidad, rico en memoria, en observación, creen que esta energía es inagotable. En esa hipótesis, el adulto le impone adquirir directa o indirectamente la mayor suma de conocimientos dentro o fuera del hogar.

En la casa se le exige que sepa todo. Es una maravilla si el niño repite de memoria poesías e historias, si a los seis años sabe leer y a los siete calcular. Ante esta precocidad, lo abruman y lo obligan a mayores esfuerzos. Sale de la tutela del hogar para ir a la escuela, en donde los programas sobrecargados van a agotar el resto de sus energías. Falto de éstas, llega a un estado de cansancio que lo lleva a la pereza.

El niño trabaja dominado por la simpatía, por el interés que le despierta la tarea sobre la cual se curva, por la utilidad que ella le reporta. Cuando no concurren estas condiciones la voluntad se deflagra, le invade el hastío, y la pereza es un hecho. Si hay profunda antipatía por la persona que dirige sus pasos, se encuentra en un es-

tado afectivo de repudio que lo lleva al negativismo, a la oposición constante para trabajar. Esto ocurre tanto en el hogar como en la escuela. Si el niño tiene antipatía por el padre o por la madre, será difícil inclinarlo a cualquiera ocupación. Estará dispuesto a defenderse, cruzándose de brazos y resistiendo a todo mandato. En la escuela esta situación se resuelve cambiando de maestro. Desgraciadamente no siempre se procede en esta forma. El principio de autoridad obliga a someter al niño a la voluntad del maestro, y aún en el caso de que exista antipatía marcada se mantiene la misma situación.

Ocurre lo mismo cuando el niño detesta alguna materia de enseñanza. No obstante ese repudio, las disposiciones reglamentarias de la escuela no le permiten variar de trabajo. Ante esta violencia, el alumno opta por no trabajar, por permanecer en ocio mental, mientras dure la enseñanza que no le agrada. Es un estado afectivo común en las escuelas, que no guarda relación con la habilidad del niño, habilidad que no ha sido estudiada. El repudio surge por la mala didáctica, por antipatía al maestro. Para cuidar la salud mental del niño y evitar que vaya a la pereza, vale la pena dejarlo que escoja las materias de su preferencia. Tal es, por lo menos, el curso que sigue la escuela nueva, especialmente en el denominado Plan Dalton.

No sólo los estados afectivos, sino los emotivos conducen a la pereza. Grandes contrastes de la vida del hogar o de la escuela originan en el espíritu del niño cierta ansiedad, malestar interior indefinible, pero demasiado ostensible, que no le permiten enfocar la atención en ningún trabajo. Estos niños permanecen en completa indolencia, se inhiben ante cualquier esfuerzo, sienten temor para producirse y cobardía para actuar. A éstos, también, se les juzga perezosos.

En la escuela y en el hogar el niño es sometido a una censura despiadada y permanente. Hay padres de familia y maestros que con nada se contentan. Ven en

cada actitud de sus hijos y discípulos, signos de malcriadez, de torpeza, de mal humor, de falta de respeto. Esta presunción exagerada origina en los padres y maestros la intolerancia, el capricho, la irascibilidad. Descargan este malestar en los niños, quienes se sienten heridos en su amor propio, llegando a un estado de emotividad por la que se pierde toda energía para el trabajo.

Con estos niños debe procederse con tolerancia, dando poco valor a sus deficiencias, errores y aun a sus faltas. El trabajo escolar no puede merecer acre censura. Cualquier trabajo es un esfuerzo, que es necesario aquilatarlo en su debida proporción, sin dar lugar a enojo alguno. Castigar a un niño porque no da una buena lección, porque una tarea escolar no está a entera satisfacción del maestro, es un absurdo. El niño por razones obvias de señalar no podrá jamás ponerse al nivel de sus superiores. Hará siempre un trabajo deficiente, cometerá errores de toda especie. Lo que necesita es consejo, dirección, apoyo, ayuda, y no censura.

En el hogar el procedimiento es el mismo. La madre de familia ambiciona que el hijo brille en inteligencia, sobresalga en la escuela, sea el alumno loado y premiado. Cuando esto no ocurre, el vejamen, el insulto y el castigo son la consecuencia inmediata. El niño en el hogar debe sentir mayor tranquilidad y paz espiritual que en la escuela, en donde está sometido a numerosas contrariedades. Si no encuentra aquella quietud en el hogar, y al contrario se repiten con él las escenas de violencia, va creándose un espíritu emotivo, nada dispuesto al trabajo y, por consiguiente, predispuesto a la pereza.

Todo trabajo está en relación con la fuerza de la atención; cuando ésta se desvía, se desplaza y fuga a cada momento, el sujeto resulta inestable. El niño en esta situación no se encuentra apto para seguir la lección del maestro. mucho menos para dedicarse por sí solo a cualquiera tarea. La dispersión de la atención significa falta de energía. En la escuela el caso es típico con niños que en la sala de clase se encuentran moviéndose,

buscando la oportunidad de huir de la vigilancia del maestro. Son los niños a quienes se les sorprende con alguna pregunta y no se dan cuenta de ella, y apelan, para salir del paso, a cualquier respuesta, a la primera que asome a sus labios. El maestro, entonces se mortifica, lo reprende, lo retira de la sala y lo califica de "mala conducta", que en sí envuelve la pereza.

No sólo el inestable se muestra activísimo en el aula, sino que simula atender. Mira intensamente al profesor, apoyando la quijada sobre las manos; no se mueve, ni pestañea. Esta actitud del inestable es falsa. Su pensamiento rueda por otros mundos. Está presente en cuerpo, pero ausente en espíritu.

Con estos niños la didáctica ha de ser más enérgica. No soltarlos, no permitir que simulen, mantenerlos en constante estado de actividad mental. Así la atención volverá a adquirir fuerza y no vendrá la pereza.

Hay casos en que la pereza se presenta por períodos. Esa intermitencia es propia de los niños que adolecen de trastornos orgánicos o mentales. Estas crisis se manifiestan en general después de las enfermedades, en el período de la convalecencia, pues es conocido que una enfermedad altera el mecanismo de la conducta del niño, al extremo de crearse hábitos negativos que en condiciones normales de salud no hubiera sido posible. Entre esos hábitos está el de necesitar ayuda y apoyo en las actividades más nimias. El niño resulta engreído, con un engreimiento pasivo, traducido en no querer ocuparse de algo. Los mismos juegos y los juguetes le interesan cuando no haya necesidad de esforzarse con ellos.

En la escuela esta pereza periódica aparece colectivamente en los días anteriores y posteriores a los de descanso. El día sábado y el lunes son "muertos" para todo estudiante. Individualmente ocurre cuando el niño ha dejado de concurrir a la escuela por algunos días o meses, por razón de enfermedad o de ausencia.

La pereza guarda relación inmediata con la volun-

tad. *Una cosa es no poder, y otra no querer.* Si el niño no puede ejecutar un trabajo escolar por los motivos anotados, no es posible considerarlo como perezoso. Pero si el niño no quiere ejecutar ese trabajo habrá necesidad de investigar porqué no quiere.

Acabamos de analizar que los estados afectivos y emotivos mantienen al niño en inactividad, la cual dura mientras exista el motivo. Rara vez esa inactividad es permanente, y caso de serlo, es urgente la consulta médica.

De lo expuesto se deduce que no es posible hablar de pereza en sentido absoluto, porque ella no es sino un síntoma de trastornos orgánicos, psíquicos y mentales, necesarios de ser averiguados y tratados médica y pedagógicamente.

Aunque parezca paradójico, la escuela, laboratorio del espíritu del niño, ha predispuetso y predispone a la pereza. Desde su organización general hasta los más pequeños detalles de orden interno, todo contribuye a que el niño lleve una vida de tutela permanente que no le permite servirse de sus propias fuerzas.

En efecto, la escuela confunde la vivacidad con la inteligencia; la lentitud con la pereza. El maestro se ufana y prefiere a los sujetos de buena memoria. Sobre éstos descansa su responsabilidad, y a éstos se refiere cuando habla de sus triunfos efímeros. En cambio, los otros, los lentos que no pueden aprender de memoria un texto de enseñanza, son olvidados o colocados en la picota de la censura o de la burla.

Pocas son las escuelas que clasifican a sus alumnos según su edad mental, y según sus habilidades. Siguiendo una rutina incomprensible distribuyen a los niños en años o grados, valiéndose para ello del rigorismo formal de un examen cuantitativo. Ese procedimiento agrupa en una sala de clase a niños de diferente mentalidad, habilidad e inteligencia. A todos se les proporciona la misma enseñanza, se les exige igual trabajo y se les somete al mismo exámen.

La más elemental observación indica tres grupos de alumnos en un determinado año o grado de estudios: a) El de los sobresalientes, que es muy reducido; b) El de tipo mediano, el más numeroso, y c) El de los retrasados, los menos.

Esta simple diferencia de los alumnos, muy sencilla de establecer, no es tenida en cuenta en el régimen escolar, de donde resulta que colocado el niño en el plano de cultura que no le corresponde, dispersa su energía y la inutiliza.

En el caso del primer grupo, los niños de brillante inteligencia sufren perjuicios, porque siguen la marcha impuesta por la gran masa del tipo medio. Los del último grupo no se adaptan a ninguno de los anteriores y por tanto su atraso se agrava a diario. En cualquiera de estas circunstancias, tanto el niño inteligente como el lento se cansa y va a la pereza.

Todo esto en la hipótesis de que el maestro se hubiera dedicado a los medianos y a los retrasados. Lo general es abandonar a éstos y atender sólo a los primeros. En este caso puede calcularse un 80 por ciento de niños abandonados a su suerte, viviendo en un estado de pereza de la que no son culpables.

Si los niños fuesen clasificados desde el primer momento en grupos por razón de habilidades, y se les diera un trabajo que estuviera en relación con su capacidad e intereses, puede estarse seguro de que no podría hablarse jamás de pereza.

Aquel abandono engendra en el espíritu del niño un complejo de inferioridad, o sea, creerse inepto e incompetente para toda ocupación, o para alguna determinada. Buena parte de los niños a quienes se les acusa de pereza tienen ese complejo de inferioridad. Si hay la comprensión suficiente y la destreza necesaria para arrancarlos de esta situación, la pereza habrá desaparecido.

Lo urgente es dar al niño ocupación dosificada, proporcionada a su mentalidad. No hay niño, salvo el

que linda en la idiotez o en la imbecilidad, que repudie el trabajo, cuando no es una imposición violenta.

La memoria es una función mental muy tenida en cuenta en la escuela como elemento básico de todo trabajo intelectual, al extremo de considerar perezoso al niño incapacitado para repetir al pie de la letra una lección estudiada en algún texto de enseñanza. Por este prejuicio se cree que el niño perezoso no tiene memoria, y entonces se le deja abandonado, o es sujeto de antipatías de parte del maestro, a quien le gusta ir por el lado fácil. Es muy cómodo entretenerse *tomando lección*, pero es difícil dirigir la mentalidad del niño. Esta dirección es lo sustantivo en la escuela, lo demás es adjetivo.

Si en la escuela el niño fuera sometido periódicamente a un estudio metódico de su personalidad, muy en especial de sus funciones mentales, se vería que el débil de memoria para aprender historia, no lo es para calcular, sencillamente porque el ambiente didáctico en el cual aprende matemáticas le es más favorable. Hay simpatía hacia el maestro que se prodiga sin reservas; las cuestiones de cálculo son presentadas con máxima sencillez, probablemente es solícito con los niños que muestran mayor deficiencia; en suma, porque no hay violencia, ni censura desmedida.

Este hecho inobjetable demuestra que la memoria es relativa, está en razón directa con el interés del niño y con la disciplina mental, a la cual se le somete.

Resulta, en consecuencia, que el niño es perezoso para una materia de enseñanza y activo para otra.

Si la escuela está organizada a base de proporcionar al alumno la mayor libertad posible para escoger las materias con las cuales simpatiza y para las que se siente más apto, no habrá posibilidad de repudiar la escuela ni los estudios. Pero si la escuela es una especie de prisión, en donde va a ponerse cerrojo a toda actividad constructiva, libremente elegida, el niño irá a la pereza sin remedio alguno, buscando una especie de li-

bertad aislada sin fuerza suficiente para detenerse el tiempo necesario sobre una determinada actividad.

Después de este análisis podrá preguntarse si la pereza no es otra cosa que un síntoma cuyo origen está en los trastornos orgánicos o mentales. Podemos responder afirmativamente. De allí, que cuando se habla de pereza en la escuela o en el hogar en términos absolutos, como si se tratara de una dolencia específica, se comete un error grave, que perjudica la constitución de la personalidad del niño.

Capítulo XV.

HABITOS INDESEABLES

SUMARIO:

Cuidar que el niño satisfaga normalmente sus necesidades orgánicas.
Crear hábitos positivos sobre esta materia.
No imbuirle miedo, asco o repugnancia acerca de sus necesidades orgánicas.
No establecer disciplina rígida para concurrir a los reservados.
No alarmarse demasiado cuando el niño se chupa los dedos o se muerde las uñas.
No provocar extremada emotividad que lo lleva a hábitos indeseables.
En el caso de que cualquiera de esos hábitos persista y altere la conducta del niño, debe consultarse al médico.

Los niños adquieren algunas costumbres que mortifican y preocupan demasiado a la madre de familia. Han llegado a oídos de ella algunas exageraciones sobre el origen, naturaleza y funestas consecuencias de esos hábitos, y por eso se empeña en destruirlos empleando medios violentos que agravan más la situación.

Mojarse en la cama, *enuresis;* llevarse los dedos a la boca; morder y mascar las uñas, son costumbres que de preferencia llaman la atención del hogar.

La *enuresis*, o sea, el mal hábito de mojarse en cualquier momento significa que no hay comando de la voluntad en esta función fisiológica. En los dos primeros años de la primera infancia esa costumbre es cuasi normal, precisamente porque la acción volitiva no interviene o lo hace con poca energía en las dos funciones eliminatorias: la micción (orinar) y la defecación.

Pasado aquel período, si el niño no da aviso de la necesidad de orinar, estamos en presencia de la *enuresis* que persiste en este caso por muchos años.

La enuresis se atribuye a causas de orden anátomo-fisiológico, entre ellas las siguientes:

Irritación en la región genital; fimosis en el hombre; estrechez del aparato urinario; irritación del recto, debido a parásitos; presencia en la orina de ácido úrico concentrado. En cualquiera de estas circunstancias una esmerada atención médica es suficiente para evitar la enuresis.

Esta costumbre es también producto de no haberse formado los siguientes hábitos positivos: no acostarse a una hora determinada; no conciliar el sueño dentro de los 20 o 25 minutos de permanecer en la cama; no levantarse de la cama inmediatamente después de haber despertado; tomar líquidos antes de acostarse; no orinar en el día, por lo menos en las últimas horas de la tarde.

De estas dos causas, la madre de familia puede darse cuenta, de la primera por indicación médica, pero a la segunda no da importancia alguna. Si los cuidados médicos no han podido moderar o destruir la enuresis se la agrava con la impaciencia de la madre, que hostiga al niño, poniéndolo en ridículo, comparándolo con otros niños, diciéndole palabras inconvenientes, haciéndole notar lo indeseable de esa costumbre. Este procedimiento lo lleva a un estado emotivo que agrava el mal y lo prolonga.

La voluntad se inhibe por razón del complejo de inferioridad cuando se le ha imbuído la idea de que la enuresis es enfermedad asquerosa y repulsiva a las de-

más personas. Entonces se siente relegado, rechazado, proscrito de toda convivencia social. Esta creencia la proyecta en la escuela, en donde se muestra con una extremada timidez y con una continua excitación. Está pendiente del acto de la micción. Desea frenarlo, pero no puede. Como se encuentra en estado emotivo cuasi permanente, se sobresalta ante cualquiera indicación, reproche, amenaza o castigo. Basta en muchos casos la idea de dar una lección para que estos niños se orinen.

En estas condiciones, las funciones mentales del niño y su psiquismo se encuentran sin energía alguna, y por tanto no pueden cumplir con sus obligaciones escolares, agravándose la salud del niño hasta llegar a la neurastenia infantil.

En la escuela, el régimen disciplinario contribuye en gran parte a mantener la gravedad de ese hábito. Es costumbre señalar hora determinada para que los niños concurran a los urinarios, como si todos regularan cronométricamente la micción. El maestro se mortifica y no permite que el niño salga de la sala de clase a cualquiera hora. El permiso para ir al urinario es una concesión graciosa. A veces se señalan turnos, otras se designa un bedel encargado de vigilar los reservados, a cuya voluntad se encuentran sometidas las necesidades fisiológicas de los niños. Tales prácticas son nocivas para la salud. Lo conveniente y razonable es informarse sobre las condiciones de salud en que se encuentran los niños; si de ello resulta que alguno sufre de enuresis, se tendrá mucho cuidado en no provocar emotividad alguna, y en ser solícito cuando pida ir al urinario.

Fuera del tratamiento médico de la enuresis, cuando obedece a causas orgánicas, hay otra terapéutica, valiéndose de la sugestión aplicable a niños de más de seis años de edad. Ella consiste en decirle al niño que la enuresis no es una enfermedad, ni un hábito repugnante y que está en sus manos ser limpio. Luego se redacta un cartel que contenga los días de la semana en el que deberá apuntar a diario las veces que hubiera ori-

nado sin querer. Con esta práctica, observará cómo disminuye o aumenta ese número de veces, lo cual lo llevará a corregirse poniendo en contribución su voluntad. Naturalmente, este tratamiento lleva consigo evitar los malos hábitos señalados en este capítulo como causas de la enuresis.

Con los niños mayores de doce años, que ya se encuentran en condiciones de razonar, se emplea otro método, que consiste en explicar el porqué de esa costumbre, diciéndole: "Tu vas a prometer no mojarte". Esta sugerencia debe hacerse mientras el niño se desviste para ir a la cama.

El otro hábito indeseable, el de llevarse los dedos a la boca y succionarlos, es normal en los primeros meses de vida del niño. La costumbre se extiende con frecuencia a toda la primera infancia, y no es raro encontrarla en la segunda.

Este hábito se explica por la excesiva actividad muscular del niño que explora el espacio por acto reflejo, encontrándose con la cavidad bucal ya ejercitada en la succión del seno de la madre. La lactancia lo ha predispuesto a buscar doble placer; uno mecánico, el de la succión; otro sensorial, el del gusto por la leche. Como el segundo placer no siempre está a su alcance, encuentra satisfacción en el primero.

Se cree que este hábito guarda relación con la vida sexual. Otros suponen que es un acto de compensación. Cualquiera que sea el origen de ella, lo cierto es que causa alarma cuando el hábito se prolonga en la segunda infancia.

Además de las razones indicadas, ese hábito perdura en niños de gran emotividad.

Es frecuente observar a niños de esta naturaleza llevarse los dedos a la boca cuando encuentran alguna dificultad en sus quehaceres, ya sea en el hogar o en la escuela. Poseen cierta timidez y a la menor reprensión o molestia de sus padres o maestros, se defienden empleando aquel hábito.

En la escuela, el niño reemplaza los dedos con el lápiz, y se le ve durante las horas de clase mordiéndolo y succionándolo. Esa actitud demuestra que está bajo el dominio de una emoción, de una dificultad insalvable. El maestro, entonces, está obligado a ir en su ayuda y llevarlo a la tranquilidad.

Para corregir el mal hábito de que nos ocupamos se emplean en el hogar procedimientos que agravan el mal, antes que curarlo. Se impide el movimiento de los dedos, especialmente a la hora de dormir; se les unta con sustancias amargas; se les pone guantes, etc. Es frecuente castigar a los niños por estos hábitos: ponerlos en ridículo, avergonzarlos y decirles palabras inconvenientes. Ninguno de estos procedimientos tiene éxito porque no se averigua el origen de ese malestar.

Tratándose de la excesiva actividad muscular, ella se modifica a medida que el niño se disciplina; pero en lo relativo a las emociones, lo conveniente es sustraerlo de todo motivo que perturbe su tranquilidad, sugiriéndole al mismo tiempo la inconveniencia de ese hábito por razones de orden higiénico.

Por último, el hábito de morder y mascar las uñas ha dado origen a interpretaciones por demás caprichosas, llegándose al extremo de considerarlo como síntoma lejano de alguna perturbación mental o psíquica.

Ese hábito no es otra cosa que un acto de compensación por razón de fatiga, al cual el adulto apela con frecuencia. Cuando se está fatigado, sobrexcitado por causas emotivas o por cierta confusión mental que impide una elaboración rápida de ideas, acostumbramos morder los labios y los dedos, empuñar las manos, rascarnos la cabeza, llevar el dedo índice a la boca y, en fin, morder y mascar las uñas.

Esta actitud trasladada al niño, es más explicable, porque se encuentra sometido a una serie de fuerzas y de obstáculos que no le permiten desenvolverse, lo cual le causa fatiga y busca la compensación necesaria en estos actos reflejos.

El adulto compensa esas dificultades desviándolas, sustrayéndose de molestias, apelando al tabaco, al licor, al café y a toda suerte de distracciones. El niño no puede proceder con igual libertad. Le es imposible descansar, evadir el combate diario al cual está sometido. Tiene un desgaste de energía superior a la del adulto. Su naturaleza no resiste tanta exigencia y no tiene otro remedio que acudir a los actos reflejos como una de las tantas compensaciones a que acude para equilibrar su espíritu.

De lo dicho el único medio para evitar estos hábitos indeseables consiste en mantener la máxima serenidad en la conciencia de los niños.



Capítulo XVI.

EL PROBLEMA SEXUAL EN EL NIÑO

SUMARIO:

Es necesario estudiar y conocer la vida sexual del niño.
Dejar todo prejuicio sobre esta materia.
La moral en el niño no es igual a la del adulto.
El niño tiene vida sexual desde la primera infancia. Esa vida debe ser cuidada, vigilada y dirigida.
El niño tiene curiosidad por la vida sexual.
Debe satisfacerse toda pregunta relativa a su nacimiento o al de sus hermanos.
Todo engaño en esta materia desvía su personalidad.
No creer que el niño es "inocente" en lo relativo a la vida sexual.
El uso de vocabulario impropio no siempre es síntoma de que esté enterado en cuestiones sexuales.
El vocabulario y las actitudes sexuales son producto del contagio social.
La aproximación al sexo contrario es normal en los niños; depende del temperamento de ellos.
Tener cuidado con niños o con niñas que no desean aproximarse al sexo contrario.
El pudor aparece tardíamente en los niños.
La "malicia" sexual proviene del contagio social.
Debe tenerse cuidado con la masturbación, que se inicia, a veces, desde muy temprana edad.
En este caso y en otras anomalías de la vida sexual, debe consultarse al médico.
No hay riesgo sexual en la coeducación.

El hogar debe dirigir desde la primera infancia la vida sexual del hijo.
La escuela debe estar organizada para continuar con aquella dirección.

Entre las actitudes indeseables de los niños, el relativo al sexo encuentra campo vastísimo en el hogar y en la escuela para cometer errores e injusticias, fruto exclusivo de prejuicios y de ignorancia sobre materia de tanto interés.

Ha sido difícil abordar esta cuestión, y lo es en la actualidad, sin herir el pudor ajeno, y contradecir, en gran parte, costumbres que han convertido el sexo en una especie de tabú, destinado a un secreto inviolable. Felizmente en las últimas cuatro décadas la situación ha variado. La escuela psico-analítica ha abierto un surco profundo en la vida sexual y ha puesto en transparencia su verdadero contenido. La literatura sobre el problema sexual es vastísima. Psiquiatras, psicólogos, sociólogos, educadores se interesan y estudian en detalle tan importante materia. Va dejándose de lado todo secreto para enfrentar el problema y darle la solución más conveniente. La eugenesia, la educación sexual, la campaña contra las enfermedades venéreas son otras manifestaciones que ponen de relieve la necesidad de no sustraerse del estudio de la vida sexual.

Aquellos prejuicios han estado amparados por la moral, por la religión y aun por la ley.

La moral tiene un sentido relativo. La moral de los pueblos primitivos es distinta a la que hoy rige a gran parte de la humanidad. La que norma la existencia de los pueblos orientales difiere de la de los occidentales. Varía de una época a otra, de un individuo a otro. En el mismo sujeto pueden verse diferentes facetas de la moral.

Si esto ocurre con las leyes generales de la moral, en lo relativo a la vida sexual, que es un proceso biológico, no pueden establecerse reglas invariables de conduc-

ta. Hace unos treinta años que hubiera sido difícil producirse en materia sexual con la libertad actual. Las gentes no se hubieran acostumbrado como lo hacen hoy a discutir abiertamente este problema.

De otro lado, un sujeto que cumple con sus obligaciones de padre de familia, con sus deberes de hijo y de ciudadano puede llevar una vida sexual desordenada sin que por esta razón se le considere persona indeseable. La ética sexual tiene una particularidad específica que se sustrae al contenido general de la moral.

Por eso, la religión que a través de los tiempos ha tratado de inmiscuirse en la vida sexual, queriendo hasta cierto punto reglamentarla y frenarla, nada ha podido conseguir, no obstante considerar el acto sexual fuera de matrimonio como un pecado. Las gentes, inclusive las piadosas, han obedecido y siguen obedeciendo en esta materia al impulso biológico de su naturaleza.

La ley misma al establecer reglas sobre el matrimonio y clasificar a los hijos dando a unos más derechos que a otros, no ha podido detener aquel impulso.

Tal es el mandato de esa fuerza biológica que la humanidad no se detiene ante el pavoroso espectro de la herencia, y de allí que la eugenesia misma sufre grandes tropiezos para cimentarse.

La vida sexual, en consecuencia no se somete a dictados de orden moral, mucho menos a exigencias dogmáticas de religión alguna. Por encima de todo está la naturaleza humana, que rompe, en esta materia, las barreras que se le interponen.

Considerado el acto sexual como inmoral y como pecado, estuvo al margen de toda posibilidad de estudiarlo científicamente. La humanidad se sustrajo por temor, por conveniencia, por pudor, sobre todo por prejuicios, de analizar la más importante función de su existencia.

Esta ignorancia y este desdén hicieron concebir que la vida sexual aparecía de golpe en la adolescencia, sin antecedentes de ninguna especie en la infancia, lo cual

ocasionó y ocasiona graves perjuicios a la vida integral del hombre.

En realidad, las fuerzas sexuales operan desde la infancia. Ellas necesitan ser guiadas, dirigidas e inhibidas para armonizar con las exigencias de la sociedad.

La primera fuente de información sobre la materia debe proceder del hogar. Son los padres de familia los llamados a intervenir cerca de sus hijos, cuidando la vida sexual de éstos antes de provocar conflictos de suyo graves en lo futuro.

Nada se gana guardando con los hijos secretos y reservas que no son inviolables. Si la dirección saludable no la da el hogar, el niño obtiene conocimientos por otras fuentes, conocimientos adulterados, desviados y deformados.

En esta materia no es posible hablar de honestidad o deshonestidad. Lo sexual no encierra misterio alguno, ni constituye vergüenza de ninguna especie. Huir de los hijos para evitar respuestas y conversar en privado sobre asuntos sexuales, es desconocer la importancia y los peligros que el problema sexual envuelve.

Los padres de familia se confunden, no saben cómo contestar cuando alguno de sus hijos enfocan el problema. Las respuestas son evasivas, fútiles, que suponen ser aceptadas por los niños. Si éstos muchas veces callan ante alguna de esas respuestas no significa que acepten el dicho de sus padres, siguen hurgando en la conciencia la razón de ser de muchas cuestiones relativas al sexo.

Hay en el niño marcado interés por este aspecto de su existencia. Ese interés fluye de dos fuentes: la suya por impulso biológico, y la ajena por contacto social. El niño ve, oye, observa muchas particularidades de la vida sexual de las personas que le rodean, dentro o fuera del hogar. Como todo lo sexual se rodea de cierto misterio, el niño se encuentra ávido por saber qué hay detrás del velo con el cual se pretende cubrir la mejor

parte de nuestra existencia. Tiene tal ansiedad, que busca toda ocasión para informarse, y lo logra, dando a lo sexual un contenido distinto de aquel que verdaderamente tiene.

En muchas ocasiones los padres de familia se ven sorprendidos con los conocimientos que sus hijos tienen sobre la vida sexual. Entonces se alarman creyéndolos "corrompidos", porque exhiben su saber, en este orden, con toda rudeza. Sus actitudes, el vocabulario que emplean, las ideas-fuerzas que los dominan, todo hace suponer que se encuentran enterados de la vida sexual, en forma tal que no será posible enderezar los conceptos erróneos que hubieran adquirido sobre tan delicado asunto.

Cuando los niños preguntan a los adultos acerca de cualquiera cuestión sexual, y el adulto cree satisfacer esa pregunta, se encuentra con la sorpresa de que el niño estaba bien o mal informado. Una vez, una chiquilla preguntó a la madre, por qué se distinguía un niño de una niña. La respuesta fué: por la diferencia de los órganos sexuales. La chica rió y dijo saber esta diferencia, pero que había preguntado por conocer la opinión de la madre.

Ocurre muchas veces que el niño instruído en algunos aspectos de este problema, se produce con libertad delante de los adultos, y entonces éstos lo consideran como "corrompido". Semejante actitud de la sociedad lo cohibe para seguir el curso normal de sus conocimientos, y piensa que realmente existe en lo sexual un misterio impenetrable, en donde escudriñar es una falta gravísima.

El uso de un vocabulario impropio que se refiere a cuestiones sexuales, se tiene como un síntoma de estar el niño enterado sobre esta materia. Sin embargo, precisa distinguir entre las palabras cuyo verdadero sentido conoce y aquellas que las dice por haberlas oído. En el primer caso jamás las pronuncia delante de sus mayores; en el segundo lo dice con toda libertad. En vez

de considerar estas actitudes como síntomas de precocidad sexual se procederá bien en enseñar a los niños el verdadero significado de las palabras y el uso apropiado de ellas, buscando los respectivos sustitutos.

En seguida, el niño adquiere ciertos gestos, ademanes y actitudes sexuales por contacto directo del hogar o del medio social en que vive. Si en la casa el padre beodo se produce de palabra y de obra en actitudes inconvenientes, el niño habrá de imitar por considerar esas palabras y esos gestos como parte integrante de toda hombría.

Así iniciado el niño busca toda oportunidad de informarse de lo que hay respecto al sexo. Está atento a las palabras y a las actitudes de los adultos, atisba por el ojo de la llave, le agradan las figuras pornográficas, las lecturas del mismo estilo. En la escuela busca la compañía de camaradas que cuenten historias lascivas, o digan lo que han visto, oído o hecho. A estos niños se les considera como "hombres". Son los tipos heroicos que sobresalen y tienen popularidad por la libertad en el lenguaje y en la acción relativos al sexo.

Luego tiene curiosidad e interés por su cuerpo, por sus órganos genitales y por los ajenos. Ama el desnudo y busca la oportunidad de encontrarlo. Todo por supuesto de soslayo, a hurtadillas, porque considera que cualquier interés sobre la materia merecerá el reproche o el castigo de sus padres.

Más tarde, y como consecuencia de la curiosidad anterior, busca aproximarse a sujetos del mismo sexo. Con ellos conversa y actúa con entera libertad. Hay cierto recelo, cobardía y miedo por el sexo contrario. El chico rehuye toda convivencia con sus compañeras de colegio. Las considera débiles para sus juegos violentos, incapaces de contender, comienza a atribuirles un papel pasivo.

Cuando procede de familias en donde hay hermanas mayores y que por esta razón está al tanto de muchos secretos del tocador, se muestra con mayor liber-

tad en sus actitudes. Hay mayor curiosidad en él, curiosidad dirigida especialmente hacia los órganos sexuales de la mujer.

Mientras el niño ha vivido en un hogar de honestidad sexual manifiesta y no ha tenido oportunidad de sentir influencia alguna al respecto no aparece el pudor sino muy tardíamente. Este fenómeno se distingue con claridad en las escuelas. Las mujercitas no son "maliciosas", en tanto no hayan sentido esa malicia en el hogar. Aun en el caso de encontrarse en un ambiente en donde los muchachos sean extremadamente curiosos-sexuales, no se dan cuenta, ni dan importancia a esa curiosidad.

El pudor es, pues, consecuencia directa de la influencia social. Una madre de familia que oculta su desnudez o insiste en que la desnudez es inconveniente, provoca en el espíritu de sus hijas una actitud semejante.

Los niños menores de ocho años no sufren impresión alguna ante el desnudo, ni ante ninguna manifestación amorosa. Es frecuente verlos en el cine indiferentes ante escenas de esta naturaleza, en cambio se entusiasman con películas de aventuras. Ocurre lo mismo cuando se encuentra frente a un desnudo en algún cuadro de pintura o en una obra escultórica. Preguntado qué impresión ha sufrido, manifiesta que le es indiferente.

La aproximación hacia el sexo contrario no es igual en los niños, varía según el temperamento de ellos. Los hay quienes manifiestan repulsión hasta muy entrados los años de su segunda infancia, y aun en la adolescencia. Huyen de toda posibilidad de juntarse con "ellas" por acto de cobardía y de temor. El impulso hacia el otro sexo es mayor en la mujer que en el hombre. Aquélla busca mayor convivencia con los varones; participa de sus juegos, se siente orgullosa de tener amistad con ellos, de ser prodigada y atendida. En cambio, el varón rehuye esa amistad. Tiene cierta superioridad so-

bre la mujer; la desdeña y menosprecia; no participa de sus juegos, ni permite que ellas jueguen con él.

Al término de los estudios de escuela primaria, continúa esa especie de rivalidad entre los sexos, rivalidad, en donde hay mezcla de celos, de egoísmo y de antipatía. El antagonismo por estricta razón sexual aparece en el período de la adolescencia. Ese antagonismo se transforma luego en interés marcado por aproximarse, no sexualmente, pero, sí, románticamente.

La aproximación sexual comienza por la simpatía física. La belleza incide demasiado en el espíritu del niño. Le placen las cosas y las personas bellas. Un niño de escuela primaria se ve atraído, obedece más a una maestra de belleza física y la repudia en caso contrario. Esa atracción, más tarde, tiene como causa la riqueza, traducida en la elegancia de los trajes, en el dinero que gasta, en los juguetes que posee. En este proceso la curiosidad por los órganos sexuales no aparece. Es un período interesante de cierto romanticismo del niño cuando no ha sido iniciado bruscamente en los prolegómenos de la vida sexual. Si esto ha ocurrido, si la dirección dada en el hogar ha sufrido desvío, o ha sido violentamente frenado, no es raro que aquella curiosidad se interponga y destruya la simpatía nacida por la belleza o por el bienestar material.

La curiosidad por los órganos sexuales es menor en las niñas que en los niños. Los chiquitines por razón de una mayor convivencia social, por la influencia directa que ésta ejerce sobre su vida, llegan—como hemos dicho — a informarse sobre algunos aspectos del problema sexual y entonces se ven impulsados a una precocidad difícil de desviar. Las chiquillas por la vida pasiva que llevan, por la dificultad de extender sus relaciones sociales con la libertad que tiene el niño, llegan con más lentitud a interesarse por el "misterio" sexual.

Esa curiosidad se extiende a una esfera superior, en donde el niño impulsado por saber el porqué y el

cómo de las cosas, pregunta el origen de su nacimiento o el de sus hermanos menores.

Estas eternas preguntas: "¿Cómo he nacido?", "¿en dónde he estado antes de nacer?", constituyen para los padres de familia verdadero problema que los perturba y los lleva a cometer errores de cuyas consecuencias no se dan cuenta.

Numerosos son los folletos escritos para sugerir a las madres de familia la forma cómo deben responder a sus hijos cuando sean sometidas a interrogatorios de aquella naturaleza. Todos los autores están de acuerdo que no es posible cerrarse en esta materia dentro de los prejuicios a los cuales estamos acostumbrados. Decirle a un niño que vino de París, que lo trajo una cigüeña, que entró por la chimenea, es forzar demasiado su mentalidad frente a hechos concretos como son el embarazo y las atenciones y cuidados prodigados a la madre en el alumbramiento.

Cree el adulto que el niño no se da cuenta de estas situaciones y que vive impasible e indiferente. Nada más inexacto. El niño está atento a todo lo que ocurre a su alrededor. Nada se le escapa. Su curiosidad es intensísima. De allí el incesante preguntar acerca de todo y para todo. En el orden de sus intereses es mucho más agudo. Tal ocurre respecto al nacimiento del hermano menor. Como no tiene concepto de parentesco, considera al recién nacido como un intruso que ha venido a robarle su reyecía. Hasta entonces había gozado de las atenciones múltiples de la familia. Vivía rodeado y engreído en constante predominio. Mas, al nacer el hermano, observa que las gentes ya no le son solícitas. Las atenciones, caricias y mimos son para el "otro", y por eso se ve impelido a averiguar de dónde vino él, y de dónde el recién nacido. Ocultar la verdadera procedencia, sustraer al niño del concepto del parentesco es llevarlo a un estado de inquietud mental que lo mortifica y amarga.

En el terreno normal estas lejanas manifestacione-

de la sexualidad del niño son transitorias. Depende, por supuesto de las condiciones psico-biológicas del sujeto. El hecho es que al término de la segunda infancia el impulso de este aspecto de la sexualidad encuentra cierto equilibrio como resultado del freno impuesto por el ambiente en que vive.

Si ese freno no ha llevado el proceso sexual a un estado de inhibición, de temor y de vergüenza, y sólo ha servido para canalizarlo, la obra educativa ha cumplido con su misión. Pero, en caso contrario, la actitud mental del niño frente al problema sexual es de ansiedad continua y de riesgo permanente.

Tal ocurre, por ejemplo, con la masturbación, práctica sexual que tanto alarma a maestros y padres de familia. Cuando se presente un caso de esta naturaleza, nada raro en el primer período de la primera infancia, conviene proceder a un minucioso examen de las causas que la provocan. Puede ser motivada por irritación en los órganos genitales, trastornos intestinales, adhesiones locales u otras anormalidades. La hiperacidez y la presencia de bacterias en los orines indican condiciones inflamatorias.

Los órganos genitales deben permanecer libres del contacto con la ropa interior. En los varones, el prepucio ha de estar en igual libertad y sometido a limpieza continua. Igual cuidado ha de tenerse con los genitales de la mujer.

Los padres de familia y los maestros deben estar al tanto de las personas con quienes el niño guarda relación social, porque la masturbación es provocada y contagiada. Los adultos y los camaradas de escuela inician a los chiquitines en estas prácticas.

No se crea que la masturbación se inicia en la segunda infancia o en la adolescencia. Muchas veces los niños adquieren esta costumbre a los pocos meses de nacidos como resultado de una excitación constante en contacto con la ropa interior y con la ropa de cama. Esa

masturbación es provocada, también, por las amas, quienes utilizan esa práctica para dormir a sus pupilos.

En la masturbación de los niños no siempre hay eyaculación y por ello la excitación es intensa y permanente.

En presencia de este hábito hay alarma en el hogar y en la escuela. Se le considera como una costumbre repugnante, dañosa para la salud de quien la practica y síntoma de alteraciones profundas en la mente.

Sobre esta materia hay variada literatura. Hay autores que exageran demasiado las consecuencias funestas de esa práctica; y otros que no sólo la toleran, sino que la justifican. Lo evidente es que el niño sometido a un estado de represión sexual, en donde por un lado se le oculta, miente y engaña, y de otro se le amenaza, avergüenza y castiga, cuando por diversas causas pretende conocer la vida sexual, considera la masturbación como un acto reprochable, y por ello se oculta para practicarlo, temeroso siempre de ser sorprendido. Esta actitud mental de continua ansiedad, determina un síntoma de complejo de inferioridad, pues se da cuenta de no poder sustraerse de esa costumbre que lo lleva al escarnio.

En la escuela la situación resulta más grave porque el maestro en presencia de un masturbador da lecciones colectivas de moral sexual, castiga y expulsa por corrompidos a quienes se masturban. Nada más injusto y erróneo que apelar a estas medidas de violencia para detener una costumbre respaldada por causas ajenas a la voluntad del niño. Lo prudente es ponerse en contacto con la familia, estudiar el caso con el auxilio médico y sustraer al niño de toda oportunidad de masturbarse.

Se ha creído que el deporte es el medio de mayor eficacia para frenar la excitación sexual y desviar la masturbación. Sin embargo, se observa que la vida al aire libre, el ejercicio físico intenso, predispone al sujeto a mayor intensidad sexual.

La mejor terapéutica consiste en situar al niño en

una zona de intereses que se oponga a la masturbación. Mientras el niño se encuentre ocupado en trabajar de acuerdo con sus habilidades, aptitudes y simpatías, la mente así disciplinada no buscará refugio en otros hábitos. La pereza mental y la manual lo conducen a buscar placer y actividad en zonas que son vedadas para dar vigor a su personalidad.

Colocado el niño en esta situación, la actitud de los padres de familia y de los maestros respecto a la masturbación y en general a todo lo relativo a la vida sexual debe variar sustancialmente. No infundir terror, ni provocar ansiedad en lo relativo al sexo. Precisa dominarse, disciplinarse en esta materia antes de exigir igual condición en los hijos y discípulos.

Junto a estas dos condiciones intrínsecas para mejorar la vida sexual del niño, están las otras ya referidas que se relacionan con los factores de orden físico y social.

En curso permanente esta terapéutica, la voluntad del niño se fortalece, surge en su conciencia un respeto a sí mismo, se evade por deliberación propia de toda actitud que cause malestar o repugnancia.

Se ha discutido y se discute sobre si conviene o no dar a los niños instrucción y educación sexuales. Los que la favorecen piensan que un temprano y sistemático conocimiento de la vida sexual, pone al sujeto a cubierto de sorpresas y por tanto de actitudes mentales respecto al sexo, favoreciendo, así, el normal desarrollo de la sexualidad. Quienes se oponen a aquella instrucción y educación sostienen que causaría grave daño una prematura iniciación en la materia.

Lo evidente es que no puede generalizarse. Todo depende del sujeto. Si éste por muchas razones, ya convive en la primera o segunda infancia con asuntos relativos al sexo y de ello se da cuenta el padre o la madre, la intervención es inmediata y urgente, a fin de de que no se desvíe el impulso sexual. Pero si el niño se manifiesta ajeno al fenómeno sexual, la actitud de

los padres debe ser la de una continua observación para intervenir en el momento necesario.

Con todo, no hay inconveniente para que la escuela primaria, y por supuesto la secundaria, intervenga didácticamente en este problema.

En primer término, la denominada coeducación, tan combatida por quienes siguen manteniendo el tabú sexual, determina en los niños un estado de indiferencia por el sexo opuesto en razón de la convivencia y contienda diarias. Los niños en la primera y segunda infancias proceden en lo sexual por influencias externas venidas de los adultos. Por excepción se da el caso de que obedezca a un impulso interior, producto de la naturaleza del niño. Si esto es así es absurdo suponer que la vida sexual del niño surja por razón de encontrarse ambos sexos en una escuela.

En el mismo período de la adolescencia, en el que ya es posible hablar del riesgo sexual, o sea, del acto sexual, es inadmisible la objeción de considerar la coeducación como instrumento que incite a la sexualidad. El riesgo sexual en el adolescente no está en la escuela, porque no es posible suponer que ésta la tolere. Ese riesgo está en el hogar, en la calle, en el cine, en los paseos campestres, en las mil oportunidades que tienen los adolescentes para vivir en plena libertad.

La escuela, en cambio, puede dirigir la sexualidad del niño siempre que en el hogar exista comprensión y apoyo.

Si en el hogar se ha atendido a las indicaciones expuestas en este capítulo, la escuela dirige la curiosidad sexual del niño, anticipándose a cualquiera otra actitud mental que lo perjudique. El niño observa en la calle o en el hogar los actos sexuales del perro o de las aves de corral; actos objetivos que impulsan al niño a la interrogación. Pues bien, en el hogar la madre debe habituar al hijo a observar la vida de los vegetales. El jardín privado o el público son lugares en donde el niño recibe la primera y la más saludable instrucción se-

xual. Más tarde, es la vida de los insectos, de los peces, de los reptiles, de las aves y luego de los mamíferos. Todo en forma ocasional a propósito de las preguntas formuladas por el niño.

Así, iniciado el niño en la vida sexual de los animales, la escuela da dirección didáctica a esas observaciones esporádicas e inconexas. En los primeros años de la escuela primaria las prácticas en el jardín de la escuela, en alguna huerta, en algún campo de cultivo le darán enseñanza objetiva sobre la vida sexual de las plantas. Al término de la primera enseñanza, o sea, aproximadamente a los doce años de edad, el niño habrá sido instruído en la vida sexual de los animales, para alcanzar la del hombre por vía deductiva.

Si esta enseñanza se ofrece con lenguaje sencillo de acuerdo con la edad del niño, el problema sexual resulta un factor constructivo de la mentalidad en lugar de ser —como lo es— una eterna interrogación.

Tales son a grandes rasgos las principales cuestiones relativas al problema sexual del niño. De acuerdo con la naturaleza de este libro, que es la de vulgarizar conocimientos, no hemos querido exponer diferentes teorías sobre la mentalidad infantil. Hemos partido de hechos vividos en la escuela y en el hogar, observados a diario para ofrecer los consejos más saludables en este orden de cosas.

CAPITULO XVII.

LA RELIGION Y EL NIÑO

SUMARIO:

La religión, como proceso de purificación espiritual, no es accesible al niño.
La religión no se enseña. Sólo se puede enseñar un catecismo.
El niño no modifica su conducta con prácticas religiosas.
No infundir en el niño el temor a Dios.
Toda idea religiosa que provoque miedo está contraindicada.
Toda idea de castigo con pena de ultratumba lo atemoriza y lo aparta del verdadero contenido de la religión.
El niño no puede orar. Rezar no es orar.
Debe evitarse toda idea acerca del demonio, del infierno y del pecado.
El niño no tiene sobre el pecado la misma idea que el adulto.
No debe exagerarse la idea sobre la Providencia.
Debe evitarse la idea de "alma" que ambula, "pena" o vigila.
Debe evitarse la idea de "duendes", " aparecidos".
Debe sustraérsele de la idea del "ángel de la guarda" cuyo poder le disputa el demonio.
Debe evitarse la presencia de oleografías relacionadas con el infierno, o con la vida trágica de los santos.
No permitir que se identifique con la vida de algún santo o santa.

No exagerar las prácticas religiosas: rezo, confesión, comunión.

Todas aquellas ideas y estas prácticas están absolutamente prohibidas para niños **nerviosos**, o que tengan ascendencia neurópata o psicópata.

Este interesante problema no ha sido tratado en toda su extensión por los autores que han divulgado ideas acerca de la Higiene Mental. Muy esporádicamente y a propósito de la cuestión sexual se ven, en la interlínea, algunos aspectos del contenido religioso en relación con los niños.

Interesados en poner a los padres de familia y a los maestros en contacto con la vida integral del niño, no podemos sustraernos de estudiar este problema, al cual se le teme por respeto a creencias religiosas, a prejuicios sociales y aún a conveniencias políticas.

En nuestra condición de maestros, no participamos temores, ni eludimos las posibilidades de discutir abiertamente el fenómeno religioso en el niño.

La religión considerada como un sentimiento superior, requiere una disciplina interior capaz de modelar una vida cada vez más perfecta. Así considerada la religión, resulta un freno que detiene buena parte de nuestros impulsos y de nuestros deseos.

El niño — como hemos dicho — no tiene la moral del adulto, menos las fuerzas necesarias para disciplinarse. Vive de sus deseos, de sus ideas, de sus inquietudes, que no son las del adulto. Por eso, toda fuerza que trate de modificar esa situación espiritual es ineficaz, si ella no está de acuerdo con su naturaleza.

Si se considera la religión como factor destinado a mejorar la conciencia humana, ella puede referirse al adulto, pero no al niño, salvo que se admita que la religión tiene un gran contenido de miedo. Entonces el niño aparentemente modificará su carácter bajo la presión del miedo, destruyendo su personalidad.

En estas condiciones no es lógico hablar de la en-

señanza de la religión. La religión no se enseña. La religión es un proceso interior que se forma lentamente en la conciencia humana, proceso que requiere madurez en el juicio, riqueza en la emoción.

La vida variada del niño, su intensa actividad, no le permiten detenerse un momento para analizar su conciencia y elevarla al plano superior de la religión. Su emotividad es específica, ella se relaciona con sus intereses, caprichos y anhelos del momento. Para él, no hay ni puede haber ninguna sanción extraterrestre para sus actos. Es el padre, la madre, el maestro quienes lo vigilan, cuidan, conducen y castigan. Es algo objetivo, palpable, inmediato. Vive la hora del día. Su mentalidad no va a escudriñar lo que existe más allá de la tumba, ni está capacitado para interpretar dogmas de religión alguna.

Prácticamente, lo que se denomina enseñanza de la religión no es otra cosa que la enseñanza del catecismo, redactado por una determinada Iglesia, cuyo aprendizaje — en orden a sus intereses — tiene más valor que cualquiera otra materia de enseñanza.

Nadie puede pretender que la moralidad del niño ha de mejorar o ha de ser desviada por el hecho de repetir de memoria algunas páginas del catecismo, o por la práctica constante de ciertas obligaciones impuestas por la Iglesia. Si así fuera, la humanidad habríase salvado. Sería inútil seguir ocupándose en estudiar la naturaleza del niño, ni buscar los factores que mejoren su conciencia.

Al hablar de religión, no nos referimos a una confesión religiosa determinada. Tomamos el problema en su integridad para referirlo exclusivamente al niño, en cuya naturaleza precisa conocer cuáles son los elementos religiosos constructivos, y cuáles los destructivos.

Sólo quien esté dominado por un fanatismo morboso o por una adhesión incondicional a un credo, o a una Iglesia, podrá convenir en que los dogmas sean accesibles a la conciencia del niño y que conociéndolos es ca-

paz — ese conocimiento — de mejorar su personalidad.

Este prejuicio ha mortificado y dañado al niño al extremo de llevarlo a estados de inquietud mental enfermiza, de la que es difícil — más tarde — sustraerlo.

Las religiones primitivas trataban de explicar el origen del mundo, de las personas y de las cosas. Ante la dificultad de encontrar una explicación satisfactoria, apelaron a la imaginación en cuyo mundo vivían al conjuro del miedo. Un estado de ansiedad embargaba el espíritu del hombre primitivo al contemplar el sol en el horizonte, al cernirse las nubes en el espacio, al sentir el trueno, al aterrorizarse en presencia de animales monstruosos. Todo era misterio, amenaza, peligro. Había que conjurar esa situación, buscar algún otro elemento de la naturaleza, algún acto simbólico que detuviera tanto mal.

Cuando el hombre se desprendió del terror hacia la naturaleza, se temió a sí mismo, y surgió en su espíritu el concepto del bien y del mal. Esas acciones estaban sometidas a premios y castigos de ultratumba. El mal radicaba en el impulso natural para satisfacer toda clase de deseos; el bien estaba en el aniquilamiento de la materia, en la destrucción de todo deseo.

Este proceso, seguido por la mentalidad primitiva, es el mismo al cual está sometido el niño en el orden religioso. Mientras no operen sobre él fuerzas extremas provenientes del hogar y de la sociedad, su espíritu no está poseído de temor alguno. El principio de causalidad o sea el deseo que tiene de saber el porqué y el cómo de las cosas, podía seguir su curso natural en la formación de sus ideas. Pero no es así, son desviadas por prejuicios religiosos cuando por escudarse el adulto, ante una pregunta, la refiere a un agente sobrenatural. Decir a un niño que la tempestad, la muerte, la enfermedad, son castigos de Dios, significa desviar su mentalidad de un proceso natural, a otro lleno de angustia, de temor, de incertidumbre. Lo prudente y sabio es explicarle con lenguaje sencillo accesible a su mentalidad el significado, el valor y las consecuencias de aquellos hechos.

Si del principio de causalidad incursionamos en el campo de la ética del niño, y averiguamos qué concepto tiene del bien y del mal, observaremos que difiere de la del adulto, tanto en su contenido como en sus proyecciones. Lo que es bueno para el adulto, es malo para el niño y viceversa. Ante esta situación no sabe qué camino tomar, si el dirigido por sus impulsos naturales, o aquel otro que proviene de fuera en forma impositiva y violenta. No se encuentra capacitado para juzgar lo bueno y lo malo. No tiene el juicio moral. Procede primero por actos reflejos, y después por estados emotivos. En cualquiera de estos casos decirle que una mala acción será castigada por Dios, y que ese castigo es el infierno y la condenación eterna, la mente del niño se sobrecoge de espanto y actúa con indecisión y temor. No está seguro de sí. Necesita que le digan si procede bien o mal. Así la personalidad se forma con bases deleznables en donde no hay impulso interior que depure y mejore, sino fuerza exterior que atemoriza y destruye.

Las religiones primitivas han martirizado al niño sometiendo su espíritu y su cuerpo, al igual que los adultos, a prácticas, privaciones y tormentos sin nombre. Esos chiquillos no han sentido la fruición de la vida. Desposeídos de toda dulzura materna, fueren objeto de prácticas religiosas repugnantes que destruyeron su personalidad para convertirlos en agentes que habían de conjurar desgracias y dolores ajenos. Fueron sacrificados en el altar de los dioses para calmar la sed de sangre que a éstos se atribuía.

Pasaron los tiempos, y el niño sigue estropeado en la religión hindú, en la judaica, obligándolo a aprender de memoria páginas enteras de los libros sagrados, a repetirlos de rodillas o en cuclillas, a soportar ayunos forzados, a practicar el rito, a concebir el mundo lleno de miseria y de dolor, a odiar el cuerpo, a martirizarlo y asquearlo. Semejante tormento no sólo fatiga la mente del niño, sino que la desvía en el sentido de una quietud permanente, de un estado de dependencia, de ansiedad y

de terror. Esos libros sagrados no están escritos para la comprensión del niño. Contienen pasajes trágicos, escenas dolorosas que perturban la serenidad necesaria para la conciencia de un niño que está en pleno dinamismo.

Los griegos, por ventura, no llegaron a estos extremos, porque su religión no tuvo el contenido trágico con que se distinguieron y se distinguen la hindú y la judaica. Su religión, basada en el amor a la naturaleza, convivió con ella. Sus dioses no eran sujetos destinados a castigar ni a odiar. Compartían con el hombre todas sus vicisitudes. Eran humanos. En este ambiente, el espíritu del niño griego se disciplinó con serenidad, lejos de toda amenaza y de todo terror. Por eso, amó la belleza y la tradujo en obras inmortales de arte, como exponente de un espíritu equilibrado y sobrio.

Los chinos, con Confucio a la cabeza, no dogmatizaron ni buscaron en ultratumba sanción alguna para sus acciones buenas o malas. Confucio dictó un código de moral, pletórico de humanidad y de lealtad a la naturaleza. Para los niños, seguir a Confucio es un placer, jamás un dolor. Confucio no amenaza ni castiga; aconseja y guía. Confucio no es dios, es un maestro.

En el Japón, la religión sintoista es la religión heroica del Estado. En ella se rinde homenaje a quienes se han sacrificado por la grandesa de la nación. El niño japonés no sufre, en consecuencia, tortura alguna por asuntos dogmáticos, ni a causa de problemas éticos. Las acciones heroicas de sus antepasados fortifican su espíritu: la moral está invívita en el sacrificio por el bienestar de la colectividad. Así, el sintoismo es un concepto religioso que envuelve en sí la heroicidad. Lo heroico es accesible al alma del niño. Llega a concebirlo sin grandes esfuerzos. Es cierto que en ello puede haber mucha exageración, pero lo indudable es que no perjudica la vida mental del niño al extremo de destrozar su personalidad.

El cristianismo trajo consigo una gran espirituali-

dad, cuya consecuencia directa fué la de crear una fuerza interior que depure la conciencia del hombre, desligándolo de la tierra y llevándolo hacia un mundo mejor en donde reina la paz espiritual.

Este anhelo supone la vida guiada por la Providencia. La presencia de Dios como supremo artífice de la existencia del hombre, lo pone en continua dependencia y sumisión a sus mandatos.

Este concepto de vida no es accesible a la mentalidad del niño, en quien la idea de Dios no tiene las mismas características que en el adulto. Se han hecho experiencias sobre la materia y se ha llegado a la conclusión de que en la primera infancia y en buena parte de la segunda, tiene al padre o a la madre como verdadero Dios. Los atributos de la divinidad: omnipresencia, omnipotencia y omnisciencia son potestativos de sus primogenitores. Suponen que éstos lo saben y lo pueden todo. La primera duda aparece respecto de la omnipresencia, para seguir con las demás. En el período en que interroga incesantemente, se da cuenta de que sus padres no lo saben todo, ni pueden todo. Entonces éstos pierden gran parte de su prestancia.

La misma experiencia demuestra que hay confusión mental en el niño sobre Dios y Jesús. La Trinidad provoca en ellos una verdadera dispersión mental. No están en condiciones, ni aun en la adolescencia, de acoplar estas ideas dispersas en una sola actitud mental.

La creencia, como acto de sumisión mental, le es propia a condición de que hiera sus intereses. Pero en el caso de la creencia dogmática, tal sumisión no existe por no estar respaldada por ideas con las cuales simpatiza.

Es evidente que la religión en el niño tiene un contenido de miedo y de temor. Ello es producto de la forma cómo se le inculcan ideas religiosas en el hogar y en la escuela. Cuando la madre le ha dicho: "si tú no haces tal cosa, Dios te castigará" o viceversa: " si tú haces tal cosa, Dios te premiará". En esta situación, procede por temor al castigo, o por la esperanza del premio.

Si esta idea del castigo de Dios ha herido profundamente su espíritu, vive continuamente atemorizado, en evidente estado emotivo ante cualquiera acción que haya cometido o piense ejecutar.

Inculcar la idea de un Dios que castiga, es desviar el contenido ético de la religión. Crear en su alma el temor a Dios es apartarlo de éste por acto de antipatía, de desconsuelo y de hastío. En cambio, provocar el amor a Dios, tiene mayor valor por ser elemento que favorece la serenidad, la confianza y la lealtad.

Una actitud para alcanzar algún favor de la divinidad o pedir amparo en un trance doloroso, es la oración. Cuando ella fluye espontánea y libremente es un lenitivo para la angustia del adulto, más no para el niño.

El niño no puede orar, porque la oración es la aproximación sin reservas hacia la divinidad; en muchos casos es el deseo de identificarse con Dios mediante un esfuerzo que requiere demasiada energía. El niño no está en condiciones de llegar a este estado de abstracción y de sumisión incondicionales. Su vida inquieta, matizada de múltiples intereses, no le permite enfocar su mente en una actitud aislada, dolorosa y trágica.

Por supuesto, orar no es rezar, repetir de memoria el padrenuestro o el avemaría. Cuando esta repetición resulta mecánica no hay emoción alguna y por eso, el rezo no tiene valor constructivo. Se reza por rezar, por hábito, muy rara vez por necesidad. A los labios de un adulto acude el rezo cuando hay grave riesgo en sus intereses. En sus horas de placer o de felicidad el rezo está demás.

Si esto ocurre en el adulto, es sencillo darse cuenta de la situación del niño cuando reza. Es un acto de simple obediencia a los mandatos del padre o de la madre. Las oraciones que se ponen en sus labios están muy lejos de su comprensión y de su análisis. Si no existe esta función mental, el niño, como el adulto, reza sin emoción, sin interés.

Cuando se le ha dicho que una oración puede pro-

porcionarle bienestar material, conseguir un juguete, salir airoso en sus exámenes, probablemente hay un estado emotivo fugaz, que luego se deshace en profundo desconsuelo, pues no llega el juguete, ni es aprobado en el examen.

Este desconsuelo lo aparta de la influencia divina. El niño, que así ha sido engañado, manifiesta expresamente su falta de confianza, y entonces la ética religiosa se quiebra en su espíritu.

La adoración es otro acto que no acude a la conciencia del niño con la intensidad y proyección que a la del adulto. Adorar significa substraerse momentáneamente de la realidad para sumarse por esfuerzo interior en la persona adorada. En la adoración hay una quietud mental, más intensa que en el acto de orar. En el caso de la oración, el sujeto se encuentra en un determinado estado emotivo. La angustia es manifiesta. En la adoración, lo emotivo es subsidiario. En presencia de una imagen sagrada, hay el elemento objetivo que detiene todo proceso interior violento. El espíritu se arroba, se extasía hasta quedar fuera de sí.

En el niño nada de esto ocurre. Por influencia materna simpatiza con ciertas imágenes sagradas a las que presta homenaje por razón de utilidad inmediata. Es devoto de San Luis de Gonzaga por ser protector de la juventud, o del Niño de Praga por ser de la infancia. Pero la protección para el niño no es abstracta, ni hipotética. Desea que se traduzca en hechos ostensibles, concretos e inmediatos.

No es raro encontrar niños devotos de ciertos santos por un acto de simpatía. La belleza de una imagen, la infancia de un santo o de una santa, las acciones heroicas de éstos, etc., los llenan de dulzura y tranquilidad. En esta actitud no hay interés, ni promesa, ni dádiva.

Se ha averiguado si al niño le gustaría llevar la vida de tranquilidad, seguida por el santo o santa de sus simpatías, o la vida de aventuras de algún personaje como Robinsón Crusoe o Tom Mix. La respuesta ha favo-

recido en un buen tanto por ciento a la última dirección.

Con todo no debe sustraerse al niño de la simpatía libremente ejercitada sobre la infancia de algún santo o santa. Esa simpatía en muchas ocasiones puede ejercer cierta influencia sobre la conducta del niño, siempre y cuando ella no llegue al estado de identificarse con el personaje y retirarlo de toda actividad saludable.

Precisamente esto ocurre cuando se ha herido demasiado la imaginación del niño, sobre todo de la niña, con actos heroicos de contenido místico. Si proceden de familias neurópatas o psicópatas, si son extremadamente "nerviosos", usando un término familiar, no conviene amparar, menos provocar aquella identificación.

Si se considera la religión como una fuerza espiritual destinada a lograr la superación constante del hombre, no es necesario que conciba a Dios como un Ser supremo, celoso, engreído, en espera continua de dádivas. Dios, bondad infinita no puede castigar, ni vengarse, ni condenar a penas eternas. Dios es serenidad, misericordia y ternura. No puede tener odio, ira, ni maldad.

Sobre este terreno debe construirse la vida espiritual del niño. Por lo mismo que vive en tempestad continua, en rebeldía permanente, en divorcio contra el orden establecido, nada mejor que ofrecerle paz y tranquilidad.

Desgraciadamente no se procede así. Desde muy temprano se le inculca la idea del demonio, como agente que está en acecho para desviar nuestros buenos propósitos. Concibe al demonio con mayor viveza y colorido que el adulto. Mientras que éste puede desviar la idea demoníaca, el niño la alimenta y vive en sobresalto continuo, en espera de la fuerza diabólica.

En la casa desde muy pequeño se le ha asustado con el demonio; se le ha dicho: "el diablo te va a llevar". Esta idea de secuestro misterioso es funesta. Su mente se encuentra llena de imágenes en donde hay una procesión de demonios, que lo buscan, lo acechan, lo amenazan. Si por razón de su "nerviosidad" ha echado esta idea pro-

funda raigambre, vive en sobresalto continuo; no duerme, no se alimenta ni lleva la vida feliz a que tiene derecho.

La idea demoníaca lleva consigo la del infierno. Se han descrito con crudo realismo las escenas más pavorosas del infierno. En muchas oportunidades se han mostrado estampas coloreadas del infierno en donde las gentes se encuentran atormentadas con horribles castigos. La imaginación del niño sufre ante estas escenas y adquiere tal riqueza de imágenes trágicas que toman por entero su personalidad, curvándola, debilitándola y enfermándola.

Toda figura, estampa o cuadro pictórico destinado a ser visto por los niños, debe reunir cualidades de belleza, cuyo contenido sea capaz de llevar la conciencia de los muchachos al mayor equilibrio. Entre Jesús, en su infancia, pintado por Rafael o Murillo, y el Cristo de Velásquez, debe preferirse para el niño lo primero. Entre las escenas de la vida de Jesús en su infancia y aquellas otras que pintan los horrores del infierno, las primeras tienen valor constructivo; las segundas deben desecharse.

Rara vez se le ofrece al niño el cielo; se prefiere asustarlo con el infierno. Esta idea de un premio y de un castigo más allá de la tumba, lleva invívita la del alma.

La mentalidad primitiva buscó en el "doble", el alma, un estado de supervivencia necesaria para creerse presente en todas partes, o para no sentirse desamparado de los suyos. Así, el alma fué un refugio mental que consolaba. No podía convenir con la desaparición eterna, por eso forzó su mente y creó el alma.

Tan profundamente ha herido el espíritu de los hombres esta idea de la supervivencia, que no hay religión que la deseche.

La idea de alma no asoma a la conciencia del niño sino muy entrados los años de la segunda infancia. Llega a ella por la vía del temor, y como producto social.

En el hogar se le ha hablado de las "penas", de los "duendes", de los "espíritus" que vagan en el espacio, recorren los lugares más queridos y visitan a los suyos. La idea del "coco" no es otra cosa que la del alma. Se le asusta con las "almas"; ellas tienen poder para premiar y castigar. El alma del padre o de la madre está junto a él, vigilando sus más pequeñas acciones.

Antes de que se le inculcara esta idea, no tenía de la muerte el concepto trágico de una ausencia definitiva. En la primera infancia se cree que la muerte es una ausencia temporal; entonces, el niño piensa que el muerto ha viajado a algún lugar y está en espera de su regreso.

El cadáver no le infunde temor alguno. Una calavera, puesta en sus manos es un objeto cualquiera; no hay miedo, ni asco en poseerla. En los últimos años de la segunda infancia es cuando se da cuenta de la muerte y por reflejo, tiene miedo al cadáver, al cementerio, a la osamenta humana. Este temor lleva consigo la idea de ultratumba, y en consecuencia la del alma.

La actitud mental hacia el "doble" es deprimente para el niño porque somete su espíritu a un estado de terror, del cual no puede desprenderse. Lo lleva consigo en los actos más triviales de la vida. Se siente perseguido cuando va de una habitación a otra, pasea por alguna alameda o está en la cama. Estos niños no pueden conciliar el sueño. En cualquiera sombra, en el movimiento de la cortina que cubre la ventana, en el aire que se cuela por la rendija, creen sentir la presencia de algún fantasma, o el alma de algún antepasado. Viven en permanente excitación y temor, que no les permite serenarse ni disciplinarse.

La idea del bien y del mal se respalda en el niño con otra que lo perturba. Ella es la del ángel de la guarda, que lo vigila, lo ampara y lo defiende del mal personificado en el demonio. En esta situación se ve cogido entre dos fuerzas antagónicas que se disputan su persona. Como su conducta se inclina por el lado de sus deseos,

se cree siempre en falta, que más tarde va a convertirse en pecado.

La continua dependencia de aquellas fuerzas lo vuelve supersticioso y en la adolescencia recurre a prácticas para apartarse del mal y aproximarse al bien. El uso del detente, del escapulario, de la medalla bendita, son elementos sin los cuales no puede salir a la calle. En este estado, la personalidad no adquiere vigor alguno por encontrarse sometida a la influencia directa de aquellos objetos que tienen para él valor sustantivo e inapreciable.

La noción del mal se proyecta hacia el pecado, concepto de orden teológico que no llega a la conciencia del niño, en quien lo malo tiene un sentido muy relativo. Lo malo y lo bueno están de acuerdo con su moralidad, la cual, repetimos, difiere de la del adulto. Mientras el niño posea un espíritu recio, no debilitado por taras, el pecado, como fuerza interior lacerante, se desvía. Pero cuando procede de familias neurópatas o psicópatas, la idea del pecado ejerce una tremenda influencia. El niño cree ver en sus actitudes más simples, pecados mortales que lo han de llevar a la condenación eterna.

Tal ocurre, por ejemplo, con los siete pecados capitales enseñados por la Iglesia Católica, pecados, que, en realidad, son manifestaciones normales del espíritu humano, pues será difícil encontrar persona que no tenga soberbia, ira, orgullo, lujuria, avaricia, gula y pereza.

Para el niño, ninguno de los hechos anteriores van contra la ley de Dios, fluyen de su naturaleza espontánea y necesariamente, sin que fuerza alguna pueda detenerlos.

De aquellos pecados, el que más hiere la mentalidad del adolescente es el relativo al pecado sexual. Considerado el acto sexual como pecado mortal, que supone condenación eterna, se encuentra, por esta razón, cohibido de pensar siquiera en el sexo. Todo lo relativo a la vida sexual es signo de corrupción espiritual, que la Iglesia prohibe y Dios castiga. De otro lado, existiendo en el adolescente el impulso sexual se siente presionado por

estas dos fuerzas; la una teológica, la del pecado; y la otra biológica, la de su impulso sexual. El conflicto se plantea dolorosamente. El sujeto no sabe a quien obedecer, si a su naturaleza o a la Iglesia. El *desiderátum* es la histeria o sea el choque de dos voluntades, de dos deseos que se oponen violentamente y no encuentran la correspondiente zona de desvío.

El daño es más grave en la mujer que en el hombre, porque la primera está restringida en su vida sexual por imposición de la sociedad y de la Iglesia. En el hombre esa restricción tiene menos fuerza. Por eso es que la histeria por razón sexual y a base religiosa, causa mayores estragos en la mujer que en el hombre.

Por último, la idea de la Providencia, o sea que la integridad de nuestra vida está sometida a una voluntad suprema de la que nadie puede sustraerse, causa en el sujeto que no posee una recia constitución psíquica, un estado de ansiedad continua. Está pendiente de aquella voluntad. Los actos más triviales de la vida, buenos o malos, se explican por la voluntad de Dios.

Esta actitud mental en el niño llega muy tarde. No obstante de ser instruído sobre la materia prematuramente, el mecanismo de su conducta obedece a otras causas distintas de las del régimen providencial. El niño sigue la trayectoria de su vida sin importarle gran cosa que alguien lo vigile o lo conduzca.

Es en los últimos años de la segunda infancia y en la adolescencia, cuando la idea de la Providencia ofrecida como fuerza determinante de la conducta, provoca inseguridad en la acción, quiebra de la voluntad, desapego a todo esfuerzo; muchas veces, quietud mental enfocada en una existencia contemplativa, tal es el caso de los místicos.

Naturalmente cuando el adolescente posee una vigorosa energía psíquica y mental, la idea de la Providencia no lo domina. Pero en caso contrario, en especial entre las mujeres, se registran casos de misticismo de funestas consecuencias.

De lo expuesto, se deduce que la religión como fuerza interior destinada a purificar la conciencia del hombre, para colocarlo al servicio de la humanidad ejerce su acción sobre la conciencia del adulto.

En la primera y segunda infancias esa fuerza interior no existe. El niño, en materia religiosa, es guiado por el temor de ultratumba; el castigo de Dios; las penas del infierno; el pecado mortal; los mandatos de la Providencia: todo esto hiere profundamente su espíritu delicado y frágil, y lo predispone — cuando no hay suficiente energía para sustraerse a esa acción — a estados morbosos de la mente.

Esas ideas no pueden inculcarse arbitrariamente, ni servir de instrumento para mejorar la conducta del niño.

En muchas escuelas se exagera ese contenido religioso, al extremo de perturbar la mente del niño. Se da el caso de haberse castigado a una chiquilla, probablemente inquieta, ordenándole rezar el rosario cada vez que incurría en alguna falta de disciplina escolar. La chiquilla adquirió esa costumbre, su conciencia fué herida profundamente y ya no pudo sustraerse a la necesidad de rezar el rosario. Cuando no lo hacía, se destrozaba las ropas, golpeaba a sus familiares. Paseó su locura por muchas clínicas de Europa sin alcanzar ningún bienestar.

En otra ocasión, otra chiquilla de procedencia neuropata fué instruída en la noción del pecado. Llegó a dominarla esta idea que no deseaba desnudarse y ponerse la bata de dormir para ir a la cama, por considerar aquel acto un pecado. Hubo necesidad de sacarla de esa escuela y ponerla en otra en donde se siguieron los consejos médicos de quitarle la idea del pecado, y así pudo mejorar de aquel trastorno mental.

Estos y otros hechos nos dicen cuán peligroso es jugar con el espíritu de los niños. Cuando en el hogar o en la escuela se está en presencia de niños "nerviosos", toda idea religiosa, a base de temor, está contraindicada.

Con los niños que no presentan esa "nerviosidad" la idea religiosa debe ser constructiva, destinada a darle al

niño mayor poder y energía mental, ofreciéndole en muchos motivos religiosos, la ocasión de superarse, de presentarse a la vida con energía y optimismo. Lo contrario, mostrarle el lado trágico de la religión, es desligarlo precisamente de todo contenido religioso, sumirlo en la indiferencia, o llevarlo a una permanente angustia de la cual será difícil arrancarlo en el futuro.



CAPITULO XVIII.

LA DELINCUENCIA

SUMARIO:

Para no llevar al niño a trastornos graves de conducta, es necesario paz espiritual en el hogar.

Si esa paz no existe habrá de formarse una personalidad en pugna abierta con el orden social.

Un hogar abandonado a su suerte no responde de la tranquilidad espiritual de los hijos.

Tratándose de niños no puede hablarse de delito en relación con la ley penal, porque la ética de éstos es distinta a la del adulto.

La delincuencia en el niño es una desviación de su personalidad.

Es inexplicable, en este sentido, la represión del niño delincuente.

Para resistir la influencia de la herencia y del medio externo, es necesario que el niño sea sano de cuerpo y del alma.

La vagancia es consecuencia del abandono espiritual en que se encuentra el niño.

No siempre salva a los niños de cualquier riesgo social una magnífica posición económica.

La ruina de ellos es el menosprecio que se les tiene; y la ignorancia en que viven los padres respecto de sus hijos.

La miseria origina el agotamiento físico, la lentitud mental y la rebeldía contra el orden social.

La escuela con su disciplina drástica contribuye a convertir a los niños en sujetos antisociales.

Evitar toda posible sugestión de actitudes, costumbres, etc., que desvíen la personalidad del niño.

No diagnosticar de indisciplinados a niños que demuestran gran actividad.

Lo conveniente es canalizar esa actividad y utilizarla en beneficio de la sociedad.

No permitir que vayan a presenciar películas denominadas "policiales"; ni lean novelas de esta naturaleza.

El robo debe ser estudiado cuidadosamente.

El niño no concibe la propiedad en la forma y medida como lo hace el adulto.

Para el niño, el mundo es suyo. Ese concepto cuantitativo lo vuelve egoísta, envidioso y avaro.

Para satisfacer la necesidad de poseer el mayor número de cosas, se apropia de ellas.

La oposición sistemática de los adultos a que el niño satisfaga aquellos deseos, lo lleva al robo.

Las palabras "robo" y "ladrón" tienen para el niño significado relativo.

Cuando los deseos del niño no tienen límite, entonces se apropia de cualquiera cosa.

El robo resulta delictuoso cuando hay premeditación y confabulación.

La escuela y el hogar deben sustraer al niño de todo contagio social malsano.

La escuela debe convertirse en una fuerza social, teniendo a los niños bajo tutela y vigilar, así, su vida integral.

Las escuelas correccionales, los tribunales de menores, etc., tienen valor relativo ante la constitución del hogar y la reforma de la escuela.

Cuando se habla de niños delincuentes precisa sustraerse igualmente de prejuicios que no han permitido estudiar en detalle, el problema. Producida la enfermedad, sólo han buscado el remedio, encontrándolo en la represión. El niño delincuente, en consecuencia, era considerado como sujeto sometido a leyes inexorables de la herencia, y, para quien, no había otra solución que internarlo en cárceles, o en las escuelas de corrección es-

peciales, en donde — se pensaba — había de modificar sus tendencias bajo la influencia de una severa disciplina.

En las cuatro últimas décadas, al impulso de un mejor conocimiento de la naturaleza del niño, sometido a diversas fuerzas sociales, ha venido a colocarse el problema sobre un plano científico, en donde sin descartar el factor hereditario, se da más importancia al ambiente en el cual, el niño, desarrolla su personalidad.

Ese ambiente, en primer término, lo constituye el hogar. Si, como hemos dicho, en el hogar no existe la disciplina interior de parte de los padres de familia, o sea una serenidad y un equilibrio espirituales para manejar la vida inquieta, tumultuosa y atrabiliaria de los hijos, habrá de formarse una personalidad en pugna abierta y permanente contra el orden social. En cambio, si esa personalidad se ha formado al impulso de una tolerancia ofrecida con inteligencia, en donde los intereses del niño no han sido menospreciados, sino que, al contrario, valorizados en su justa medida, aquél proceso guardará relación con los intereses de la sociedad.

Un hogar abandonado a su suerte, en donde los padres viven en pugna diaria, no puede responder de la tranquilidad espiritual de los hijos. La rebeldía es el resultado inmediato de aquella situación. Si en ese hogar el padre o la madre son gentes reñidas con toda convivencia, y con todo orden social, el hijo habrá de responder en la misma forma. Imaginarse una familia víctima de un desastre espiritual y económico, es suponer el abandono de los hijos, quienes lejos de toda dirección, consejo, cariño y apoyo, se apartan a diario del orden que rige a la sociedad.

En el sentido estricto del vocablo no puede hablarse de delito en relación con el niño, pues ello significa quebrantamiento de la ley. ¿A qué ley puede estar sometido el niño? A la que rige las relaciones sociales del adulto? No. Esas leyes suponen una convivencia superior de gentes disciplinadas, temerosas del castigo, celosas de su buen nombre y reputación. Los niños no han llegado a ese estado mental. Para ellos el impulso inte-

rior que les da acceso a satisfacer sus deseos, a buscar la línea de menor resistencia, es el factor determinante de su vida. Lo demás, la sociedad, la ley, la reputación, no tienen valor alguno.

Con frecuencia nos hemos referido a la ética del niño que gira alrededor de intereses distintos de los del adulto. El niño tiene su ética, opuesta en gran parte a los postulados preconizados y admitidos por la sociedad. Pensar que esos postulados han de ser admitidos y respetados por el niño es una vana ilusión.

Estas consideraciones nos llevan a sostener que no es posible hablar de la delincuencia infantil desde el punto de vista de la infracción de la ley o de la violación de la moral. La delincuencia en el niño no es otra cosa que una desviación de la personalidad, determinada por agentes de orden interno y externo.

En este sentido la represión del niño delincuente resulta inexplicable. Lo científico está en que su personalidad no sufra desmedro, ni esté sometida a fuerzas que la perturben y desequilibren.

El error de juzgar la delincuencia de los niños de acuerdo con nuestras leyes, ha llegado al extremo de señalar en el Código Penal la edad desde la cual puede juzgarse como delictuosa un acción determinada. Esa disposición de la ley se ha referido a la edad cronológica, mas no a la mental que da el índice del grado de inteligencia del sujeto. Hablar de inteligencia, es referirse al juicio que significa comparar una idea con otras para determinar las relaciones que hay entre ellas. Si el niño no ha llegado a la madurez mental necesaria, no podrá formarse juicio alguno, y de allí que toda infracción de la ley supone no la edad cronológica, sino la mental.

La lentitud del desarrollo mental supone trastornos y deficiencias de orden biológico, los cuales se deben a procesos de herencia. Si el sujeto no posee un organismo anatómica y fisiológicamente normal, las reacciones del medio en que vive no sufren las modifica-

ciones necesarias para la formación de la personalidad.

Sin admitir la herencia como factor determinante de la desviación del sujeto, lo evidente es que la anormalidad orgánica, lo conduce a un estado de desequilibrio traducido en conducta antisocial ostensible.

Los niños de padres alcohólicos, epilépticos, sifilíticos, neurópatas o psicópatas, no sufren necesariamente de esas dolencias, pero su organismo no tiene resistencia, ni vigor para sustraerse de múltiples fuerzas que actúan sobre su personalidad.

Intoxicados por gérmenes de diferente naturaleza, se muestran irascibles, díscolos, atrabiliarios, desobedientes, pugnativos; manifestaciones de conducta que lo llevan directamente a no convivir con el orden social establecido. La herencia, así, es un factor concomitante, más no determinante del delito.

En el supuesto de tratarse de niños biológicamente bien constituídos, el problema se traslada al campo mesológico. Aquella orfandad del hogar hiere sus sentimientos. Olvidados de sus padres, menospreciados por todos, sin más guía que su voluntad, buscan en sus fuerzas la compensación debida a tanta injusticia. Todo esto los aparta del hogar y de la escuela. Sintiéndose solos, fatigados, heridos a diario adquieren cierta repugnancia y odiosidad por quienes los rodean. Su rebeldía, no es aquella en que la personalidad irrumpe como un acto de protesta, es la otra rebeldía de repudio a toda disciplina, a todo mandato, como signo inequívoco de su hastío y de su inconformidad. Buen número de niños que han huído del hogar para rodar el mundo, son aquellos en quienes ha muerto toda sentimentalidad, todo apego a los suyos. Resentidos por el maltrato que se les dió, dolidos por el menosprecio y la violencia, sin esperanza de caricias, ni de halagos, dejan la casa paterna para buscar refugio en manos ajenas. No siempre son éstas pródigas en amor; a veces encuentran otras que los pervierten. En estas circunstancias la ley de vagancia o cualquiera otra de esa na-

turaleza, cae sobre ellos inexorablemente, mandándolos a la escuela correccional, o a algún calabozo de comisaría. Esos niños necesitan hogar en donde encuentren paz espiritual; padres más comprensivos, más humanos, más cerca de ellos.

Nada de esto se hace en bien de estos chiquillos. Nuestra sociedad se contenta con organizar casas de asilo para alejarlos de todo contacto social, sin haberlos estudiado previamente, ni averiguado el origen de ese malestar.

La vagancia no tiene otra explicación que el abandono espiritual del niño. En muchos casos no concurre en esta situación ni el factor económico, pues se da la oportunidad de encontrar niños vagos pertenecientes a clases adineradas. Es que el abandono espiritual no sólo es el resultado de la miseria o de la ignorancia o perversión de los padres, sino el menosprecio que se tiene por los hijos. Ese menosprecio tampoco significa olvido en atender las necesidades materiales del hijo, sino la ignorancia de las necesidades propias del muchacho, del deseo de colocarlo sobre un plano de vida que no le corresponde, que le repugna y le hace infeliz.

Conozco un niño vagabundo, hijo de padres de magnífica condición económica, calificados como gentes educadas y piadosas, procedentes de familias de "abolengo". Pues bien, no obstante estas cualidades intrínsecas de los padres, cualidades que sirven para mantener su buena reputación, ignoraban la naturaleza vehemente del hijo, dispuesta a satisfacer necesidades múltiples que encontraban oposición sistemática. Deseaba mantener camaradería y se le privaba de amigos so pretexto de no ser "decentes" aquellos con quienes pretendía jugar o estar acompañado; buscaba distracción frecuente en los espectáculos públicos, y se le prohibía por tratar de mantenerlo en sumisión constante; pugnaba por mostrar su personalidad, y se le restringía toda actividad, sometiéndolo a una odiosa tutela. En este ambien-

te de hostilidad continua, el niño no tuvo otro remedio que abandonar el hogar y buscar en otra parte la expansión necesaria. Si esos padres de familia hubieran conocido la naturaleza del muchacho, no hubiese sido difícil aceptar aquella camaradería; ofrecerle distracciones; dar libre curso a su personalidad, y procurar, así, que ame el hogar. Ese procedimiento razonable no lo habría apartado jamás de la casa de sus padres.

Naturalmente no puede olvidarse que la miseria es factor de importancia en la desviación de la personalidad del niño. La miseria significa desnutrición, vida antihigiénica, falta de medios para estudiar, elementos todos que no sólo mantienen el vigor físico, sino también el espiritual. Cuando hay hambre no es posible exigir que el cerebro trabaje. Esa miseria provoca en el niño gran desaliento, desdén por todo esfuerzo, odio por el bienestar de los demás, repulsión por las clases acomodadas, y por consiguiente combate interno que lo conduce al robo, a la violencia y más tarde a los delitos de sangre.

La miseria en el hogar determina la delincuencia de los padres en primer término, y por acción refleja la de los hijos. Es el padre o la madre quien falto de recursos se dedica al robo y adiestra a los chiquillos a ser cómplices de estos actos delictuosos. Aunque esta enseñanza no sea directa, el niño sabe que el padre roba, y que es el medio más sencillo de poseer dinero, y procede en la misma forma, siguiendo igual línea de conducta.

Al lado de la miseria, o al margen de ella, la soledad espiritual lo convierte en un sujeto hosco, huraño, receloso, con repugnancia por todo aquello que signifique disciplina. Esos niños aborrecen la escuela tanto por habérseles amenazado con ella, cuanto por no sentir necesidad de relaciones sociales. Reconcentrados en sí mismos gustan de amplia e ilimitada libertad para satisfacer toda suerte de deseos. Esa ansia de libertad

irrestricta no les permite adaptarse al orden regular de una escuela; de allí su repudio.

La escuela que aún no ha llegado a estudiar a los niños y vive bajo el dominio de una disciplina de represión permanente, colabora a que se la odie y se la deteste. Si estuviera organizada a base del conocimiento integral del niño, éste sería colocado en la zona de sus intereses. Viviría su vida regulada por un trabajo proporcionado a su edad, a su capacidad y a sus habilidades. No habría posibilidad de la fuga espiritual, ni de la material.

Las escuelas denomidas "nuevas" acusan un tanto por ciento muy reducido de niños vagabundos, sencillamente porque ellas ofrecen un mejor ambiente que el hogar. En la casa existe la pugna diaria entre los padres y familiares; el divorcio entre éstos y los hijos; el rencor o la envidia entre los hermanos; la disciplina drástica impuesta para satisfacer caprichos y prejuicios. La escuela, no ofrece ese espectáculo; hay mayor serenidad y comprensión; menor contienda, menor afluencia de pasiones. El niño no se siente cohibido, ni preterido. No es un objeto, es un sujeto copartícipe de las actividades de la escuela, en donde tiene no sólo obligaciones, sino derechos. El trabajo escolar no es el de la escuela clásica que impone aprender de memoria las páginas de un texto ininteligible, es el trabajo metódico, graduado y libre, en donde la personalidad del niño fluye con toda su riqueza y vigor.

La escuela clásica que olvida el factor personalidad para entretenerse en una instrucción cuantitativa no puede moderar, menos modificar el carácter de los niños. Acostumbrada, esa escuela, a considerar la obediencia y la pasividad como el *desideratum* de la buena conducta, no convive ni tolera a quienes ostenten actividad, tengan iniciativa o posean dominio de sí mismos. De este error induce el abandono en que dejan a los niños no "disciplinados", quienes corren su propia suerte. Aquella actividad, iniciativa y dominio, que podían haber sido uti-

lizados y transformados en fuerzas constructivas del espíritu se desvían por rutas antisociales. El niño en esta situación no sólo desobedece, resiste, golpea, injuria por un acto de injusticia, sino por una rebeldía interior que se opone a todo mandato y a toda condescendencia; así, la escuela ha dañado la personalidad sustrayéndola de toda actividad de provecho para volcarla en el cieno de pasiones desenfrenadas.

El niño se adapta con facilidad a cierto género de actitudes, especialmente a aquellas que van a proporcionarle placer, a presentarlo con mayor hombría, a convertirlo en pequeño héroe. Esa adaptación tiene un marcado fondo de imitación. Imita las actitudes del padre o de la madre; del maestro o del camarada; aquellas que significan fuerza, altanería, dominio, orgullo. Imita desde el lenguaje procaz e hiriente hasta la actitud de matón. Piensa que presentándose así es más hombre, y más temible.

Si en el hogar algún miembro de la familia tiene una conducta antisocial, mostrándose como un sujeto violento, produciéndose de palabra y de obra en tono y actitud hirientes, vanagloriándose de sus fechorías, se puede estar seguro de que el niño habrá de tomar igual actitud, superándola en muchas ocasiones.

En la escuela el fenómeno se presenta con igual intensidad. El contagio proviene del camarada que trae consigo aquel desvío de la personalidad. El niño admira al chiquillo que cuenta aventuras y trapisondas; mentiras y raterías. Es un héroe, a quien imita y sigue, incorporándose a la banda de muchachos que se inician en actos delictuosos.

La escuela no sabe desviar aquella actividad. Juzga superficialmente a esa clase de niños; los incorpora entre los indisciplinados,, aplicándoles toda suerte de castigos desde la reclusión hasta la expulsión definitiva.

Educar a esta clase de niños exige una acción permanente sobre su conciencia. Ella consiste en aprovechar de sus iniciativas en provecho de la colectividad.

Si el niño agrupa camaradas para hurtar, y los conduce al éxito, ese niño debe tener en la escuela alguna responsabilidad directa, en donde sea posible utilizar su espíritu de *leader*. En mi vida profesional, supe, una vez, que un grupo de alumnos habíase coaligado para maltratar a colegas matriculados en otra escuela. Llamé al jefe de ese grupo y le sugerí la idea de organizar una serie de fiestas sociales cuyo producto en dinero serviría para auxiliar a los niños desvalidos de la localidad. El muchacho y sus compañeros aceptaron el consejo y trabajaron con éxito en la consecución de ese propósito. Así, la primera acción antisocial quedó desviada en otra de orden positivo. Nada hubiera hecho con aconsejar, castigar y frenar aquella disposición de comandar un grupo para fines ilícitos.

Igual actitud asumí en presencia de otro niño a quien sus padres acusaban de formar en el barrio pandillas de chicos que se ocupaban en robar el botón de los timbres eléctricos. Encargué a esos niños el cuidado de las casas del barrio, relacionándolos con sus propietarios que aceptaron gustosos esta colaboración. De esta suerte pudo comprobarse que el robo había sido detenido, que los muros de las casas se encontraban limpios de inscripciones, muchas de ellas obscenas.

Además del hogar y de la escuela hay otras fuerzas que modifican a diario la personalidad del niño. Entre ellas, los espectáculos públicos, en especial el cine.

En estos últimos tiempos el cinematógrafo, es la mejor escuela, en donde el niño recibe instrucción objetiva de toda especie de actos delictuosos. Allí aprende los últimos procedimientos para asaltar, robar, asesinar, etc. Las gentes encargadas de la censura de las películas se detienen exclusivamente sobre aquellas calificadas de "inmorales", o sea, las que tienen argumentos relacionados con el problema sexual.

Hemos visto en su oportunidad que el niño tiene poco interés por esta clase de películas. El lado sexual en la pantalla es cuestión adjetiva, aún para los ado-

lescentes. Lo peligroso está en las películas que hieren la imaginación del niño, en su segunda infancia, con escenas monstruosas; y, en la adolescencia, con la información, que, en detalle les prestan, las tituladas "policiales". So pretexto de combatir el crimen cada pasaje de esas películas no es otra cosa que una lección objetiva sobre la manera de ejecutarlo. El niño, no importa su procedencia social, tiene vivísimo interés sobre los procedimientos para abrir una cerradura, escalar un muro, atacar a un Banco, plagiar a una persona. Ese interés se transforma, luego, en un deseo de imitar ese procedimiento, y por ello, no es raro encontrar en las escuelas o en los barrios de la ciudad pandillas de niños adiestrándose en lo que han visto en el cine. Numerosos son los casos registrados en los puestos de policía o en los tribunales de menores, en que declaran los niños, haber ejecutado un acto delictuoso bajo la influencia del cine. Esa transferencia de personalidad, analizada en capítulos anteriores, nos indica el peligro que envuelve el cine cuando no existe una vigilancia científica en la producción y exhibición de películas destinadas a los niños.

El cine es un espectáculo de valor inestimable cuando se pone al servicio de la construcción espiritual de la niñez y de la juventud. Muchos son los países, en donde la reglamentación de este espectáculo, en su relación con los niños, alcanza medidas drásticas, muy en especial para evitar el contagio delictuoso. Toda campaña en esta materia evitará que la conciencia de los niños tenga un factor más que los perturbe.

Junto a la influencia del cine, está la de la literatura destinada a los niños. Pocos son los países, en donde se cuida de proporcionarles lecturas que contribuyan a la formación de su personalidad. Hay punible tolerancia por las novelas denominadas "policiales", que son las de mayor provecho económico para editores y libreros. A los padres de famliia y a los maestros no les importa que lean a Nick Carter, porque nada de deshonesto hay en la serie de aventuras del policía; no va

contra la moral ni contra la religión. No piensan, en cambio que el niño no siempre se connaturaliza con el *detective,* se inclina más hacia el delincuente, de cuyos procedimientos para ejecutar el acto delictuoso se encuentra pendiente. Así, los niños se adiestran, con el consentimiento expreso de sus mayores, en la técnica de la delincuencia.

La vida pasional del niño, a la cual nos hemos referido, lo empuja a preparar su espíritu para actos antisociales. Buena parte de los síntomas de conducta, en donde el niño se manifiesta irascible, pugnat'vo, desobediente, envidioso, rebelde, desvía su personalidad para no admitir más tarde, sino el dominio de sus pasiones. Esta situación no se atiende en su debida oportunidad; se cree que habrá de modificar su carácter en el trascurso de los años. No piensan, los adultos, que el tiempo, precisamente, canaliza el espíritu del niño, en donde las pasiones hacen labor destructiva. No cruzarse de brazos ante semejante estado de cosas es deber primordial de los educadores y de los padres de familia.

Entre los actos antisociales en que incurre el niño, el de mayor frecuencia es el robo, al cual se le ha dado en la escuela y en el hogar demasiada importancia, hasta considerarlo como signo inequívoco de precoz criminalidad.

Sin embargo, conviene estudiar el problema con la serenidad necesaria, a fin de indicar en dónde radica el mal, y proceder, en consecuencia, a situar la cuestión en su verdadero plano.

En la primera y segunda infancias el atentado contra la propiedad tiene una explicación psicológica que aminora en gran parte el carácter delectivo del robo. En efecto, el niño no tiene concepto de propiedad en la misma forma que el adulto. Para el niño el mundo es suyo. Todo le pertenece, y por ello pretende entrar en posesión de las cosas que están a su alcance. Esta idea de propiedad tiene un contenido cuantitativo, no cualitativo. El niño ama las cosas y las desea por la cantidad.

Desea muchas muñecas, muchos trompos, muchas pelotas. Este deseo lo demuestra coleccionando cuanto objeto tiene a la mano. Los bolsillos son los sacos del "diablo". Allí hay de todo: desde las piedrecillas recogidas en algún paseo campestre hasta las plumas, lápices y lapiceros. Todo es suyo. No importa su procedencia.

Este concepto cuantitativo demuestra cierto egoísmo y envidia. Por egoísmo se apropia de un libro; por envidia no desea que otro lo posea. Esa posesión causa en su espíritu un estado de placer, que no está en relación con la utilidad de las cosas. Así, es frecuente observar que el niño posee y defiende las cosas más baladíes a las cuales les da importancia, considerándolas de valor insuperable. Un guijarro es un compañero inseparable. Hay placer en su posesión.

La zona de intereses del niño es vastísima. No es la del adulto que se circunscribe a una sola actividad. Esa variedad de intereses lo impulsa a poseer las cosas que están a su alcance. Le interesa una flor, un libro, una aguja. Siente la necesidad de entrar en posesión de esos objetos y lo consigue, si es posible por la violencia.

En posesión de ellas, el niño resulta avaro. No desea compartir esa posesión con persona alguna. Cuando se le invita a compartir sus juguetes, o sus dulces con miembros de su familia, se retrae y protesta. Pocos son los niños generosos. Cuando prestan los objetos que les pertenecen, están atentos a su devolución.

Para satisfacer la posesión de las cosas por las causas anteriormente enumeradas, el niño se las apropia sin miramiento alguno.

A esta situación de orden interno del niño, se suma la conducta que los padres de familia y los maestros observan respecto a la incesante demanda de los niños, para entrar en posesión de las cosas. Hay una oposición sistemática para que satisfagan esa necesidad, lo cual da lugar a que surja en su espíritu una rebeldía constante que lo conduce a apropiarse de las cosas.

El niño ve sobre la mesa del comedor frutas y golosinas; desea tenerlas. El mandato imperioso de la madre se lo prohibe. Entonces aprovecha la primera oportunidad para desobedecer y "robar".

Además de estas necesidades de carácter orgánico, que por su naturaleza no admiten dilaciones, hay otras pueriles a las que los padres se oponen sin razón alguna. El niño quiere, por ejemplo, poseer un libro que ha visto sobre el escritorio del padre, quien se opone a ese deseo. Tan pronto como cesa la vigilancia, el niño se apropia del objeto codiciado, y, así, aprende a desconocer la propiedad.

Aquel deseo es muchas veces periódico y específico. Trata de apropiarse únicamente de lápices, plumas o tajadores. La familia se alarma de esta conducta, reprendiéndolo y aconsejándolo para que no cometa esa falta, pues ello significa "robo", y la persona que así procede es un "ladrón".

Las palabras "robo" y "ladrón" tienen relativo significado para los niños de primera y segunda infancia, en quienes hay un deseo cada vez más insatisfecho de poseer las cosas. Por eso, antes de proceder a corregirlos, es urgente averiguar el origen de esa necesidad para satisfacerla o no en la medida que es propia.

Un 80 por ciento de robo en los niños, se debe a que sus deseos no se satisfacen, existiendo, para ello, oposición sistemática. En el caso anteriormente indicado de apropiarse únicamente de ciertos objetos, se debe a simples actos de imitación o a exigencias de la escuela que los obliga a tener los útiles de enseñanza necesarios.

Como los niños no son ordenados ni cuidadosos pierden con frecuencia los objetos de su propiedad y entonces son castigados. Esta continua represión los cohibe y los sustrae de la franqueza necesaria para solicitar lo que les falta. En esta dolorosa situación no tienen otro medio que apropiarse de lo ajeno.

Este hecho explica en la escuela gran número de ro-

bos. La necesidad, la represión, lleva a los chiquillos a ese acto antisocial.

Cuando esos intereses y deseos no encuentran límite y se proyectan más allá de la segunda infancia, estamos en presencia de lo que ha venido en llamarse *cleptomanía.* En este estado, el niño, se encuentra bajo la presión de una serie de imágenes que lo perturban y no le permiten discriminar. La multiplicidad de intereses nubla su juicio y lo sustrae de todo dominio. La voluntad está al servicio de una extensa zona de deseos que le es difícil dominar. Así, explicada la cleptomonía, lo necesario es reducir aquellos intereses a su mínimum, determinar la zona de deseos y dar vigor a la voluntad. Ello no puede verificarse, sino a condición de satisfacer por grupos los deseos del niño. Dirigirse, en primer término, sobre aquellos para los cuales sienta mayor impulso, y continuar por los demás en orden de intensidad.

Este procedimiento pedagógico para la cleptomanía está unido a un estudio psico-médico.

El robo resulta acto delictuoso cuando hay premeditación y confabulación. Esta situación es peculiar a la adolescencia. Si el adolescente se encuentra bajo la tutela de la escuela o del hogar, es fácil desviar esa actividad estudiándola en todos sus detalles.

Desgraciadamente, aún en los Tribunales de Menores, el problema es tomado en su integridad. El robo es un delito, debe ser juzgado conforme a la ley, sin averiguar los antecedentes, ni las causas que lo originan. Tratándose de los niños no puede aplicarse la ley en forma irrestricta.

La escuela y el hogar están en la obligación de solidarizarse en una acción común para sustraer al niño de la posibilidad de confabularse para un acto delictuoso. En cuanto se hubiera sustraído de la autoridad paterna por razones ya expuestas, la escuela es la llamada a sustituir el hogar.

Esta función social de la escuela no está lo suficientemente determinada. Cuando se refiere a ella, se piensa en que la escuela integra la sociedad y colabora a su per-

fección y equilibrio, pero no se ha llegado a dar valor sustantivo a esta importante misión. La organización de la escuela es exclusivamente académica. Todo se reduce a enseñar y a cumplir ordenanzas administrativas, en tanto que el niño se encuentra abandonado a su suerte. Entre otras actividades, la escuela, debe colocar a los niños bajo la tutela de los maestros, quienes estarían obligados a vigilar por la salud espiritual de sus discípulos dentro y fuera de la escuela. Estar atentos a su vida integral, a la proyección de sus intereses y de sus deseos, y educarlos conforme a ellos.

Si la escuela estuviera así organizada, y los niños dependieran espiritualmente no sólo de sus padres, sino de sus maestros, no llegaría el caso de que abadonados sin piedad, formasen parte de bandas de niños delincuentes, muchas veces bajo la dirección de criminales adultos.

La escuela cumpliría la función social de impedir semejante contagio, y, entonces, el robo como acto delictuoso, se reduciría a su mínimum.

Otra característica del robo es el ejecutar el acto no por necesidad, sino por causar daño directo a tercera persona. En la escuela se presenta con frecuencia este tipo de robo, especialmente entre los niños de pasiones intensas. Resentidos por el menosprecio, preteridos en sus ambiciones, lejos de todo cariño y condescendencia, hay en su espíritu un profundo rencor que se traduce en dañar a sus camaradas. Para ello, roban y acusan de ese acto al colega de quien desean vengarse.

Dominar aquel estado pasional, llevarlos a la serenidad es obra sustantiva de la escuela y del hogar, que no siempre se sustraen al deseo de conocer al autor del delito para castigarlo, convirtiendo, así, a los niños en delatores. Toda delación en la escuela debe ser abolida. Para resolver problemas de aquella naturaleza el maestro ha de tener la máxima serenidad y discreción para impedir que el mal se extienda o siga otras direcciones cada vez más funestas.

Muchas veces la multiplicidad de intereses y deseos,

que lleva al niño a robar, lo coloca en un estado de angustia traducido por una irascibilidad constante, por una desconfianza en sus fuerzas, por el deseo de estar solo. Cometido el robo estos niños tiemblan, sudan, empalidecen, sufren accesos nerviosos a la menor insinuación o sospecha de haberse cometido ese acto. En este caso hay evidente trastorno psíquico, que requiere atención médica inmediata. Lo normal es que el niño, ante una acusación o sospecha, niegue rotundamente la acción y se defienda con valentía, pero cuando no surge esta defensa y, en cambio, hay manifestaciones como las indicadas anteriormente, el problema no solo es pedagógico, sino médico.

No es raro encontrar niños que adolecen de confusión mental, o sea, la falta de correlación entre unas ideas y otras, lo cual, como su nombre lo indica, no permite que el niño observe una conducta uniforme. Estos niños se encuentran al vaivén de intereses que no se enfocan, ni en cantidad, ni en calidad; hay una mezcla de todo. La función mental de discriminar, de comparar, de juzgar, no tiene vigor alguno, y entonces, es fácil que el niño, sustrayéndose de toda convivencia social, se apropie de las cosas sin saber por qué, ni para qué. El niño olvida en esta situación hechos y actos anteriores; no los relaciona, ni los aisla. En una verdadera confusión de ideas, delinque.

Ni en la escuela ni en el hogar ha sido dable juzgar estas situaciones. Se ha dado al robo una interpretación totalitaria desde el punto de vista ético, sin buscar su origen y concomitancias. Por eso, no es justo producirse sobre estos actos "delictuosos" con la ligereza con que se acostumbra.

El delito de sangre es raro en el niño, y es producto de la vida que lleva en el hogar. Se verá a qué causas obedece la enemistad y odiosidad entre hermanos; el desafecto de los hijos hacia los padres; todo ello como consecuencia directa de la mala dirección que se da a la vida pasional y emotiva de los niños.

Para calmar este desastre espiritual se ha buscado toda clase de remedios, desde la internación absoluta en escuelas correccionales, hasta la denominada libertad vigilada, pero no se ha herido en toda su intensidad la constitución del hogar, ni la nueva organización de la escuela.

Las escuelas correccionales tuvieron por misión corregir. Internados los niños en esos establecimientos, después de una sumarísima información de la policía, se creía que privándoles de libertad habían de mejorar de conducta y que los hábitos adquiridos en la primera y segunda infancia, el estado emotivo y pasional, había de modificarse sustancialmente.

Suposición errónea. Esas escuelas correccionales sólo han servido y sirven para aumentar en el espíritu de los niños su odiosidad por toda disciplina y convivencia social. Algo más, en relación directa y personal con delincuentes avezados en el crimen, han logrado adiestrarse en el delito. Al recobrar su libertad, sentíanse más dueños de sí mismos y, por tanto, dispuestos con mayor maestría a continuar por el camino de la delincuencia.

Esas escuelas correccionales no han estado ni están en la mayoría de los casos a cargo de un personal técnico, integrado por médicos y educadores. Se ha confiado el cuidado de los niños pre-delincuentes a congregaciones religiosas, que siguiendo sus propósitos sectarios han creído encontrar en las prácticas religiosas el *desiderátum* de toda reforma. La experiencia diaria y los estudios sobre la naturaleza del niño, enseñan que no es posible confiar la dirección espiritual de los niños a personas no preparadas científicamente para cumplir misión tan delicada. Por eso, los niños egresados de esas escuelas correccionales, no obstante de haber cumplido con las prácticas religiosas y ser calificados como sujetos piadosos, delinquen con mayor gravedad, tan pronto como recobran su libertad.

La personalidad del niño no puede construirse a

fuerza de oraciones y de sumisión incondicional a preceptos religiosos. La personalidad supone una serie de fuerzas que actúan poderosamente sobre la naturaleza del niño, fuerzas que están por encima de las de orden religioso. Tan evidente es la falsía de suponer que la conducta de los niños ha de mejorar por influencia religiosa, que ellos mismos manifiestan que es muy fácil sustraerse de todo castigo, confesándose y comulgando, y una vez en la calle resultan reincidentes.

He visitado en Europa muchas de esas escuelas, dirigadas por religiosos, y no he encontrado una sola, en donde se lleve por lo menos la ficha psico-médica del niño, menos la colaboración del médico especialista, ni del educador. Se contentan con mantener la disciplina más férrea entre los asilados, suponiendo que la fuerza y el castigo pueden dominar la tempestad que reina en la conciencia de los recluídos. El mismo trabajo manual, la preparación para algún oficio, no modifica la personalidad que se encuentra en pleno desvío, esperando la oportunidad de manifestarse con mayor violencia.

Esas escuelas correccionales no pueden ni deben ser tales escuelas, porque nada hay por corregir en el sentido estricto que se da a este vocablo. El problema es más vasto y más complejo, envuelve la constitución del hogar, la organización de la escuela, la vigilancia del niño en todas partes y con toda oportunidad.

Los mismos tribunales de menores, no tienen importancia sustantiva porque están organizadas bajo los principios generales de la penalidad para los adultos. El mismo procedimiento de expedientes y sentencias no contempla ni resuelve el problema de acuerdo con los datos ofrecidos por la psicología y sociología infantil. Nada puede hacer un juez severo, hombre acostumbrado a las prácticas legales, si no tiene gran experiencia en el conocimiento, manejo y conducción de los niños. Esos tribunales no pueden ser otra cosa que clínicas médico-pedagógicas, dirigidas por médicos y educadores de vasta experiencia, quienes estarán a cargo de una verdade-

ra profilaxia social, teniendo en sus manos, desde la vigilancia del hogar que estropea al niño, del cine que pervierte, hasta la escuela que malea su personalidad.

La escuela correccional ha de transformarse— como se ha hecho en muchas partes— en un hogar para niños con anomalías de su personalidad. Verdaderos hogares en donde encuentre lo que no tiene en el suyo: cariño, lealtad, tolerancia, comprensión; todo bajo la vigilancia de médicos y de educadores. Nadie ni nada puede educar a los niños, sino un hogar. Una escuela severa, dirigida por gentes hoscas, desamoradas, reñidas con la paternidad o con la maternidad, víctimas de prejuicios, sin tener en el alma la fruición espiritual de haber tenido hijos, no puede educar.

Felizmente ya no se sigue este camino. Gran parte de los lugares, en donde se asila a los niños, impropiamente denominados delincuentes, tienen la organización de un hogar. Sus directores son padres de familia que viven con los niños la vida del hogar matizada de exquisita tolerancia y comprensión. Es en estos hogares, en donde se ha puesto en práctica la denominada libertad vigilada, que consiste en que el niño vuelve a su hogar propio y se incorpore a la sociedad sin grandes esfuerzos ni violencias.

Esa libertad, como su nombre lo indica, está sometida a una vigilancia prudente, seguida de cerca por personas preparadas especialmente en el cuidado y tratamiento de los niños. Esas visitadoras sociales ejercen verdadera tutela, intervienen en la vida de éstos a cada momento y en toda circunstancia. Su misión consiste en evitar que desvíen su personalidad por las fuerzas sociales que lo circundan.

Así, bajo el patrimonio de gentes especializadas en el conocimiento de la naturaleza integral del niño, el problema de la delincuencia resulta un asunto de profilaxia social, único medio de combatir el crimen.

CAPITULO XIX

EL HOGAR

SUMARIO:

El hogar no debe cuidar sólo la salud física del hijo, sino. también, la mental.

Es necesario para ello que reine la paz espiritual entre los cónyuges.

El niño no es un elemento pasivo en el hogar. Se da cuenta de las dificultades espirituales en que se encuentran sus padres.

El hogar no debe torturarlo con escenas de violencia.

No manifestar malestar en presencia de los hijos, ni hacerles partícipes de antipatías y de odiosidades existentes entre los que integran el hogar.

Una cooperación de voluntades debe dirigir la conducta de los hijos.

No establecer preferencias entre ellos.

El hijo primogénito exige cuidado especial en su primera infancia.

La influencia de los parientes: abuelos, hermanos, tíos, etc., es determinante en la conducta del niño.

Debe cuidarse mucho la salud mental de hijos de matrimonios diferentes.

Las relaciones entre padres e hijos deben ser tales que no perturben la tranquilidad de los primeros.

La personalidad del niño es muy deleznable, por eso conviene mantener su integridad.

El clásico principio de autoridad paterna debe dar paso

a una mayor comprensión y tolerancia respecto de la personalidad del niño.

La educación pre-escolar es necesaria y urgente.

La madre debe prepararse para cumplir con la misión de educar a sus hijos.

La madre no debe apocar, insultar, zaherir a sus hijos en presencia de otros.

Debe ser muy cuidadosa en diagnosticar a sus hijos de **malcriados, perezosos, tontos,** etc. Jamás hacerlo cuando están presentes sus hijos.

En igual forma no debe entusiasmarse con hijos sobresalientes, especie de niños prodigios.

No siempre es signo de inteligencia el prematuro desarrollo mental del niño. A veces esa precocidad es peligrosa.

Tampoco debe prodigar al hijo extremada alabanza acerca de su obediencia, sumisión o pasividad.

El niño es activo por naturaleza. Lo contrario a esta actividad es síntoma de trastorno en la conducta.

Si tiene algunos datos que ofrecer al maestro o al médico, sobre la conducta de sus hijos, debe hacerlo en privado.

No castigar, insultar, acobardar a los hijos que no sean sobresalientes en la escuela, que no triunfen en sus lecciones o exámenes.

No entusiasmarse con los hijos pródigos en "memoria".

No pensar que la mejor escuela es aquella en donde se enseña a rezar o en donde se dan "lecciones" y "hay disciplina".

No creer en la eficacia de premios, medallas y otros signos de distinción que las escuelas ofrecen con fines comerciales.

No creer que la misión de madre se cumple alimentando al hijo, y prodigándole todo género de comodidades materiales.

El niño no sólo necesita de pan, sino de amor y de comprensión.

Jamás insinuar al maestro que castigue a los hijos. Los maestros no son verdugos: son educadores.

La madre debe cooperar con la escuela, siendo maestra de sus hijos.

Debe concurrir a diario a la escuela e informarse sobre la vida integral de su hijo.

Debe ofrecer al maestro y al médico los datos que se le

pidan sobre la vida de sus hijos y la de su hogar.
No confiar demasiado en la escuela, cuya misión no puede reemplazar a la del hogar.
La madre necesita serenidad, paciencia, librarse de prejuicios sociales y religiosos para orientar la conciencia de sus hijos.

Todo lo expuesto en los capítulos anteriores supone un nuevo concepto de la organización del hogar y de la escuela, así como una nueva dirección espiritual que los padres de familia y los maestros deben dar a su misión.

El hogar está constituído a base de un proceso romántico, bajo la influencia de prejuicios de clase, o en vista de situaciones de orden económico. Hay descuido en el lado biológico y no se da importancia al psiquismo de los progenitores.

Es cierto que el hogar cuida de la salud física del hijo. Sabe que es necesario conservar el vigor del cuerpo y para ello lo cuida y lo atiende en todo lo relativo a su higiene física. En cambio, olvida el aspecto psíquico del hijo, a quien supone con una mentalidad y con un psiquismo iguales a los del adulto, por lo menos idénticos en potencia. Se le considera "hombre pequeño" y se ignora que tiene una naturaleza propia en nada parecida a la del adulto.

En los últimos tiempos, el aspecto biológico del hogar adquiere importancia a medida que las leyes sobre herencia han logrado ponerse al alcance de gran parte de la colectividad. Ya se sabe que hay enfermedades que se heredan, otras que predisponen y favorecen. Los conocimientos sobre eugenesia se propagan y llegan al hogar sembrando inquietud y consiguiente cuidado.

El lado romántico del hogar cede ante las exigencias económicas. Se busca por doquier el bienestar material. Pero este cambio de frente no resuelve el problema porque la espiritualidad no está sometida a la materialidad. El dinero no lleva la paz espiritual al

hogar. Muchas veces la agrava, porque no provoca en los hijos ningún esfuerzo por superarse. Los niños que proceden de familias adineradas tienen menos personalidad que los pobres, sencillamente porque los primeros viven bajo tutela permanente ya sea de los suyos o de la sociedad para cuyos prejuicios viven. En cambio, los segundos llegan pronto a la libertad material y a la espiritual. Apartados de aquellos prejuicios se desenvuelven con mayor vigor.

La personalidad del niño adinerado se traduce en un desmedido orgullo y petulancia, en un menosprecio por los demás, en un desdén por todo aquello que no se refiera a su persona. De otro lado, manifiesta pasividad, cuando la tutela se ejerce sobre él sin tasa ni medida. Esa pasividad va a estallar cuando la tutela deje de ser, y entonces, libre de todo freno, dará pábulo a un sinnúmero de desmanes.

En esta forma el dinero prodiga bienestar material, pero el alma está en pleno y doloroso abandono. Los mismos padres de familia, orgullosos de su riqueza piensan que el dinero lo puede todo, y por eso entregan sus hijos a manos mercenarias. Las "atenciones sociales" no les permiten cuidar personalmente de los suyos. Se libran de la molestia de atenderlos arrojando un puñado de monedas.

A lo que no ha llegado el hogar es a mantener la paz espiritual entre sus componentes. Mientras ella no exista, no puede realmente hablarse de hogar en el verdadero sentido del vocablo. No es el hogar en donde hay reyerta continua, desafecto profundo, incomprensión manifiesta. Si todo esto redundara en perjuicio de los cónyuges, el problema estaría resuelto mediante el divorcio. Pero en el hogar, el niño es el sujeto por excelencia, sobre quien refleja directamente la felicidad o la desgracia.

Esa espiritualidad en el hogar requiere serenidad, equilibrio, comprensión y tolerancia mutua entre los cónyuges para asegurar el porvenir psíquico del niño. Si

éste se encuentra al vaivén de las pasiones de sus progenitores, puede estarse seguro de que su personalidad habrá de sufrir graves e irreparables perjuicios.

El niño, en el hogar, no es un elemento inactivo como se supone, destinado a la obediencia y a la pasividad ciegas. Es, al contrario, un sujeto que toma interés, y se da cuenta de la situación espiritual en que se encuentran sus padres. Seguramente, el niño no participa, hasta muy entrados sus años en la segunda infancia, de las dificultades de orden económico, pero aquellas relacionadas con el malestar y pugna frecuente en que viven sus progenitores, son de su conocimiento inmediato. Presencian a diario escenas dolorosas, cuyos actores principales son sus padres, participan de esas escenas, se solidarizan con unos u otros en una dañosa tensión espiritual que los fatiga y los priva del necesario equilibrio.

En las escuelas es fácil observar a esta clase de niños, cuya conducta se proyecta en el aula, ya sea en el sentido de una tristeza peculiar, signo inequívoco del combate librado en su espíritu con las escenas vistas en la casa, con marcada irascibilidad que desfoga, así, toda la amargura de su vida.

Cualquiera de las anteriores situaciones es perjudicial para la vida integral del niño, en quien hay un exceso de emotividad que no le permite dedicarse con eficiencia a sus tareas escolares, menos a formar una personalidad recia.

De lo dicho se deduce que los padres de familia deben guardar en el hogar la mayor armonía que sea posible. En todo caso cualquier malestar debe ventilarse lejos de la presencia de los hijos, si se quiere evitar un inútil y dañoso desgaste de energía.

Esa falta de espiritualidad no sólo se detiene en los cónyuges, sino que se proyecta directamente sobre los hijos, en quienes descargan su malestar. Hay padres de familia que están atacados de neurosis, o sea dispuestos a violencias continuas por motivos sin importancia. En esta situación, reprenden a los hijos, los castigan, insul-

tan, menosprecian y zahieren. El niño se sobrecoge de espanto y de miedo, cobrando por sus padres profunda antipatía, transformada más tarde en odio manifiesto.

No es posible someter a los niños a esta permanente tortura con menoscabo de su salud integral. No se piense que son indiferentes a los actos de injusticia cometidos con ellos. Se dan cuenta inmediata de la antipatía de sus padres, y entonces se sustraen de su dominio, valiéndose de una resistencia cada vez mayor, o sometiéndose a una pasividad enfermiza.

Estos niños injustamente maltratados en el hogar, tienen en la escuela un ceño manifiesto de tristeza. Se aislan con frecuencia de toda camaradería; esencialmente emotivos desconfían de todo y de todos. Piensan ver en los maestros y camaradas personas dispuestas a hostilizarlos. Tal situación psíquica mina su personalidad, restándoles vigor y lozanía.

El derecho de los padres sobre los hijos no llega al extremo de convertir a éstos en víctimas propicias para su neurosis sádica, en la cual sienten placer y fruición en castigarlos de palabra y de obra. Se piensa que los niños desvían con facilidad el insulto, la calumnia o el vejamen. Nada más inexacto. Seguramente un castigo corporal tiene menos trascendencia que uno de orden moral. El niño que ha sido puesto en la picota del ridículo, tiene un profundo resentimiento que perdura a través de toda su existencia. Difícilmente olvida los vejámenes sufridos, los desaires inferidos. Han herido su conciencia en forma indeleble, convirtiéndolo en sujeto renegado y hostil para con los suyos. Desafecto que llega al extremo de apartarlo definitivamente del hogar.

Precisa, para no causar tanto mal a los hijos, que los padres de familia se disciplinen y no traduzcan su malestar en actitud hostil para con los niños. Ningún problema relacionado con el carácter es posible resolver mediante la violencia. El mejor instrumento para formar la personalidad de un niño es el amor y la tolerancia. La fuerza sólo puede crear esclavos, jamás hombres libres.

La divergencia entre los padres de familia en relación con los hijos se traduce con frecuencia en órdenes y contraórdenes, sin que éstos sepan a quién obedecer. Esta ambivalencia de la conducta de los padres los torna indecisos, suspicaces, recelosos, poniéndolos sobre aviso para utilizar en su provecho tal disparidad en la conducción del hogar. Conviene, entonces, que los padres de familia se pongan de acuerdo para dirigir la conciencia de los hijos, dirección uniforme en el procedimiento y en la tendencia educativa. En todo caso, debe existir cierto balance en sus actitudes. De lo contrario es provocar en la conciencia de los hijos antipatía hacia los que se oponen a sus deseos, y simpatía para quienes los favorecen.

En el caso de familias con varios hijos, toda preferencia por cualquiera de ellos es peligrosa. El hogar debe tener un sentido democrático. La igualdad en el cariño, es cuestión básica para la dirección espiritual. Si cualquiera de ellos malicia que es preterido en favor de alguno de sus hermanos, surgen los celos con la secuela de envidia y de odio.

Con el primogénito debe tenerse mayor cuidado por la situación excepcional que se le presenta tan luego nace el hermano. Como hasta entonces había sido prácticamente el amo del hogar, rodeado de todo género de atenciones, y cuidados sin límites, se ve despojado, de pronto de esa especie de reyecía. Perdidas las caricias, observa que el recién nacido es quien se las ha robado. Como no se le ha explicado la procedencia del hermano menor, cobra por éste marcada antipatía; busca la oportunidad de causarle daño. No es raro, inclusive, que atente contra la existencia del intruso.

Esa incertidumbre y este despojo han causado en el espíritu del niño una verdadera distorsión que ha alterado su carácter, convirtiéndolo en sujeto de extremada irascibilidad que lo fatiga y lo predispone a la *neurastenia del primogénito,* malestar que con frecuencia repercute y se manifiesta en toda su intensidad en la adolescencia y aun en la edad madura.

Los padres de familia, en consecuencia habrán de mantener por el primogénito la misma simpatía y cariño ofrecidos antes de que viniera el segundo hijo. No se le debe abandonar, y cuando llegue la oportunidad de explicarle la presencia del recién nacido, debe establecerse de inmediato la relación de parentesco, la necesidad de prodigar mayor atención al hermano a causa de su debilidad y de su incapacidad para bastarse a sí mismo.

Esta verdadera equidad en el tratamiento de los hijos no permitirá que surjan entre los hermanos rivalidades funestas. En caso contrario, no es raro observar que la antipatía de un hermano a otro se genere en el hogar, antipatía que se convierte en odio de funestas consecuencias.

Después de la influencia de los padres viene la de los abuelos, en especial de la abuela materna, cuyo predominio en el hogar es tradicional. El nieto se ve sometido a los caprichos y exigencias de una persona de mentalidad inflexible que trata de imponer un régimen de vida contrario a su naturaleza. La diferencia de edad entre abuela y nieto no permite equilibrio mental alguno. Con frecuencia los abuelos son vencidos en el combate con los nietos, quienes refuerzan su personalidad en el sentido de imponer su voluntad, imposición que se extiende sobre los demás familiares.

La influencia de los abuelos debe ser dirigida y limitada por los padres, quienes están obligados a no permitir que persona alguna, ni fuerza alguna, perturbe el proceso normal de la formación de la personalidad de sus hijos.

En igual plano se encuentran los tíos y tías, muy en especial cuando los niños quedan en poder de estos parientes por muerte de los padres. Si en el nuevo hogar los tíos tienen hijos, la situación de los sobrinos es dolorosa, porque es difícil mantener el equilibrio espiritual a que nos hemos referido. Han de existir preferencias explicables, combate diario entre primos, manifiesta rivalidad entre ellos. Todo esto modifica la personalidad de

unos y de otros, si los tíos, dándose cuenta de su misión, no mantienen la serenidad necesaria para no amargar la vida de los hijos y de los sobrinos.

Cuando el niño vive bajo la tutela de tíos solteros, en especial de tía soltera, se presenta la misma situación que entre abuela y nieto. En estos casos no es raro encontrar profundas rivalidades entre la tía y la sobrina, cuando no hay gran diferencia de edad y compiten en el denominado "mundo social". Buena parte de las tragedias conyugales se debe a matrimonios realizados por escapar de aquella odiosa tutela.

Es tradicional la mala idea que se tiene de la madrastra o del padrastro en su relación con los hijos del primer matrimonio. Surge en el espíritu de aquéllos una disconformidad para guiar por igual la vida espiritual de los niños. Hay odiosas preferencias, animosidades sin nombre, que provocan rivalidad y odio entre los niños, estados de conciencia que perduran por toda la existencia.

En las escuelas esos niños no llegan a comprenderse, no tanto por culpa suya, sino por la de los padres, quienes en el hogar han abierto un surco profundo a través del cual es difícil que los hermanos se tiendan la mano.

Nuestras leyes, guiándose por prejuicios sociales que aún no desaparecen, han clasificado a los hijos, promoviendo en la conciencia de éstos, estados de superioridad y de inferioridad absurdos. Los hijos denominados ilegítimos contienden con los legítimos. En la vida del hogar, y en el de la escuela, los legítimos se sienten orgullosos de su ascendencia, los ilegítimos sufren un complejo de inferioridad. Es frecuente el caso de niños ilegítimos que resultan con gran riqueza mental, que supera a la de los legítimos y entonces la pugna es mayor, la rivalidad y la envidia más intensas.

Este desastre espiritual habrá de perderse tan pronto como las leyes borren de su articulado tan odiosa clasificación, que tanto daño causa a los niños.

Lo expuesto anteriormente nos lleva a insistir sobre

algunas consideraciones generales de las cuales van a deducirse los más saludables consejos de Higiene Mental en relación con el hogar.

Si en el hogar hay, sobre todo, paz espiritual o sea comprensión y serenidad entre los cónyuges, la vida mental del niño y su personalidad están aseguradas contra todo posible trastorno y desvío, tanto en la infancia como en la adolescencia y madurez. De lo contrario hay muchas probabilidades que resulte con un dudoso porvenir espiritual.

Cuando la escuela recibe a niños en cuyo hogar no hay equilibrio posible, se encuentra en la imposibilidad de educar o sea de llevar a la conciencia la máxima serenidad y el mayor vigor.

Aquel desequilibrio en el hogar repercute no sólo en su constitución, sino en la vida mental de los hijos. La primera desavenencia entre padres e hijos proviene de un estado de antipatía de los primeros sobre los segundos. Es duro pensar que esa antipatía exista, pero la realidad nos convence.

El padre pretende la sumisión absoluta del hijo a su autoridad. Supone que como heredero suyo, no sólo de sus bienes, sino de su prosapia intelectual o social debe responder en todo momento a sus esperanzas. Cuando ellas resultan fallidas, y el hijo se manifiesta con lentitud mental, con trastornos del carácter, no hay la comprensión ni la tolerancia necesarias para seguir el curso natural de las tendencias del muchacho. Una sistemática oposición a sus deseos, aficiones, habilidades es la consecuencia inmediata. El padre trata de imponer al hijo una profesión o un oficio determinado por el cual no hay simpatía. Se interesa porque el hijo resulte el mejor entre sus condiscípulos. Le mortifica que no triunfe en la vida escolar. Pretende que guarde las mejores "relaciones sociales", oponiéndose a que sus camaradas provengan del "bajo pueblo". Insiste en que guarde la máxima compostura dentro y fuera de la casa. Todo es él, el padre. Sus

gustos, tendencias, preferencias y ambiciones deben imponerse. El hijo es nadie. Ante esta situación de combate desigual es lógico que surja la antipatía que mina la conciencia del niño, apartándolo de toda relación espiritual con sus padres.

Debe tenerse presente que la personalidad del niño es la más deleznable que uno puede imaginarse. Tiene tal delicadeza que no es posible jugar impunemente con sus emociones y pasiones. De allí que el padre antes de imponer su personalidad debe someterse a la del hijo, vigilándolo y cuidándolo, dándole toda oportunidad de vigorizar su energía mental y psíquica. No se piense que en lo dicho hay indisciplina. Si por disciplina se entiende el predominio de la fuerza, la sumisión incondicional del hijo, naturalmente no participamos de ella. Pero si la disciplina es la convivencia espiritual, la comprensión mutua, la tolerancia, el saber colocarse a nivel de la mentalidad de los niños, lo preconizado, jamás puede ser indisciplina. Nada hay más funesto para la salud integral del niño que la soberbia y el orgullo de los padres. El *pater-familia* clásico, gran señor, dueño y amo de la vida de los hijos, debe desaparecer para dar lugar al hombre sereno, sencillo, comprensivo y tolerante, con esa tolerancia que se ajusta sin esfuerzo a las exigencias saludables del hijo, o que sabe apartarlo, sin violencia, de aquellas otras que puedan perturbarlo. El secreto para lograr esta actitud está en saberse disciplinar, en no sentir la tremenda tortura de que no es "autoridad". Para los hijos la autoridad debe traducirse en amistad. El padre debe ser el mejor amigo del hijo. Nadie como él, es capaz de conducirlo con mano maestra y suave a través del sinnúmero de dificultades que al niño se le presentan en el curso de su existencia inquieta y multiforme.

El combate entre el hijo y el padre, se aminora cuando se trata de la hija porque a ésta, siguiendo tradicional prejuicio, no se la considera sino como persona que está de paso por el hogar. Está destinada a formar otro, en

donde habrá de sufrir la influencia del marido, y por tanto no es la llamada a perpetuar las virtudes y excelencias del progenitor. Con este concepto egoísta, la hija no es materia de cuidados en el grado en que lo es el hijo. La educación de aquélla se detiene sobre la superficie, apenas se la instruye en los conocimientos más elementales, inculcándole, en cambio, una serie de prejuicios que van a destruir su espiritualidad. Se la inicia, desde muy temprano, en lo que ha venido a llamarse "sociedad" en donde el contagio por todo lo artificial que tiene la existencia es inmediato y funesto. La chiquilla engreída por su belleza, o abandonada por su fealdad es la persona en quien el padre pone menos cuidado.

Semejante abandono es inconcebible si se piensa que la educación de la mujer en cantidad y calidad es tanto o más importante que la del varón. En la mujer reside toda la dirección del hogar, en especial la educación de los hijos.

Nos hemos esforzado en este libro en demostrar que la educación pre-escolar es básica y que ella es potestativa del hogar en donde el niño sufre sus primeras emosiones y proyecta sus primeras pasiones. Esa eclosión del espíritu infantil requiere extremado cuidado, dirección científica, carencia de prejuicios. La ruina espiritual del hogar es consecuencia directa del abandono en que se ha tenido y se tiene a la mujer. Considerada con un mentido complejo de inferioridad, se la ha colocado fuera de toda actividad espiritual, entendiéndose por tal, la fuerza interior de mejorarse y de sustraerse a prejuicios de orden social y religioso que no le permiten caminar con libertad. Ese encadenamiento con el pasado interrumpe toda flexibilidad mental. Pegada a la tradición, continúa modelando la conciencia de los hijos bajo la amenaza y el temor de ultratumba, martirizándolo con una disciplina drástica, con olvido punible de la naturaleza del niño. Cuando la mujer se haya superado y libertado de todo prejuicio, la espiritualidad del hogar tendrá una só-

lida base, y no aquella artificial y deleznable en que actúa.

La madre en relación con los hijos tiene la importancia de ser la única que está junto a ellos. Es misión en el hogar es, ante todo, la educación de los hijos. El cuidado por ellos, generalmente, se circunscribe a dotarlos del mayor bienestar material posible, pero se olvida la salud psíquica de los chiquillos, quienes resultan estropeados en sus manos, precisamente por no haber tenido oportunidad, no sólo de conocer la naturaleza del niño, sino por seguir invariablemente la ruta trazada en la educación recibida por ella. De esto resulta la mayor intolerancia de la madre que del padre, la mayor incomprensión respecto a sus hijos. Esa intolerancia e incomprensión se traducen en desmedidas exigencias, en vigilancia mortificante, en deseo de obediencia. Esta actitud mental, la vuelve irascible porque combate con niños cuya naturaleza desconoce. La neurosis de la madre es, así, explicable. Se vuelven "locas", según su expresión familiar, ante la inquietud, malcriadez e insolencia de los chiquitines. Pierden la "paciencia", se enfurecen y desahogan su malestar en los hijos a quienes trata con crueldad. No es necesario que esta crueldad se traduzca en castigos corporales, insultos y vejámenes — que son frecuentes en el hogar —basta que el niño sea sometido a la tiranía espiritual de la madre para que sufra las consecuencias de un estado de conciencia permanentemente martirizado.

Como la madre asume de hecho la educación de los hijos, no tiene como el padre, la visión egoísta de que el hijo lo siga en sus gustos y aficiones, sino que aferrada a todo género de prejuicios, desvía la personalidad del niño. Ella es quien directamente acusa a sus hijos de torpes y de "malcriados", o exalta su precoz inteligencia. Bajo el imperio de esta creencia entabla verdadera competencia con el maestro a quien pretende imponer aquellas ideas nacidas al influjo de fugaces pasiones, o

de ignorancia manifiesta. El padre se sustrae a esta acción de la mujer, porque supone que a ésta es a la única que le corresponde educar al hijo. Se considera desligado de toda acción directa en esta materia. Le basta aportar el bienestar económico.

Educado el niño bajo la influencia exclusiva de la madre, resulta: o un sujeto tímido, incapaz de grandes esfuerzos; o una persona que carece de toda disciplina interior y por tanto está a merced de caprichos ajenos o propios.

La hegemonía de la madre va más allá del hogar. Cuando el hijo está en edad escolar escoge la escuela, que ha de ser la que mantenga sus prejuicios y caprichos. No gusta que vaya a las escuelas públicas para no mezclarlo con las gentes del "pueblo". Supone que el mejor colegio es el dirigido por alguna congregación religiosa, porque allí les enseñan el "temor a Dios". Está profundamente convencida que el rezo, es parte integrante de la formación espiritual del niño, y no admite la escuela laica, ni la del proletario. Como ha sido instruída a base de un excesivo mecanismo de la memoria, auxiliada por innumerables textos de enseñanza, lecciones, exámenes, premios, etc., no considera buen colegio aquel que se ha sustraído de este inútil formalismo.

Bajo el dominio de estos prejuicios persigue incensamente al niño para que estudie a diario y a toda hora. Debe ejecutar trabajos escolares a domicilio, llevar la libreta semanal con los calificativos más altos, figurar en los cuadros de honor, llevar cintajos de distinción. Cuando nada de esto ocurre, y al contrario, la conducta del niño deja mucho que desear, la mortificación y el desasosiego son continuos. El niño se ve, así, atormentado permanentemente, sometido a un esfuerzo superior a sus energías, lo cual lo aparta paulatinamente de la escuela, haciéndola odiar y retirándolo de todo esfuerzo constructivo. Gran parte de los niños que han llega-

do a la adolescencia fatigados mentalmente, se debe a esa conducta arbitraria de la madre.

Para evitar estos errores conviene indicar que la mejor escuela es aquella, en donde se estudie la naturaleza del niño y coopere con el hogar. Nada del aspecto artificial y formalista de la escuela tiene valor. Lo sustantivo está en que no se descuide la formación espiritual del niño, para lo cual el auxilio del hogar es de todo punto de vista necesario. Lo demás, las escuelas en donde se educa la gente "decente", aquellas en que impara el catecismo, o las otras en que se deslumbra a los padres de familia con escenas espectaculares, dañan la personalidad del niño en lugar de construirla. Si la convivencia con la gente "decente", si el aprendizaje del catecismo sirvieran para modificar la conducta del niño, no habría discusión posible al respecto. Desgraciadamente eso no ocurre. El niño continúa desenvolviendo su personalidad al margen de esas fuerzas impuestas por la sociedad.

Por todo lo dicho, el hogar debe cambiar sustancialmente de actitud frente a la escuela. No debe suponer, ni inculcar a los hijos que es un lugar de expiación, ni un centro destinado a propaganda sectaria política o religiosa, sino considerarla como un verdadero laboratorio, en donde ha de analizarse el espíritu del niño para dirigir convenientemente su educación.

Los padres de familia están obligados a proporcionar a la escuela todo género de datos sobre la vida de los hijos; informar, inclusive, sobre las dificultades del hogar, a fin de establecer el verdadero equilibrio en la conducta del niño.

Este nuevo concepto de la escuela debe abarcar también al maestro a quien se le menosprecia, considerándolo un humilde servidor de la sociedad, sin pensar que tiene más valor que el médico o el sacerdote, porque el primero opera sobre la materia, y el segundo sobre una ilusión; mientras que el maestro dirige la mentalidad y construye la personalidad del niño.

Cuando el hogar vea en cada maestro un hombre de ciencia, docto en el conocimiento de la naturaleza del niño, y no un asalariado del Estado o de la Iglesia, entonces el problema de confiar la educación de sus hijos a otra persona, habrá de ser una cuestión de mayor cuidado que el entregar su cuerpo a un médico, o sus intereses a un abogado.

Resulta paradójico que el hombre tan solícito en cuidar su salud y su riqueza, no lo sea cuando se trata de educar a sus hijos. En la primera infancia es sencillísimo abandonarlos a manos mercenarias, a sirvientes extraídas de los bajos fondos sociales, para que les inculquen toda suerte de hábitos negativos y destrocen sin piedad su conciencia.

La humanidad no ha reaccionado lo suficiente a este respecto. Pocos son los países que se preocupan de la educación pre-escolar de los niños. Se contentan con organizar jardines de infancia, especie de gimnasios mentales, como si las funciones de esta índole fueran suficientes para construir una recia personalidad. La formación de la docencia que debe encargarse de la primera infancia es de necesidad inmediata. Sin ella el hogar y la escuela habrán de fracasar en su misión.

En resumen, la vida integral del niño, su desarrollo normal, su vigor psíquico y mental guardan inmediata relación con la constitución del hogar. Si ella logra mantenerse con la mayor serenidad posible logrará que los hijos tengan vigor en la mente y en el alma. De lo contrario, si esa constitución está en quiebra, perturbada por pasiones de todo orden, dolida por todo género de miserias, atormentada por toda suerte de prejuicios, los hijos no podrán jamás sustraerse de esa acción nociva y funesta, y el porvenir de ellos será, seguramente, sombrío.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

CAPITULO XX.

LA ESCUELA Y EL MAESTRO

SUMARIO:

La escuela de hoy está reñida con los principios más elementales de Higiene Mental.

El plan de estudios es cuantitativo y no cualitativo.

No debe someterse al niño a una estricta distribución del tiempo.

No debe considerarse como fin ulterior de la escuela instruir. Lo esencial es educar.

Debe estudiarse la vida integral del niño antes de instruirlo y educarlo.

No preferir a los niños "inteligentes" y "obedientes".

Cuidar y ofrecer atención a los niños "desaplicados", "desobedientes", "malcriados", "lentos", etc.

Debe clasificarse a los niños según sus habilidades.

La simple posición verbal del maestro en la sala de clase es ineficaz, y a veces dañosa.

La escuela debe organizarse a base de un régimen de libertad.

El principio de autoridad en la escuela debe estar subordinado a los intereses del niño.

El maestro debe ser **educador** y no **preceptor.**

La escuela necesita de la cooperación del médico especializado en el tratamiento de la conducta de los niños.

No se cumple con la misión de maestro dejando en abandono a los niños que necesitan apoyo.

No entusiasmarse con la precocidad de los niños.

A cada niño debe darse el trabajo que le corresponde según sus habilidades y su capacidad.

No forzar demasiado la mente y el espíritu del niño.

Pensar que cada niño tiene su personalidad propia.

Antes de comenzar las tareas de un año escolar, es urgente explorar la cantidad y calidad de conocimientos que posee el niño.

No debe asumirse la dirección de una clase o de un año, sin conocer antes a los niños.

No juzgar a los niños por los síntomas de su conducta; es necesario averiguar el origen de cualquier trastorno.

No culpar a los niños de falta de "atención", "aplicación", "memoria", "inteligencia", etc. Lo urgente es conocer el porqué de esa situación.

Jamás castigar a los niños. No insultarlos, ni avergonzarlos.

El maestro no debe ser colérico, iracundo, intransigente, ni sectario.

Debe usar un lenguaje y adoptar actitudes que traduzcan un estado de serenidad espiritual.

No aburrirse con los niños ni mortificarse con sus travesuras o debilidades.

Ser maestro es ser un apóstol: todo bondad, tolerancia y sabiduría.

Cuando se observe la más ligera anormalidad en la vida física, mental y espiritual de los niños, consultar al médico y al hogar.

En esas circunstancias no cruzarse de brazos, menos castigar. Esos trastornos son síntomas lejanos de enfermedades que más tarde pueden ser incurables.

Gran parte de los trastornos mentales y psíquicos en los adultos, se debe al abandono en que se tuvo a los niños, y a la ignorancia que se tiene sobre la gravedad de aquellos síntomas.

No propagar doctrinas políticas ni religiosas. El niño es un niño cuya mentalidad no está en condiciones de elaborar ideas de esta naturaleza.

El niño tiene su personalidad propia, la cual debe ser respetada.

Respetar esa personalidad significa no imbuirle ideas que pueden causarle daño.

El maestro debe tener más interés por el aspecto biológico de la educación que por el formulismo de la didáctica.

Su misión principal es conocer a cada uno de sus discípulos y ofrecerles el tratamiento pedagógico y médico que les convenga.

Las escuelas normales deben cambiar de dirección ideológica y profesional.

Si el maestro está únicamente preparado en el arte de enseñar no podrá cumplir con la misión nobilísima y científica de educar.

La escuela debe cambiar de orientación en cuanto a sus propósitos e ideales respecto del niño; y, el maestro, al mismo tiempo, ha de variar radicalmente de actitud frente a los innumerables problemas que sobre la personalidad de aquél se le presentan a diario.

La escuela mantiene su estado tradicional, no obstante las reformas propugnadas en estos últimos tiempos. Continúa sometida a planes de estudio y reglamentos destinados a lograr cierto mecanismo en la conducta del niño, mecanismo que interrumpe el desarrollo normal de su personalidad.

Toda la reglamentación de la escuela está reñida con los principios más elementales de higiene mental. El plan de estudios está elaborado sin conocimiento previo de la capacidad del discípulo. La reforma de un plan se circunscribe a un juego caprichoso de llevar las materias de enseñanza de un año a otro, según las conveniencias, muchas veces, de los autores de textos de enseñanza. Ningún principio científico, ninguna investigación a fondo sobre los resultados obtenidos con el plan anterior norman la redacción del nuevo régimen de estudios.

Se sabe que reformas de esta naturaleza están sometidas a principios de estadística aplicada a la enseñanza, cuyos procedimientos deben ser rigurosamente aplicados, si se quiere un plan de estudios que no perturbe la mentalidad del niño, y, que al contrario, le dé el mayor vigor posible.

Esos planes y programas de enseñanza son de ti-

po cuantitativo y no cualitativo. Hay una cantidad de conocimientos que no guardan relación alguna con el interés mediato o inmediato del estudiante. Sin tener en cuenta esta zona de intereses se le obliga a aprender de memoria todo lo que se indica en aquel plan, provocando la consiguiente fatiga mental y el repudio lógico por la escuela y por los estudios.

No satisfechos con semejantes disposiciones, se ahoga la libertad del niño, sometiéndolo a una estricta distribución de tiempo. Se supone que los niños pertenecientes a un año de estudios están en igual condición mental y por consiguiente capacitados para recibir una cantidad de enseñanza en un determinado tiempo. En este concepto la escuela no distingue ni se preocupa de la diferencia de habilidades del niño, de la lentitud o rapidez con que cada uno aprende, mucho menos se tienen en cuenta las condiciones biológicas determinantes de todo proceso mental o psíquico.

El único fin de la escuela está en preparar al discípulo para la prueba anual, y satisfacer la vanidad de los padres, atribuyendo a los niños cualidades sobresalientes con el propósito de mantener la clientela.

Como no hay investigación ni estudio sobre la naturaleza del niño en todos sus aspectos, el diagnóstico que se dé sobre las cualidades mentales, o sobre la conducta resulta manifiestamente falso a la más ligera exploración.

El niño al matricularse en una escuela da su nombre, apellido y domicilio. Con estos datos, que nada dicen de su vida, se le coloca en una sala de clase, en donde el maestro, sin conocerlo, prodiga todo lo que sabe sin observar si esa cantidad de conocimientos es asimilada por la mentalidad del alumno.

Para el maestro no hay sino dos clases de niños: los que atienden y obedecen; y los que no atienden y desobedecen. Para los primeros, todo género de elogios

y recompensas; para los segundos, el castigo y la exclusión de la sala de clase.

Es muy cómodo proceder en esta forma: quedarse con los niños mejor dotados mentalmente, mejor disciplinados, y separar a aquellos que no tienen estas ventajas. Precisamente debía operarse en sentido contrario. Quienes necesitan mayor cuidado, apoyo y estudio son los niños considerados como "flojos", "inatentos", "desobedientes", "malcriados". Es este grupo de niños el que va a demostrar la capacidad del maestro y la excelencia de la escuela. Nada de notable tiene vérselas con los niños de inteligencia brillante o de magnífica disciplina interior; ellos se bastan a sí mismos.

La escuela debe clasificar a los niños según sus habilidades, y no agruparlos de acuerdo con disposiciones reglamentarias que no tienen fundamento biológico alguno. Esa clasificación es previa a toda enseñanza. Es un error que el maestro asuma la dirección de una sala de clase, si antes no conoce a sus discípulos.

En los dos primeros meses del año escolar, el niño debe estar sometido a una continua exploración, a fin de determinar el grupo o grupos a que pertenece. La habilidad no es uniforme. Hay niños que son hábiles para matemáticas e inhábiles para historia. Pero no es una inhabilidad absoluta, es relativa y obedece a numerosas causas que precisa averiguarlas, a fin de proceder sobre el origen de ellas, y no sobre la aparente situación mental del niño.

Esa clasificación dará al maestro la medida para dosificar la enseñanza y llevarla de tal suerte que no provoque la fatiga, ni se despierte animadversión por los estudios.

En Higiene Mental está contraindicada la exposición oral del maestro, sencillamente porque el niño no está en condiciones de mantener una atención constante. A los pocos minutos de iniciada una lección oral, el alumno está mentalmente fuera de la clase, porque su vida interior tiene otros intereses de mayor valor y de

exigencia inmediata que la repetición de un texto de enseñanza.

La enseñanza para ser efectiva y por tanto determine una gimnasia mental de provecho, debe darse individualmente, sometiendo al discípulo a ejercicios determinados y graduados. Podrá argumentarse que tal enseñanza es imposible en escuelas de gran concurrencia de alumnos. Respondemos a esa objeción, declarando que si la clasificación de los alumnos ha sido rigurosamente científica, la enseñanza individual reposa exclusivamente sobre los niños que requieren ayuda inmediata y constante; los demás siguen su aprendizaje sin buscar apoyo.

Seguramente el Plan Dalton; el denominado sistema de proyectos, o el que se funda en los intereses del niño, son los que mejor interpretan la vida mental del alumno.

Si la enseñanza se dirige de acuerdo con lo que acaba de exponerse, todo problema de disciplina desaparece. Como el niño trabaja de acuerdo con sus habilidades, y la cantidad y calidad de labor está en relación con su capacidad, no hay aburrimiento alguno. El niño trabaja conforme a sus fuerzas; dedica a sus estudios el tiempo que crea necesario; queda en libertad para cambiar una actividad por otra. Como no hay imposición de parte del maestro, la conciencia del niño fluye sin obstáculo alguno que lo atormente o lo mortifique. Esta serenidad en el trabajo no le permite emplear su energía en actos de desobediencia o de rebeldía.

Cualquiera otra organización de la escuela, en donde se imponga la voluntad del maestro, origina la fatiga del escolar, fatiga que no sólo es mental, como hemos dicho, sino psíquica, porque a diario entabla un combate desigual entre las exigencias del maestro y las que surgen de su persona. Ante este doble juego de fuerzas, el niño, se inclina por aquella que le es propia.

La nueva orientación de la escuela supone una actitud diferente del maestro frente a la escuela y al niño.

Así como en el hogar es necesario olvidar el clásico principio de autoridad; en la escuela, el maestro no puede ser sino el mejor amigo del niño, dispuesto a ayudarlo en todo aquello para lo que sus fuerzas no le sean suficientes. Esa cooperación exige extremado cariño, tolerancia y comprensión. El maestro sádico que se complace en martirizar a los niños, castigándolos o insultándolos se convierte en un odioso guardián de la escuela. Cuando el maestro excluye a los alumnos de la sala de clase, y se mortifica y pierde la paciencia con niños de lentitud mental, de carácter alterado, de intranquilidad manifiesta, debe declarársele fuera del magisterio por incapacidad comprobada.

Este cambio de dirección espiritual en el maestro necesita la reforma de las escuelas normales en donde, hasta hoy, se ha preparado al "preceptor", al clásico maestro de escuela, mas no al educador. El preceptor es persona encargada de enseñar, para ello se le ha preparado en el conocimiento de las materias de enseñanza, en los métodos, en la legislación y administración escolar, pero se ha olvidado instruirlo respecto de la naturaleza del niño. Un curso teórico de psicología infantil no es suficiente para colocarlo frente a la inquietud de aquél. Los numerosos y variados problemas que surgen a diario de la conciencia del niño, requieren conocimientos profundos de biología, psicología normal y patológica, psiquiatría, pediatría, higiene mental y por consiguiente anatomía y fisiología humanas. Estos estudios lo pondrán en condiciones de dar la voz de alarma a los padres de familia y a los médicos cuando se encuentre en presencia de síntomas manifiestos de alguna alteración profunda en la personalidad del niño. No se cruzará de brazos, ni creerá que el castigo o el abandono son los únicos medios de conjurar cualquier peligro. Hombre de ciencia no se detendrá sobre la superficie de las cosas, tratará de ahondar cualquier problema que se le presente en relación con las variadas manifestaciones de la vida mental y psíquica del niño, buscará el apoyo

inmediato del médico y del hogar para sumar esfuerzos y salvar, oportunamente, a los chiquillos abandonados a su suerte, menospreciados, maltratados e incomprendidos. Modificará su pensamiento para no creerse el clásico *domine*, autoritario, pedante, impulsivo, díscolo, apartado de sus discípulos por muralla inaccesible. Pensará que es el conductor científico de la conciencia del niño y para ello se disciplinará, acostumbrándose a colocarse al nivel de los escolares sin sentir repudio por la supuesta pérdida de su autoridad.

Esa flexibilidad mental lo volverá más humano, más comprensivo, más dueño de sí; aprenderá a dominarse, a no mostrarse colérico ni egoísta, a fundir su alma en la de sus discípulos. Esta superioridad espiritual, esa serenidad mental serán las únicas fuerzas puestas al servicio de la educación.

Lo demás, ser un buen matemático, geógrafo, historiador, etc., es cuestión adjetiva. Instruir no es un fin, es un medio, un instrumento para educar. Enseñar es una profesión; educar una misión de la más elevada trascendencia y responsabilidad.

Así, habrá de colocarse al mismo nivel intelectual y social que el médico, cuya compañía, auxilio y consejo le son necesarios a cada momento.

La escuela, por esta razón, no podrá cumplir con su misión, sino con el auxilio y colaboración del médico especialista en el tratamiento integral del niño. En las escuelas de medicina habrá de prepararse al médico escolar, no sólo en los menesteres de la higiene escolar, que es, por ahora, la única labor que se le impone, sino en los estudios de psiquiatría, psicología normal y patológica del niño. No puede concebirse un pediatra, sin ser psiquiatra. Frente a un trastorno cualquiera del cuerpo, hay siempre un problema psíquico o mental.

Una escuela bien organizada, que trate de mejorar la personalidad del niño y darle el vigor necesario, debe estar integrada por un cuerpo consultivo formado por un educador, un médico especialista, y un instruc-

tor. Los primeros estudian al niño, el tercero obedece sus mandatos y enseña de acuerdo con las prescripciones que aquéllos le dictan. Cualquiera desviación en la conducta del niño, cualquier síntoma por insignificante que sea requiere atención inmediata, si se le quiere salvar de futuros peligros.

Tan importante es la presencia del médico y tan necesaria su colaboración con los maestros, que buena parte de las escuelas de renombre están ya dirigidas por médicos. Los grandes reformadores en materia de educación son médicos. Desde Rabelais hasta Decroly la escuela ha avanzado bajo la influencia de educadores médicos, sencillamente porque han estado y están más cerca de la naturaleza del niño. Ellos han dado a la educación fundamentos biológicos, han llevado el problema de la letra muerta de los métodos de enseñanza al conocimiento del alma infantil. Se han apartado del aspecto formal de la escuela para volcar su actividad en la vida mental y psíquica del niño, de cuyo estudio han obtenido los principios fundamentales de una educación científica.

Es inconcebible que un director de escuela no esté preparado en este vastísimo campo que le ofrece la ciencia de educar. Toda su misión se reduce a guardar el orden y la compostura de los niños que están a su cargo. No lo domina inquietud científica alguna. Para él, la escuela no es otra cosa que un asilo, en donde se deposita a los niños para acostumbrarlos a obedecer.

El papel de un director de escuela, por lo mismo que no tiene a su cargo enseñanza alguna, es precisamente estudiar a cada uno de sus discípulos, buscar en ellos todas las facetas de su personalidad para no producirse *a priori*, y sin fundamento, sobre las excelencias y deficiencias de aquéllos.

La cooperación de los demás maestros de la escuela no puede reducirse a la simple tarea de pasar un parte diario, dando cuenta de la asistencia y del comportamiento de los alumnos. Es urgente organizar semanal-

mente reuniones del cuerpo docente para discutir problemas de disciplina, estudiar los *casos clínicos* que se presenten y darles la solución respectiva. No contentarse jamás con calificar a un niño de buena o mala conducta, denominaciones que no tienen significado de ninguna especie.

Cree el maestro que la buena conducta reside en la pasividad y en la obediencia; y la mala conducta en la actividad y la desobediencia. Podía juzgarse lo contrario después de un elemental estudio de las causas que originan esa pasividad o esta actividad. Entonces se verá que la pasividad es síntoma de algún malestar orgánico o psíquico, y que la actividad es resultado de una riqueza volitiva. En igual forma, el maestro, se detiene en calificar de buen aprovechamiento cuando el alumno ha repetido de memoria la lección señalada, y de mal aprovechamiento cuando no ha podido, demostrar esa capacidad. Sin embargo, ni la memoria, por sí sola, es signo de haber aprovechado, ni la lentitud mental es síntoma de incapacidad.

Estos y otros problemas que a diario presenta la escuela, no pueden ser estudiados si el maestro no tiene la cultura e instrucción necesarias sobre la materia. Buscar esa inquietud, llevar a la conciencia del maestro la máxima responsabilidad es cuestión inaplazable, si no se quiere seguir perjudicando la vida integral del niño.

Resultaría ineficaz este nuevo contenido de la escuela, si los padres de familia siguieran en completa ignorancia sobre la ciencia de educar. Es menester que el plan de estudios de las escuelas primarias de grado superior y los institutos de segunda enseñanza contengan cursos destinados a preparar a los padres de familia en el tratamiento científico del niño.

La escuela se ha dirigido a preparar al futuro ciudadano, al defensor de la patria, al industrial, al comerciante capacitado para terciar con éxito en el mundo de los negocios, pero no se la ha instruído en los conocimientos necesarios para guiar la vida de los niños. La mi-

sión de padre o de madre de familia ha quedado relegada al olvido. Apenas en las escuelas de mujeres se las entretiene en prepararlas en economía doméstica, o sea, la parte formal del hogar, pero aquella que ha de referirse al niño, para no cometer errores, para no seguir siendo víctimas de prejuicios, no ha tenido hasta hoy importancia alguna.

La escuela debe cumplir esa misión incorporando a su plan de estudios conocimientos sobre la historia del niño, higiene física y mental, enfermedades de los niños, psicología infantil, nociones de psiquiatría aplicada a la primera y segunda infancias, principios de biología aplicada a la educación. Todas estas materias tienen más importancia para la futura madre de familia, que martirizarla enseñándole logaritmos y ecuaciones.

Sin todas estas condiciones, lo expuesto en este libro habrá de carecer de base sustantiva, porque si en verdad logrará instruir hasta donde sea posible sobre los diferentes aspectos de la Higiene Mental, esta ciencia no puede echar raigambre en la conciencia popular si el hogar y la escuela no se modifican sustancialmente, en el sentido de mantener hacia el niño el máximo interés, y la más absoluta lealtad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

DE NUESTRO CATALOGO:

TORQUEMADA, por Marguerite Jouve.—La figura trágica de Torquemada, hoy símbolo de la intransigencia religiosa, emerge de las páginas de este libro con sus perfiles auténticos. Su piedad, su modestia, su odio profundo por los impíos, iluminadas por el resplandor trágico de las hogueras inquisitoriales y situadas en el fondo de ese panorama misterioso que es la Edad Media; todo: personaje y escenario, reviven bajo la pluma de la autora. $ 10.

NELSON, por G. Edinger y E. I. Nepp.—Se trata de una animada biografía del famoso héroe de la marina inglesa, hoy verdadero símbolo del cumplimiento del deber. Los autores han sabído reflejar tanto lo férreo de su carácter, que en los actos de servicio le hizo intachable, enérgico, temerario, como la delicadeza de su sensibilidad, que en la vida social le hizo un amante rendido y fervoroso. . . . . $ 12.

LOS ULTIMOS ZARES AUTOCRATAS, por G. Chulkof.—Pablo I, Alejandro I... He aquí dos nombres que, con sus desbordes pasionales, con su despotismo, con su mira estrecha y egoísta de los negocios públicos, con sus tiranías, llenan un largo período en la historia de un pueblo de más de cien millones de habitantes. Chulkof reconstituye con pluma maestra toda esta etapa sombría de la vida rusa... ... $ 15.

NERON, por Augusto Bailly.—Basta nombrar al personaje que incendió Roma, que mandó matar a su madre y a su esposa —Agripina y Popea—, que inició la más encarnizada persecución a los cristianos, para comprender las trágicas escenas que las páginas de este libro deben evocar. Una biografía de Nerón adquiere relieve dramático en la pluma de cualquier escritor. Tanto más en la de Bailly, que goza ya de un bien ganado prestigio... ... ... $ 10.

EDITORIAL ERCILLA

Santiago de Chile

EDITORIAL ERCILLA

CASILLA 2787 - SANTIAGO DE CHILE

DR. PIERRE VACHET

Psicología del Vicio

Biblioteca Ercilla $ 8.—

GEORG F. NICOLAI

Fundamentos Reales de la Sociología

Biblioteca Ercilla $ 15.—

HENRI BERGSON

El pensamiento y lo movible

Biblioteca Ercilla $ 16.—

DESIRE ROUSTAN

Los problemas de la cultura

Biblioteca Ercilla $ 12.—

HIGIENE MENTAL, por José Antonio Encinas, Biblioteca Pedagógica **$ 18.--**